
HQÑ™
DOCE HORAS DE SUERTE
Estrella Ferre

Portadilla

DOCE HORAS DE SUERTE

Estrella Ferre

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2026 Estrella de los Ángeles Ferre González
© 2026, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Doce horas de suerte, n.º 439 - febrero 2026

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 9791370171513

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Primera Parte. Desde Roma con amor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Segunda Parte. El farol del farolero
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Tercera Parte. Haciendo difícil lo fácil
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Epílogo
Agradecimientos

Dedicatoria

Necesitaba darte un poco más de tiempo.
Te quiero siempre.

PRIMERA PARTE

Desde Roma con amor

Capítulo 1

GATOS ROMANOS

De nuevo en Fiumicino, ya había renunciado a volver después de la Erasmus y, sin embargo, aquí estoy. Al menos el mismo cuerpo, aunque envejecido. ¿Cuántas Silvias he sido desde entonces? Desde luego, no era la misma que comía cualquier pasta mal cocida en aquella habitación enana de Florencia, ni era la misma que cogía un tren a Roma, sola, para pasar el fin de semana en casa de cualquiera que conociera la noche anterior. Estoy viva de milagro.

Un tipo alto me espera sosteniendo un cartel con mi nombre, me identifico y me dedica una sonrisa cálida especialmente amable dado su aspecto rudo. Debe de medir un metro noventa y parece un peso pesado de boxeo, me recuerda a uno de los Klichkó. No sé a cuál de los dos, porque soy incapaz de distinguirlos. Se presenta como Oleg, el jefe de seguridad.

Como buen escolta, conduce un BMW negro con los cristales tintados, y me permite sentarme a su lado en lugar de en el asiento de atrás, lo que hace que el viaje sea algo menos incómodo, aunque igualmente terrorífico. No hay otra manera de hacer un viaje en carretera en Italia más que controlando el pánico absoluto a una conducción innecesariamente agresiva.

Oleg es hermético, contesta con evasivas y risas suspiradas a mis preguntas. Lo cierto es que, como sé que no me va a responder, le hago preguntas que no pienso publicar como: «¿Sueles recogerle a las tantas de la madrugada de las discotecas?» o «¿Siempre tiene la casa llena de gente bohemia y luego los tienes que echar?». Al final me toma la medida y, lejos de molestarse, empieza a contestar con ironía y con un acento eslavo muy ligero. Me conduce por Roma con soltura, a pesar del caótico tráfico italiano. Al enfilar la orilla del Tíber, empiezo a tener *flashes* de noches que creía totalmente borradas de mi memoria; quizá no maté todas mis neuronas en aquel año.

Giramos sobre el Tíber y después nos adentramos en el Trastévere; en un minuto estamos en una pequeña plaza, coronada por una fachada atípica, que precede a un jardín. Se distingue en el centro una copa de piedra. No puedo evitar acordarme del centro del laberinto del Torneo de los Tres Magos, de *Harry Potter*.

En menudo lío me he dejado meter.

Oleg me guía al interior de un edificio justo frente a la extraña fachada. Después de atravesar un tramo de escaleras, abre una pesada puerta de madera y entramos a un piso de techos altos, que a primera vista parece un poco laberíntico. La entrada está presidida por un enorme mueble, que ocupa toda la pared, con un sofá rodeado de madera coloreada, flanqueado por columnas. No soy una experta, pero diría que es modernista, no recuerdo haber visto nada modernista en Roma. Sigo a Oleg por la vivienda, hasta que me lleva a un salón. El sofá *chaise longue* gris oscuro y la televisión de muchísimas pulgadas contrastan con la mesita de café de los setenta y la vitrina, de nuevo, modernista. Se podría decir que la decoración es un tanto ecléctica, por no decir que es un caos.

—Espera aquí —me dice Oleg. Yo asiento y me quedo de pie en mitad de la estancia, no me atrevo a sentarme. Quizá por eso nunca fui una buena reportera: cualquier otro se habría puesto a pasear, a mirar las fotos de la vitrina y esas figuras…

—*Signora* Miranda? —Doy un leve brinco y me giro. Una señora altísima, vestida como recién salida de la *Vogue*, me recibe. Asiento bastante intimidada. Me da la mano, un poco flácida. No sé lo que está pasando—. ¿Habla italiano? Dijeron que mandarían a alguien que hablara italiano —dice, más para sí misma que para mí, no me da tiempo a intervenir cuando continúa con su disertación—: Siendo española, seguro que solo balbucea algo de inglés.

—Es cierto —le contesto en italiano—, los españoles solo sabemos hablar español, somos así de bobos. Pero da la casualidad de que yo sí hablo italiano. ¿Me podría decir quién es usted? —Tengo una ligera idea de quién puede ser, pero lo educado es presentarse.

—Soy Lidia Murolo, de Murolo y Asociados, la mánager del señor Bassani. ¿Ha venido sola?

—Sí, eso me dijeron.

—¿Quién hará las fotos?

—Yo misma. —Señalo la bolsa de la cámara. Eran las condiciones según me dijo Carmen, una sola periodista que hablara perfectamente italiano y que pudiera hacer las fotos.

—Podrían haberse saltado alguna de las condiciones.

—Ya ve que no. —Me está tocando bastante la moral. Además, está hablando muy rápido, no creo que sea su manera habitual de hablar, creo que me está probando.

—Habría sido mucho mejor que sí. —Resopla—. ¿Tienes algún *book* de fotos que me puedas enseñar? —Vale, oficialmente, estoy flipando con esta señora.

—No —respondo, intentando no sonar áspera, sin mucho éxito—. He viajado desde España, todo lo que tenía que demostrar ya lo hice antes de coger el avión, me gustaría poder hacer mi trabajo.

Igual me llevo una patada en el culo directa a la puerta de mi casa, pero no voy a dejar que nadie me pisotee.

—Puedes irte ya, Lidia —la voz rota de Clemente Bassani llena la habitación.

Ahí está, apoyado en el marco de la puerta, sostiene un cigarro al inicio de los dedos. Es una versión escuálida de Paul Newman, o cualquier otro actor del Hollywood clásico. Digo Newman porque me gusta mucho más que Brando, pero lleva la vestimenta de Stanley en *Un tranvía llamado deseo*.

—Me gustaría quedarme —responde ella.

—Y a mí no tener que discutir contigo. En la revista han cumplido, haz lo mismo. —Da una calada larga al cigarro, tapándose media cara—. Te llamaré cuando termine.

—Cuidado con lo que cuentas.

Se acerca a él y le besa en la mejilla con bastante familiaridad. Él le dedica una sonrisa amarga que bien podría significar: «Sí, mamá».

Lidia deja la vivienda y entre nosotros se instala un silencio que resulta físico, asfixiante. Hace demasiado tiempo que no hago entrevistas de este tipo. Tengo que pillar a Carmen y matarla, que no se me olvide luego.

—Disculpa, fue la primera que no estuvo de acuerdo en todas mis exigencias y yo creía que la revista no aceptaría. —Pues empezamos con muy buen pie si él no quiere que yo esté aquí—. Ponte cómoda, ¿quieres un café?

—Me vendría muy bien. —¿Qué digo? No debería aceptar. No debería, pero le sigo a la cocina mientras voy sacando la cámara. Él no habla, solo se mueve por una inmensa cocina que tiene aspecto de haber sido conservada desde principios del siglo XX. Disparo un par de veces mientras se mueve, consigo una buena foto de él estirado cogiendo el café de un estante alto. Se le marcan los músculos y la postura de bailarín.

—No está mal, tienes buen ojo —dice a mi espalda revisando la foto.

No sé cómo ha acabado ahí, pero ahora que le veo, puedo sentir su calor. Controlo, no sé muy bien cómo, una risa nerviosa que quería nacer en la boca de mi estómago.

—Voy a grabar, si no te importa —digo.

—A eso no me puedo negar —responde mientras inicia el ritual cafetero, con el cigarro, casi consumido, sujeto en el filo de los labios.

Pongo el teléfono a grabar sobre la encimera de la cocina y saco los papeles sobados que llevo en el bolso. Me las sé de memoria, pero tener las hojas en las manos me tranquiliza. Le observo un par de segundos, es más alto de lo que parece en televisión, también menos delgado, aunque las mejillas se le hunden en la cara. Se mueve por la cocina como si nunca hubiera dejado de bailar.

—¿Era muy exigente el *ballet*? —le espeto de golpe, sin anestesia.

—Muchísimo. —Se gira y se apoya sobre la encimera de mármol. No dice nada más. Esto va a ser difícil y yo estoy muy desentrenada —. Y muy incompatible con esto. —Alza la colilla entre los dedos y después la apaga.

—¿Más o menos que el *pole dance*? —Le arranco una sonrisa al instante. Me la contagia.

—Más, pero porque llegué al *pole dance* después, entonces el físico y el control del cuerpo ya lo tenía, solo tenía que entrenar otra

musculatura y aprender a cantar mientras lo hacía. También es muy exigente.

Vuelve a moverse por la cocina para coger tazas y cucharillas, es un espectáculo verle simplemente caminar. Quizá la camiseta de tirantes ayuda a la *performance*, a dejar ver cómo cada músculo de sus brazos se tensiona de manera distinta dependiendo del gesto que hace, pero voy a intentar, con toda mi voluntad, dejar de mirarle de esa manera.

Llena el depósito de la cafetera con el café y lo presiona con cuidado, con mimo.

—¿*Ristretto*? —me pregunta. Dudo si pedirle leche será una terrible afrenta, nunca terminé de entender el ritual italiano del café, solo que es casi una religión. Como la obligación de comerse las migas con cuchara en Almería o el arte del *socarrat* en Valencia.

—¿Cómo lo tomas tú? —Repito mi técnica de Erasmus de copiar a los locales.

—A estas horas, *macchiato.*

—Igual. —Vuelve a sonreír, está vez algo más, como si le estuviera gustando. Qué locura. Como si yo le estuviera cayendo bien, simplemente. Los surcos de sus mejillas se alargan bajo los pómulos marcados y la arista de la mandíbula se hace más evidente. Es insultantemente atractivo.

Pone ante mí un café cremoso, que huele a mañanas felices. Procedo a ponerme un par de cucharadas de azúcar y mientras muevo el líquido con parsimonia me doy cuenta de que estoy aquí para trabajar y para hacer preguntas, no para mirarle y sentirme en una nube.

—Has dicho que el tabaco era poco compatible con el *ballet*, ¿no lo es también con cantar? —Le arranco una carcajada irónica.

—Claro, mi foniatra me odia, pero, entre tú y yo —mira de reojo a mi teléfono con el micrófono de la grabadora puesto y suspira otra risa—, me da miedo que mi voz suene distinta si dejo de fumar. —Se encoge de hombros.

—Tampoco eres el primer bailarín que veo fumando.

—Ni será el último. El hábito viene de ahí, se dice que es por controlar el peso, yo empecé porque otros también lo hacían, como

hace uno todo en la adolescencia, ¿no? Tampoco quiero dejarlo, aunque quizá sí debería. Ahora me preocupa que otros adolescentes hagan lo que hacía yo, porque me ven fumar, como si yo tuviera alguna relevancia.

—Ninguna relevancia, porque esta entrevista es para la gaceta de mi pueblo.

Me sale solo, casi sin pensar. Noto cómo el rubor alcanza mis mejillas justo al emitir la última sílaba. Le escruto. No parece haberse ofendido, pero tampoco le ha hecho especial gracia.

—Tienes razón, pero vivo mucho más tranquilo pensando que nadie me ve.

Se muerde el labio inferior dejándolo escapar despacio, como si pensara algo. Es posible que yo tenga la boca un poco más abierta de lo aceptable.

Doy un sorbo de café, noto que no llevo el ritmo, en cuanto me contesta a algo me atasco y no soy capaz de seguir la conversación. A Carmen la tengo que matar antes de que los de la revista me maten a mí. Él también bebe, con el peso echado sobre la cadera izquierda y los dedos al filo de la taza. No quisiera mirarle tanto, pero resulta hipnótico. Siempre es difícil entrevistar a alguien a quien admiras —no es la primera vez—, por regla general, la persona terrenal se impone a la idealizada al instante. A veces llegan a decepcionarte. Sin embargo, aquí está Clemente Bassani, ha dicho cuatro frases juiciosas y se ha movido como si bailara en el Bolshói, y yo sigo obnubilada. Me siento tentada de abrir mi sobada hoja de apuntes, pero antes fotografío el siguiente sorbo de café. Mira por la ventana, yo no soy tan buena fotógrafa, es él.

—A ver —me dice con una sonrisa pícara, pero no intenta coger la cámara, cosa que agradezco. Camina flotando hasta ponerse de nuevo a mi espalda—. Estoy impresionado. No creía que mandaran a una sola persona que fuera capaz de entrevistar, hacer fotos y traducir en tres idiomas.

—Estoy llena de habilidades, soy la Mery Sue del periodismo —bromeo. Le miro a mi espalda mientras él sigue observándose en la pantalla de la cámara—. Si no te gustan las entrevistas, ¿por qué

has aceptado una de doce horas? —Se lo digo lo más suavemente que puedo, no quiero asustar al cervatillo.

—Porque la acepté hace mucho tiempo. —Sus ojos se clavan en los míos, a un palmo de la cara. La mirada oscura, casi completamente negra, me atraviesa—. Es lo que haces cuando firmas un contrato discográfico, cuando vendes muchos discos… Te vendes a ti mismo, y la manera de seguir trabajando en lo que más te gusta tiene como contraprestación tener que vender tu cuerpo. —Se ruboriza. Huye de mí al otro lado de la cocina.

—Suena sórdido.

—Es sórdido. Evidentemente no es lo mismo que… —Hace un gesto con las manos, creo que quiere decir «prostitución»—. Sería muy atrevido hacer esa afirmación, pero implica mucha exposición y compartimentar muy bien los espacios de tu vida. ¿Le has puesto a esto en algún momento un suero de la verdad? O quizá eres bruja.

—Obviamente la segunda. —Le arranco una carcajada.

No creo haber hecho nada en especial para que se sienta cómodo conmigo, pero es lo que está pasando. Tampoco voy a negar que suelo tener esa capacidad, por eso todo el mundo me recomendó hacer el máster de Periodismo después del de Traducción, por eso estoy aquí. De nuevo, la Mery Sue del periodismo. Que los demás no me vean como una amenaza es mi superpoder.

—Hay a quien le gusta vivir constantemente expuesto —añado. Ese es el camino, no puedo pasarme doce horas con preguntas y respuestas, esto tiene que ser una conversación.

—Yo creía que era de esos. Igual que piensas que te gustará ser actor porno porque te encanta el sexo y, como es tu trabajo y no eliges cuándo lo tienes y cuándo no, al final se convierte en un suplicio.

—¿También has sido actor porno? —bromeo, aunque no demasiado, puede que se me haya escapado algún detalle al elaborar el dosier.

—¡No! —Se ríe—. Es un ejemplo, supongo que será así. Cuando te obligan a hacer algo que te gusta, al final deja de gustarte.

Su cuerpo se relaja, aunque no termina de perder cierta línea, no se encorva, no se le cae la percha, pero sí se le ve más relajado, se

apoya en la encimera y deja de evitar mi mirada.

—Entiendo lo que dices. —Y yo sí lo entiendo referido al sexo, a pesar de que nadie me obligaba, ni me pagaban por ello—. ¿Te pasa también con la música, con el baile?

—Me pasó con el baile. —Da otro sorbo al café, como si pensara en lo siguiente que va a decir—. Pero no, no me pasa con cantar. A veces me pasa con la música, a veces no tengo ganas de oír nada, o de tocar nada, o de componer nada, sin embargo, ese día que estoy cansado de todo lo demás, acabo cantando, aunque sea en la ducha. Sigue siendo, a pesar de ser mi trabajo, a pesar de ser mi herramienta y tener que cuidarla, lo que más me relaja del mundo. Por eso quité el *pole* de los espectáculos, no quería estar obligado a cantar esa canción haciendo *pole* si no me apetecía, no quería tener que bailar lo mismo una y otra vez. —Mira al infinito mientras habla y aprovecho para hacerle una foto más, dejo el obturador abierto una milésima más para el segundo disparo y consigo una foto en la que las manos se ven difuminadas por el movimiento que hace al hablar—. ¿Puedo verla?

Ya se está acercando de nuevo a mí, antes de que pueda contestar, le cedo la cámara y la coge con sumo cuidado. Sonríe mucho al verse, creo que capta que está relajado, que está hablando como quiere. Quizá hacerle fotos le saque un poco de la dinámica conversacional; tengo que ser comedida, pero tampoco quiero perderme nada. Me devuelve la cámara. Quisiera preguntarle qué otras cosas le relajan, pero me resisto adrede para evitar la dinámica de preguntas y respuestas. Doy un trago largo al café, hasta casi apurarlo, y digo:

—A mí me relaja bucear. —Abre mucho los ojos.

—¿Con bombona?

—Con botella, sí. Vivo en una zona de costa, que es bastante cálida, bucear es agradable con un neopreno fino de abril a noviembre. Es una pasada.

—Debe de serlo, ni siquiera buceo a pulmón más allá de aguantar la respiración en la piscina a veces. Me gusta el mar, pero no soy… marítimo. —Echa un ojo a la pulsera de actividad que lleva en la muñeca y se sobresalta—. Deberíamos salir.

—¿Dónde vamos?

—Al mercado; si no vamos ya, nos vamos a quedar con el peor género.

Camino tras él por la casa, coge la cartera y las gafas de sol de un cajón del mueble de la entrada y salgo tras él. Caminamos en silencio por las calles estrechas y adoquinadas del Trastévere.

Lo que tiene Roma es que nunca te es ajena, forma parte de tu vida gracias a las películas, a la televisión… Son sensaciones que se suelen tener también en Nueva York, en Londres o en París. Sin embargo, Roma siempre es más familiar y, a la vez, sigue siendo hermosa, está sorprendentemente anclada en el tiempo. Especialmente en una zona como esta, donde todo es adoquín y todas las construcciones parecen haber visto siglos, las fachadas ocres y desconchadas, como si estuviera prohibido pintar.

—¿Qué vamos a comprar? —le pregunto caminando a su lado. Nadie parece verlo, camina ufano, en su ambiente.

—Querrás comer —me dice con una sonrisa de medio lado.

—En algún momento, sí.

La verdad es que me levanté de madrugada, llevo varios cafés en el cuerpo, uno de ellos a precio de oro en el aeropuerto, pero nada de sólidos. Inmediatamente pienso en carbonara y me tiemblan las rodillas. La última vez que comí una auténtica carbonara no era más que una niña perdida en un país extranjero que creía que lo sabía todo y no sabía nada.

—¿Vas a cocinar tú? —pregunto entusiasmada y enseguida recreo en mi cabeza la imagen de un pequeño y delgado Clemente, con la cara llena de harina, siendo educado en el arte culinario por su maravillosa *nonna*.

—Quisiera decirte que sí. Que cocino como debe cocinar un italiano, que conozco todos los elementos de nuestra maravillosa cocina y que me enseñaron mi madre y mi *nonna.* Pero estás en presencia del único italiano que no tiene *nonna*, por ninguna parte, ni madre que cocine. —Tengo la cabeza llena de clichés—. No suelo cocinar. Hubo un tiempo en el que me apañaba muy bien con latas; otro, en el que me pude permitir comer fuera a diario, y ahora, para

poder comer tranquilo y sin interrupciones, lo que hago es pagar a una excelente cocinera. Pero hoy me toca comprar a mí.

—¿Se te hace muy difícil hacer vida normal? —Nadie nos ha parado en todo el trayecto, quizá alguien lo haya reconocido, pero nadie nos interrumpe.

—Sí, a veces no es tanto, pero la perspectiva de que pueda pasar puede ser abrumadora.

Salimos a una vía más amplia, y se acaban los adoquines y las estrecheces. No hemos dado dos pasos cuando la gente empieza a girarse, como si hubiera reventado la burbuja de invisibilidad que nos rodeaba. Grupos de chicas hablando en distintos idiomas susurran su nombre, otras directamente le llaman. Él saluda, lanza besos, da las gracias y se pone tenso como un palo. Le conozco hace menos de una hora y, aun así, me resulta evidente que, aunque es increíblemente amable, también está increíblemente incómodo.

Me recuerda a una situación con un actor, hace varias vidas, en uno de los poquísimos *photocalls* que he hecho: era maravilloso, posaba como si fuera algo natural en él, la compañera de mi lado consiguió que se acercara, vino con su mejor sonrisa, y ella en lugar de preguntarle por la película que presentaba le preguntó por una relación sentimental que se rumoreaba en las revistas. Él contestó con evasivas, siendo muy amable y con una sonrisa peculiar. Desde entonces, cuando le veo por televisión en los eventos, sé que esa sonrisa encantadora y característica es su máscara cuando está profundamente molesto.

Pienso en los cambios casi imperceptibles que hace el cuerpo cuando no estamos cómodos, y, de repente, a Clemente le pide una foto un grupo de españolas. Parecen de viaje de estudios. Él se para y se fotografía con ellas. Una comenta con nuestro característico acento gritado: «No creo que sea su novia, es demasiado vieja». La miro sin decir nada, con una sonrisa de medio lado, que ellas solitas rellenen los huecos. Controlo una carcajada cuando otra le dice: «Tía, creo que te ha entendido».

Le saco a Clemente la friolera de siete años. Siete años más que él, aproximadamente veintiuno a esas muchachas. No me siento

vieja, pero tengo claro que, en el mundo al revés, sería muy posible que una chica de treinta años caminara por la calle con su novio de treinta y siete y nadie diría ni mu. Por no hablar de valorar a alguien en base a su pareja. Me gustaría pararme y hacerles ver que ese comentario es puro machismo, porque juzgar a otras mujeres por su aspecto, o por su edad, o por las relaciones que tienen o no, es machismo; pero aprieto los puños cuando Clemente se desembaraza de ellas y sigo mi camino, como siempre.

—¿Qué te han dicho? —me pregunta divertido.

—No, a mí nada. Los españoles, ya sabes: hablamos muy alto y tenemos muy poco cuidado cuando creemos que los demás no nos entienden. —Es posible que esté un poco más enfadada de lo que debería.

—Seguro que era mentira. —Pasa el dorso de sus dedos por mi antebrazo desnudo y me reconforta al instante.

—Sí y no. —Le miro. Abro la boca para explicarle qué han dicho, pero en lugar de eso me nace en la nariz una risa irónica.

—Venga, dímelo. —Sonríe de lado a lado, es jodidamente encantador.

—Dicen que no puedo ser tu novia, porque soy demasiado vieja.

—Eso es tremendamente machista. —Me alegra que se dé cuenta.

—Lo es. Y, sin embargo, sabiendo que es machista y absurdo, no dejo de darle vueltas a que es verdad: no solo demasiado vieja, demasiado fea, demasiado gorda, demasiado… —Agito las manos.— Tienes mucho patriarcado en la cabeza. Me sorprende, creía que en España estabais muy avanzados en feminismo como para que alguien tan joven valore a otra mujer no solo por su físico, sino por quién podría ser su pareja. —Se encoge de hombros—. Por otro lado, y siendo consciente de que soy machista, yo ganaría más que tú si…

Me giro para mirarle, no sé cuál es su expresión detrás de las gafas de sol de aviador, pero tiene una sonrisa de oreja a oreja que hace que le suban los pómulos y se le marquen más las facciones. ¿Eso es rubor? ¿Acaso es posible que un hombre así se ruborice? Quisiera morderle y, para evitarlo, bajo mis defensas y sonrío como él.

—Así que bailarín, cantante y mentiroso.

—¿En qué he mentido? —No le miro para evitar que vea que estoy roja como un tomate, puedo fingir que miro al Tíber, que ahora cruzamos, por encima de la *isola* Tiberina.

—En todo. —Seguramente solo intenta hacerme sentir cómoda, pero es mentira. Es mentira. Es. Deja de sonreír, Silvia.

—Soy muchas cosas. Además de bailarín y cantante, también soy modelo y despistado; fanfarrón, narcisista incluso. Pero mentiroso no soy, mucho menos si quiero halagar a alguien que… —Se frena. Ahora es él el que mira al Tíber.

—¿Que qué? ¿Que quieres que te haga una entrevista favorable?

—Justo eso. —Volvemos a mirarnos. Sin razón alguna, hay dos tomates avergonzados sobre el Tíber.

Caminamos un par de minutos más en silencio, nos internamos en la Roma de la otra orilla y me dejo guiar por él. Aprovecho el trayecto para adelantarme un poco o quedarme atrás y hacerle alguna fotografía. Simplemente camina, pero no pierde la línea, flota sobre los adoquines de Roma hasta que llegamos a Campo de' Fiori. Alrededor de Giordano Bruno se alzan sombrillas y puestos llenos de productos variados, una explosión de color entre la Roma de tonos ocres, entre todos los puestos pasa desapercibido el *palazzo* Farnese. Algunos susurran a nuestro paso, pero la mayoría nos ignoran. Una frutera se dirige a él por su nombre y le dice que los melocotones están a muy buen precio. Me parece una descarada hasta que él contesta llamándola también por su nombre, y diciéndole que todavía le quedan de la semana pasada, que hoy le toca a otros tenderos. Ella sonríe y seguimos nuestro camino. Recalamos en una quesería, espero expectante, quizá pueda adivinar qué vamos a comer dependiendo de la variedad de queso que pida. El tendero también le conoce, le ofrece un par de quesos para probar y yo aprovecho para robar alguna instantánea. Se deja querer por el quesero, o por los quesos, y se lleva algunas variedades, así que me quedo con las ganas de adivinar el menú.

Seguimos caminando entre los puestos, no quiero que pare, no me gustaría hacer una sesión en mitad de la gente, se arremolinarían y él perdería la comodidad que ha recuperado, así

que voy intentando capturar alguna imagen, para no perder todos los colores que tenemos alrededor, pero no me paro a comprobar si me han salido bien, confío en que sí.

Acabamos el periplo en una carnicería, donde ya tenían el pedido apartado. De nuevo pierdo la oportunidad, mientras que mi estómago empieza a rugir. Rehacemos el camino.

—Pensé que lo de hacer la compra era algo puntual.

—No, vengo todos los miércoles. —Por eso no es del todo ajeno a la gente y le respetan, supongo.

—¿Por algo en particular?

—Todo el mundo necesita tiempo libre. No me parece bien que Giada esté a mi disposición tantas horas con todo el esfuerzo que hace, así que los lunes y los fines de semana los tiene libres y los miércoles solo viene a preparar la comida. Y me costó, yo quería darle los dos días libres, pero es como una *nonna*, y le da miedo que me muera de hambre. —Sonríe con mucha ternura.

—¿Cómo te apañas para comer esos días?

—Pido a domicilio y me dejo invitar en casas de amigos, alguna vez hasta intento cocinar.

—¿Y tu madre?

—En Mallorca. La verdad es que no tenemos mucha relación, nos queremos en la distancia.

—¿Y tu padre? —Noto que he metido la pata al instante, se tensa, deja de estar cómodo.

—Ni lo sé ni me importa —contesta muy seco.

—Perdona. Puedes no contestar o… mandarme a la mierda. —Se relaja un poco y me mira bajando las gafas.

—No podría hacer eso, Silvia. —Sube las gafas—. Es tu trabajo y, aunque no lo fuera, entendería la curiosidad. ¿Te lo puedo contar *off the record*? ¿Puedo confiar en ti? —Le muestro el teléfono y cómo pauso la grabación—. Mi padre pasaba por mi vida de manera intermitente, era un niño y no entendía por qué, nadie me lo había explicado. Lo único que sé es que cuando estaba con nosotros mi madre se volvía completamente inestable: tenían unas broncas tremendas, él le soltaba un par de hostias y se iba. Al poco me llegaba un gran regalo y pasaba mucho tiempo sin aparecer. Mi

madre se dedicaba a trabajar como una mula, y el poco tiempo que tenía no solía ser para mí. Tampoco entiendo cuál fue su situación, otra vez porque nadie me lo explicaba, pero siempre he sospechado que yo era un estorbo para ambos. —Paso las yemas de los dedos por su antebrazo desnudo, intentando reconfortarlo, como él hizo conmigo hace un rato—. Son cosas que pasan, pronto el *ballet* ocupó todo mi tiempo, tuve otras fuentes de afecto: amigos, madres de amigos… Tengo una red fuerte que me mantiene con los pies en la tierra. Tengo otra familia distinta a la que se supone. —Sonríe mudando la cara de amargura que le estaba poniendo esta conversación.

—¿Me dejas decir que tienes una red fuerte, que te mantiene con los pies en la tierra? Sin nombrar nada más, por justicia para ellos —le digo con la voz más melosa que tengo y él asiente con la cabeza.

—Te presentaré a algunos luego. Tenía mis dudas, pero creo que te apañarás con un montón de gallos cacareando en italiano.

—Yo creo que sí.

Nos sonreímos y terminamos el camino en un cómodo silencio.

Al entrar en la casa nos recibe sentada en el mueble de la entrada una chica jovencísima, aparenta alrededor de dieciséis años, tiene una pierna sobre el sofá y apoya un pie descalzo. Cuando nos oye llegar alza la mirada verde, encuadrada en una melena rubia ondulada.

—¡Mamá, han llegado! —grita. Acto seguido se acerca a Clemente, que la acoge en sus brazos y temo que la rompa como el palillo de dientes que es.

—No esperaba verte. —La besa en la sien cuando se separan, mientras ella me escanea.

—He salido antes, ha faltado el de mates.

—Ella es Silvia Miranda, es periodista, así que sé discreta. —Se dedican una mirada cómplice y juguetona—. Te presento a Cristina, es hija de Giada, y un pequeño demonio.

—¿Quién, yo? —La chiquilla se ofende mientras todos nos acercamos a la cocina.

—Claro que tú. Seguro que a tu madre la has engañado con que ha faltado el de mates porque ella no sabe que a última hora tienes

francés —le dice él en un susurro, para seguir guardando su secreto.

—Estás muy pendiente de mi vida, ¿no te parece? Es muy feo que los hombres de treinta sepan dónde van las niñas de trece.

Tengo el radar de la edad totalmente roto, claro que el *crop top* y el *bralette* de debajo me han confundido un poco.

—Solo te he escuchado quejarte de la profesora de Francés… ¿un millón de veces? —Se choca con ella justo antes de entrar en la cocina, la chiquilla se queja, pero también se divierte.

En la cocina, una mujer robusta y curvilínea busca algo en el frigorífico, se gira al oírnos entrar y empieza a protestar sobre la actitud de su hija cuando me ve. Tiene la misma mirada que su hija, aunque ella es morena, con el cabello algo revuelto y un rictus pacífico, tendrá más o menos mi edad.

—Perdón, no sabía que usted estaría ya aquí. —Le sonrío y me acerco a ella para estrecharle la mano.

—Silvia Miranda, usted debe de ser Giada.

—Balbi, Giada Balbi. —Sonríe también—. Disculpe a Cristina, espero que no haya dicho nada inapropiado —dice dirigiendo la mirada por encima de mi hombro, para que Clemente dé el visto bueno al comportamiento de la niña.

—No le ha dado tiempo. —Se acerca a Giada y la besa, también en la sien.

Le tiende las bolsas y ella nos echa de la cocina, no sin antes animar enérgicamente a su hija a que se quede allí en lugar de revolotear por el salón.

Nos sentamos en el sofá, cada uno en una esquina. Me parece un hombre completamente distinto al que he conocido hace un par de horas. En poco tiempo he descubierto cómo se mueve cuando está tenso, cuando está incómodo y, ahora, cuando se siente seguro y tranquilo. Son cambios sutiles, pero a la vez parecen tres personas distintas.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja para ti? —Arruga la nariz en cuanto termino la pregunta.

—No, hará un año o así.

—Hay mucha familiaridad entre vosotros.

—Es que Giada es la hermana mayor de uno de mis amigos del instituto. La mitad de los días su madre me adoptaba desde la hora de comer hasta que tenía que volver a casa, si volvía. Su hermano sigue siendo mi amigo, pero ella es mi hermana mayor, así lo siento, no sé si para ella es igual.

Cristina sale de la cocina gritando algo que no termino de oír, con un par de copas de vino en la mano y un plato de queso en la otra, e irrumpe en nuestra conversación. Deja las cosas frente a nosotros y se sienta entre los dos, mirándonos alternativamente, con una sonrisa digna del Grinch.

—¿Todo lo que diga puede que se publique? —me pregunta maliciosa.

—Tendría que ser algo muy muy jugoso —le digo imitando su tono —, porque tengo la grabadora apagada y muy mala memoria, así que tendría que ser un bombazo.

Miro a Clemente de reojo, que parece complacido con mi respuesta, o con el tono de la conversación, no lo tengo claro.

—¿Quieres saber lo que tiene tatuado en el culo? —contesta coronando la pregunta con una risa digna de una bruja de dibujos.

—¡Pero cómo sabes tú lo que tengo tatuado en el culo!

—En realidad lo sabemos todos —digo riendo—. Saliste desnudo en la portada de *GQ*.

—Es verdad, se me había olvidado por completo.

—Yo no he visto esa portada —anuncia Cristina.

—Porque en la edición italiana salía con un traje cruzado. Pero dime, Cristina, ¿cómo sabes lo que tengo tatuado en el culo? ¿Voy a tener que poner cerrojos por la casa?

La chiquilla le mantiene la mirada sonriendo. Él tenía razón, es un poco demonio.

—Lo sé… Y ya…

—Cristina… —Él muta su expresión—. Silvia es periodista, puede interpretar que me has visto en situaciones íntimas donde estaría muy mal que estuviéramos envueltos juntos, ¿lo entiendes? —Parece realmente preocupado de que se pueda interpretar así y ella lo entiende al instante.

—Me lo ha dicho el tío Matteo. Se hicieron el tatuaje juntos cuando tenían dieciséis años.

—¿Aquí te dejan tatuarte con dieciséis años?

—Si dices que tienes dieciocho, sí. No era un tatuador muy serio. —Los dos nos reímos.

—¿Y fue una buena idea?

—Uy, terrible. —Mira a Cristina—. Siempre te arrepientes de lo que haces con dieciséis años, tendríamos que haber esperado un par de años más y haber ido a que nos tatuara alguien responsable que no tatuara a menores. —Finge francamente mal.

—El tío Matteo dice que es el mejor tatuaje que tiene.

—Bueno, eso es porque… porque lo es. Es el mejor tatuaje que tenemos los cuatro que fuimos a hacérnoslo. ¿Quién se iba a arrepentir nunca jamás de tener a Raffaella tatuada? Además, es un diseño genial.

Recuerdo el tatuaje, me llamó mucho la atención ver un diseño sencillo de Raffaella Carrà con aquel gesto con el que arqueaba por completo la espalda, que parecía partirse por la mitad y el brazo sobre la cabeza. Lo que yo no habría elegido es el culo, pero sin duda es un tatuaje del que es muy difícil arrepentirse.

—Tengo que hacerlo, no estoy grabando, pero ¿por qué ahí?

—Porque teníamos dieciséis años; a todos les habrían matado de tatuarse un brazo. Quizá yo me hubiera librado, pero todos nos lo hicimos en el mismo sitio. —Se encoge de hombros—. La echo de menos.

—Yo también —admito—. Es raro, pero era de esas personas que dejan un hueco en el espacio-tiempo. —Clemente asiente con una sonrisa amarga.

—¿Cómo quién más? —me pregunta Cristina, recordándome que está ahí, en mitad del camino que hay entre Clemente y yo.

—Pues… depende de para cada persona, supongo. Yo echo de menos verla de vez en cuando en algún especial de la tele o siendo entrevistada por cualquier tema. Supongo que, en su momento, Martin Luther King dejaría un hueco muy grande en la sociedad americana, especialmente en la sociedad afroamericana. Yo echo de

menos a algún político español, no a demasiados. Al final a gente que te sirve de guía.

—A mí me pasa con mi abuela —añade Cristina algo tristona.

—Claro, lo normal es que nos pase con nuestros familiares. Tiene un poco menos de lógica cuando pasa con alguien famoso que no conoces de nada, sin embargo, pasa, especialmente cuando esa gente trasciende su campo. Raffaella era una fuerza de la naturaleza que no solía tener miedo a dar su opinión. Era difícil ver a alguien tan natural en televisión.

—Mi sueño era bailar para ella y cogerla en el aire, como hacía en sus coreografías. Era perfecta.

—¿Tienes hijos? —Cristina me hace esa pregunta tan a traición que siento el puñetazo en el estómago como si me lo hubiera dado Mike Tyson.

—Eso no se pregunta, Tina —la regaña Clemente.

—Vale, ¿estás casada?

Recupero el aliento justo a tiempo para reírme de su insolencia.

—No. Ninguna de las dos.

—Eres mayor. ¿Qué tienes? ¿Cuarenta?

Pero y la mierda de niña esta…

—Se ve que me conservo mal, porque no es el primer comentario del día en ese sentido —capeo como puedo.

—Tina, te voy a echar a la cocina. Esas cosas no se preguntan. No aparentas… No eres… No… —Clemente decide callarse a medida que el rubor llega a sus mejillas.

Noto la cara arder, pero aguanto.

—No pasa nada, al fin y al cabo, yo te he hecho muchas preguntas, no me importa dar algo a cambio. Es cierto que soy mayor, pero solo tengo treinta y siete.

—Ah, como mi madre.

Asiento y me alivia ver que todavía no me he quedado ciega.

—No estoy casada, ni tengo pareja, pero lo he estado. No tengo hijos, no puedo tenerlos. —Y aquí estamos, nombrando la infertilidad por enésima vez, como la mayoría de días de mi vida.

—Claro, si no tienes pareja, ¿cómo los vas a tener?

—Tina… Ve a la cocina. —Clemente se pone tan serio que creo que me ha hecho cosquillas en el útero, a pesar de la conversación.

—Pero… —Me mira, pero me ha perdido como aliada.

—Ahora. —Está tan mal a tantos niveles que me guste verle dar órdenes…

La chiquilla se levanta de mala gana y vuelve a la cocina. Clemente recorre la mitad del camino entre nosotros y apoya una mano en mi pierna.

—Perdona, a veces tiendo a tratarla como a una adulta y se me olvida que no lo es.

—No es algo de lo que me moleste hablar, de verdad, pero que me llamen vieja dos veces en un día, tengo que admitir que me escuece. —Me esfuerzo en sonreír.

—Bueno, cuarenta no es ser vieja, pero… es una niña, piensa que todo el mundo tiene cien años.

—¿Qué ha sido el titubeo de antes?

Me mira de soslayo con los ojos oscuros y me remueve un poco más.

—No está bien opinar sobre el físico de los demás. No está bien decirte que aparentas diez años menos de los que dices tener.

—Los que digo tener. —Me río.

—No he visto ningún documento que lo acredite. Tú estás trabajando, seguramente si no fuera así no me harías preguntas, así que no tengo ningún derecho a saber nada de ti, nada que no quieras contar, así que, por favor, disculpa a Tina y a mí.

—¿A ti por qué?

Se encoge de hombros.

—Por tener curiosidad.

—Es mi trabajo, pero también tengo curiosidad personal. Te admiro, si no me hubieran llamado a mí para hacer esto, habría leído la entrevista. Si tienes curiosidad, satisfácela. Será mejor para ambos que esto sea una conversación de igual a igual que un interrogatorio.

—Hay interrogatorios que están muy bien. ¿Has leído a Beatriz Dorado?

Me da la risa.

—Sí. ¿Sabes que somos de la misma ciudad?

—¿Sí? ¿La conoces?

—No, Almería es muy pequeña. Conozco a gente que la conoce, pero yo me fui a estudiar fuera, así que no coincidí con ella en la zona de marcha ni nada. Quizá alguna vez nos viéramos. Bueno, seguro, en alguna feria. Me gusta lo que escribe. ¿Te gustan sus interrogatorios?

—Sí, pero no creo que los espías sean siempre tan sexis. —Vuelve a ponerse colorado.

—No, no lo creo. Es curioso. Una vez conocimos a un italiano en una excursión, un tipo que andaba por Roquetas, se nos ocurrió preguntarle si conocía a Laura Pausini. Ahora me acuerdo y me parece absurdo preguntarle a alguien si conoce a otra persona solo por vivir en el mismo país, pero para nosotras, viviendo en una ciudad pequeña, tenía todo el sentido preguntar si dos personas que habitan el mismo espacio político se conocen.

—Yo sí conozco a Laura. —Nos da la risa.

—Bueno, aquel tipo decía que también, pero claro, se estaba quedando con aquellas niñas de diez años.

—¿Te gusta Laura Pausini?

—¿Tenía yo alguna posibilidad de que teniendo diez o doce años no me gustara *Se fue*? No podría haber escapado de aquella canción ni queriendo.

Tengo la sensación de que la distancia entre nosotros se ha acortado otro puñado de centímetros. Como si yo fuera un dibujo animado, que andaba y acaba de ver que tiene el precipicio bajo sus pies, tengo la inexorable sensación de que voy a caerme y eso hace que mi corazón se acelere. Me cojo una mano con otra para que no me note temblar, cosa que pasará en breve.

—No quiero ser indiscreto… —Sé hacía donde va la conversación y eso me relaja, porque puedo dejar de fijarme en sus pómulos y ponerme seria. Volver a tierra firme.

—¿Quieres saber por qué no puedo tener hijos? —Uso un tono clamado, poco amenazante, casi didáctico. Él asiente—. Lo cierto es que no lo sé. Hubo un tiempo, mientras estuve casada, que lo

intentamos y no pasó, nos hicieron pruebas y todo era normal, es lo que se llama una infertilidad de origen desconocido.

—Eso no quiere decir que… Perdona…

—No, sigue, pregunta —le animo, y si tiene que sentir lástima por mí, que la sienta, aunque no creo que lleguemos a ese punto.

—¿Eso no quiere decir que no hay ningún problema y sí podrías tener hijos?

—No, sigo siendo infértil, eso no quiere decir que no pueda tenerlos del todo, pero después de seis tratamientos, sospecho que es bastante difícil, aunque no sepa la causa.

—Podría ser problema de él.

—Nada lo indicaba, pero al poco de divorciarnos su nueva pareja se quedó embarazada, así que… —Me encojo de hombros—. Está bastante claro. —Y ahí está, la mirada de lástima, así que sonrío, enterrando el grano de amargura que todavía habita en mí—. Los dos tomamos la decisión de no seguir intentándolo, hay un tiempo determinado que cada uno puedo dedicar a una empresa tan difícil, y lo cierto es que nuestra mecha era bastante corta. Fue después de aquello cuando nuestros proyectos de vida cambiaron, y nos dimos cuenta de que los últimos años nos había unido esa búsqueda, pero que habría sido terrible tener un hijo en un matrimonio en el que, en realidad, hacía tiempo que se había acabado el amor.

Me dejo caer en el sofá, no suelo soltarlo todo de golpe, me siento como después de vomitar todo el alcohol de la noche anterior.

—Gracias —dice recostándose él también—. Por compartirlo conmigo. ¿Siempre es así? ¿Siempre das algo de ti en las entrevistas?

—Qué va. —Me da la risa—. Hace siglos que no hago entrevistas a pie de calle, que son un poco más complicadas; los últimos años me he dedicado a entrevistar para biografías. En esos casos, la gente suele estar encantada de hablar; es más, hay algunos a los que yo solo les sirvo para tener a alguien a quien decírselo.

—¿Escribes biografías?

—No, solo recopilo información, algunos biógrafos me usan porque dicen que la gente se siente cómoda hablando conmigo.

—No sé qué les habrá hecho llegar a esa conclusión. —Sonríe socarrón.

Así me encuentro, en casa de Clemente Bassani, recostada a su lado en el sofá, sonriendo como una boba y sintiéndome mejor que en los últimos tres años.

Giada asoma la cabeza por la puerta de la cocina:

—No quiero interrumpir —dice—, pero la comida está lista.

—Vamos. —Clemente se levanta de un salto, como si fuera un acróbata, me palmea la pierna en el mismo gesto.

—Estoy deseando saber qué es, he intentado adivinarlo, pero me lo habéis puesto muy difícil.

Entramos en la cocina y la mesa está servida en una esquina, para cuatro. Empiezo a entender cómo son sus relaciones familiares elegidas. Dice no tener una estructura familiar típica, y, sin embargo, ha buscado la manera de fabricarla. Algo me dice, por la familiaridad que hay entre ellos, que Giada habría venido a hacerle de comer todos los días sin cobrar.

—¿Me dejáis que haga algunas fotos? No tienen por qué salir publicadas, después se las daré a Clemente.

—¡Sí! —exclama él con alegría—. Casi no tenemos fotos juntos, pero tienes que salir tú, Silvia.

Me sorprende su ofrecimiento a aparecer en las fotos con su pequeño núcleo. Me siento, por un momento, parte de él, así que preparo la cámara y la dejo en la encimera, para tomar un par de fotografías programadas y después les robo otro par cuando ya se sienten a salvo del objetivo. Le tiendo la cámara a Clemente para que las revise.

—¡Eh! Estas son robadas. —Sonríe de oreja a oreja mirando la pantalla—. ¿Qué te parece, Giada? ¿Dejamos que las publique?

—Ay, no sé… —contesta ella.

—Si me lo permitís, prefiero no publicar fotos en las que hay menores de edad.

Ambos adultos sonríen, Cristina no parece estar de acuerdo, pero no protesta.

Resulta que la comida es una carbonara como Dios manda, con su huevo, su *guanciale* y su parmesano. Casi se me saltan las lágrimas

y el botón de los vaqueros. Parloteamos sobre mi Erasmus en Florencia, los exámenes de Historia de Cristina y los vestidos y trajes que Clemente llevará en la gira que empieza el mes siguiente. Si fuera por la chiquilla, él iría semidesnudo siempre. Lo dice con total naturalidad, son familia, pero sospecho que hay algún tipo de *crush* por su tío postizo, del que no hablará hasta que pasen veinte años. Me olvido durante un rato de mis vidas pasadas y la presente, deseo que me adopten y comer así de rico todos los días, pero sobre todo deseo que alguien me lance sonrisas como las que me lanza Clemente. No voy a analizar demasiado lo que está pasando, porque estoy trabajando, pero es agradable sentirse así otra vez.

Capítulo 2

ESA SENSACIÓN DE VACÍO EN EL ESTÓMAGO QUE DEJAN LAS DESPEDIDAS

Creo que podría salir rodando de Roma, directa al puerto, y desde allí flotar hasta Almería. Bueno, flotar no, no creo que mi estómago lleno de *guanciale* tenga la capacidad de flotar. Me recuesto en el sofá con cuidado de no desbordarme de carbonara y *panna cotta*. Clemente se recuesta a mi lado, ¿dónde habrá metido toda la comida? Yo creo que hemos comido lo mismo y él sigue siendo grácil, escuálido y con sus mejillas hundidas, mientras yo me siento como una morsa. Enciende la televisión y me mira mientras explora el catálogo de Netflix, distrayéndome de cotillear su lista o sus sugerencias.

—No parece que ahora tengas muchas intenciones de hacer fotos —se ríe de mí.

Yo alargo la mano hacia la mesa, donde está la cámara, pero no llego, y es bastante peligroso que me mueva. Estiro la mano lo máximo que puedo, si me concentro, quizá consiga que la cámara levite hacía mí. No lo consigo, seguramente porque tengo el cerebro lleno de pasta y huevo. Es por eso, no porque yo no tenga la capacidad de la telequinesis. Clemente sí puede moverse, así que se alarga hasta llegar a la cámara. Es increíble como se mueve, me quedo maravillada por la delicadeza de sus movimientos. Me sorprendo aún más cuando aprovecha mi debilidad para disparar la cámara y captarme cual Jabba el Hutt. Con suerte, no habrá enfocado y seré indistinguible de una oruga gigante. Mira su obra y curva los labios hacía abajo, encogiendo los hombros, no parece del todo decepcionado con lo que ha hecho. Me deja la cámara y le disparo antes de mirar nada.

Casi parece una foto íntima, desde abajo, mirándome con ternura, ¿por qué esa ternura? No lo sé, supongo que porque soy una divorciada infértil de mediana edad. Se cuela junto a mí y apoya la

cabeza en mi hombro, no vaya a ser que yo tenga una foto que él no haya analizado en profundidad. Intento mirarle, pero desde esa distancia solo alcanzo a ver la nariz, levemente aguileña.

—Esta no va a salir, ¿no? —Alza la cara y sus ojos verde oliva se clavan en los míos, noto cómo el calor sube de mi pecho a las mejillas.

—¿Por qué no? —intento envalentonarme.

—Porque parece otra cosa —Se muerde el labio inferior. Una risa suspirada me sale por la nariz, convencida de que solo está jugando conmigo.

—¿Qué cosa? —Yo también me muerdo el labio inferior, como si fuéramos iguales en este juego y yo pudiera turbarle lo más mínimo.

Para mi sorpresa, sus ojos se desvían a mi boca y sus mejillas se tiñen de rojo, se separa de mí. Creo que me he pasado, él tiene permitido jugar, tiene que sentirse cómodo, yo sigo trabajando, aunque se me olvide. Hago como que todo esto no ha pasado y voy a mi foto. Tampoco es publicable, ahí estoy, menos enorme de lo que pensaba, con una postura más favorecedora de lo que cabría esperar de alguien recostado y aparentemente feliz. ¿Hacía cuánto tiempo que no veía esa felicidad en mi cara? Quizá esta es otra Silvia, una que no arrastra penas. Suspiro y dejo la cámara.

—Debería volver a grabar —digo.

—Sí, sería lo mejor —contesta incómodo, espero que sea pasajero.

Hago por moverme y poner el teléfono a grabar de nuevo. Es como volver a empezar, romper la tensión otra vez. Estaba yendo bien, en realidad tengo material de sobra para escribir un reportaje bonito, pero eran doce horas, aquí seguiré hasta las diez de la noche, pase lo que pase. Respiro hondo intentando desbloquearme y no soltar una pregunta impertinente o demasiado directa.

—¿Por qué te vistes siempre con ropa femenina? —Como esa.

Me arrepiento al instante, me aturullo, intento dar marcha atrás, pero él posa la mano en mi pierna y se dispone a contestar.

—Porque es mucho más bonita. —Se ríe y me hace reír a mí. Vamos bien.

—No quería preguntarlo así, en realidad…

—No es ropa femenina, eso es, pero sí. —Ahí vuelven esos surcos de sus mejillas y la fila de dientes—. Creo que cualquiera podría contestar por mí: me gusta que me miren, y que hablen de mí, y provocar, así que no hay convicción, me visto así para que me vean. —Se encoge de hombros.

—Vale, Clemente —digo despacio y ligeramente grave—. Ahora, de verdad.

Pestañea despacio y vuelve a sonreír, parece que estoy engrasando esta conversación debidamente y ya nadie se acuerda del coqueteo más patético de la historia.

—De verdad es que me coarta lo de siempre. ¿Cómo viste un cantante de éxito? Beyoncé lleva unos monos ceñidos y brutales, me gusta lo que los tacones hacen con mi cuerpo y me muevo bien con ellos, es estética. Y no es femenino, pero tampoco es masculino y me siento bien en ese intermedio en el que puedo llevar una camisa de encaje y ser yo. —Entrecierro un ojo, algo no me está contando. No necesito preguntar, lee mi gesto—. De acuerdo, me gusta cabrearlos. Lo que más me gusta de todo es que haya un montón de imbéciles, machistas, que tienen una idea concreta de la masculinidad, en la que hay que cumplir con unos cánones, estéticos y de comportamiento, y ver cómo un porcentaje alto de las mujeres que me ven me desean yendo con una falda de colegiala, mientras que ellos se matan en el gimnasio para llevar un vaquero ajustado y ni les miran.

—Eso es porque el canon de belleza masculino también lo configuran los hombres. La idea del hombre musculoso y rudo como fantasía es más una fantasía masculina que femenina.

—Eso es. Tampoco es que mi estética sea frágil, creo que es bastante ruda. De verdad que no creo que llevar unas botas de tacón sea femenino, pregúntale a Luis XIV. Sinceramente, no lo entiendo, no sé por qué mi sombra de ojos es tan provocativa cuando ya hemos tenido a Bowie y Steven Tyler y… Es absurdo pensar que yo estoy reinventado el *glam rock*, cuando además no soy el único de mi generación que lo hace. —Respira hondo—. Y los tacones me hacen unas pantorrillas que flipas.

Los dos nos reímos. Tengo la sensación de que él está tan empeñado en tener una charla tranquila como yo. Al principio temía que, teniendo en cuenta sus exigencias, no me permitiera indagar, no sería la primera vez que me pasa.

—¿Cómo llevas eso de que te deseen? —Vuelvo a usar un tono pausado y sedoso. Me mira de soslayo con una sonrisa de medio lado, seguramente sabiendo lo que provoca.

—Depende. —Hace un gesto con toda la cara, soltando la pose de conquistador—. Tengo que admitir que me gusta que griten mi nombre en los conciertos, con cierto tono específico. —Me pregunta con las manos si lo entiendo y asiento—. Podría decir que para mí es más fácil encontrar pareja ahora, pero sería mentir, no soy de esas personas que son atractivas porque están encima de un escenario.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que mi atractivo no está influenciado por el escenario, quizá sí, pero no lo estaba. No soy ciego. —Emite una carcajada nerviosa—. Esto va a sonar fatal. Trátame bien, por favor. —Pone cara de perro apaleado y vuelve a tocarme la pierna. Asiento —. Sé que soy guapo, lo sé y además sé cómo sacarme partido, y no me refiero al maquillaje o los tacones, me refiero a… —Hace un gesto con la mano y se le marcan todas las fibras del antebrazo, es un gesto elegantísimo y a la vez terriblemente provocativo.

—Sabes moverte. —Asiente, tapándose media cara con la mano, está muerto de la vergüenza.

—Nunca, jamás, he tenido dificultades para ser deseado. Suena muy narcisista. ¿Lo puedes borrar?

—No es necesario, Clemente. Cuéntame el contrapunto, que sé que está ahí.

—El contrapunto es que soy un objeto. Madre mía, el drama del pobre chico al que tratan como si fuera una cosa, cuando a vosotras os pasa sin ser famosas. Pero ese es el contrapunto, dejar de ser una persona deseada, para ser un objeto de deseo. A veces me cuesta distinguir quién ve a Clemente y quién ve a la imagen de los videoclips.

Me planteo a quién veo yo. Claro que sé que es una persona, me incomodó como le trataron las fanes en la calle, y entiendo lo que

dice, pero quizá todo este cosquilleo esté producido por la imagen que tengo de él y no por él mismo. Ha sido casi inmediato al verle, y es posible que haya caído en la trampa de estar proyectando en él algo que no existe.

Ahora mismo parece tan vulnerable que no me atrevo a hacerle otra foto, aunque sería maravillosa, con él colorado como un tomate encendiendo un cigarro. Tiene cientos de fotos fumando, no necesita otra más.

—¿Por eso no tienes pareja? ¿No te fías de que te quieran por ti mismo? —Vuelvo a arrepentirme de la pregunta, aunque me mira divertido.

—¿Quién te ha dicho que no tengo pareja? —Ahora soy yo la que está colorada y además un poco decepcionada. No tengo razones para estarlo, pero es lo que hay. No es ese tipo de entrevista, no tenía que haber preguntado en primer lugar y no voy a ahondar en el tema.

—Nadie, lo he supuesto. —Me crezco un poco, mi intuición en estos casos suele ser acertada, supongo que lo que está es afeándome la pregunta amablemente—. No es el tema de la entrevista, no debía haber preguntado.

—¿*Off the record*?

—*Off the record*. —Me estiro y cojo el teléfono para apagar la grabadora.

—No tengo pareja porque no me implico emocionalmente con nadie. No soy capaz de iniciar nada sabiendo que la semana que viene puedo estar en Pekín. No me lo permito a mí mismo.

Se alarga sobre mí, como si fuera elástico y él mismo reanuda la grabación. Siento una especie de lástima hacía él por ese pensamiento, como si las relaciones con periodos de distancia fueran imposibles. Quizá podría encontrar alguien que le acompañe en los viajes. No quiero seguir ahondando en ese pensamiento, que parece ponerle triste.

—Sé que por la mañana es terrible, pero ya sí te puedo pedir que cantes un poquito, ¿no? —Cambio el tono por completo y me lo agradece con la mirada.

—Ven.

Se pone de pie y me tiende la mano. No necesito ayuda para levantarme, pero la cojo, sorprendentemente no la suelta mientras me conduce por los pasillos de su casa, hasta que abre la puerta de su estudio.

La habitación, de techos altos, tiene una ventana que da al patio de Santa Cecilia. La inmovilidad estética del exterior contrasta con el paisaje futurista del interior, que tiene el techo cubierto de salientes, como si fuera el mapa de una ciudad llena de rascacielos invertidos. Las paredes también tienen paneles con un relieve similar, supongo que son difusores para aislar y mejorar la acústica de la sala. No tienen nada que ver con las planchas de espuma en pirámide que teníamos en el estudio de la universidad, quizá aíslen menos, pero son mucho más estéticos. En uno de los lados hay un ordenador con tres pantallas y un micrófono con su correspondiente filtro antipop y una guitarra acústica en su soporte ante la ventana.

Clemente mueve la silla de despacho que hay ante el ordenador y me indica que me siente, y yo lo hago, como la chica obediente que soy. Él se sienta en el taburete que hay junto a la guitarra y la coge. Rasguea las cuerdas levemente, me mira y suspira una risa. Se muerde el labio inferior y mira al suelo. No soy capaz de leer el gesto, supongo que duda sobre qué tocar, no parece incómodo, pero tampoco está relajado.

—¿Y qué te toco yo ahora?

—Lo que tú quieras. —Se me escapa una risa nerviosa al pensar que quizá quisiera tocarme otra cosa que no fuera la guitarra.

Levanta una ceja como si me oyera pensar y yo me muerdo la boca para retener los nervios y la risa. Vibro ante la perspectiva de oírle cantar solo para mí.

El pulgar acaricia la primera cuerda y con la punta de los otros dedos arranca notas tranquilas a la guitarra, reconozco la canción al instante y me pregunto cómo la cantará cuando empieza a entonarla. Su voz, normalmente áspera, es sorprendentemente sedosa, profunda. Noto cómo se me descuelga la mandíbula, no recuerdo haberle oído cantar así en ninguno de los discos y, desde luego, no esperaba una versión de *L'ultimo bacio* de Carmen Consoli.

Me mira de soslayo cuando dice la palabra *bacio* y algo se encoge en mi estómago. Esto no es nada profesional.

Pierde un poco la voz en una de las notas altas, se ríe, pero continúa y a la siguiente la clava. Rasga la guitarra con satisfacción, sabiendo que lo ha conseguido, cuando sus dedos acarician los últimos acordes yo no sé si estoy en Roma o en el cielo.

—Dime algo —dice después de unos segundos.

—¿Pero puedo hablar? —Me sorprende oír mi propia voz y además acertar con el idioma. Él se ríe.

—Claro que puedes. Había pensado… tocar *Se fue*, pero no me la sé. No sé si conoces a… —Se calla al verme asentir ampliamente con la cabeza.

—La conozco. Me encanta, odiaba la película, pero la canción… Tengo que admitir que esperaba algo tuyo. —Me encojo de hombros.

—Me muero de la vergüenza. —Y estalla en carcajadas—. Pensarás que soy imbécil o… absurdo, pero me da muchísima vergüenza tocar lo mío en este ambiente, así que he utilizado la canción que usaba para ligar. —Se esconde tras la guitarra, mirándome con un solo ojo verdoso.

—¡Vaya! Ya tengo un titular: «Las armas de Clemente Bassani para conquistar a las mujeres».

—Solo podrás usarlo si da resultado.

—¿Si da resultado el qué? —No ha dicho lo que yo creo que ha dicho. ¿O sí? Está bromeando, me está poniendo a prueba, nada más.

—Supongo que no podrás usarlo. —Deja la guitarra en el soporte y se dispone a levantarse.

—¡Espera! —Se sobresalta y vuelve a coger la guitarra, parapetándose tras ella—. Que no te he hecho ninguna foto.

Le da la risa mientras yo corro al salón, que está lejísimos; esta casa es enorme y laberíntica. Cuando vuelvo está abrazado a la guitarra, sentado en el taburete, mirando hacia Santa Cecilia. No aviso antes de hacer la foto. Espero que el enfoque automático no me traicione. Gira la cabeza hacia mí y ese leve gesto sigue pareciendo salido de una coreografía clásica.

—Entonces, ¿tengo que tocar otra? —me pregunta cogiendo la postura.

—No es necesario, por primera vez en todo el día, podemos impostar un par de fotos.

Soy consciente de que ese momento mágico, esas sonrisas cantando, han sido solo para mis ojos. Sonrío ante la idea de tener un recuerdo tan valioso, mientras le tomo un par de fotos más.

—Deberíamos prepararnos para irnos —dice dejando la guitarra en su soporte.

—¿Prepararnos? —Reviso la ropa que me he puesto esta madrugada en casa: vaquero, sandalias de cuña y una camisa verde sin mangas. No había contemplado la posibilidad de salir. Y ahora que lo pienso, no sé dónde está mi bolsa de viaje—. Creo que ya estoy preparada, espero que no sea un sitio demasiado elegante.

—Tú vas espectacular. —Me arranca una sonrisa, no sé si realmente me siento halagada o es por la facilidad que tiene para mentir tan descaradamente—. Yo me tengo que cambiar y maquillarme un poco.

—Déjame fotografiarte mientras te maquillas, por favor. Si no te gustan no las publico, pero… te deberé una.

Su cara se amplía en una sonrisa de medio lado que me haría suspirar si no estuviera conteniendo la respiración. Asiente y se levanta, aprieto los puños a su espalda celebrando mi victoria. Tengo las imágenes en la cabeza, aunque casi nunca consigo que me salgan como las imagino.

Le sigo hasta el baño, encantada de ver que es espacioso, como para que le fotografíe desde cualquier ángulo.

Intento no molestar revoloteando a su alrededor, mientras comienza el ritual, preparando cada producto. Tiro la primera mientras frunce los labios ante el espejo, con la mirada en el armario de maquillaje que tiene al lado, pensando qué escogerá.

—La verdad es que pensaba que dejabas el maquillaje para las apariciones públicas —me atrevo a decir, despacio y suave, para no romper el momento.

—En absoluto. No te diré que me maquillo cada vez que salgo, pero me gusta, me siento más seguro, más cómodo, así que me

maquillo con frecuencia.

Se inclina sobre el espejo, mientras se pinta la raya del ojo, abriendo la boca ligeramente. Aprovecho para captar el perfil de ese gesto que, aparentemente, resulta tan femenino. Vuelvo a sentirme agradecida por ser partícipe de ese momento tan íntimo y tan especial. Recuerdo estar de pequeña en el baño con mi abuelo, cuando se afeitaba con la navaja y llevaba una camiseta de tirantes, muy parecida a la que viste Clemente; tengo una sensación sedosa en el estómago. La familiaridad. El olor de la espuma de afeitar de mi abuelo y el olor del maquillaje de Clemente se mezclan entre mi nariz y mis recuerdos.

—¿Qué? —Me saca de mi ensoñación con el pincel en abanico en la mano.

—Nada, me he acordado de una cosa bonita.

—Debe de haber sido algo precioso, desde luego. —Ambos sonreímos y vuelvo a hacerle una foto cuando se pasa la brocha por la nariz.

Me sorprende verle coger un pequeño bote de vaselina perfumada, creo que sé lo que va a pasar, así que me pongo a su espalda, de puntillas, y tiro una foto al espejo mientras pasea el meñique por la parte superior de sus labios.

Ahí está, la mejor foto que he hecho nunca. Corrigiendo un poco las luces no será difícil que él quede luminoso y que mi cámara solo se vea de fondo.

—Parezco Marilyn —dice frente a mí, mirando la foto al revés. Nuestras frentes casi se tocan. Muevo la cámara para que la vea bien—. Esta tiene que salir sí o sí. Bueno, te toca.

—¿Cómo que me toca? ¿El qué?

—Bueno, si no quieres o no te gusta… Pero me debes una, así que, salvo que el maquillaje vaya en contra de tu religión, pienso maquillarte.

No sé qué hacer, así que me quedo mirando fijamente sus ojos verdes, quizá me trague la tierra, quizá me despierte, quizá por fin lleve el *eyeliner* bien hecho.

—No va en contra de mi religión, hoy no voy maquillada porque me desperté a las tres de la madrugada, pero suelo… —Mientras

hablo me mueve cogiéndome de los costados, con mucha suavidad, y me pone ante el espejo.

Me pone el *primer* en las manos mientras va recolocando el maquillaje, lo que ha usado él y lo que va a usar conmigo. Soy muy obediente, hasta cuando no me dan órdenes, así que extiendo la crema por mi cara.

—Soy un poco maniático, la verdad, así que voy a estrenar un par de cosas contigo.

Antes de darme cuenta, está extendiendo potingues en mi cara con una esponja, con mucho cuidado y mucha atención. No puedo dejar de mirarle: la línea de los labios, que ahora resultan algo más carnosos; los pómulos, que brillan ligeramente; los ojos, extraordinariamente verdes, enmarcados en negro ahumado. Noto cómo me cambia la respiración y espero que no se dé cuenta, aunque se le dibuja una media sonrisa cuando me rocía la cara con polvos translúcidos.

—Cierra los ojos —ordena con calma y la voz grave. Vuelvo a respirar y oigo una de sus risas suspiradas.

Noto el frío del líquido del *eyeliner* sobre el párpado y sus dedos en mi barbilla, su respiración sobre mi cara. Estoy sobrepasada de sensaciones e intento respirar despacio para no moverme y tranquilizarme, espero conseguir lo primero, porque lo segundo es imposible. Pasa los dedos por mis párpados y después noto algo que me hace cosquillas sobre los pómulos y la nariz.

—Ya puedes abrirlos.

Lo hago y me encuentro con su cara, debería mirarme al espejo, pero le miro a él. De repente recuerdo que estoy trabajando y desvío la mirada de su labio inferior, para ver mi reflejo. ¿Quién es esa y que ha hecho con la señora mayor que estaba aquí hace unos minutos? No estoy pintada como una puerta, pero qué espectacular. Brillo, reluzco. Efectivamente, llevo la raya del ojo bien, por segunda vez en mi vida, y ha dado en el clavo con los tonos marrones de la sombra y el puntito de cobre en el centro del párpado.

—¿Hay algo que no sepas hacer? —le pregunto mientras sigo admirando su trabajo ante el espejo.

—Cocinar, ya te lo he dicho. Tampoco sé coser. Y tengo cero conocimientos de mecánica. —Le veo la sonrisa socarrona a mi espalda, reflejada en el espejo.

Me deja ahí, mirándome al espejo, mientras va a su dormitorio, sale tres segundos después abrochándose una camisa de manga corta beis con hojas de palma. Se mete los bajos en el pantalón de pinzas y ya está, listo para desfilar en Cibeles.

Le sigo por el pasillo y para ante el mueble de la entrada, coge una rebeca color camel y me mira de arriba abajo.

—Puede que haga un poco de fresco más tarde, ¿quieres una chaqueta?

—Si dices que refrescará… No me vendría mal una rebeca, pero yo tenía… mi maleta…

—Oleg llevó tu maleta al hotel esta mañana. Toma. —Descuelga una americana marrón oscura y me la tiende—. Te quedará algo grande, pero todavía se lleva lo *oversize*.

Me la pongo y compruebo en el espejo que me está algo larga, pero no demasiado ancha. Subo las mangas, frunciéndolas en los codos, y puede pasar por una chaqueta mía. Me mira satisfecho con su estilismo. Me ofrece mi propio bolso, donde meto la cámara antes de salir al atardecer romano. Caminamos unos metros, rodeados de edificios que reflejan una luz rojiza, evitando las calles estrechas y oscuras.

Acabamos en un restaurante escondido, del que no distingo si es solo un negocio familiar o un lugar carísimo y exclusivo. El metre saluda a Clemente con mucha familiaridad y nos indica, sin acompañarnos, el salón donde estaremos. Solo hay una mesa preparada para cinco comensales, donde ya se sientan dos. Una mujer joven, con el cabello castaño claro y los ojos oscuros, nos recibe con una sonrisa sincera y nos besa a ambos en las mejillas. Se presenta como Erica, baterista. En otra ocasión, ella me habría cautivado, pero no dejo de mirar al otro comensal mientras me tenso como un palo. Ahí está, con sus ojos azulísimos; su sonrisa, blanquísima y arrebatadora; la piel tostada y el cabello salpicado de canas, que solo hacen más interesante su belleza atemporal. Nos

besa también a ambos en las mejillas, pero yo me siento incapaz de moverme.

—Supongo que conoces a Pippo —dice Clemente a mi espalda mientras me guía con la mano en la cintura para que me siente, y menos mal que lo hace, porque estoy un poquito turbada.

—Sí, es bastante conocido en España.

—Bueno, ahora ya no —contesta con modestia el dueño de los ojos azules.

—Pero nos acordamos, al menos las que teníamos una radio a finales de los 90.

—¿Hace tanto ya? —Se inclina ligeramente hacia mí. Todo en él es perfecto.

Echo una mirada a Clemente, levantando las cejas, hace un gesto que entiendo como «lo sabía». Claro que sabía que me iba a emocionar si cenábamos con un icono del pop. Lo que quizá no sabe es hasta dónde llegó mi cuelgue entonces. Lo bueno de vivir en una ciudad pequeña, donde nunca pasa nada, es que jamás venía nadie medianamente famoso a dar conciertos, así que me he librado de contar una historia sobre hacer cola durante dos días, y con suerte podré actuar como una persona normal y no como una *groupie* loca que lo ha visto en directo cien veces.

Poco después de acomodarnos llega el último invitado, viene despeinado y con la ropa descolocada, aparenta llegar con mucha prisa, pero no da la impresión de haber venido corriendo. Tiene las cejas pobladas, la expresión adusta y los ojos de un verde muy claro. También le reconozco, pero por mi investigación, es Luca Riccò, el letrista de Clemente. Se parece más a Benicio del Toro que en las fotos de mi informe. A pesar de la facha, cuando se acerca para darme dos besos deja un aroma maravilloso, a perfume masculino, y se sienta al otro lado de la mesa.

Después de tomarnos nota, nos quedamos unos segundos en silencio, está claro que no saben de qué hablar delante de la extraña que acaba de sacar la cámara de fotos.

—Solo haré fotos con vuestro permiso, y no las publicaré si alguien sale bizco. —Y ese es mi superpoder, no soy especialmente

graciosa, pero sé hacer que la gente se ría en el momento justo para romper la tensión.

—Si eres capaz de sacarme sin que parezca que vengo de resaca, puedes publicar lo que quieras —anuncia Riccò.

—Resulta que Luca no bebe, solo champán en las fiestas de guardar y quizá al final de la noche. —Clemente le guiña un ojo a su colaborador, que hace gesto de dudar—. No le gusta lo que le hace el alcohol, pero no ha sido capaz de quitarse de encima esa pinta de crápula de encima. Igual que Erica siempre parece que va a una sesión de BDSM.

—¡Eh! Que eso es mañana —dice ella riéndose—. Silvia, después de todo el día con él, ¿cuál dirías que es ese aire eterno de Clemente? Eso que tiene haga lo que haga.

Pienso un segundo, mirando a Clemente y sus mejillas hundidas, sus pómulos altos —ligeramente ruborizados— y su cabello oscuro, peinado hacia atrás.

—¿Lo de que parezca que en cualquier momento tiene que salir a pasarela es siempre o solo hoy? —termino diciendo.

Clemente mueve un dedo a los lados, negando, mientras el resto de sus amigos me dan la razón y empiezan a imitarle. Aprovecho el momento para inmortalizar la cena. Tardan poco en volver al redil: no son un grupo de gente que se dedique a pincharse los unos a los otros.

Primero hablan de lo que han hecho durante la semana, se ponen al día. Erica ha hecho varias colaboraciones; Riccò está trabajando en algunas letras, pero todavía no sabe cuáles le servirán a Pippo y cuáles a Clemente, porque ellos han estado tan ocupados con sus propias vidas que no le han mandado ni una sola nota. Clemente acaba de volver de gira. Pippo, por su parte, ha estado con su hija de doce años: respeta escrupulosamente las semanas en que está con ella.

No puedo evitar —aunque me queda una media hora de entrevista— aislarme un poco para hablar con Pippo sobre cómo un padre compagina la crianza con ser un cantante internacional. Estoy obnubilada; no puedo dejar de escucharle.

—Entonces os presentó Riccò —pregunto a Pippo intentando hacer mi trabajo.

—Sí, él nos presentó. Resulta que se lo encontró tocando en la calle. ¿Dónde estaba, en Pantheon?

—No, eso habría supuesto que él tuviera alguna intención de dedicarse a la música. Estaba en la terraza de Angelo con la pierna escayolada en una silla y tocando una melodía repetitiva en la guitarra. —Tararea una melodía que todos reconocemos, una balada de su primer disco—. Me senté en su mesa sin pedir permiso, saqué la libreta y retoqué un poema para que encajaran los versos y… el resto es historia.

—Y tanto que es historia, te encanta contar aquello, pero ya no llevaba la escayola —replica Clemente.

—Por eso tú no escribes las letras, pequeño Padawan, porque no sabes adornar la realidad debidamente.

—Tengo que admitir que me encanta la ficción —digo—, pero creo que esa historia la he leído antes, me gustaría poder contar la verdadera versión, por una vez.

—Entonces pregunta al capitán realismo. —Riccò hace un gesto con las manos para darle la palabra a Clemente.

—Es cierto que estaba en Angelo, que es donde este señor se toma el café todas las mañanas. Yo venía del estudio de baile, estaba componiendo una melodía para una actuación de una compañera y fui a acompañarla, y de paso a desengañarme sobre mi carrera en el *ballet*. Me hice daño y paré a tomar algo y a poner el pie en alto porque se estaba hinchando, aunque hacía más de tres meses que no llevaba la escayola. Entonces me puse a tocar lo que me salió en ese momento, y este señor se sentó en mi mesa sin preguntar.

—También es una historia bonita.

—Y la moraleja es que puedes trabajar mucho, pero tienes que tocar la guitarra en el bar apropiado, en el momento justo —sentencia Riccò.

—Y trabajar mucho —añade Clemente.

—Tienes que ser consciente de tu privilegio, Clemente, te lo digo siempre, porque hay gente mejor que tú que se quedó en el camino

del obrero. Pippo y yo nos dedicamos a esto porque tener una madre que es una cantante famosa —se posa la mano sobre el pecho —y ser hijo de un importante productor musical —señala a Pippo—. De otra manera, nuestros esfuerzos habrían valido para ser profesores, habiendo tenido la mejor de las suertes.

—Te habrías arrugado como una pasa —añade Pippo—, pero yo he trabajado mucho.

—Claro que sí, Pippo. Y yo, y Clemente. Pero nosotros dos, especialmente, nacimos en una cuna de oro: era muy difícil que, a poco que mostráramos algún tipo de talento musical, no se nos potenciara y apadrinara. Clemente tuvo la suerte de encontrarse conmigo cuando su lesión le quitaba el pan de la boca.

—Pero trabajé mucho, como bailarín y como músico, si te llamé la atención es porque me esforcé en ser bueno —replica Clemente algo molesto.

—Por lo que dice Riccò, no tenías intención de dedicarte a la música —intervengo—, así que, en realidad, toparte con él es lo que hizo que trabajaras en algo en lo que no tenías expectativas.

—Nadie puede decir que Clemente no sea talentoso, Silvia —replica Riccò.

—Todo lo contrario. De hecho, no estoy de acuerdo con que por ahí habrá muchos mejores que él, alguno seguro, pero muchos no. —Veo por el rabillo del ojo que Clemente se ruboriza.

—No tenía intención, pero compaginé la música y la danza muchos años, y no es fácil. Por eso soy tan malo en matemáticas.

—¿Pero podemos admitir que algunos tenemos privilegios y que nos es más fácil realizar nuestros sueños?

—Yo no he tenido esos privilegios, Riccò.

—Pero tuviste suerte.

—Que la suerte no te pille siendo un inútil —interviene Erica.

Iniciamos un debate sobre la meritocracia y desde donde parte la carrera hacia el éxito de cada uno, con los ánimos más calmados. Clemente acaba admitiendo que tuvo suerte, Pippo sigue empeñado en que se hizo a sí mismo.

Cuando nuestros platos ya están vacíos, incluidos los de postre, Clemente me sorprende tocándome el codo.

—Son las diez. Ha terminado su turno.

Sonrío mientras llena mi copa de champán. Todos brindamos por un trabajo bien hecho y poco después empezamos a despedirnos, hasta que Clemente y yo nos quedamos solos, recogiendo nuestras chaquetas.

—Es posible que esta haya sido la primera entrevista que he disfrutado. No tenía ninguna esperanza —dice mientras se pone su rebeca.

—Cuando vi a tu mánager yo tampoco tenía ninguna, espero que hayas estado cómodo. —Justo antes de cubrirme, me doy cuenta de que la chaqueta es suya—. Deberías llevártela.

—No, ahora es cuando hace fresco. Oleg te llevará al hotel, déjasela a él.

Asiento y emprendo mi camino hacia la salida, pero él me frena cogiéndome del brazo.

—Prefiero despedirme de ti aquí. No me siento bien demostrando cariño cuando cualquiera puede hacerme una foto con el teléfono y montar revuelo en redes.

¿Despedirse de mí? ¿Cómo piensa despedirse de mí para que no quiera que nadie nos vea? Una serie de imágenes, a cada cual más fantasiosa y tórrida, corren por mi cabeza. Se me acelera el corazón a medida que se acerca a mí, me coge por la cintura y me besa en la mejilla. Por inercia, yo también le beso a él y pongo las manos en sus hombros. Nos quedamos así unos segundos, con nuestras caras tocándose. Se separa de mí con un ligero roce de su mejilla contra la mía y me arrastra tras él, como si nos hubiéramos pegado con velcro. Sus ojos verdes se clavan en los míos un segundo.

—Ha sido un placer, Silvia —dice con voz grave.

Nos separamos y va hacia la salida, me quedo parada un par de segundos. ¿Eso es todo? Teniendo en cuenta que no quería miradas indiscretas esperaba que al menos me mordiera un poquito. Soñar es gratis y también es muy decepcionante.

Se gira justo antes de salir, sin dejar de caminar y pregunta:

—¿El vuelo es muy temprano?

—No —le contesto—, es a primera hora de la tarde, me iré con tiempo para comer en el aeropuerto. No me va a dar tiempo a hacer

turismo.

Sonríe levemente y paramos en la puerta, donde me espera Oleg. Nos despedimos sin ningún tipo de aspaviento, Clemente Bassani se aleja de mí, sin mirar atrás, con las manos metidas en sus pantalones de pinzas.

Camino junto a Oleg por la callejuela estrecha donde está el restaurante, hasta salir a una calle principal, me siento en el asiento del copiloto y dejo que me lleven a mi destino. Ya no tengo ganas de interrogar a nadie.

Me queda en el estómago esa sensación que tienes cuando te despides de un ser querido, como cuando te vas a la universidad o cuando pasas un fin de semana con amigos a los que no sueles ver. No esperaba tener esa sensación.

Oleg me deja en la misma puerta del hotel, me despido de él con un apretón de manos y dejo a Clemente atrás, del todo.

Me parece vivir en otro mundo cuando entro en la habitación, gris y blanca, impersonal y aséptica. Me echo en la cama y hundo la cara en el colchón, resoplo contra él y trato de quitarme la imagen de Clemente paseando etéreo por su cocina, aunque en realidad no debería. Me levanto de un brinco y saco mi portátil. Miro con desprecio la mesita de escritorio del hotel, no me queda otra que sentarme en esa silla en la que se me va a dormir el culo y ponerme a escribir el primer borrador mientras todavía tengo la entrevista fresca. Tengo cerca de doce horas de grabaciones, pero voy a escribir el primer borrador a lo bruto, solo de memoria, y corregiré con la grabación.

Empiezo con el ritual: pongo el ordenador en su sitio, lo enciendo y voy a quitarme las lentillas, mandar a tomar por culo el sujetador y ponerme el pijama, cuando me doy cuenta de que todavía llevo la americana. Tenía que devolvérsela a Oleg, pero me quedé absorta y se me olvidó. Ahora pensará que soy una ladrona, que quería quedarme de recuerdo su chaqueta y olerla en la soledad de mi habitación.

Me la quito y, efectivamente, la huelo: el aroma de su casa me impregna la nariz y echo de menos cada momento del día que acaba de pasar. No tengo manera de devolverla; no tengo su teléfono.

Puedo intentar averiguar la dirección y mandarla por mensajero, quizá cuando vuelva a Almería, pero ahora no puedo hacer nada. Así que vuelvo a meter la nariz entre la tela y aspiro hondo.

Está bien, porque nadie me ve. No pasa nada cuando eres una tía un poco rara, pero solo lo sabes tú.

Me hago un moño, me pongo un auricular con música de Brahms y comienzo a escribir. Las manos flotan por encima del teclado, describo los gestos de Clemente, los olores de Campo de' Fiori.

Con un par de bolsas en la mano y saludando a su paso, parece completamente ajeno a su fama internacional, es un vecino más, que pregunta por la calidad de las verduras y se deja querer por el quesero y sus muestras gratuitas. Clemente crea su propio espacio familiar, uno que le es ajeno, y, sin embargo, parece haber pertenecido a él toda la vida. Solo sale a comprar los miércoles y algunos de los tenderos no saben a qué se dedica el joven que viene siempre el mismo día a llevarse cada vez una fruta diferente.

Reviso las fotos en las que aparece sonriente hablando con dos señoras de cabellos blancos, ellas le explicaban cómo averiguar que la fruta está en su punto, un *abuelasplaining* de manual. Les parecía increíble que un muchacho tan joven supiera cuál es el punto de la sandía. Ahí me quedo, abrazándome una pierna pasando las fotos que he hecho durante el día. No sé si es que yo he mejorado como fotógrafa o es que él es así de espectacular, pero no hay ni un mal gesto. Y ahí está mi foto, como si estuviera en el sofá de un amigo o de un ligue con el que flirteé fatal. Me tapo la cara con las manos. ¿Cómo se me ocurre? En realidad, eso tampoco tiene por qué saberlo nadie. Que quede este día como el día en que perdí la profesionalidad y casi intento ligar con un cantante de fama internacional.

Miro el reloj del portátil: marca las doce y media de la noche. Se me cierran los ojos. Tengo el artículo perfilado, aunque el borrador no está tan terminado como querría. Bostezo hasta que se me escapa una lágrima, señal de que debería irme a la cama.

Me levanto de la silla y me sobresalto al oír un golpe en la puerta. ¿Habrán tocado? Seguramente me lo he imaginado: habré movido la silla sin querer. Voy hacia la cama. Quizá ha pasado algo y alguien necesita ayuda, o hay que desalojar el hotel. Mejor compruebo si no han tocado. Abro la puerta.

Con un pantalón de pinzas gris, una camisa de palmas beis y una rebeca color camel, Clemente espera al otro lado, con las manos metidas en los bolsillos.

—Clem… ¿Has venido a por tu chaqueta?

—¿Qué? —Se le escapa una risa nerviosa—. ¿Cómo no se me ha ocurrido lo de la chaqueta? Eh… Sí… No… Yo venía porque… Qué pantalones más cortos… Eh… —Es un adorable manojo de nervios, no sé lo que está pasando—. Yo… Oleg se enteró de cuál era tu habitación cuando trajo las maletas y yo… no quería que… Ha sido un día estupendo… —Me mira y se le vuelve a escapar la risa—. Esto es absurdo, perdona, ¿por qué ibas tú a querer que yo…? Lo siento, Silvia, perdona.

Se da la vuelta para desandar su camino.

—Clemente…

Se gira hacia mí y, sin pensarlo dos veces, le agarro por las solapas de la rebeca y le atraigo hacia mi boca.

Capítulo 3

CONTRASEÑA

Responde a mi beso con urgencia, con hambre. Me envuelve y, sin separar su lengua de la mía, camina hacia el interior y cierra la puerta, supongo que de una patada. Mis brazos se enredan alrededor de su cuello; temo caerme, temo separarme de sus labios y no volver a encontrarlos nunca. Sus manos, desde mis caderas, me moldean como si yo fuera de barro, hasta que llegan a mi culo y lo agarran con fuerza. Respira fuerte, casi rabioso.

Mis pantorrillas chocan con algo y me precipito hacía atrás, caemos en la cama, él sobre mí. Me mira un instante a los ojos, después a la boca y sonríe, contagiado por mi sonrisa. Aprovecho para deshacerme de las gafas y dejarlas a un lado. Esta vez es él quien me besa, más tranquilo, quizá sabiéndome presa de su peso. Con una mano exploro los músculos de su espalda e interno los dedos de la otra en el cabello de su nunca. Le saboreo y sonrío hundida en el beso al descubrir que, antes que yo, por esta boca ha pasado la pasta de dientes. Nos separamos una vez más para mirarnos.

—Mi intención no era… —empieza a decir, pero se distrae mordiéndome el cuello y pasando los labios y la lengua por mi clavícula.

Siento que mi cuerpo hierve, no recuerdo haber sentido tanto deseo jamás en mi vida.

—¿Cuál era tu intención? —Miro hacia abajo para descubrirle de rodillas entre mis piernas, metiendo los dedos entre el elástico del pantalón y mi piel.

—No me acuerdo, me han distraído estos pantalones. —Juega con ellos, a separarlos, sin llegar a tirar de ellos.

—Malvados pantalones. —El corazón me va a mil. He debido de quedarme dormida—. Si me los quitas, ya no te distraerán y podrás decirme qué era lo que querías.

—Buena idea.

Tira de ellos rápido, pero con cuidado, y me los saca por los pies. Acaricia mis piernas desde los talones hasta el filo de blonda de las bragas, siguiendo sus manos con la mirada, atento a cada espacio de mi piel.

—¿Has llevado estas bragas todo el día? —Me hace reír por culpa de los nervios, o de la excitación, no lo tengo claro.

—Todo el día. ¿Era eso lo que venías a preguntar?

—Eeeh… No —Se esfuerza en mirarme, aunque antes de seguir echa otro par de ojeadas a la lencería negra. Intenta ponerse serio, pero no lo consigue, una sonrisa de oreja a oreja se le dibuja en la cara. Se lame el labio de arriba e intenta volver a un rictus serio—. No es que me guste que la gente lleve ropa interior. —Me da la risa y a él también.

—Clemente… —Vuelve a mirarme a los ojos—. ¿Te parece si follamos de una puta vez y luego me cuentas a qué venías?

—Me encanta lo práctica que eres.

Trepa por mi cuerpo internando las manos bajo la camiseta. Me levanta para llevarme a su boca y yo me pierdo en ella. Explora mi cuerpo con manos expertas, mientras yo intento desnudarle. Todo fuera, peleo contra su ropa, que no parece caerse solo por el imperativo de mi mente. Sabe leer mis movimientos y se yergue ante mí, para desnudarse con la misma elegancia con la que lo hace todo. Baila hasta para desvestirse, esto es un puto espectáculo. Me mira con el torso desnudo y la mano sobre los botones del pantalón. Primero a la cara, después a la camiseta, voy a hacer como que entiendo lo que dice y me termino de quitar el pijama mientras él acaba sin pantalones y sin ropa interior. Decido, por intuición, dejar mis bragas de encaje puestas. Dejo que me observe, estirada en la cama, con las rodillas dobladas y los pies colgando hacia el suelo, su pícara sonrisa de medio lado me indica que le gusta lo que ve. Ojalá no me despierte.

Aprovecho la tesitura para apreciar cada centímetro de su piel desnuda. Los músculos, que antes solo se intuían bajo la ropa, se muestran bien marcados en un cuerpo esbelto, especialmente la uve abdominal que parece señalar el camino.

Me coge una de las rodillas y levanta mi pierna hasta su cabeza, me muerde con suavidad justo encima del tobillo, un cosquilleo suave viaja desde sus dientes hasta mi espalda. Es eléctrico. Sigue acariciándome con la palma de la mano mientras baja por la pierna, al llegar al muslo se divide y empieza a acariciarme el vientre, la curvatura de los senos, el cuello, hasta llegar a tocarme los labios con la punta de los dedos. Hundo los dedos en su pelo y tiro ligeramente para dirigirle, yo también quiero probar su cuello, su clavícula y su hombro. Grita, no tengo claro si es de dolor, así que paro un segundo hasta que él me devuelve el mordisco: intensamente placentero. Arqueo la espalda, mi cuerpo le busca. Es un hombre muy solícito, ante mis peticiones agarra mis bragas con las dos manos y vuelve a tirar de ellas. Se inclina sobre mí y posa sus labios sobre los míos, es un beso tierno y cálido que precede a sus dedos entre mis otros labios. Cero segundos en encontrar mi clítoris, medio segundo en hacerme gemir desde el diafragma. Hace tanto tiempo que casi lo siento como la primera vez. Sonríe ante mi reacción y empieza a mover los dedos despacio, describiendo círculos perfectos. Acompaso mi respiración a sus gestos, noto que me deshago en sus manos. Me agarro a sus hombros, a sus bíceps, le acaricio suavemente, para no perderme en el hiperespacio del placer, para mantenerme aquí.

Aumenta el ritmo cuando nota que me inflamo, sin duda sabe escuchar, aprovecha para besarme y, entre su lengua enredada en la mía y sus dedos enredados en mi clítoris, exploto, gimiendo en su boca, vibrando en sus brazos.

Me deja respirar besándome el cuello y me mira, con ojos tiernos y sonrisa dulce. Va a hacer «plof» y desaparecer, ahora es cuando me despierto.

No quiero que se vaya, así que me voy a agarrar a él. A lo primero que encuentro le clavo las uñas. Resulta ser su culo, este chico es casi de piedra. Da un respingo ante mi contacto, así que le acaricio buscando por la zona de la cadera y después entre nosotros. Ahí está, erecto, perfecto para mi mano. Clemente gime en cuanto me muevo, su gesto de placer es para fotografiarlo, así que, a falta de

poder inmortalizarlo, repito el movimiento una y otra vez para que no se me olvide su cara.

—No puedo más… —me susurra al oído bañándome la oreja con su aliento.

Le dejo escapar un segundo, rebusca entre su ropa y saca un preservativo. Sigo sin creérmelo, pero… ¿quién soñaría con condones? Se me escapa una risa nerviosa ante mi pensamiento y él levanta una ceja.

—¿Te parece divertido? —pregunta después de ajustarse.

—¿A ti no? —Me muerdo el labio inferior mientras se me parte la cara de una sonrisa.

—Divertidísimo.

Tira de mis piernas y me arrastra por la cama hasta dejar mi culo casi fuera del colchón, se echa las piernas sobre los hombros y me besa en las pantorrillas justo antes de internarse en mí. Va lento y calmado abriéndose camino hasta llegar a ese punto en el que vuelvo a gemir desde lo más hondo. Mueve la cadera hacia un lado, con calma, observa mis reacciones mientras intenta llevar la respiración. Quiero tocarle, morderle, comérmelo. Me incorporo y se abalanza sobre mí, dejando caer mis piernas a los lados. Estallo en un orgasmo intenso y creo que le clavo las uñas, pero no sé dónde. Cuando consigo respirar de nuevo, es él el que aumenta su velocidad, esconde su cara en mi cuello y se desborda sin remedio.

Respiramos agitados, con los corazones acelerados, hirviendo. Me besa en la arista de la mandíbula antes de salir de mí. Después de quitarse el preservativo se inclina de nuevo y me besa el hombro, se levanta y va al baño. Repto por la cama hasta taparme con las sábanas. ¿Esto acaba de pasar? No hay nada que indique lo contrario. En el baño se oye el agua correr y, al poco, sale, paseando por mi habitación de hotel como si levitara a unos centímetros del suelo. Se inclina, supongo que para coger su ropa interior, pero aparece con mis bragas.

—Hablemos de esto —dice con una cara de niño travieso que me arrebata.

—Son unas bragas —contesto sacando los brazos de las sábanas.

—De encaje negro… —Asiento con la cabeza—. Que te has puesto al llegar aquí y ducharte… —Niego con la cabeza—. ¿Has venido a mi casa con esto puesto? —Me da la risa. No sé dónde quiere llegar, pero agradezco que no las esté oliendo. No tengo problemas con los fetiches, pero no me gusta tanto la gente a la que le gusta la ropa interior usada.

—Sí. —Omitiré que me las puse en Almería a las cinco de la mañana, por si al final si resulta ser de esos. ¿Sería tan grave que lo fuera?

—¿Y crees que llevando esto puesto yo habría podido resistirme a ti? —Las tira sobre su hombro izquierdo y se sube a la cama, gatea hasta mí.

—¿Hueles la blonda?

—No lo sé. —Deja su boca preparada para que le bese, y así lo hago—. Solo sé que llevo todo el día fantaseando contigo y, descubrir que llevabas encaje, siendo yo un poquito fetichista, ha sido una sorpresa magnífica. ¿Me dejas entrar en la cama?

Le hago hueco, se acomoda a mi lado y me rodea con los brazos; me apoyo en él. Todo resulta natural y tranquilo, aunque ese cosquilleo bajo la piel de los primeros besos prevalece. Me recuesto sobre él y los dos respiramos hondo a la vez, después nos reímos.

—Entiendo que estas no eran tus intenciones y por eso llevabas condones en el bolsillo —digo riendo contra su pecho.

—Joder, no tengo ni idea. —Pega su barbilla a mi frente—. ¿Te ha dado la impresión de que me he presentado en la puerta de tu habitación de hotel con la intención de follarte e irme?

—Un poco sí. Cero quejas, eh.

—Ah, bueno, entonces esto no es necesario, no tengo que fingir… —Hace como que va a levantarse, pero antes de que me separe de él me abraza—. Es absurdo, porque quería decirte que creía que había notado algo, que he estado muy cómodo contigo… Y, bueno, he cogido un par de preservativos por si… No esperaba que llevaras un pantalón tan corto.

—Ni las gafas.

—Dios mío, las gafas. ¿Dónde están? —Mira a nuestro alrededor—. Te pegan, te sientan bien. Te sientan muy bien. —Dice esa última

frase con un tono que me alimenta el ego—. Lo siento.

—Hostias ¿el qué? —Me vuelve a dar la risa, y la verdad es que dudo que alguna vez vuelva a poder hablar sin que se me escape la risa. ¿De verdad que todo esto no lo he soñado?

—Evidentemente no siento el polvo. —Tiembla un poquito—. Nada en absoluto. ¿Tú sí? ¿Estás incómoda? ¿Quieres que me vaya?

—Incomodísima. —Me hundo más en su abrazo—. Dime qué sientes.

—Haberme presentado aquí, haber preguntado cual era tu habitación, invadir tu intimidad de esta manera. Simplemente no quería que te fueras sin saber si tú también habías notado algo.

—Algo, pero no sé el qué. Y no quiero hablarlo ahora.

Me pego a él. No sabe hace cuánto tiempo que no me siento así, hace cuánto que no me tocan de esa manera, ni siquiera yo sabía la necesidad que tenía de este tipo de intimidad, no lo voy a estropear con la realidad. No es un sueño, pero quiero soñar un poco más. Tampoco puedo retenerle, es posible que tenga costumbre de dormir solo, quizá pasado este rato quiera irse.

—¿Te quieres ir?

—No.

Nos quedamos en silencio. Me acaricia la espalda con toda la mano, desde el hombro hasta la curva de la cadera. Hago lo propio en su abdomen, hasta encontrarme con la uve, el cinturón de Adonis. Temblequea como si tuviera cosquillas, pero no se queja.

Comienza a pulsar las yemas de los dedos contra mi cadera, donde cae su mano, levemente. Hace lo mismo con la otra mano, sobre mi brazo, que le rodea.

—¿Me estás tocando? —Asiente con la cabeza. Me separo para mirarle, con los ojos cerrados y el ceño ligeramente fruncido—. ¿Y cómo sueno?

Musita una melodía, tranquila, suave y bonita. Es todo lo que puedo decir con mis conocimientos de música: que es bonita. La repite varias veces, tocándola contra mi piel mientras le miro, con la mano apoyada en su pecho y la barbilla sobre la mano. Después de varios minutos, para y me mira con un solo ojo.

—¿Qué es? —pregunto.

—Ya veremos.

Levanto las cejas.

—¿Estabas componiendo?

—Bueno, si no se me olvida, sí.

Me aparto de él y le doy un empujón leve.

—Ve y grábalo, no vayas a olvidarlo por estar metiéndome mano.

—Me gusta mucho meterte mano. —Se ríe y me busca.

—Y a mi tu música. Ve.

Repta por la cama en busca de su teléfono, boca abajo, y desde donde está tararea, un poco más claro, la misma melodía. Después tira el teléfono a la moqueta.

—¿Contenta? —dice desde el lado opuesto de la cama, con la cabeza apoyada en el brazo.

—Sí. —Sonrío.

Suspira con una sonrisa en la cara y vuelve a mí, a las sábanas y al calor de mis brazos. Me besa en la sien y se acomoda. Supongo que es hora de dormir, si es que eso es posible. Claro que para él será más fácil porque no lleva dos años sin sexo y no ha roto su racha con una persona increíblemente famosa, talentosa y atractiva. Ya dormiré en el avión.

Despierto sintiéndome calmada, tranquila y calentita. Alguien me abraza a la espalda, me giro y sonrío al comprobar que sigue aquí, dormido y abrazándome por la espalda. No quiero levantarme, pero no tengo ni idea de la hora que es y, con todo el lío de anoche, no puse la alarma, no creo que llegue tarde al aeropuerto, pero tengo que mirar la hora.

Mi reloj biológico sigue siendo igual de imbécil que siempre. Son las ocho de la mañana y me siento tan descansada que meterme en la cama sería para dar vueltas y no quiero despertarle.

Me pongo algo encima intentando ser lo más silenciosa posible y me llevo el portátil al baño. Tengo un reportaje entero que escribir y resulta que el protagonista está durmiendo a cinco metros de mí. ¿Cómo se supone que voy a escribir esto ahora? Posiblemente este sea el colmo de la falta de profesionalidad. Intento concentrarme a

pesar de estar sentada en el retrete con el portátil sobre las piernas y seguir el hilo que dejé a medias anoche. Anoche. La risa se me escapa por la nariz. Respiro hondo y vuelvo a recomponerme. Escribo durante un rato, describiendo mis horas con Clemente, como si la persona de la que hablo no hubiera estado poco después entre mis piernas, y me vuelvo a reír porque me acuerdo.

La cuestión es que yo estoy yerma, me siento yerma. Y mi relación con el sexo antes de dejar de tener sexo del todo se convirtió en un proceso tedioso con un único fin, con fechas exactas, tomas de temperatura y tests de ovulación. ¿Clemente me ha curado? No. Lo que pasa es que me he encontrado por casualidad con este tropo de novela romántica tan manido y he caído. No había otro, yo no salgo de copas, no tengo aplicaciones para ligar y me había convencido de que no lo echaba de menos. Pero lo echaba de menos, tanto que me siento tentada de despertarle y rezar para que a la luz del día yo le siga resultando deseable.

Vuelvo a teclear, con los pies un poco más en el suelo, volviendo a ser consciente de quién soy yo, quién es mi entrevistado y qué me espera en casa cuando vuelva.

No sé cuánto tiempo pasa, pero cuando oigo sus nudillos contra la puerta me duele bastante el culo de estar sentada en la tapa de… de lo que quiera que se hagan las tapas de los inodoros.

—¿Estás ahí? —pregunta al otro lado.

—Sí. Puedes abrir. —Ahí está, con los pantalones puestos, pero sin camiseta. Inconscientemente me muerdo el labio inferior.

—¿Puedes salir un momento?

Hace un bailecito muy sutil. Se está meando, vete tú a saber desde cuándo y yo ocupando el baño. Me levanto de un salto y le dejo espacio, en el intercambio de lugares me roza los nudillos con los suyos, a propósito. Salgo del baño sonriendo como una tonta. Vuelvo a poner el portátil en el escritorio y me masajeo el culo un poco.

—¿Te ayudo con eso? —dice a mi espalda.

Me giro y le veo sonreír de medio lado, apoyado, sin camiseta, en el marco de la puerta. Si me dejara me lo comería.

—¿Crees que puedes hacerlo mejor que yo?

—No lo sé, comprobémoslo.

Se acerca a mí e imita mis movimientos, mucho más suave y mucho más estimulante. Me besa en la base del cuello y, después, bajo la oreja. Respiro hondo para mantener la calma.

Sus manos se mueven, sin despegarse de mí, hacia delante.

—Deduzco que toda tu ropa interior es de encaje.

—Sí que eres fetichista.

—Aunque no lo fuera, te vas paseando por ahí con ellas… Y estas son moradas, es evidente que no son las mismas. —Juguetea con la blonda levantándola a la altura de mi ingle, echo la cabeza hacia atrás y vuelvo a respirar hondo. Aprovecha para morderme el cuello —. ¿No tienes hambre?

—¿De qué? —Vuelve a morderme, esta vez un poco más fuerte, me hace temblar.

—De café, de bollos, de… comida. —Es nombrar los bollos y mi estómago se pone a rugir, parece que sí hay hambre.

Miro el reloj, la pensión incluía el desayuno, pero ya son las diez y me lo he perdido. No sé si, estando acompañada, sería conveniente pedir al servicio de habitaciones; la paga la revista. Me aparta el pelo y me besa en la nuca, camino para morder el otro lado del cuello.

—Así no puedo concentrarme y nos vamos a morir de hambre. —Deja caer un beso sobre mi hombro.

—Perdona.

—Supongo que salir es inviable, por la atención que podría levantar.

—No sería la mejor idea. Ni que a mí me vieran andando por el hotel. Anoche todo estaba tranquilo y esperé a que el recepcionista estuviera despistado.

—¿Voy a comprar algo y me esperas aquí?

—Tampoco me gusta la idea, pero no se me ocurre otra cosa.

Me giro para ponerme frente a él. Me asalta con un beso hondo y húmedo; me siento tentada de saltar a su cintura y olvidarme del desayuno, y él debe de pensar algo parecido, porque se pega a mí, dejándome claras las manifestaciones físicas de su deseo. Si me

quedaban dudas, quedan todas despejadas. También tengo muchísima hambre, así que, con mucho esfuerzo, me zafo de él.

—Desayuno. —Respira hondo—. Lo has pedido tú.

—¿Después de pasar veinticuatro horas conmigo no sabes que soy imbécil? A mí no hay que hacerme caso.

Me observa mientras termino de vestirme para volver a besarme, así es imposible. Nos enredamos de nuevo, esta vez soy yo quien le busca bajo los pantalones y él quien se aparta de mí.

—Estás muerta de hambre, Silvia. Y tienes que coger un avión, trae comida.

—No me caes bien.

—Yo tampoco me caigo nada bien ahora mismo.

Cojo el bolso y salgo de allí. No sé ni cómo tengo fuerzas para cerrar la puerta, pero no pienso demasiado hasta llegar a la cafetería del hotel. Pido dos *macchiatos* para llevar y toda la bollería que se me ocurre. Mientras espero a que hagan el café, el cuerpo me empieza a bullir, no tengo mucho tiempo, a las doce tengo que dejar la habitación, debería pedir el coche para ir al aeropuerto y estar allí a las dos, como muy tarde, comer algo y coger el vuelo a las tres y media. El *check in* ya está hecho, quizá podría preguntar si puedo hacer *late check out*, salir más tarde y comer algo en el avión, total, te quitan el mismo trozo de hígado como pago. No me quiero ir. Pregunto en recepción y resulta que lo ofertan, pero hay que pedirlo por anticipado. Mientras vuelvo a la habitación, se me ocurre algo un poco desesperado, pero no lo pienso cuando el zumbido de la llamada ya está en mi oído.

—Buenos días, ¿qué tal ha ido? —Carmen contesta como unas castañuelas, como siempre, aunque ella esté por los suelos.

—Eh… Bien, ha ido muy bien, ya te contaré…

—¿Tienes ya el borrador?

—Perfilado. Mañana por la mañana te lo envío.

—Qué raro, esperaba uno anoche, con lo ansias que eres. ¿Ha pasado algo?

—No. ¿Qué va a pasar? —Salvo el hecho de haberme tirado al entrevistado.

—Ah, no sé, tú me dirás. ¿Para qué me llamas? —Me va a cazar.

—¿Qué pasaría si perdiera el vuelo?

—Que mandaría a los carabinieri a buscar al tipo que te ha secuestrado, porque no has llegado tarde a nada en tu vida. ¿No llegas al aeropuerto? ¿Qué pollas te pasa?

—No me pasa nada. —Soy terrible improvisando, debería inventarme una excusa, que he perdido la maleta, que me faltan unas bragas, que vino una comadreja…

—¿Silvia Miranda, tú has *follao*?

—Eres muy bruta.

—Pero es verdad. —Me está ofreciendo una salida, di la verdad a medias.

—Sí.

—Hombre, ya era hora, voy a sacar la botella de champán. ¿Te encuentras bien? Ya sabes que la primera vez puede ser impactante y emocional.

—Mira que eres payasa.

—¿Y quién es?

—Pues un señor.

—Vale, hemos eliminado al cincuenta por ciento de la población mundial que, siendo tú… ¿Sabes al menos cómo se llama?

—Claro que sé cómo se llama. —Y tú también—. Me puedes, por favor, decir qué pasa si pierdo el vuelo.

—Pues que te tienes que pagar la vuelta tú, zorrón. —Se ríe a mi costa—. Oye, pero que si es bueno lo mismo merece la pena… —Oigo cómo teclea al otro lado del teléfono—. Son solo setecientos euros por un par de polvetes más.

—¿Lo estás mirando?

—Si quieres llegar a tu casa, sí. No te olvides de avisar a tu padre de que te retrasas, que seguro que el hombre te espera en el aeropuerto esta tarde.

—Espero que no, le he dicho que no hace falta. —Resoplo—. Creo que llegaré a tiempo.

—Tía, es el primero después de mucho tiempo, seguro que no es para tanto y así te quitas el agobio y los siguientes vienen rodados.

—Bueno, tampoco es que yo tenga intención de ir rodando por ninguna parte.

—Con lo que tú has sido… Ten cuidado.

—No te preocupes, luego le digo al piloto que se estrelle nada más salir. ¿Dónde tengo que tener cuidado?

—Oye, habrás usado condón, que hay mucha ITS y encima te puedes preñar.

—Sí y no, sabes que no.

—En esta vida nada es imposible, amiga. Ponme un mensaje cuando llegues y mándame el borrador.

Cuando vuelvo, me encuentro a Clemente sentado en la cama con el teléfono, jugando a algo. Tocando algo. Me mira.

—Desayuno —digo.

Deja el teléfono y me quita las cosas de las manos, abre el café y lo huele. Inmediatamente bebe y saca un bollo. Sí que tenía hambre, y yo también. Durante algunos minutos no decimos palabra; nos dedicamos a reponer fuerzas.

—Sabía que tenía hambre —dice—, pero no tanta. Y tengo mucha prisa.

Vaya, y yo pensando en alargar un poco más mi tiempo y resulta que se tiene que ir. Espero que no se me vea la decepción en la cara.

—¿Cuándo te tienes que ir? —pregunto.

—¿Yo? Si eres tú quien se va…

—Como tienes prisa…

Se ríe desde la nariz.

—Eres… —Se muerde el labio inferior mientras sigue riendo—. Quisiera pasar la mayor parte de tiempo contigo, tocándote, si me dejas y te apetece. Y como te ibas para comer y son casi las once…

—Has pensado en todo.

—Pienso muy rápido. ¿Te parece bien si Oleg te lleva? Si te llevamos los dos.

¿Me puedo negar? Tiene cara de súplica, como si realmente separarse de mí fuera algo que no quiere hacer. Los dos sabemos que esto tiene el recorrido muy corto y termina en Fiumicino. Me invade una especie de tristeza con el último trago de café.

Se acerca a mí, cogiéndome la cara con la mano, para llevarme a su boca. Nos besamos con tranquilidad, despacio, explorándonos,

desayunándonos. Ayer me funcionó, así que vuelvo a colgarme de sus hombros, para no caerme, para no perderle, y él me ciñe por la cintura, hasta dejar el beso para ajustar más el abrazo. Permanecemos unos segundos apretándonos, queriéndonos meter en la piel del otro para no dejarnos. Hasta que el deseo gana la partida y sus manos bajan hasta mi culo, internándose bajo el pantalón de tela ligera, sus manos a la blonda, las mías a su pelo, para dirigirle de nuevo a un beso más urgente. Nos da la prisa de cero a cien, y empezamos a desvestirnos casi sin despegar los labios. Sin saber cómo llegó ahí, sus dedos encuentran mi clítoris y gimo en su boca. Yo también le busco, obteniendo una respuesta similar, que me hace vibrar por dentro. Caemos, como la noche anterior, pero esta vez me toca a mí estar encima. Él repta y yo gateo para no quedarnos al filo de la cama. Vuelve a mi boca sosteniéndose con los abdominales mientras busca mi piel con las manos. Le empujo, quiero asegurarme de que su cara de placer viene a visitarme en sueños, así que cojo su pene con la mano y la muevo arriba y abajo como ayer. Por lo que sea, hoy parece hacer más efecto. Vuelve a levantarse para cogerme de las caderas y hacerme caminar de rodillas sobre él. Sus dedos se internan en mí, la sorpresa me hace encogerme a su alrededor. Su pulgar en mi clítoris no tiene que afanarse mucho para conseguir que una corriente me recorra desde el centro de mi cuerpo hasta el exterior, como ondas en el mar. Da un mordisco al envoltorio del preservativo y se lo pone con rapidez. No espero para colocarme a horcajadas sobre él y controlar la penetración. Trato de moverme despacio, pero me cuesta no acelerarme. Tenemos prisa, lo sabemos y, aunque no queramos, el reloj nos persigue, y sentimos urgencia el uno del otro. Clemente vuelve a alzarse para besar mis senos, despacio al principio, ayudándome a recuperar un ritmo más pausado, hasta que oculta el pezón en su boca y muerde. Pierdo el control por completo y él me agarra por la cintura; cuando me encuentro, él se pierde. Me abraza contra sí y resopla sobre mi pecho. Acompasamos nuestras respiraciones antes de separarnos.

Al contrario que anoche, me siento incómoda en cuanto me quedo sola, así que empiezo a vestirme, no me quiero ir, pero me tengo

que ir. La prisa se me ha metido dentro. Cuando sale del baño, se viste con la misma prisa que yo, ya no hay mimos en la cama.

—¿Qué pasa si pierdes el vuelo? —pregunta mientras se pone la camisa.

—Que tendría que pagar yo el vuelo de vuelta y no puedo permitírmelo.

—Posiblemente yo sí. —Se muerde el labio inferior. No sabe lo que me está pidiendo y lo que me cuesta rechazar su oferta.

—No. Es decir, es posible que para ti sea calderilla, no lo sé, te he preguntado por todo menos por tu declaración de la Renta, pero no. No puedo aceptarlo.

—Claro que puedes.

—Clemente… —Me acerco a él y, antes de saber qué hacer, él me acoge en sus brazos y me besa en la cabeza—. Créeme, no me quiero ir. Hace diez años te habría dicho que sí. Incluso hace tres, pero hoy no puede ser.

—¿Tienes algo que hacer mañana?

—Tengo que seguir trabajando.

—Perdona, no tengo derecho, a veces soy más caprichoso de lo que debería.

Permanecemos un tiempo indeterminado abrazados, hasta que suena su teléfono. Me besa en los labios antes de cogerlo.

Esta separación ya se siente como una despedida.

—Oleg está abajo, dice que ahora mismo no hay mucho movimiento, así que saldré. Te esperamos fuera en el coche. —Asiento con la cabeza, no puedo hacer otra cosa—. No me gusta esto.

Vuelve a besarme, como si quisiera absorberme y quedarse con parte de mí, yo también quisiera quedarme con parte de él. Casi ni me mira al separarnos, me deja sola en la habitación.

Miro mi maleta de cabina y la bolsa de mano, donde llevo el portátil y la cámara. ¿Habrá sido todo producto de mi imaginación? Las sábanas siguen revueltas, como si una pareja hubiera hecho uso de ellas. Me dejo caer de cara y, sin duda, percibo otros olores a parte de los míos. Nadie me había dicho que tener una aventura tiene este componente agridulce.

Recojo mis cosas y me voy.

Al entrar en el coche, entrelaza sus dedos con los míos. Habría sido mejor decirnos adiós hace un momento, en lugar de esta despedida agónica.

—No me has dado tu teléfono —dice.

—¿Es que me vas a llamar? —pregunto con tono jocoso.

—Claro. ¿Por qué no iba a hacerlo? —¿Realmente tiene intención de que esto no acabe aquí, o pretende ser educado?

—Porque eres un cantante de fama internacional y yo me dedico a recopilar información para biografías en Almería. Y tú no vas a dejar de ser una cosa y yo no voy a dejar de ser la otra. —Se le levanta el labio superior, como si alguien tirara de un hilo invisible. Le disgusta lo que he dicho, pero sabe que no hay nada que hacer al respecto.

—Podemos ser amigos.

—Claro. —Reflexiono un segundo, mirando cómo Roma queda atrás—. No nos conocemos realmente. Tú no sabes que, si yo tengo tu teléfono, y sé que tú tienes el mío, voy a estar esperando que me llames, sin sentirme capaz de llamarte, porque sabemos lo que hay. No creo que sea buena idea ahora mismo.

—Y si doy un concierto en Almería, ¿no te puedo avisar? Podrías enseñarme la ciudad, llevarme a comer, ir juntos a un poblado del oeste…

—Hagamos una cosa. Tengamos una contraseña, por si vienes a dar un concierto a Almería —cosas más raras se han visto—, o yo estoy entrevistando a alguien en Berlín y tú actúas allí casualmente. —Asiente expectante—. Pongamos una contraseña. Así, si no te apetece verme, simplemente puedes no decírsela a tu equipo de seguridad.

—¿Por qué no iba a querer verte? —Su sonrisa es tan inocente que casi me creo que no se dé cuenta de que mañana ni se va a acordar de mí.

—Porque la vida cambia en un suspiro.

—Vale. Una contraseña. ¡Oleg! ¿Has oído? —El guardaespaldas asiente—. ¿Qué contraseña?

Le miro y casi no puedo ni pensar, pero me viene un *flash*: pienso en «amor verdadero». Cualquiera que fuera como yo, que viviera en

España y tuviera la edad que yo tenía en 1992, cuando *La princesa prometida* fue la película de la víspera de Reyes en Televisión Española, pensará inmediatamente en «farolero». Es la palabra por la que, en el doblaje al castellano, el Milagroso Max pretende hacer pasar las razones de Westley, a pesar de que dice claramente «amor verdadero».

—Farolero. —Me mira muy atento, como si entendiera el español. No tiene ni idea de lo que acabo de decir—. Fa-ro-le-ro.

—¿Eso que es? —Se lo traduzco—. No tiene ningún sentido.

—Por eso es una contraseña.

—¿La tienes, Oleg?

—Farolero —repite nuestro conductor a la perfección.

Clemente la recita entre dientes un par de veces más antes de llegar a Fiumicino.

—Ha sido la mejor entrevista de mi vida —dice tirando de mí con una sonrisa de medio lado en la cara.

—Lo mismo digo. —Me dejo llevar por su tirón y nos besamos por última vez en el interior del coche.

Salgo arrastrando mi brazo por sus manos, hasta que los dedos dejan de tocarse. Qué dulce, qué amargo.

Y así, sin más, me despido de Clemente, de Roma, de las aventuras y de los sueños hechos realidad.

Trabajo en el primer borrador mientras espero el vuelo y me olvido de comer. En el avión pago un ojo de la cara por una bolsa enana de patatas fritas y una botellita de agua; si puedo, se lo facturo a la revista. Termino justo antes de que la azafata venga a matarme por seguir con el ordenador abierto, a pesar de que me ha dicho siete veces que ya vamos a aterrizar. Lo envío desde Barajas y, en el vuelo a Almería, me duermo antes de despegar.

Así que, cuando tengo que bajar las escalerillas del avión en Costacabana, me doy de golpe con la realidad, como si me hubiera teletransportado. El barrio de viviendas unifamiliares de los setenta, creado para que ingleses y alemanes disfrutaran del entorno idílico de la playa más fea de Almería, puede ser lo más opuesto a Roma

que exista. Claro que la señora gritona que llevo detrás —y que llevaba de pie diez minutos dentro del avión— tiene mucha más prisa que todos los demás, y no puedo quedarme allí, procesando lo que me ha pasado en las últimas treinta y seis horas.

Así que bajo, y salgo, pensando en meterme en un taxi que me lleve directa a la bañera de casa, cuando me encuentro con la sonrisa bajo el bigote de mi padre.

Le abrazo como para partirle en dos, huele a Agua de Álvarez y puedo palparle los huesos bajo la camisa blanca de manga corta.

—Hola, chula —dice correspondiendo el apretón—. ¿Has tenido mal viaje?

—Estoy bien. —Me separo de él y le miro bien; me gusta ver que está ahí—. Te dije que no hacía falta que vinieras.

—Pero yo quería venir.

Le cojo de la mano, como si volviera a tener tres años, y me dejo llevar.

Por el camino le cuento a mi padre en qué ha consistido la entrevista: le digo a quién he conocido, con quién he cenado, le hablo de la meritocracia y de Riccò. Siempre le gusta saber que hay gente a la que le va bien, que es consciente de sus ventajas. Omito mi noche y mi despertar, porque eso no se le cuenta a un padre, y además cabe la posibilidad de que pierda la sonrisa de orgullo. Ha merecido la pena el viaje solo por eso. ¿Qué le vamos a hacer? Soy una niña de papá y siempre quiero que esté muy orgulloso de mí.

Capítulo 4

NO

Cuando el agua empieza a resbalar por mi cuerpo me doy cuenta de que no me duché en Roma. Soy de ese tipo de persona que no puede pasar más de veinticuatro horas sin agua. No solo por higiene, por salud mental, las duchas son sagradas. Sin embargo, anoche se me olvidó, cuando llegué al hotel pensé en ducharme después de perfilar el texto del reportaje y fui asaltada. O yo lo asalté. Su recuerdo me hace estremecer bajo el agua tibia. Revivo ciertas sensaciones, como cuando era una adolescente ante mis primeras experiencias. A lo mejor tienen razón y, pasado un año, te revirginizas; como si la virginidad fuera algo más que un constructo bastante machista.

Si cierro los ojos, puedo sentir físicamente sus manos en mi piel, sus dientes contra mi cuello. Se me escapa un suspiro. Mis manos tratan de seguir el camino que él recorrió unas horas antes, y me sorprendo cuando la alcachofa de la ducha proyecta un chorro contra mi clítoris sin avisar. Aprovecho la circunstancia y los recuerdos vividos: sus dedos, su lengua rodeando la mía, su olor, sus embestidas. Las piernas me flaquean y me agarro al grifo para no caer mientras me deshago en convulsiones.

Respiro hondo. Efectivamente, como una adolescente. Salgo del baño envuelta en la toalla y con la piel a medio secar. Todavía hace sol fuera, a pesar de estar bien avanzada la tarde. Me pongo unas bragas y un vestido de verano ligero, de los de ir a la playa. Me gusta cuando llega esta época y puedo ir por casa con este medio trapo, que es prácticamente transparente.

Me siento ante el ordenador, con la doble pantalla. Abro las fotos en una, las notas de audio en los cascos y el procesador de texto en la pantalla principal, y así intento escribir el reportaje siendo lo más aséptica posible, que nada en el texto deje entrever que sé qué tatuajes hay bajo esa camiseta.

No tardo mucho en pasar los acontecimientos de la noche anterior a un archivo lejano de mi cerebro que titulo: *Cosas curiosas que me pasaron con un famoso y nunca contaré*, al lado de un montón de conversaciones *off the record*.

Cuando termino el correo electrónico a Carmen y lo programo para las nueve de la mañana del día siguiente, ya es noche cerrada y hace algo más de fresco. Soy buena en mi trabajo; después de un par de correcciones, podré cerrar definitivamente este capítulo de mi vida y volver al silencio de mi piso de dos habitaciones.

Los días se suceden en la más absoluta tranquilidad. Me llegan un par de encargos que soluciono con unas cuantas videollamadas. Compro aguacates y mangos para ponerme ciega a guacamole mientras veo pelis por la noche, y se me ponen malos, respectivamente. Hago la visita diaria a mis padres, a cincuenta metros de casa.

A veces pienso que igual soy una pesada; entiendo mis traumas y quizá no quieran que su hija esté allí todos los días, sin falta, para estrujarles y robarles turrón blando. Pero después pienso: que se jodan. No haberme tenido.

Y eso es todo. No tengo una vida digna de ser contada; estoy muy lejos de la gente con la que trabajo y sus anécdotas. De vez en cuando, el recuerdo de Clemente me arranca una sonrisa, como si lo que pasó lo hubiera visto en una película en lugar de vivirlo.

Mi padre está ante el espejo, vestido con los pantalones de traje azul —traje que ha durado más tiempo que el matrimonio para el que se los compró— y una camiseta de tirantes blanca, de algodón. Me recuerda brevemente a Clemente, pero con otra facha completamente distinta, aunque mi padre también es un dandi de cuidado.

Me gusta verle recortarse el bigote; es como si el tiempo no hubiera pasado y yo siguiera teniendo tres años, viéndole sentada en el bidé mientras se acicala. No es cierto, claro: ahora su bigote es blanco, en el baño no hay bidé en el que sentarse y una cicatriz aparece justo bajo la hendidura entre las clavículas, perdiéndose

bajo la camiseta. El recordatorio constante de la suerte que tenemos.

—Vamos, que no llegamos y yo llevo arreglada un siglo.

—Ya voy, si luego me pongo la camisa y ya está. Échame la crema. —Me tiende el bote de crema *for men* que huele a perfume masculino. Recojo una pequeña cantidad con los dedos y empiezo a extendérsela por la piel blanquísima y maltratada.

—Cuando no estoy yo, ¿quién te echa la crema?

—Me apaño bien solo, pero tú eres más suave que yo, y que tu madre. Es como si te diera miedo que me rompiera. —Y eso es totalmente cierto.

Se pone las gafas y va a terminar de vestirse. Mi madre me rodea por la cintura y me abraza, apoyándose en mi pecho. No sé cuándo crecí tanto o cuando menguó ella, pero es tan pequeña…

—Que no beba mucho —me dice.

—Ni gota.

—Y vigila que nadie le dé una calada de un cigarro, que cuando está con los compañeros se envalentona. —La aprieto contra mí. Ella también teme que se quiebre como un cristal.

—Es más responsable de lo que creemos, pero le vigilaré.

—Y que no se emocione.

—Mamá, si llora con *Ana de las Tejas Verdes*, cualquier cosa puede hacerle llorar.

Le doy un beso en la sien y me voy a la entrada. Ahí está, esperándome, con la corbata bien ceñida, que no se vea el botón de la camisa, y la chaqueta bien cuadrada. Sí que es un tío elegante.

Mi madre nos desea que nos lo pasemos bien y salimos de casa. Decidimos ir caminando; no está lejos. Le vigilo de cerca esperando que se ponga azul en cualquier momento, pero eso ya no pasa, no creo que se me vaya a quitar ese miedo nunca. Un día, cuando la válvula nueva falle, volverá la cianosis, y no sé si volveremos a tener tanta suerte.

En la puerta del hotel todo son besos y abrazos, le golpean en los hombros con cariño y él a ellos, conmigo son algo más suaves, alguno incluso se ruboriza cuando se acuerda de que no solo soy una compañera que ha ido a cubrir el acto. Cuando llega don Carlos,

saco la cámara y empiezo a hacer fotos, que yo estoy aquí para trabajar. Mi padre y don Carlos se abrazan como buenos amigos y todos pasamos al salón donde está prevista la cena. Las mesas son numeradas, así que cada uno tiene su asiento asignado. Me busco en el *seatting plan* esperando estar en una mesa alejada, pero me encuentro en lo que sería la mesa presidencial frente a don Carlos y junto a un tal Rodrigo Díaz. —Mira, como el Cid—. No le conozco, pero debe de ser el jefe de personal entrante. Mi padre se sienta con los compañeros de sección.

Cuando nos acercamos a la mesa, don Carlos se aproxima y me besa en la mejilla.

—Te pones a hacer fotos y no saludas.

—Hay que aprovechar los momentos bonitos, ¿no?

—Jubilarse a lo mejor es el momento más bonito de todos, tienes razón, Silvi. ¿Estás bien? ¿Te adaptas a la pequeña ciudad?

—Bueno, ya hace algún tiempo que estoy aquí, es casi como no haberme ido nunca.

—Igual no te tenías que haber ido nunca. —Me da un pellizco en la mejilla con los dorsos del índice y el anular—. Díselo a Carlitos, que sigue perdido en Bélgica.

—Hablé la semana pasada con él, estoy segura de que si hubiera trabajo aquí vendría de cabeza.

Don Carlos me dedica una sonrisa amplia y tierna. Siempre me ha resultado curiosa su familiaridad a pesar de la diferencia de puesto, seguramente tenga mucho que ver que Carlos hijo y yo nos llevemos unos meses y nuestras madres aprovecharan para entretenernos juntos.

—Rodrigo, ven que te presente. —Un tipo se acerca a nosotros, tostado, de algo más de metro ochenta, con un traje negro impecable y el pelo, ondulado muy oscuro, peinado hacia el lado. Trato de no tener prejuicios, pero la palabra «pijo» me resuena en la cabeza—. Ella es Silvia Miranda, hija del Maestro Miranda, el antiguo jefe del equipo cinco.

—Ah, sí, claro. Encantado, Silvia. —Me tiende la mano y yo se la estrecho, agradezco que mantenga una distancia profesional, aunque siempre me resulta un poco forzado dar la mano—. También

editas la revista corporativa. He leído algún artículo tuyo sobre el centro de Almería cuando estaba en Burgos.

—Es mi trabajo, por eso estoy aquí. —Le enseño la cámara.

—Deberías hacernos una juntos, ¿no, Carlos? La foto del relevo.

No me gusta que me digan qué fotos debo hacer, pero pongo la sonrisa fingida más amable que puedo y disparo.

Nos sentamos en nuestros puestos asignados y nos disponemos a cenar. Inmediatamente surgen las conversaciones entre la gente que tengo alrededor, los altos cargos de la empresa. No sé quién ha tenido la idea de que yo me siente allí, pero ha sido una idea terrible. Oigo retazos de conversaciones en las que prefiero no participar, un grupo selecto de licenciados en ADE con los que no tengo nada que ver. No tardo en levantarme para hacer la ronda de fotos de los invitados. Vuelvo a tiempo de darle un mordisco a la merluza del primer plato y de paso oír más conversaciones que no me interesan.

—¿Ya tienes casa, Rodrigo? —pregunta Salgado, quizá tenga intención de alquilarle un piso muy por encima de su precio, por aquello de invertir.

—Sí, he comprado un apartamento.

—¿Y has dejado sola a tu mujer esta noche?

—No tengo mujer a la que dejar sola.

—Mejor, luego iremos de copas a las Cuatro Calles y lo mismo te puedes llevar a alguna.

—La verdad es que necesito que alguien le dé el visto bueno a las sábanas nuevas.

El comentario me pilla bebiendo un sorbo de vino que se me atraganta y me da por toser. Típico comentario de macho. Inmediatamente me acuerdo de Clemente y su oído fino para censurar ese tipo de cosas, no puedo esperar que todo el mundo sea igual. Esta empresa sigue siendo eminentemente masculina, así que hay poca gente que salte ante estos comentarios, aunque yo tampoco digo nada. Echo de menos Roma.

Me alejo de la mesa todo lo que puedo, me dedico a las fotos y a apuntar en el móvil algunas frases interesantes para el artículo que irá en la revista. Mi padre se levanta para leer un brindis de

despedida, lo ha hecho en todas las jubilaciones y otras fiestas de guardar, como mi boda. Cuántos deseos para nosotros que no pudimos cumplir, empezando por ser felices juntos y siguiendo por llenarle la casa de nietos.

Don Carlos se seca las lágrimas y Rodrigo mira el teléfono. Estará dando *match* en Tinder en lugar de escuchar una descripción detallada y emotiva del legado que recibe. Vuelvo a mi mesa para brindar a la salud de don Carlos. Cuando nos sentamos para comer el postre, Rodrigo se inclina un poco hacia mí.

—¿Vienes a las copas? —pregunta.

—No —contesto cortante. Le miro, tiene la cara algo cuadrada y los labios perfilados, la tez morena. No le va a costar conseguir quien pruebe sus sábanas.

—¿No se te puede convencer? —Su voz es suave y melosa.

—Mi trabajo ha terminado, así que volveré a casa.

—No va a ser todo trabajar. Me gustaría conocer a la gente y he visto que tú tienes trato con todos. ¿No me ayudas? —Sonríe de medio lado.

—No quiero entorpecer tu búsqueda de probadoras de sábanas.

Arruga el gesto ante mi respuesta, pero ya lo he dicho. Es posible que no sea buena idea enemistarme con el jefe.

Si no hubiera escuchado el comentario de antes, me habría engañado. Es guapo, tiene los ojos brillantes y oscuros, y puede ser encantador. Ese es el problema, que sé que ese encanto es una pose.

Doy el último bocado del postre y me levanto. Como para muchos de los comensales, se acabó la noche. Don Carlos me abraza. Vuelvo en taxi con mi padre, porque sé que no me dejará volver sola a casa tan tarde y prefiero no discutir.

Al volver a casa descargo las fotos y escribo el artículo en modo automático, mañana lo retocaré y montaré para que la revista salga a tiempo el día uno. Miro el calendario, hace casi tres semanas que volví de Roma. La cena me ha dado ganas de estar en un lugar seguro, e inmediatamente pienso en los brazos de Clemente. Me siento tentada de hacer una locura.

Miro las fechas de los próximos conciertos. En dos semanas toca en París. Podría presentarme allí, y probar si realmente usa nuestra contraseña. Todavía quedan entradas, de grada, lejísimos.

Seguro que ya me ha olvidado, no tiene sentido. Además, es una locura ir persiguiéndole por Europa solo porque echo de menos un espacio donde los hombres sean un poquito conscientes de las machistadas que dicen.

Me meto en la cama y trato de dejar de fantasear con un polvo urgente y sudoroso en el *backstage*. Con poquísimo éxito.

Duermo fatal, me despierto temprano con molestias, me toca que me baje la regla y no me quedan ibuprofenos. Me hago un ovillo y me tapo con la colcha para que el calor me alivie el dolor. Vuelvo a dormirme.

A media mañana me despierta la vibración del teléfono, maldigo tener que cogerlo cuando veo el nombre de Carmen en la pantalla.

—Dime…

—¿Es que estás durmiendo todavía? ¿Tú no eras autónoma?

—Precisamente, para hoy, sábado, no tengo nada, además me encuentro fatal. —Aunque noto que los calambres han desaparecido.

—¿Qué tienes para el lunes?

—El lunes me llegarán textos en control de cambios para revisar. La verdad es que es un proyecto que va con fechas ajustadas.

—Seguro que si no mandas todo corregido al día siguiente no se muere nadie, eres la única persona que envía los trabajos días antes del plazo.

—Lo dices como si fuera algo malo. —Me incorporo en la cama; por la luz que entra, debo de haber dormido otro par de horas. Debe de ser cerca del mediodía y, aun así, me sigo sintiendo cansada—. ¿Me vas a decir ya qué quieres de mí?

—Quiero que vengas a entrevistarte con el director del grupo editorial.

—No, Carmen…

—Escúchame. El reportaje con Clemente Bassani ha sido un éxito, estás en todas las redes sociales y yo llevo todo el sábado trabajando por tu culpa, me han preguntado por qué no eres fija en la revista y no he sabido contestar.

—Sabes contestar perfectamente.

—Bueno, sí, por eso sé que te puedo ofrecer teletrabajo total, solo tendrías que hacer, a lo mejor, un viaje al mes…

—Para eso no me necesitas de fija, puedes contratarme de externa.

—Claro, pero no quiero, quiero tenerte en nómina y que no me puedas dejar colgada. Y el jefazo también quiere, creo que te va a ofrecer cosas muy buenas. Por favor, ven el lunes, habla con nosotros y después te invito a unas cervezas. Eh, esto es Madrid, es imposible que te encuentres con Ismael. —No puedo evitar que me dé la risa.

—Sabes que no me importa encontrarme con él.

—Ya, lo que no quieres es encontrarte con su mujer y su hija. —Exacto.

—Solo voy si pagas el avión, que el tren Almería-Madrid es una tortura.

—Te lo mando en un rato, con vuelta el domingo y te quedas en casa.

—Vale, pero no compres el tequila ese de mango que siempre me haces beber.

—No te mueres si no dices la última palabra, Sil.

—No lo sé, todavía no lo he comprobado, ¿para qué tentar a la suerte?

Nos despedimos y cuelgo. Estoy agotada y llevo durmiendo once horas. Me toco la frente, pero no parece que tenga fiebre. Hago el esfuerzo de levantarme y me preparo un café, salgo a la terraza y me siento en el columpio a mirar la muralla de la Alcazaba, bañada por el intenso sol de finales de junio. Hace bastante calor, pero queda una hora para que dé de lleno en la terraza y no se pueda estar a pesar del toldo. Justo cuando doy un sorbo escucho una voz.

—No me esperaba estas vistas en este barrio —dice una voz femenina en la terraza de abajo.

Estiro el cuello y me asomo. Deben de estar enseñando el piso, que estaba a la venta. Una chica joven, con una melena castaña larguísima, se apoya en el filo de la terraza, que está escalonada y es algo más larga que la mía, lleva una camisa de hombre que casi

no le tapa las piernas. No me parece el atuendo más apropiado para ir a ver casas, pero cada cual es libre.

—No sé qué tiene de malo este barrio.

Una voz masculina reverbera desde abajo, con acento del norte. Se acerca a la chica, un tipo moreno de cabello ondulado, que solo viste unos calzoncillos bóxer. Le aparta la larga melena y le besa el cuello.

—Bueno, esto no sé, pero todas esas casas… Es uno de los peores barrios de Almería.

—Quizá por eso la casa me ha salido tan barata. —La voz del chico me suena familiar, aunque con ese acento… —Algunos de mis compañeros de trabajo viven en ese barrio, estaban ayer en el *pub*, me dijeron que se vivía bien.

Empiezo a sospechar y eso me hace alzar una ceja.

—Cuando el taxi empezó a subir por aquí, la verdad es que me asusté.

—Estaba yo para protegerte.

De lo más profundo de mis entrañas me sale una arcada, no puedo evitarla, ni la arcada ni que esa chica y su acompañante me miren. Me tapo la boca, mi efusividad ante el comentario casi acaba en un vómito completamente real.

—¿Miranda? —dice él desde abajo. Y de eso me sonaba la voz—. ¿Somos vecinos? —No soy capaz de contestar—. Silvia, soy Rodrigo Díaz, el sustituto de Carlos.

Respiro hondo, hago de tripas corazón, aunque no sé si es buena idea porque tengo las tripas completamente revueltas y me asomo por la terraza.

—¿Díaz? —Él sonríe mostrando levemente los dientes blanquísimos. No tiene físico de gimnasio, ni le hace ninguna falta. Yo debería dejar de mirarle como una boba, él de sonreírme como un bobo, y así la chica a la que todavía rodea por la cintura dejaría de mirarnos como si fuéramos bobos.

—¡Qué casualidad! —Parece absolutamente encantado de que estuviera espiándoles. Ella le susurra algo al oído—. Es una compañera de trabajo.

—Bueno, yo… —No tengo ni idea de qué hacer, así que hago un gesto de despedida con la mano y entro a toda prisa en casa.

¿Por qué tenía que quedarme mirando cómo le quedan los bóxers? Voy a meterme en la cama, pero esa arcada vuelve a pelear por salir, así que voy al baño y vomito. Muy poco, una bocanada de café que me quema en la garganta, después otra y se me pasa inmediatamente. Seguro que me estoy poniendo mala, igual no debería ir el lunes a Madrid. Me vuelvo a la cama, con la intención de pasar el resto del fin de semana en ella.

En el avión de camino a Madrid todavía se me ponen las mejillas como un tomate cuando me acuerdo de la arcada y de Rodrigo en calzoncillos. Tengo que admitir que no sé si ese rubor es todo vergüenza, pero tampoco se me olvida ese «estaba yo para protegerte». Espero que ella le diera el visto bueno a sus sábanas para que él las use con total tranquilidad. No me puede gustar, porque las pistas indican que es un completo gilipollas. Pero le quedaban muy bien esos bóxers negros. Me recreo en la imagen de Rodrigo más de lo que debería, pero al intentar leer durante el vuelo me he mareado y en el metro no encuentro un sitio para sentarme, así que no puedo hacer otra cosa más que volar a mi vergüenza, los bóxers negros y su sonrisa blanquísima. ¿A qué venía quedarse mirando de aquella manera? Si todo pintaba a que yo estaba espiando su conversación, sin embargo, allí estaba, sonriente, encantado de haberse conocido, mirándome como si yo fuera una vieja amiga a la que se alegraba mucho de ver.

Carmen me espera en su oficina, aunque seguro que me ha visto antes, porque es una de esas oficinas modernas, con paredes de cristal, donde hay que parecer productiva y exitosa todo el día. Me abraza como si tuviera siete brazos.

—¡Qué guapa estás! Tienes el pelo lustroso. —Me lo toco un poco y no noto diferencia con otras veces, pero ella no suele soltar cumplidos porque sí.

—También te veo muy bien. —Y lo está, ha empezado a atreverse a ponerse algo de color y ha aprendido a sacarle partido a su cuerpo

para resaltar lo que a ella le gusta de sí misma, aunque lo que más me gusta son las gafas ojo de gato con la pasta negra gruesa y angulosa—. Podrías salir en una de tus portadas.

—Con este culo tremendo.

—Por supuesto, ahora es el momento, que parece que va a volver la talla cero, lo que supone una vuelta horripilante a los cánones de belleza de los dosmil y a los trastornos alimenticios.

—Tengo esa pelea todos los días, nena, y eso que esto es una revista sobre música y cultura pop y no de moda. ¿Sabes que están usando por ahí inyecciones para la diabetes para adelgazar? —Respiro hondo, no me creo que estemos en ese momento otra vez después de miles de campañas de incluir todo tipo de cuerpos. Hay modas que no deberían volver—. Eso podemos hablarlo después, en la comida. ¿Vamos a la reunión con John?

—¿Cómo que John?

—Te dije que era con el jefazo.

—Pero pensaba que era con el jefe editorial, en España.

—Ah, no, si Paco también está, pero el reportaje ha tenido repercusión internacional y el que se ha interesado ha sido John.

—¿Cómo que ha tenido repercusión internacional?

—Tía…, ¿en qué cueva vives? ¿Es que no tienes ni Twitter?

—Si me sigues. No lo he mirado en todo el fin de semana. —Salimos de la oficina y recorremos los pasillos de cristal—. Pensaba que si se hacía tan grande me enteraría.

Entramos en la sala de juntas. A Paco Fernández lo conozco de cubrir eventos del grupo: es un pez gordo, aunque parece una persona normal. Nos estrechamos las manos.

John, en cambio, solo existe en las revistas. Es más canoso de lo que se ve en las fotos, aunque el rubio californiano disimula bastante las canas. Debe de tener cerca de setenta años, pero lo disimula muy bien con los vaqueros ceñidos y la camiseta desgastada de los Rolling Stones. Me estrecha la mano con las dos y me dedica una sonrisa amplia.

Él lleva la entrevista. No deja hablar a Carmen ni a Paco en absoluto. Intenta decirme alguna palabra en español, pero desiste pronto y empieza a hablarme de la repercusión del reportaje, de lo

bien que escribo, de que ha leído algunos libros en los que he participado y de entrevistas de mis comienzos. Tiene un acento americano marcadísimo, pero no me resulta difícil seguirle; así que soy capaz de contestarle —con acento español— por qué no trabajo en Madrid, que mi imposibilidad de dejar Almería no me permite hacerlo para una revista tan exigente.

Promete teletrabajo al cien por cien, salvo que el entrevistado pida que además haga las fotos —por las que también me felicita—. Intento dejar claro que lo de la fotografía es reciente, que hice un curso para poder hacerlas bien para la revista corporativa y que no pensaba dejar ese trabajo.

Al final, y pese a todas mis reticencias, me pone todo de cara: además del contrato por una buena cantidad, lo firma allí mismo, *online*, y promete que no tendré que volver a Madrid si no quiero. Miro a Carmen, pletórica de alegría, y a Paco, que no está tan contento. Me temo que, por pura mentalidad, Paco prefiere seguir subcontratando servicios o, si no, poder encerrarte en una de sus celdas de cristal para observar lo productiva y exitosa que eres.

Meto el contrato con cuidado en la carpeta. Nos volvemos a estrechar las manos y salimos de allí.

Carmen y yo bajamos a la calle, donde, por fin, tomo aire. Me he mareado en el ascensor y vuelvo a tener las tripas del revés.

—Que cara de angustia, tía, a cualquiera que le digas que tienes ese careto después de que te ofrezcan el mejor contrato que yo he visto en este mundillo…

—Creo que me estoy poniendo mala, me he mareado en el avión y ahora me he mareado en el ascensor.

—¿Quién se marea en un ascensor?

—No sé, igual me están dando vértigos.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué menos! Vamos a tomar una cerveza y se te quita todo.

Pienso en la cerveza fresquita, cayendo del grifo a una caña, dorada con su característico olor, y me da una arcada. Igual que en mi terraza. Me tapo la boca y miro con pánico a mi alrededor, veo una papelera y voy corriendo hacia ella, vomito un par de bocanadas del agua que bebí en el avión.

—Hostia, tía. —Carmen me recoge el pelo y me acuna—. ¿Estás bien? Podemos beber vermut, si ves que la cerveza te da tanto asco.

Me da la risa, porque las náuseas han remitido. Miro a mi alrededor y un par de personas nos observan. En un alarde, les digo que estoy bien, que no se preocupen, y trato de no pensar en la imagen que pueden tener unos desconocidos de mí. Estaré madurando.

—Venga, vamos. —Me engancho a su cintura.

—¿Pero estás bien? ¿De verdad?

—De verdad. Igual estoy incubando algo.

—A ver si estás *preñá*.

—Del espíritu santo.

—No, del amigo de Clemente ese que te tiraste.

—¿Quién?

—A ver, Sil: ¿a cuánta gente te has tirado desde que estuviste en Roma?

—Ah… No… A nadie, solo a… al amigo de Clemente. —Por teléfono fui capaz, pero en persona se me va a notar la mentira. Además, Carmen me mira pestañeando detrás de esas gafas de señorita Rottenmeier punki y me cuesta el doble—. Nadie más, pero usamos condón.

—Pero a veces falla.

—Carmencica, que soy infértil. Después de seis años, siendo más joven y de cinco tratamientos de fertilidad, ¿tú, crees, de verdad, que podría estar embarazada?

—Cosas más raras se han visto.

—Claro, como la anunciación de la llegada de Cristo. Te prometo que a mi casa no ha entrado ninguna paloma. Vamos a tomarnos algo, que me estás poniendo nerviosa.

Así es, me tiemblan las manos y, para que no lo note, empiezo a andar como si yo supiera dónde vamos.

—Pero para. ¿Te has enfadado? —pregunta mientras me persigue.

—No, pero sabes que es difícil. Cuando Isma y su novia se quedaron, me alegré mucho, pero para mí fue la confirmación de que ese problema sin detectar era mío. Cuando me decís, porque no eres la única, eso de «todavía puedes, igual con otra pareja, no hay

nada imposible», me pongo de los nervios. Ni siquiera contemplo la posibilidad de tener hijos. Ya no. Cerré ese archivo.

—Ya, perdona, pero… —Se muerde los labios, quiere decir algo que me va a sentar como el culo, así que le hago una seña para que hable—. ¿Te ha bajado la regla?

—No, pero no me toca. —Saco el teléfono para ponerle en la cara mi calendario menstrual, sin saber por qué tengo que dar tantas explicaciones, pero siempre las doy. Siempre le cuento a todo el mundo lo de la infertilidad, explico que no puedo tener hijos, que ya no quiero tenerlos, y la gente siempre quiere saber más, y yo siempre contesto. Sin mirarla, le pongo la pantalla por delante—. ¿Ves?

—¿Que llevas siete días de retraso? Sí, lo veo perfectamente. —Me quedo sin aire mientras me quita el teléfono de las manos—. Claramente es lo que pone, siete días de retraso —repite—. ¿Apuntarías mal tu regla anterior?

—No, recuerdo haberlo apuntado en cuanto vi la primera mancha, es una costumbre de cuando tenía que llamar a reproducción asistida. —Respiro hondo—. Esto solo tiene una explicación.

—Jesucristo romano. —A las dos nos da la risa.

—No, idiota, perimenopausia.

—Perigilipollas, vamos a comprar un test.

Tira de mí de camino a no sé dónde, no soy capaz de protestar después del ridículo de no saber cuándo me viene la regla. Dejándome llevar, me llevo la mano al vientre. No es posible, pero… ¿y si lo fuera? No, no me quiero hacer ilusiones, he pensado demasiadas veces que estaba embarazada y luego, en el momento señalado, me bajaba la regla. Aunque es la primera vez en mi vida adulta que tengo un retraso de más de dos días. Siete días sin regla y me siento como el culo. No. No es posible. Soy infértil. Estoy yerma. Se me viene a la cabeza la frase que le dije a Clemente: «Aunque consiguiera quedarme embarazada, seguiría siendo infértil». Pero no en estas circunstancias. No puede ser.

—Un test de embarazo —oigo que dice Carmen como desde una cueva. Vuelvo en mí y me encuentro en una farmacia.

—¿Cuál? —pregunta el farmacéutico.

—Yo qué sé, nena. ¿Cuál?

—El más barato que tengas, todos detectan el HCG igual, solo que el caro tiene una pantallita de mierda que dice cosas hirientes. —Se me vienen encima un montón de emociones que creía desechadas: la decepción, la tristeza, la rabia. No me creo que después de haber cerrado ese capítulo de mi vida me vaya a hacer otro puto test.

—Ocho euros.

—¿Ocho euros por una tira reactiva en un plástico? —pregunta Carmen.

—Es lo que vale. —El farmacéutico se encoge de hombros, Carmen paga refunfuñando y me saca de allí de la mano, porque andar por mí misma no es algo que ahora mismo vaya a pasar.

Estaba con Ismael, en casa, en nuestro piso enano y sin reformar de Madrid, tapados con una manta, acurrucados, después del tercer tratamiento. Nos llegó un wasap de un grupo de amigos: una foto de un test con dos rayas. Los demás preguntaban qué era eso, nosotros lo sabíamos perfectamente.

No se le puede pedir a la gente que tenga tacto; no le puedes decir a nadie que te mueres de la envidia cuando se preñan a tu alrededor. Te pilla como te pilla, lo entiendo perfectamente, pero la frase: «No nos lo esperábamos para nada, ha sido sorpresa», es como si te dieran un golpe en la cara.

Tú, que te pones inyecciones, que después de una intervención más o menos dolorosa, pero nunca agradable, te administras el peor medicamento de la historia de la humanidad: los óvulos de progesterona. Que dejan residuo, que pican, que te dan todos los jodidos síntomas de un embarazo para que luego te baje la regla. Y ellos se han quedado sin quererlo.

No. Yo no me puedo quedar sin quererlo, ni usando medios para no hacerlo. No puedo ser esa persona por la que he sentido tanta envidia otras veces. No.

—Un vaso de plástico, lo primero. Para mí un tiesto de cerveza bien grande, para ella… Ya veremos. Pero el vaso de plástico primero, por favor.

El camarero se va.

—Esto es absurdo, va a dar negativo —digo.

—Entonces, te tomas el tiesto de cerveza. Silvia, hazme el favor, hazte el test y luego nos emborrachamos a gusto, por mí.

—Por ti, pero te digo que usamos condón.

—¿No se lo quitaría?

—No, vi cómo se los quitaba.

—¿Usó dos? Tíaaa sabes que eso no protege.

—No, es que lo hicimos dos veces.

—Que bien te lo pasaste, ¿no? —Pues cuando te enteres de con quién ha sido.

El camarero aparece con el vasito de plástico. Carmen lo coge y tira de mí.

—Puedo hacerlo sola.

—Anda ya, tonta, como si no hubiéramos meado juntas mil veces.

Me meto en el baño, me bajo el pantalón, ni idea de por qué estoy haciendo esto. Carmen va abriendo la caja del test y se pone a leer las instrucciones.

—No leas, son diez segundos bajo el flujo constante de orina o en un recipiente, sin llegar a tocar el plástico. —Retiro el vaso.

—Sí bueno, pero igual este es distinto.

Le arranco el test de las manos, le quito el capuchón y meto el extremo empapador. Cuento: mil uno, mil dos, mil tres… Mil diez. Lo saco, todavía no ha subido la tira. Tapo el capuchón y lo dejo sobre el lavabo mientras tiro el pis al inodoro y el vaso a la basura.

—Ya sube.

Lo miro y veo subir la mancha roja por el hueco de plástico que deja ver la tira. Seguirá su camino hacia la línea de control; cuando desaparece la mancha inicial, se dibuja una línea clara, granate. En la línea de test. Empiezo a temblar: todo el cuerpo me tiembla.

—Es imposible.

—¡Tía! ¡Que estás embarazada! —Carmen grita; se ha debido de enterar medio Madrid.

—No puede ser. —Miro de nuevo el test: ya están las dos líneas. La del test no puede ser más oscura—. No puede ser.

Y lloro. Lloro porque es la primera vez que veo esas líneas. Y lloro porque, ¿qué voy a hacer ahora? Carmen me abraza mientras tiemblo, lloro y repito: «No puede ser».

Capítulo 5

A TU CASA VIENES

Me tiembla todo el cuerpo. ¿Qué voy a hacer yo ahora? Esto no me puede estar pasando, cuando creía que no podía. Debería dejar de temblar y llorar. Respiro hondo entre los brazos de Carmen, pero no puedo, en cuanto cojo aire vuelven las lágrimas y los sollozos.

—Ya, cielo, respira.

Pero no puedo respirar, todo ese malestar, todas esas náuseas, habrían sido síntomas que hace un par de años me habrían hecho emocionarme, claro que me habría hecho un test seis días antes, porque antes no se me escapaba ni medio segundo de retraso. Estoy embarazada. Mi cuerpo se convulsiona por el llanto.

—¿Estás bien, llamo a un médico? —dice una voz masculina al otro lado de la puerta.

Me da la risa. Tengo que llamar al médico, va a flipar casi más que yo.

—Estamos bien —dice Carmen mientras me seca las lágrimas y me coge de la mano para salir del baño.

Nos sentamos a la mesa donde a ella le espera una jarra de medio litro de cerveza y a mí me vuelven las náuseas. El camarero nos mira con cara de pena.

—¿Qué te traigo? —Abro la boca para pedir, pero no sé qué puedo tomar. Sé que no puedo tomar nada con alcohol, pero no sé qué pasa con la cafeína, con los refrescos, con la tónica—. ¿Empezamos por un agua? —Asiento con la cabeza y se marcha.

Carmen me coge las manos. Le veo en la cara que tiene cientos de preguntas, y yo no sé si estoy preparada para contestar a ninguna de ellas.

Tengo que decírselo a mis padres. ¿Qué va a decir mi padre? Embarazada después de sexo casual. Con un cantante de fama mundial. ¿Qué les cuento para seguir siendo la mujer de bien en la que había conseguido convertirme?

Después de una adolescencia difícil, hice la carrera, conseguí dedicarme a lo que me gustaba, me casé e intenté tener hijos, como debía hacerlo. Y lo conseguí casi todo. A cambio de no tener el paquete completo, me mudé, porque no estaba dispuesta a que ellos se siguieran haciendo mayores y poniéndose enfermos sin estar a su lado.

Están mis hermanos; no es que estuvieran desatendidos. No lo hice por ellos. Lo hice por mí.

—¿Qué vas a hacer? —Carmen se atreve a romper mis pensamientos.

—¿A qué te refieres?

—¿Lo vas a tener?

Casi me ofende la pregunta, pero tendría sentido, ¿no? Yo ya no quería tener hijos; tendría sentido no tenerlo. Nadie me censuraría por ello. Salvo mis padres, claro. Y yo misma.

Me toco el vientre. Toda la vida pensando en mí misma como madre y tuve que aceptar que no lo sería. Sin embargo, ahí estás. Deben de ser algo más de cinco semanas. Eres un gusanito pequeñito al que aún no se le oye el corazón, pero estás ahí. Ese es tu sitio. A tu casa vienes.

Vuelvo a llorar.

—Sí, claro que lo voy a tener.

—Tendrás el teléfono del padre. —Niego con la cabeza—. Silvia… ¿Por qué no te quedaste con el número de ese pavo?

—Porque no iba a ir a más, todo fue muy intenso, muy de novela romántica, y parecía perfecto, corríamos el riesgo de intentar tener una relación a distancia y era una locura. Era una locura tener el número de teléfono de… —Se lo voy a tener que decir en algún momento—. De ese pavo, y correr el riesgo de llamarle o esperar que me llamara. Era demasiado difícil.

—No estoy entendiendo nada. ¿No te pareció apropiado tener el teléfono de alguien a quien igual tenías que comunicarle que habías pillado una ITS por su culpa?

—Que usamos condón. Las dos veces.

—Está claro que uno no funcionó, tendrás que hacerte análisis.

—No me regañes, por favor.

Me siento cada vez más pequeñita, la cabeza me va a mil. Tengo que decírselo, supongo, usar nuestra contraseña. No voy a pedirle nada, pero es lo justo.

—Dime cómo se llama, anda, e intento conseguir su teléfono a través de la gente de prensa de Bassani.

—Clemente, se llama Clemente. —No tiene sentido alargarlo más. Tengo las tripas totalmente del revés. Bebo tragos cortos de agua y trato de respirar.

—¿Clemente Bassani tiene un amigo que se llama Clemente?

—Que fuera un amigo de Clemente y no un señor que me crucé en el bar del hotel es una movida que te has inventado tú totalmente, porque yo no te conté nada.

—Vale. Eso es cierto, pero ¿me estás diciendo que conociste en el bar del hotel a un señor que se llama Clemente?

—*Nope*.

Se hacen unos segundos de silencio mientras ella va sumando dos y dos hasta que se da cuenta de lo que ha pasado.

—Joder, Silvia, te tiraste al entrevistado. Eso no se hace. Su gente no me va a dar su teléfono por nada del mundo.

—De verdad, Carmen, no me regañes. Que si ese tipo no fuera una especie de semidiós de la fertilidad no estaríamos teniendo esta conversación y nadie se habría enterado jamás. Dime que nunca te has tirado a alguien a quien no deberías. —Abre la boca—. ¿Vas a mentirme? —Cierra la boca.

—¿Se te ocurre alguna manera de ponerte en contacto con él?

—En un par de semanas da un concierto en París.

—¿Y te vas a colar en su hotel como una adolescente? Puedo conseguir pases para el *backstage* con mucha suerte, pero eso no nos asegura que… —Alzo la mano para que pare de hablar.

—Te vas a reír de mí. Pactamos una contraseña, por si yo iba a verle a algún concierto. Yo pensaba más en que en algún momento pararía cerca de Almería, pero allí no va nadie.

—¿Una contraseña? ¿Tenéis doce años? ¿No podíais daros el número de teléfono?

—¿Para qué? ¿Para esperar que me llame, para que él espere que le llame yo? Aquello fue genial, ¿vale? De cuento. Si hubiera tenido

ese tipo de conexión con mi vecino de abajo —Rodrigo en calzoncillos cruza por mi cabeza un milisegundo—, estaría planeando la boda. Pero no podía ser. Él es un cantante de fama mundial que vive en Roma, y sabes que ni por todo el oro del mundo pienso moverme de Almería. ¿Qué sentido tenía darse los teléfonos? Así que se me ocurrió lo de la contraseña: así le daba la libertad de no decírsela a su gente si no quería verme, y yo tenía la libertad de no usarla si no quería verle.

—A ver, entonces es posible que no puedas verle porque no quiera verte o porque considere que París está muy lejos y que tú no irás allí. ¿Qué haces si no funciona la contraseña?

—Colarme en su hotel como si fuera una fan de quince años, supongo.

—Vale, tengo bonos, te pido los vuelos.

—¿No te parece una locura?

—Es menos locura que llamar a Lidia Murolo, que es un grano en el culo y le cuida como si fuera un huevo de Fabergé. Lo que me costó pactar la entrevista…

—Lo cierto es que las condiciones las puso él.

—Ya… Pero ella no quería que estuviera solo, quería que nosotros presionáramos para que ella se quedara. Prefiero lo de la contraseña.

Estoy embarazada. Ya tengo un plan para contárselo a Clemente. Ahora, a por el resto de mi vida. Busco una aplicación de esas que comparan el tamaño del bebé con frutas y resulta que dentro de mi útero nada una semilla de sésamo; me reconforta saberlo. Saldremos adelante, pequeña semilla, no necesitamos a nadie más.

Los días se suceden mientras intento poner en orden mi vida, sin tener la capacidad física de hacerlo. He dejado de vomitar; a cambio, tengo unas náuseas monísimas casi todo el día, que solo me dan tregua a última hora de la noche, cuando ya no es hora de hacer nada. Casi no puedo dormir y sigo pensando cómo dar la noticia en casa.

Decido que, hasta que no se lo cuente a Clemente, es mejor mantener el secreto. No sé cómo lo voy a hacer: soy capaz de guardar conversaciones enteras y no recordarlas, si me piden que no

lo cuente, pero jamás he sido capaz de callarme algo que me afectara a mí, mucho menos con mis padres.

Afortunadamente, tengo el cuerpo tan del revés que el tiempo que paso con ellos es muy limitado. Entre eso y pensar en las consecuencias de la conversación, consigo mantenerme en silencio.

Paso casi todo el tiempo en la terraza intentando leer, siempre que Rodrigo no le enseña las magníficas vistas a ninguna de sus conquistas. En cuanto oigo movimiento en la terraza de abajo, huyo, a ver si con suerte se olvida de que somos vecinos y, cuando nos toque encontrarnos por trabajo, no resulte todo terriblemente incómodo.

Me entra una especie de manía persecutoria que me hace retirar las vitaminas que me manda el médico en una farmacia al otro lado de la ciudad; no vaya a ser que alguien se entere de lo que estoy tomando y ate cabos.

El viernes, a las cinco de la mañana, me recoge en la puerta de La Salle una chica que conduce un Seat Ibiza nuevo. Debe de tener unos veinte. Se llama Lucía. Me ayuda a meter la maleta en el maletero y las dos iniciamos el camino a Málaga.

—Entonces, Silvia, cuéntame: ¿dónde viajas? —Lógicamente, quiere conversación, para eso puso el coche para compartir, para no dormirse.

—A París.

—Ah, qué casualidad, yo también.

—¿Sí? ¿Qué vas a hacer allí? —Viaja sola, así que no parece que vaya a un viaje de placer.

—Voy a ver a mi novio. —Sonríe de oreja a oreja—. Nos conocimos el año pasado, en mi Erasmus. Yo entregué ayer mi TFG y él terminó la semana pasada, así que hemos decidido pasar el verano en París, para que yo busque trabajo y, en septiembre, buscarnos algo solos. No creo que sus padres me aguanten mucho más.

—Espero que tengáis buena suerte. —No soy capaz de decirle nada más, al menos disfrutarán del verano en París. Quizá soy una descreída y ella tiene todas las oportunidades del mundo para trabajar allí.

—¿Y tú? —Yo tendría que haber elaborado un guion, una mentira, otra historia de fantasía, pero llevo dos semanas sin poder hablar, nada más que los wasaps con Carmen.

—Voy a decirle a un señor con el que eché un polvo hace mes y medio que estoy embarazada, a pesar de que llevo gran parte de mi vida adulta pensando que soy estéril. —Así, sin anestesia.

—¿Y no podías decírselo por teléfono?

—No tengo su teléfono. —Me mira incrédula. Estoy siendo juzgada por una niña de veintiún años que va a buscar trabajo en París con el amor de su vida.

—No te ofendas, pero se supone que la gente mayor tiene más cabeza, y la verdad es que no veo a ninguna de mis amigas…

—¿Quedándose embarazada por casualidad de un desconocido? —Asiente sin dejar de mirar a la carreta—. Me alegro mucho. La cuestión es que estoy segura de que tú o tus amigas, igual que yo o las mías, habéis tenido sexo esporádico con protección alguna vez y, ni tenéis el teléfono del chico en cuestión, ni os ha hecho falta.

—Pero tú estás embarazada, no usaste protección.

—Sí, sí que la usé.

—Venga ya, eso no pasa.

—Eso creía yo, que no pasaba, que ese tres por ciento de fallos está ahí si lo usas mal o si eres un personaje de *Friends*.

—¿De qué? —La brecha generacional. ¿No podía haberme callado la boca?

—Una serie, da igual. En definitiva, que yo pensaba como tú, y lo hice todo bien, sin embargo, aquí estoy, volando a París para encontrar a un señor al que tengo que decirle que voy a tener un hijo suyo y que, lógicamente, como él hizo todo lo posible para que esta situación no fuera así, no tiene ninguna responsabilidad.

Acabamos de llegar a Motril, me espera otra hora de seguir dando explicaciones porque no sé mantener la boca cerrada. Aunque me siento un poco liberada, también me siento idiota.

—Una cosa, si no tienes su teléfono, ¿qué vas a hacer? ¿Sabes dónde vive?

—Sé dónde va a estar esta noche. —Estupendo, ahora además de una inconsciente parezco una acosadora.

—¿Y estás segura de que lo vas a tener?

—Segurísima.

—Entonces, espero que él no sea un subnormal.

Y yo también lo espero. No se me escapa que doce horas de conversación no te hacen conocer a una persona, y que este tipo de situaciones pueden sacar a relucir lo peor de ti.

Puedo ponerme en todos los escenarios: en el que nos vemos y la chispa es la misma, todo es fantástico, le cuento lo que pasa, se entusiasma, llora, me besa, todo es genial, nos casamos y vivimos en uno de los chalets del camino de Genoveses, con vistas a Cala Higuera.

También puedo imaginarme que me mire como si fuera un alien y me rechace por completo; que seguridad me saque del *backstage* a rastras y yo llore por las calles de París mientras llueve.

Lucía empieza a parlotear sobre lo que estudió y puede que tenga algo de futuro en París, yo le cuento a qué me dedico y flipa un poco.

—¿Quién fue la última persona que entrevistaste?

—Antes de ayer hablé con un secretario del Ministerio de Interior en la época de Zapatero.

—Ah. —Parece decepcionada, supongo que esperaba a alguien más interesante—. ¿No has entrevistado a ningún famoso, ningún actor, ningún cantante?

—La verdad es que para mi trabajo diario suelo entrevistar a figuras de la política, o con mucho peso socioeconómico, pero… —dudo un segundo— el mes pasado le hice un reportaje a Clemente Bassani.

—En esa revista… En la entrevista en la que se maquilla. —Ahora sí se emociona—. La leí. Qué casualidad, esta noche tiene un concierto en París, estuve a punto de comprar entradas, pero tengo que ahorrar. Me encantó el reportaje. No sabía que lo había escrito una almeriense.

Así me paso la última media hora del viaje, recordando que Clemente es amable, simpático, divertido, creativo, inquieto y que se mueve como si fuera un gato. Describo con detalle cómo sabe el café que hace, mientras Lucía sonríe con admiración.

Cuando llegamos al aeropuerto, dejamos el coche en el aparcamiento de la compañía de alquiler y nos acompañamos el resto del tiempo. Ya hablamos de lo caro que es todo, de las colas, de por qué la gente se levanta antes de tiempo para embarcar si su asiento está asignado. La normalidad después de haber soltado lastre me hace tranquilizarme, quizá por eso esta es la primera mañana en la que no tengo las tripas del revés en las últimas semanas. Quizá por eso pego la cabeza a la ventanilla y me duermo, sin desabrocharme el cinturón, hasta que aterrizamos en el Charles de Gaulle.

A la salida me recoge Carmen y me despido de Lucía justo antes de que empiece a dar saltos para acabar abalanzándose sobre un veinteañero tamaño tres por cuatro, negro como el ébano, que tiene una sonrisa de gilipollas que me hace pensar, por un instante, que todo les va a ir bien por siempre jamás.

Carmen me conduce por el aeropuerto hasta sentarme en un coche negro con los asientos de cuero y yo me recuesto sobre su hombro, me gustaría seguir durmiendo un mes o dos, o hasta que nazca esta criatura.

—He conseguido pases VIP para poder acercarnos al backstage. Creo que va a salir todo bien, Sil; pero, si no, también he averiguado su hotel y el número de su habitación.

—Tendrías que haberte metido a espía en vez de a editora de revistas.

—*Nah*, al final esa gente sirve a otros intereses, y nunca son intereses limpios. Yo solo hablo de música, y así me siento mucho mejor.

Dejamos las maletas en una habitación enana de un hotel en Ópera, que parece tener el suelo ligeramente inclinado, pero que cumple lo que promete: tiene una cama y un baño.

Me siento sorprendentemente tranquila, aunque muy cansada, así que me dejo caer boca abajo en la cama y cierro los ojos. Hasta que alguien me da un golpe en el culo. Me despierto sobresaltada y tardo unos segundos en darme cuenta de dónde estoy.

Mientras me dura el cansancio soy capaz de vestirme, incluso de maquillarme un poco, pero en cuanto empiezo a espabilarme me

comen los nervios. Compruebo que lo llevo todo en el bolso: el móvil y el palito de plástico que acredita que no estoy mal de la cabeza. Carmen me lleva de la mano todo el tiempo; si no fuera por ella, no sería capaz ni de caminar. Me sorprende que tenga unas entradas tan buenas, en la pista, bastante cerca del escenario. Podría dar la casualidad de que, en algún momento en el que se ilumine al público, me vea.

Durante el tiempo de espera, vuelvo a repasar todos los escenarios posibles, y se repiten las palabras de Lucía en mi cabeza: «Ojalá no sea un subnormal». Y es bastante fácil no serlo, porque sería comprensible que no quisiera hacerse cargo de la situación; basta con que no insinúe que le he engañado, que seguramente no sea suyo, que miento o que estoy loca. Salvo comportarse así, todo me vale, todo me va bien. Estoy aquí para informar, solo para eso.

Respiro hondo. Solo informar.

Las luces se apagan. Todo el mundo grita a nuestro alrededor y a mí se me saltan las lágrimas. Mi cuerpo bulle, de nervios, de emoción, y se contagia del ambiente.

La voz de Clemente se oye en la oscuridad, acompañada de unas leves notas de guitarra. Una luz le ilumina: está solo ante el micrófono, vestido con una falda de cuero negro hasta los pies, y nada más. Tiene los ojos cerrados, ahumados con sombra de ojos negra.

Ha sido una idea terrible presentarme aquí. Tengo que esperar todo el concierto muriéndome de los nervios y no creo que esto sea bueno para el bebé. Carmen me sujeta y empieza a corear con el resto del público. Me agarro a ella y yo también empiezo a cantar, esperando relajarme un poco.

Me resulta extraño: él sigue siendo grácil, pero parece una persona completamente distinta. Tiene una energía brutal sobre el escenario. Enseguida empieza a moverse de un lado a otro, a hacerle gestos con la cara al público, a hacer gritar hasta a las últimas filas gracias a las pantallas gigantes.

Da un espectáculo tan impresionante que, durante un rato, se me olvida qué hago allí… Hasta que casi salto y Carmen me frena, y entonces recuerdo que igual tengo que contenerme. Pero no veo al

Clemente que tuve entre los brazos. El Clemente del escenario es otro: muy atractivo, muy macarra, muy divertido, pero distinto.

Después de casi dos horas que acabo disfrutando, Carmen saca los pases y caminamos hacia el *backstage*, donde un machaca nos frena.

—Farolero —digo sin pensar.

El tipo levanta una ceja y dice algo al *walkie* que no entiendo. Recibe un sonido metálico horrible y nos dice en inglés que esperemos allí. El corazón se me va a salir por la boca, si nos dice que esperemos será porque la contraseña ha llegado a alguna parte, si no se habría reído de mí y ahora tendríamos que intentar colarnos en un hotel.

—Señorita Miranda. —Reconozco su acento eslavo a mi espalda.

—Oleg. —Me llevo la mano al pecho y me sorprende que él me abrace—. Ella es Carmen Hernández, editora…

—Amiga, soy amiga de Silvia, vengo a acompañarla, hasta que ella me diga lo contrario.

—No creo que le importe… —Se estrechan las manos—. Oleg Melnik, jefe de seguridad de Bassani. Vamos, venid conmigo.

Oleg nos conduce hacia los camerinos, donde la gente corre y grita. Nuestro acompañante toca a una puerta donde hay una estrella dibujada en un folio pegado con celo.

Noto el corazón en los oídos, espero encontrarme con la cara de Clemente, y, sin embargo, ahí está Lidia Murolo, con cara de pocos amigos.

—¿Qué quieres, Oleg? —le espeta ella. Sigue siendo tan amable como recordaba.

—Eh… eh… —Y así es como actúa un ucraniano de dos metros y de brazos de acero cuando está intimidado por una italiana flaca de metro setenta y pico.

Lidia deja de mirar a Oleg y repara en mí.

—¿Qué hace ella aquí? ¿Por qué la habéis dejado pasar? —Parece que no recuerda que hablo italiano perfectamente—. No son horas de entrevistas.

—No vengo a entrevistarle. —Es curioso cómo me crezco delante de estos personajes, a pesar de llevar semanas muerta de miedo.

—Me da igual lo que vengas a hacer, está cansado, no puede verle nadie.

No había contado con este escollo, empiezo a pensar que colarme en el hotel no es una opción y que fui muy estúpida al no querer intercambiar teléfonos.

—Lidia, va a ser solo un segundo —interviene Carmen en inglés mientras Lidia la mira como si fuera el mismísimo demonio—. No nos conocemos en persona, pero hemos hablado bastantes veces, soy Carmen Hernández.

—¡Carmen! —Vaya, resulta que mi amiga y mayor apoyo también era justo la tecla de influencia que necesitaba, nadie le dice que no a una editora importante, a quien decide qué espacio va a tener tu representado en uno de los escaparates más importantes del sector, por supuesto—. Entenderás que después del esfuerzo no puede ver a nadie, esto es muy atípico. —A pesar de la amabilidad, va a ser difícil.

—Lo entiendo, Lidia, pero ¿podrías hacernos el favor de preguntarle a él?

Lidia duda. Evidentemente, sabe que, si se lo pregunta, es posible que nos deje pasar y ella no quiere eso, quiere preservarle como si fuera de cristal. Quizá ella sabe algo que yo no, quizá esto haya sido muy mala idea. Total, tampoco necesito nada suyo. ¿Realmente era necesario contarle todo esto?

—La verdad es que no hace falta… le digo a Carmen bajito y en español.

—¿Cómo que no hace falta? —me dice por la comisura.

Una voz masculina sale del interior del camerino, pero no distingo lo que dice. Lidia parece algo desesperada.

—Tienes visita.

—Quiero volver ya al hotel, ¿es muy importante? —dice Clemente desde dentro.

Lidia me mira y parece decidida, pero al mirar a Carmen duda.

—No creo que sea importante. —Quiero matarla. ¿Cómo sabe ella que no es importante?

—Sí que lo es —digo—. Dígale que soy yo. ¿A qué espera? —le espeto desesperada.

—Si no quiere ver a nadie da igual quien seas.

La puerta se abre más y Clemente aparece tras ella, con el torso desnudo y un vaquero.

—Claro que no da igual. —Me mira y tarda un segundo eterno—. ¡Silvia! No te esperaba en París. ¿Puedes esperar fuera, Lidia? —La mánager se pone lívida, aprieta las mandíbulas, pero asiente.

Le hago un gesto a Carmen para que no me siga y entro en el camerino.

—Pensaba que usarías la contraseña si iba a España o paraba cerca de Almería. —Sonríe de oreja a oreja—. Me alegro de haber hecho que Oleg repitiera aquella palabra todo el camino de vuelta del aeropuerto.

Sin embargo, aunque está contento de verme, no se acerca a mí. No me asalta, no me besa, no me abraza. Y yo también estoy como una estaca, ahí parada, sin saber qué decir. Quizá debería abordar el tema de una vez, no puedo pretender que salten chispas, si no han saltado ya.

—¿Has visto el concierto? —pregunta justo cuando abro la boca.

—Sí, estaba relativamente cerca, supongo que no me has visto.

—Es prácticamente imposible ver a alguien, tampoco te esperaba, en España te habría buscado. —Se ruboriza y baja la mirada al suelo, se tapa el abdomen con las manos—. Perdona, parezco un acosador, pero es que ha pasado poco más de un mes, todavía pienso en ti. Supongo que si estás aquí es porque…

—Claro que yo también he pensado en ti. —Alza la mirada y sonríe. Me siento mal, porque las circunstancias no me han dejado pensar en él de esa manera, pero sigue siendo adorable—. Pero la verdad es que no estoy aquí por eso.

—¿Ah, no? —Se pone tenso al instante y va en busca de una camiseta de algodón que hay tirada sobre una silla, se tapa y yo se lo agradezco. Menos distracciones—. Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Deberías sentarte.

Se acerca a la silla donde estaba la camiseta y se sienta. Su rictus es muy serio, no me extraña. Evidentemente, esta no es la situación que nos habíamos imaginado ninguno de los dos.

—Silvia, usamos preservativo y yo me hice una analítica la semana pasada. Lo hago normalmente antes de iniciar la gira. Yo estoy bien, no tengo nada.

Se me escapa la risa, estoy muerta de los nervios, me abrazo a mí misma, no sé cómo seguir.

—Ven. —Me coge la mano y me atrae hacía él, para sentarme en su regazo, apoya sus labios en mi hombro y me rodea con los brazos. Espero que no me lance del susto—. Cuéntame qué te pasa y si te puedo ayudar en algo, seguro que sea lo que sea se puede curar o vivir muy bien con ello.

—Es lo que tendría más sentido, que yo hubiera venido a comunicarte que tengo una ITS. Me alegro de que estés bien, eso me tranquiliza mucho, la verdad. —Se está perdiendo en esta conversación, debería ir al grano—. La verdad es que… —Esto es absurdo, debería levantarme e irme, o aprovechar y besarle y dejarme querer una última vez y jamás contarle nada.

—Por favor, Silvia, dímelo ya que me voy a morir de los nervios.

—Estoy embarazada. —A bocajarro, no queda otra. Se le dibuja una sonrisa incómoda en la cara.

—¿Perdona?

—Que estoy embarazada, Clemente. —Se pone tenso como un palo y deja de recogerme con los brazos. Leo las señales perfectamente, así que me levanto de su regazo—. No he venido a pedirte nada, no quiero dinero, ni que te hagas responsable, si no quieres. Tú hiciste lo que había que hacer para que esto no pasara, empezando por tener relaciones con una persona que aseguraba que era infértil —camino de un lado para otro del camerino, sin mirarle— y terminando por usar medios para evitar otros problemas, pero no me parecía justo que no lo supieras. Podemos hacer como si esto no hubiera pasado, yo me vuelvo a Almería y ya está.

—¿Estás segura? —pregunta con voz adolescente.

—¿De que no necesito nada de ti o de que estoy embarazada?

—De que estás embarazada, evidentemente.

Rebusco en mi bolso y saco el palito, las líneas siguen bien marcadas, aunque han evaporado a un púrpura algo más suave que

el granate de un primer momento. Se lo tiendo y lo mira un rato, supongo que intentando entenderlo.

—¿Esto es como el COVID? Si hay dos palitos es positivo, y positivo es… ¿un bebé?

—Exacto.

—¿Cómo es posible? —Sigue mirando el palito, hablando cada vez más agudo. Sé lo que sientes, Clemente.

—Yo tampoco lo entiendo, no te mentí. No te engañé, no pinché los preservativos y… joder. —Se me saltan las lágrimas de nuevo y los sollozos; se me mueve todo el cuerpo, como cuando hice pipí en esa cosa—. Yo me he puesto todas las hormonas para tener hijos que se puede poner una persona. Todas. Y nunca fui capaz de ser madre. Yo creía que los condones no fallaban, que eso de que pueden fallar era algo que ponían en la caja para curarse en salud cuando la gente los usa mal.

—Quizá yo me puse alguno mal —dice acercándose a mí—. Porque… supongo que tú no…

—¿Yo no qué?

—No quiero que suene mal, pero si estás aquí es porque no has estado con otras personas.

Tal y como le miro, se para en seco. Y retrocede hasta sentarse de nuevo y volver a mirar el test.

—¿Puede ser un falso positivo?

—No. Eso solo pasa si has estado en tratamiento poco antes y te has puesto gonadotropinas, yo hace más de dos años que no me hago ningún tratamiento. No hace falta que le busques una explicación, no tienes que hacerte cargo de nada.

Extiendo la mano y él me da el test, al que le hecho un último vistazo antes de guardarlo en el bolso.

No ha sido una mala reacción, estaba calculado, esto me valía, pero era mentira. No me vale, me siento fatal y solo quiero hacerme un ovillo y llorar. Desde luego, no era la reacción que esperaba del padre de mi hijo cuando buscaba tener un bebé activamente. En mi cabeza todo eran alegrías y, sin embargo, ahora que lo tengo, es igual de triste que todas las reglas, todos los negativos. Quizá no soy tan infértil como pensaba, pero mi experiencia infértil sigue en mí, y

sigue haciéndome daño, incluso ahora. No lo soporto más. Enfilo el camino a la puerta y nada me para. Salgo de allí dispuesta a deshacerme en lágrimas cuando me encuentro de frente con Lidia Murolo. Así que respiro hondo y me trago mis lágrimas.

—No ha sido para tanto, ¿no? —No me contesta, inmediatamente entra en el camerino.

Carmen me abraza y, ahora sí, libero el llanto. Quisiera poder disfrutar de todo esto y no puedo, ese impedimento ante lo que debería ser algo feliz. Algo que he querido toda mi vida. Hace que me sienta aún peor.

—Yo me encargo —oigo que dice Carmen.

—Las llevaré al hotel. Por favor.

Oleg habla a mi espalda, y entonces reparo en que está aquí. Le miro tras las lágrimas, tiene cara de preocupado. Menudo gigante está hecho.

—Deberías quedarte aquí, Oleg, supongo que también es hora de volver para vosotros y tú eres el jefe.

Mete la mano en su bolsillo interior y saca dos cosas, un pañuelo blanco y un teléfono móvil. Me tiende el pañuelo, que uso para secarme las lágrimas y sonarme la nariz, que también ha empezado a gotear. Desbloquea el teléfono y me lo cambia por el pañuelo.

—No sé qué ha pasado, pero creo que es conveniente que me des tu número de teléfono. Para mí, para poder comprobar que estás bien en un rato.

No puedo resistirme a la mirada tierna del gigante amable y tecleo mi número.

Carmen tira de mí para desandar el camino a la salida. Antes de salir de allí, miro la puerta del camerino. No se oyen gritos, así que entiendo que no le ha dicho nada a su mánager.

Y así se acaba todo.

Capítulo 6

LAS VENTANAS DE PARÍS

Me dejo caer sobre la cama del hotel. Tirada boca arriba se hace más evidente que el suelo está inclinado hacia la pared que nos separa de la habitación de al lado. Las ventanas también tienen una forma extraña, me siento dentro de una película de expresionismo alemán, como en los escenarios del *Gabinete del doctor Caligari*. Deseo que todo lo que me pasa sea fruto de mi locura y despertarme en un manicomio. Pero no. Estás ahí y a tu casa vienes. Me toco el vientre, todavía plano.

—¿No te vas a poner el pijama? —pregunta Carmen.

—Debería, pero no tengo ganas de moverme, estoy agotada.

—Más agotada te vas a levantar si te duermes con esa ropa.

Se mete en la cama, con la *tablet* en las manos y su pijama de corazones, que contrasta con sus gafas de diseño. Tarda unos seis segundos en quedarse dormida, con la *tablet* pegada al pecho. La cojo y cierro el solitario; después le quito las gafas con cuidado, vuelvo a hacerme un ovillo y miro por la ventana.

La luz anaranjada proyecta sombras en varias direcciones. La mayoría de las ventanas están apagadas, salvo la que está justo un piso más abajo, enfrente de nuestra habitación. Se ve el suelo de parqué; parece una casa reformada, totalmente diáfana.

Se distinguen unos zapatos morados, *peep toe*, y un pantalón largo color crema, que bailan con unas Vans negras y un vaquero azul claro. No les veo las caras, pero sus piernas parecen felices: dan vueltas, se mueven al ritmo de una música que no se oye, hasta que se detienen. Ella levanta un poco el pie, solo un poco, lo suficiente para que uno de los tacones ya no toque el suelo.

Se están besando. Frente a mí hay una pareja siendo feliz. Y yo no recuerdo la última vez que bailé sola con alguien. Desde luego, con Clemente no bailé así, y todos mis recuerdos buenos con Ismael

están en un espacio al que no puedo acceder sin quitar las cajas de la infertilidad, del sexo programado, de las renuncias y del dolor.

Decido que es el momento.

Silvia Miranda. 01.14
Supongo que estarás dormido, no quiero molestarte, solo necesito contarte una cosa, avísame cuando estés disponible.

Aparto el teléfono suponiendo que nadie me contestará, pero vibra inmediatamente.

Ismael Martín. 01.14

¿Tú padre está bien?

Silvia Miranda. 01.15
Está bien.
Tendría que haberlo puesto, perdona.
¿Te he asustado? ¿Te he despertado?

Ismael Martín. 01.15

Yo ya no duermo, Silvi.

Sí me he asustado un poco, pero me alegro de que esté bien.

Entonces, ¿qué pasa?

Silvia Miranda. 01.16
Estoy embarazada.

No había planeado decirle esas palabras a él de esta manera. Siempre había sonrisas, llanto y liberación. Sigue en línea, pero no dice nada, lo mismo le ha dado un derrame, sería lo mínimo.

Ismael Martín. 01.20

¿En serio?

Cuatro minutos para preguntarme si a la una y pico de la madrugada le estoy gastando una broma después de meses sin hablar. Es para mandarlo a la mierda.

Silvia Miranda. 01.20
En serio.

Ismael Martín. 01.20

Me alegro. Enhorabuena.

De verdad, no sé si tú lo sientes así, pero, mi más sincera enhorabuena.

La última vez que hablamos no salías con nadie, así que, bueno…, espero que no sea un gilipollas y se porte bien con vosotros.

Silvia Miranda. 01.21
Sigo sin salir con nadie.
Así que puedo ser gilipollas como madre y como padre a la vez.

Ismael Martín. 01.21

No lo vas a ser.

Estaba claro que las cosas no podían pasar como nosotros queríamos, supongo.

Va a ser toda una aventura, Silvi, avísame si necesitas algo.

Parece que Leo ha conseguido dormirse y yo voy a seguirle.

Respiro hondo y me dejo el teléfono sobre el pecho. Ha sido menos duro de lo que esperaba. Siempre fue un buen tipo, pero, al final, no éramos buena gente juntos. La última vez que hablamos fue cuando les llegó mi regalo para Leo. Intentamos ser ese tipo de personas y la verdad es que vivir en provincias distintas ayuda muchísimo a mantener ese nivel de civilización. Sin embargo, su

mujer no me traga, no sé por qué, yo soy más vieja, más fea y mucho menos fértil. Bueno, eso último ya no lo sé.

Vuelve a vibrar el teléfono y me pregunto si el niño habrá decidido despertarse, pero me encuentro con un mensaje de un número desconocido y extranjero:

Espero no molestarla ni despertarla. Soy Oleg.

Quería saber si se encuentra mejor y cuánto tiempo estarán en París.

Guardo su teléfono por lo que pueda pasar y le contesto que estoy bien, lo que no es del todo cierto, y que nos iremos mañana a primera hora, lo que sí es cierto.

Pongo el móvil en la mesita de noche y saco fuerzas para levantarme y ponerme el pijama. El teléfono vuelve a vibrar contra la melamina de la mesita: parece que hayan entrado allí las tropas de Napoleón.

Carmen respira profundo, totalmente dormida, afortunadamente. Cojo el teléfono para ponerlo en silencio y ver el mensaje.

Gigante Amable. 01.25

¿Sería muy precipitado si paso a recogerla a su hotel ahora?

Creo que sería conveniente que ustedes hablaran antes de irse de París.

Silvia Miranda. 01.25
No creo que haya mucho más que hablar.
Me iba a meter ya en la cama, puedes darle mi teléfono y que hable directamente conmigo, si tiene algo que decirme.

Gigante Amable. 01.25

Ya lo tiene, pero quería pedirle permiso antes. Igualmente, creo que necesitan verse.

Yo no soy nadie, Silvia, pero le conozco a él y, si solo hablan por teléfono, dentro de unos días no va a ser lo mismo. Aunque, si está usted muy cansada, no insisto más.

Me lo pienso unos minutos. Me he ido de allí a las bravas, y quizá sea mejor tratar este tema en persona. Además, la verdad es que no creo que vaya a dormirme. Me iría bien —y, por lo tanto, a la semilla de mi vientre— quedarme tranquila con este asunto lo antes posible.

Cojo el teléfono y tecleo el nombre del hotel. Afortunadamente, hay un taco de papeles del hotel en el escritorio. Le dejo una nota a Carmen en la mesita de noche, busco una chaqueta y salgo todo lo sigilosa que puedo.

Desde la calle miro hacia el piso que antes veía desde la ventana. Las luces siguen encendidas, pero solo se ve el techo blanco, donde se proyectan algunas sombras que se mueven: parece que el beso ha ido a más.

No sé cuánto tardará Oleg; puede que venga del otro lado de París. Yo he salido huyendo de la habitación. Sin embargo, no pasan más de un par de minutos antes de ver un BMW negro. Oleg parece preocupado al volante. Se detiene frente a mí y subo al coche.

Me sorprende que allí no haya nadie.

—¿Dónde está? —No le digo ni hola. No era lo que esperaba.

—Aquí al lado, no nos pareció buena idea que se vieran en el coche, es mejor hablar en un sitio más relajado.

Quiero protestar, pero tampoco tiene sentido hacerlo. Ellos deciden y yo me dejo llevar. Espero que no piensen que esta va a ser la tónica de aquí en adelante, porque se equivocan de medio a medio.

Son solo unos pocos minutos antes de que Oleg se detenga ante una iglesia con pórtico griego. Clemente me espera sentado en la escalinata que hay frente a la entrada. El coche se detiene y yo bajo, pero no me acerco; me quedo ahí, de pie.

Él alza la vista y camina hacia mí, con poca decisión.

—Siento cómo me he comportado antes —dice.

—Yo también he salido de allí a las bravas, debería entender que no es fácil de procesar. —Me cruzo de brazos, de repente me ha dado frío—. Tampoco hay mucho de qué hablar.

—Silvia… —Me mira a la cara, preocupado—. Hay todo de qué hablar. ¿Tienes frío?

Hace amago de quitarse la rebeca que lleva, pero le paro, debajo solo lleva la camiseta que se puso al acabar el concierto. Si se la quita, el que se va a helar es él y tiene menos carnes que yo. Vuelve a sentarse en la escalinata y me tiende un vaso térmico.

—Es leche caliente con miel, puedo pedirle a Oleg que vaya al hotel y te traiga otra cosa, pero… —Cojo el vaso y me siento a su lado. Doy un trago. Es reconfortante el calor y el sabor dulce de la leche. Suspiro—. No te he preguntado si te encuentras bien, si tienes mareos, vómitos…

—Sí, se han calmado un poco últimamente, pero sí, ha sido como vivir en un tiovivo.

—Siento no haber estado ahí para ayudarte con eso. Siento no haber estado ahí cuando te hiciste el test. Lo siento todo, de verdad. —Miro su perfil ligeramente aguileño y sus labios perfilados, ya no me hipnotiza como aquel día en Roma, pero sigue siendo encantador. Y sincero—. No he sabido reaccionar y, aunque yo no lo buscara, tú tampoco. Es… es bastante increíble.

—No sé si tiene un nombre, si es una pesadilla estadística o una aberración estadística, pero en nuestras circunstancias es como si nos hubiera tocado una lotería que juegan todos los habitantes del planeta y solo hay un número premiado. O algo así. —Gira la cara hacía mí, sus ojos se iluminan con las farolas parisinas en un verde intenso y la sonrisa que se le dibuja en la cara me hace sentir más tranquila.

—Entonces, somos inmensamente afortunados, ¿no?

—Yo lo soy. —Me encojo de hombros—. Había renunciado a esto, pero estoy decidida a disfrutarlo ahora que la vida me lo ha puesto delante.

—Entonces, déjame compartir esa fortuna contigo, por favor.

Asiento. Él se acerca un poco a mí y me rodea con el brazo, ya no tengo tanto frío. Refugio mi cara en su cuello y él pega su cara a la mía. Vuelvo a tener ganas de llorar, pero, por fin, lloro de alivio. Permanecemos un rato así, pegados, refugiándonos el uno en el otro, hasta que Clemente se despega de mí para cogerme la cara con las manos y ponerla frente a la suya.

—Os voy a cuidar todo lo que no me han cuidado a mí, si me lo permites.

Sonrío y asiento. Él se inclina, roza mis labios y nos besamos, sin buscar nada más que estar juntos, pegados, en este mismo camino.

—Debería volver al hotel —digo al separar nuestros labios, todavía estamos abrazados. Es curioso que no tenemos esa urgencia por tocarnos de aquella primera vez.

—Vente a dormir conmigo, Oleg te llevará al aeropuerto mañana por la mañana, o te puedes volver a Roma conmigo.

—No puedo hacer eso, Carmen me espera, la he dejado dormida, no puedo dejar que se vaya sin despedirnos. Y tengo que volver a Almería, tengo que contarles esto a mis padres y al médico…

—¿No se lo has dicho a tus padres?

—Se lo dije a Carmen porque fue con ella con quien me di cuenta de que tenía un retraso, y estaba conmigo cuando me hice el test. No sabía cómo contarle a la gente lo que había pasado sin hablar antes contigo, sin saber si podía decir que era tuyo o si tenía que inventarme un amante misterioso.

—Debería hablarlo con Lidia y ver cómo vamos a enfocarlo para que no sea un escándalo, para que no nos acosen.

—Supongo que es muy buena en su trabajo. No creo que si lo comento en mi círculo íntimo trascienda para nada, yo soy la que tiene contactos.

—Vente a dormir conmigo, llama a Carmen, pero no me dejes solo.

Se agarra a mí como si fuera a desaparecer. No sé qué debería hacer, yo también tengo la necesidad de estar con él, de construir un espacio en el que llevar un embarazo feliz y acompañado. Finalmente, asiento y le escribo un mensaje a Carmen diciéndole

que la llamaré en cuanto aterrice, ella tiene un par de horas más para descansar, mientras él informa a Oleg de su nueva tarea.

Clemente se levanta y me ofrece la mano para ayudarme a levantarme. No me suelta al empezar a caminar.

—¿No esperamos a Oleg?

—No, mi hotel está a un par de pasos, le dije a Oleg que podía irse a la cama, que París es seguro. Pero lo más probable es que nos esté espiando por aquí cerca.

Me suelta la mano y me rodea los hombros con el brazo, yo le rodeo la cintura y caminamos tranquilos por la *rue* La Fayette, como si fuéramos una pareja cualquiera que vuelve a las dos de la madrugada a casa.

Caminamos en silencio, coordinados, hasta la puerta de un hotel.

Se nota que el ascensor es un añadido reciente, aprovecha el hueco de la escalera todo lo posible y, aun así, entramos de costado y pegados el uno al otro. Hasta ese momento no caigo en que Clemente todavía huele igual que cuando le vi tras el concierto. Estamos tan cerca que solo puedo mirar sus ojos verdes y después su boca. Algo se activa en mí al mirar sus labios finos y perfilados, pero, sobre todo, la hendidura bajo el labio inferior que marca mucho más su rictus serio. Le noto respirar agitado y mi cuerpo le sigue, surge en mí un deseo incontrolable de morderle y me pregunto por qué no lo hago. Mientras pienso, nuestros pechos se hinchan tanto al respirar que casi no entramos en el ascensor y terminamos, irremediablemente, abrazados.

—Te voy a comer —dice con la voz tan grave que me vibran las entrañas.

—Adelante.

No espero a que venga a mí, recorro medio camino, hasta que mis dientes se clavan en su labio inferior y no puedo reprimir un mordisco de puro deseo. Él protesta y a cambio muerde mi labio superior, la cercanía al dolor me enciende y me adentro en su boca. Cuando el ascensor llega al piso indicado, estamos absortos en besarnos y tocarnos. No podemos salir a la vez y tampoco nos queremos separar, así que salimos a empujones, a besos, a mordiscos.

Mientras escucho el ruido de nuestras bocas, suena el chasquido de la cerradura al contacto con la tarjeta magnética. En el interior de la habitación Clemente se separa un segundo de mí y me mira desde arriba, sus ojos se oscurecen y se dibuja en su cara una sonrisa maliciosa. Se quita la rebeca con furia y vuelve a besarme, atrayéndome por los costados. Yo me cuelgo de su cuello y enredo los dedos en su pelo. Se separa de mí, apartándome las manos, disgustado; algo le impide volver a besarme, aunque creo que sigue teniendo ganas.

—Me tengo que duchar, no me puedes… Estoy asqueroso, estaba tan nervioso que no me he duchado.

—Ahora mismo no hay nada que me importe menos.

Doy un paso hacia él y nos volvemos a fundir en un beso profundo. Mi cuerpo reacciona como nunca, como si se hubiera pasado disfrutando estas experiencias a medio gas durante treinta y siete años. Busco su piel bajo la camiseta y palpo sus músculos fibrosos, pegándole a mí, subiendo las manos por la espalda hasta que se vuelve a separar con disgusto.

—Es que… no quiero… Pero estoy incó… —me muerde el labio inferior a traición—incómodo.

—Venga —acepto separarme de él y señalo en dirección a lo que creo que es el baño—. Vamos.

—¿Vamos? —Sonríe de oreja a oreja como si fuera un niño inocente en lugar del íncubo hambriento que en realidad es.

—Vamos.

Me coge de la mano y me lleva hasta el baño, uno delante del otro empezamos a desnudarnos, con cara de pícaros. Me reencuentro con sus tatuajes y su erección, que me agita la respiración de nuevo.

—Entiendo, el viejo truco de llevar ropa interior de encaje. —Se ríe mientras me saco el *bralette* por la cabeza.

—Te prometo que tiré toda mi ropa interior de algodón, salvo las bragas de la regla, que tardaré en volver a usar.

Su expresión cambia de la más pura lascivia a una ternura genuina. Se acerca a mí y me besa con cuidado, despacio hasta que las puntas de sus dedos tocan mis bragas y me aprieta contra él.

—Fuera, quítatelas ya.

Obedezco bajándolas hasta los tobillos, para volver a incorporarme con la espalda recta, después salgo de ellas de una patada.

—Ahora lo entiendo, así es como te dejé embarazada.

—¿Cómo?

—Volviéndome así de loco. He dado un concierto esta noche. —Se inclina, como el gato que es, y abre el grifo, marcando todos los músculos del costado—. Debería estar arrastrándome por el suelo; estaba cansadísimo hasta que nos hemos metido en el ascensor. Entonces tu cuerpo, tu contacto, me ha dado una energía que me hace capaz de todo. Incluyendo curarte la infertilidad.

Tiene una sonrisa pícara dibujada en la cara, mezclada con cierta vergüenza. Creo que dice algo más, hay un subtexto que no soy capaz de descifrar… y que me da igual ahora mismo.

Me acerco a él y vuelvo a colgarme de su cuello para besarle. Sus manos suben desde mis caderas, se pasean por mi espalda hasta llegar a los hombros. Me toca como si fuera de terciopelo, mientras nos besamos despacio, atentos a cada respiración, a cada gesto involuntario de nuestros cuerpos deseándose.

En cuanto vuelvo a tocarle el pelo, se retira para estirarse y tocar el agua. Cada cual tiene sus manías y parece que él no soporta que le toquen el pelo sucio; hay manías peores. Me da la mano para ayudarme a entrar en la bañera, acto seguido, entra detrás de mí, aprovechando para morderme la espalda. Sus manos rodean mis pechos, una se instala ahí mientras la otra baja, junto con el agua tibia, desde mi vientre a mi entrepierna, buscándome, hasta que me encuentra. Me hace jadear, echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en su hombro, eso le da acceso libre a mi cuello y se afana en morderlo, besarlo y lamerlo. Vuelvo a sentir que mi cuerpo estaba dormido hasta ese momento, lo siento todo como si me hubieran dado algún tipo de droga que aumentara el tacto. Me sorprendo a mí misma desbordándome al contacto de su mano contra mi clítoris, sin remedio. Mis manos se agarran desde atrás a sus muslos y aprieto para no caerme, me flojean las rodillas.

—Pero si casi no te he tocado —me dice al oído con esa voz grave que me remueve por dentro.

No respondo, me giro para tenerle de frente y agarrar su erección. Sonrío ante su cara de sorpresa y placer. Con mis movimientos le voy dirigiendo hasta ponerle bajo el chorro de la ducha, sin dejar de mover la mano que rodea su pene, acaricio su piel, desde el cinturón de Adonis, pasando por los abdominales, hasta su cuello, para tirar de él y dirigirle hacia mi boca. Temo que no pueda respirar por los jadeos que emite mientras seguimos besándonos.

—Para… —me suplica contra mi boca.

—¿Seguro?

—Por favor…

Le suelto y pelea por respirar, todavía pegado a mí. Me da besitos cortos en el cuello y el hombro, como tratando de calmarse, y yo me lo quiero comer, pero respeto sus súplicas.

—Me podría comer el mundo estando en tus brazos —dice muy bajito, contra mi cuello, como si yo no pudiera entender su italiano grave. Me muerde el hombro antes de apartarse del todo de mí y coger el champú—. ¿Quieres?

Pongo las manos en cuenco y me da una pequeña cantidad. Empiezo a lavarme el pelo limpio, mientras él hace lo propio. Esto es, quizá, lo más curioso de todo, haber pasado de las llamas a este tipo de intimidad, aunque estoy deseando que termine para asaltarle.

Me mira sonriendo de oreja a oreja, con el pelo lleno de espuma, se inclina y me besa en los labios, como si lo hiciera todos los días. Se da cierta prisa en terminar para cambiarme el sitio. Me ayuda a aclararme el pelo y vuelve a besarme en los hombros.

—¿Tienes prisa?

—Un poco. —Me clava los dientes en la base del cuello haciéndome jadear—. Quiero… —Me coge por las caderas y pega las suyas a las mías, dando a entender que es lo que quiere—. Pero me da miedo que nos resbalemos y te hagas daño.

Su preocupación por mi estado físico y, por lo tanto, por lo que contengo, me hace sonreír con más ternura que deseo. Cierro el agua y me cojo de su brazo para salir de la ducha y evitar accidentes.

Nos secamos observándonos, sonriéndonos, anticipándonos a lo que vendrá. Salimos del baño ya enredando nuestros cuerpos, mordiéndonos, besándonos. Le lanzo contra la cama y me subo a él, sin más preámbulos. Se retuerce bajo mi cuerpo y noto sus movimientos en mi interior, es increíble cómo exploto en ese mismo momento. Él se alza y me abraza, sorprendido, como si me estuviera pasando algo grave, y veo que me mira preocupado cuando consigo enfocar la vista.

—¿Te has hecho daño?

Me da la risa y con ella mi suelo pélvico se tensa y pierdo el norte, necesito moverme y tratar de respirar, coger ritmo. Clemente me abraza como si me fuera a escapar, me besa el pecho y me acompaña en los movimientos. Me enredo en su pelo mojado y limpio y compruebo que ya no me rechaza. Deja que le dirija hasta mi boca y me muerde el labio inferior, precipitándome al abismo de las convulsiones, de nuevo. Cuando parece que estoy volviendo en mí, es él quien se pierde y yo encadeno el final de un orgasmo con el otro al notar sus movimientos precipitados. Nos quedamos abrazados un segundo, con el corazón encabritado.

—¿Esto está bien? —pregunta—. Estás muy agitada.

Pega su oreja a mi pecho y me abraza con fuerza, genuinamente preocupado.

—No hay nada que lo contraindique —tomo aire—, hasta donde yo sé. Pero es verdad que creo que se me va a salir el corazón.

Respiro hondo un par de veces más antes de romper nuestra unión. No tardo en volver a recuperar mi ritmo. Recuerdo que debería hacer pis, porque no queremos una infección de orina en estas circunstancias.

Volvemos a encontrarnos juntos en el baño, pero ahora ya no hay excitación, solo intimidad y resulta reconfortante. Es curioso lo rápido que me siento cómoda con él.

Nos metemos en la cama todavía desnudos y con el pelo húmedo y nos abrazamos. Clemente me besa en la frente.

—No quería decirte nada antes, por si te daba inseguridad, pero se te nota.

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? —Se ríe—. El embarazo. No estás más grande, estás igual, pero te has redondeado. —Su mano me acaricia el vientre—. Y me ha parecido precioso. Y luego… eres espectacular.

—Habló quien pudo.

—No, yo soy muy normal, guapo, famoso, pero muy normal. Tú eres… —Suspira—. Me da la sensación de que estás muy satisfecha, y la vez anterior me lo trabajé mucho, pero hoy no he hecho absolutamente nada.

—Debe de ser otro de los síntomas, estoy muy sensible.

—Me dan ganas de aprovechar la situación —me agarra con firmeza las caderas—, pero ahora sí que me noto cansado y tú también deberías descansar, sospecho.

Me estiro para coger el teléfono y compruebo que solo me quedan tres horas de sueño. Me instalo en sus brazos y respiro hondo, esperando poder descansar tanto en su abrazo como la primera vez. Él tarda segundos en acompasar su respiración y relajar todo el cuerpo. Me arrastra al sueño con él.

Me despierta la vibración del teléfono contra la mesita de noche. Me cuesta salir de los brazos de Clemente para cogerlo. Un mensaje de Oleg me avisa de que me espera en quince minutos en recepción. Menos mal, porque se me olvidó por completo poner la alarma.

Me levanto intentando hacer el menor ruido posible, busco mi ropa y me meto en el baño. Me observo en el espejo un instante, comprobando que Clemente tiene razón: mis curvas están distintas, se han distribuido con cierta redondez. Por primera vez desde que vi aquellas dos rayitas en el test, me siento esperanzada ante lo que me espera. Paso la mano con suavidad sobre mi vientre y no pierdo más tiempo. Me aseo y me visto, para salir descalza y a hurtadillas.

Me quedo parada, observando la espalda de Clemente, desnuda. Al irme de la cama ha ocupado todo el espacio, como un Cristo —uno tatuado hasta los ojos—. ¿Debería decirle adiós? ¿Darle un beso? ¿Qué somos? Me dijo que quería acompañarme en este camino conmigo, cuidarnos como no le habían cuidado a él, pero… ¿dónde nos dejaba eso a nosotros?

Ahora tampoco es el momento de preguntárselo, ni de despertarle. Busco papel, pero resulta que este hotel de cinco estrellas no tiene papelitos como mi cutre hotel de tres. En una bolsa, entre las cosas de Clemente, veo un pintalabios.

¿Del uno al diez, en la escala de putas locas —siendo una persona cuerda un uno y una potencial asesina en serie un diez—, dónde estaría escribir un mensaje con pintalabios en el espejo del baño? Posiblemente en un diez.

¿Y qué le voy a escribir? «No te quería despertar. Tengo la eco en cuatro semanas y analítica en dos. Vamos hablando».

Decido acercarme a él y pasar la mano por su hombro. Si se despierta, bien; y si no, yo lo he intentado.

Respira hondo y se revuelve, abre un poquito un ojo y sonríe.

—¿Ya es la hora? —dice con voz ronca.

—Oleg me está esperando abajo.

Alarga la mano y tira de mi camiseta haciéndome sentarme en la cama, me atrapa con ambos brazos y me tumba sobre él. Me besa en la mejilla, en la nariz y en la boca.

—Te escribiré en cuanto aterrice en Roma. —Le beso en los labios como respuesta—. Y mándame tus citas médicas, me gustaría poder estar en todas las que me dejes y pueda.

—No tengo tu teléfono todavía.

—Honestamente, no me lo sé, Oleg te lo dará.

—¿Cómo no sabes tu propio número de teléfono?

—Porque tenía uno antes de ser famoso, desde los catorce, y ese es el número que me sé y sigo dando. He sido incapaz de aprenderme el nuevo. Además, la mayoría de la gente se pone en contacto conmigo a través de Lidia. —Debo de arrugar la cara, porque añade—: Solo tienes que conocerla un poco mejor; desconfía de toda la gente nueva, pero es la mejor en lo suyo y me protege como nadie.

—De eso último me he dado cuenta.

Volvemos a besarnos y me incorporo. Tengo que irme, no puedo alargarlo más. Me pongo los zapatos sentada en la cama, porque ya no hay peligro de despertar a nadie, y salgo despidiéndome con un

leve gesto de la mano que él responde de la misma manera. Respiro hondo al salir de la habitación.

En la recepción me espera Oleg con un vaso térmico y una bolsita de papel.

—Perdona por haber hecho que te levantes tan temprano.

—Hace una hora que estoy despierto, si no me levanto a las cuatro no puedo seguir mi rutina de ejercicios y no daría una buena imagen como jefe de seguridad. —Me dedica una sonrisa amable.

—Entonces no has dormido nada.

—Aprovecho los aviones. —Me tiende la bolsa y el vaso—. Desayuna, por favor.

Abro la bolsa y encuentro un bollo integral con tomate y aguacate, el vaso vuelve a tener leche con miel. No sé dónde habrá encontrado a las cinco de la mañana este desayuno, pero me lo como de camino al aeropuerto de mil amores.

En cuanto termino, me anima a dormir un poco y, aunque no quiero que conduzca solo, es tan grandote y yo estoy tan cansada que me acurruco en el asiento de cuero y me quedo dormida hasta que el coche para en la puerta de la terminal. Oleg me abre la puerta y yo me pongo de puntillas para darle un beso en la mejilla, y lo consigo porque se inclina para permitírmelo, es mucho más alto de lo que había calculado.

—No te pierdas —dice muy serio—. Cuidaros.

Vuelve a meterse en el coche y yo voy a mi puerta de embarque.

En el avión me vuelvo a dormir en cuanto mi culo toca el asiento. Mientras salgo de la terminal, llamo a Carmen, mi saludo es lo suficientemente efusivo como para que se le pase el enfado.

—Bueno, veo que me abandonaste por una buena razón. Al menos habrá sido por sexo del bueno.

—No te abandoné por eso, te abandoné por el futuro de mi vástago, pero además me llevé algo de sexo de propina.

—Entonces… ¿eres la nueva pareja de Clemente Bassani? —me pregunta bajito, se oye ruido a su alrededor, debe de estar en el embarque.

—No tengo claras cuales son nuestras circunstancias como pareja. Dijo que quería cuidarnos e implicarse, no sé si eso significa que

nosotros lo intentaremos como pareja, aunque algo hay. Eso está claro. No sé, es raro.

—¿El qué?

—Nada, supongo que hace mucho tiempo que no tengo un cuelgue y ya no me acuerdo de cómo era. Él es un tipo maravilloso y tiene voluntad, pero no sé si eso va a ser suficiente para mí. Como si yo fuera lo importante aquí, me conformaría con que hiciera una videollamada a la semana y pasara un tiempo de vez en cuando con… con ella.

—¿Crees que va a ser una niña?

—No tengo ni idea, pero decido activamente usar el femenino como genérico.

—Me parece muy bien.

De Málaga a Almería, la necesidad de hablar de mi acompañante es tal que no tengo que confesar nada, así que me paso casi dos horas oyendo a un apasionado por la granja de caracoles que piensa montar. No hago esfuerzo por no dormirme, la siesta en el avión me ha espabilado lo suficiente como para prestarle atención a la charla más aburrida que he tenido en mi vida. Al llegar decido no alargar más esta situación e ir directa a casa de mis padres.

En cuanto atravieso la puerta del portal empiezo a ponerme nerviosa, como si les fuera a decir que repito curso o que he suspendido Matemáticas, pero mucho más importante.

Al verme atravesar la puerta, mi padre se acerca mí, con sus andares de *cowboy*, y me da un beso en la mejilla. Inmediatamente le abrazo colgándome de él. Le abrazo fuerte antes de que me repudie para siempre.

—¿Qué te pasa? ¿Estás muy cansada? ¿Te quedas a comer? La mamá está haciendo papas en ajopollo.

—¿Podéis sentaros? —digo cuando consigo soltar a mi padre.

Mi madre aparece por allí secándose las manos y mi padre directamente se sienta, muy obediente, en la silla de la entrada, mirándome esperando la peor noticia de la historia.

—¿Qué te pasa? —pregunta mi madre, interrogándome, porque algo se huele, esta mujer tiene ese olfato.

—Bueno… —Ay. ¿Y si le da un chungo y la válvula de vaca no aguanta?

—Dilo ya, que me estoy poniendo nervioso. —Y lo está, mucho, habla entrecortado.

—Que… que… —Me apoyo en la pared de la entrada porque dudo que las rodillas me aguanten—. Que estoy embarazada.

—Sabes que no me gustan las bromas —espeta mi madre volviendo a la cocina muy indignada. Mi padre está blanco, más de lo normal, parpadeando como si fuera lo único que su cerebro es capaz de hacer.

—No es broma, mamá. —Rebusco en el bolso el palito delator—. Mira.

—Pero… ¿cómo? —pregunta, al fin, mi padre.

—Pues, aunque parezca imposible, mediante el método tradicional y con un preservativo que falló.

—Entonces ha sido con un extraño. —Mamá es el poli malo, como siempre.

—En realidad no, pero tampoco somos pareja, o no lo éramos, ahora no lo sé.

Se me empieza a revolver el estómago, no sé si son los nervios de la situación, pero noto cómo mis tripas empiezan a ponerse del revés.

—Pues me parece muy bien —sentencia mi padre mirando a mi madre.

—Mejor así, ¿no? Después de tanto sufrir.

Mirándose, se ponen a llorar a coro, como si llevaran cincuenta años paseando de la mano y oyéndose respirar cada día. Me acogen en un abrazo conjunto y me sostienen.

—Pero ¿de cuánto estás?

—De ocho semanas… En la segunda falta.

—No la aprietes, hombre, que está de muy poco, a ver si le vas a hacer daño. ¿Y te has ido de viaje en avión?

—Dos veces.

—Pero ¿y si le pasa algo?

—Bueno, la primera vez es que me enteré en el viaje, y ahora… tenía que ir sí o sí, porque era la única manera de decírselo al padre.

A medida que me van interrogando, se van separando de mí, pero no del todo. No hay ningún reproche por no contárselo en el primer momento, ni por haber tenido sexo esporádico con alguien a quien acababa de entrevistar. Solo se preocupan por mí, porque he estado sintiéndome mal físicamente y no he acudido a ellos; así que me hacen prometer que eso no volverá a pasar.

Su hija, la infértil que dejó a su marido, va a tener un bebé. Era algo que ellos ya no esperaban, y piensan disfrutar de ello.

Y yo respiro aliviada.

Segunda parte

El farol del farolero

Capítulo 7

EL CASTILLO TAMBALEANTE

Reviso de nuevo que llevo la analítica de hace un par de semanas, la cartilla y las citas. Está todo. Vuelvo a mirar el código que me ha dado la maquinita: el W5Y6.

El sistema está bien pensado: así solo llaman a quien registra su llegada fuera, y cuando te llaman a consulta —con el código en la pantalla— no aparece ningún dato personal tuyo, salvo que vas a la consulta del primer trimestre.

Todo está blanquísimo y se agradece el aire acondicionado suave. Aun así, temo que el papelito con el código se me deshaga en las manos por culpa del sudor. Tenía que haber hecho caso a mi padre y haberle dejado que me acompañara, en lugar de esperar que el vuelo de Clemente desde Berlín llegara a tiempo.

¿Qué posibilidades hay de que un vuelo chárter se retrase? Me dijo que apagaba el teléfono porque despegaban hacía seis horas. Según Internet, son unas cinco horas y media de vuelo. Salió con la hora demasiado justa y, aun así, está haciendo un esfuerzo enorme para despertarse tan temprano después de un concierto.

Le dije que no tenía obligación de venir, que dan fotos y se las podía mandar.

¿Y si se han estrellado? Busco en Internet noticias sobre accidentes de vuelo.

—Ya estoy aquí —dice ante mí, sin aliento.

He oído su voz, pero no reconozco al tipo que tengo delante. Es un señor que viste chinos, un polo y tiene el pelo corto, como cualquier otro pijo del centro, y unas gafas de pasta negras.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —Sonríe y se sienta a mi lado. Se inclina hacia mí, esperando que le bese en los labios. Yo sigo mirándole, extrañada.

—¿Ya no te gusto? —Finge una mueca de disgusto.

Claro que me gusta; sigue siendo arrebatador, haga lo que haga. Así que me inclino y le beso, como si lleváramos haciéndolo toda la vida y no fuera la primera vez que nos vemos desde hace un mes, en París.

—Había pensado raparme del todo, así que creí que era una buena oportunidad para hacer algo intermedio y pasar desapercibido. No sé qué pasa, que cuando me pongo gorra y gafas de sol todo el mundo se da cuenta de quién soy.

Me busca la mano y entrelazamos los dedos. Está tan extraño con esa pinta… Aun así, su contacto me tranquiliza.

—¿Estás muy cansado?

—Estoy más nervioso que cansado. —Me aprieta la mano—. ¿Y tú?

—Estoy más cansada que nerviosa, anoche casi no dormí, porque estaba más nerviosa que cansada, y debo seguir nerviosa, porque llegué hace quince minutos y he ido al baño tres veces.

—Sí que estás nerviosa, pareces una metralleta. —Acaricia mi brazo con la otra mano. Se estira y me besa bajo la oreja—. Casi se me había olvidado lo bien que hueles siempre y lo suave…

Pasa la nariz por la arista de mi mandíbula y acaba al instante con los nervios, sustituyéndolos por una sensación nada apropiada para la sala de espera del obstetra. Me retiro un poco y le miro, se muerde el labio inferior como un niño travieso. Sabe perfectamente lo que ha hecho y le importa poco.

Suena un pitido y aparece mi código en la pantalla. Me levanto como un resorte, con solo el número en las manos. Cuando me doy la vuelta para coger el resto de mis cosas, él ya las tiene todas.

La enfermera le hace sentarse a los pies de una camilla y yo paso frente a la médica, que me pregunta —otra vez— por mis antecedentes familiares. Tengo que relatar los problemas cardíacos de mi padre y justificar que yo no me los haya mirado. Agradezco la mirada pícara de Clemente al otro lado de la habitación: me ayuda a no pensar que todo esto es un examen que debo superar con nota.

Me bajo la ropa y me tumbo sobre la camilla. La enfermera protege mi pantalón con papel y espero el gel helado. Tampoco está tan frío. La ginecóloga coloca el ecógrafo sobre mi barriga. He visto mi útero en ultrasonido más veces de las que quisiera; sé cómo se

ve ese pozo negro y oscuro, pero me sorprende encontrar que, dentro de mi habitual vacío, flota un pequeño ser.

No puedo describirlo de otra manera. Se ve perfectamente su cabeza, su tronco, las extremidades. Al poco empieza a oírse un tambor, rápido. Y entonces es como respirar, como si hubiera estado conteniendo el aire durante treinta y siete años: respiro por fin.

Clemente se seca una lágrima que le rueda por la mejilla. Hace un mes se quedó paralizado ante la noticia de ser padre, y ahora llora al ver la ecografía. No sé si es emoción, nervios o miedo.

—¡Se mueve! —dice en italiano.

—¡Ya sabía yo! —grita la enfermera.

Clemente se tapa la boca, pero al instante deja al descubierto su enorme sonrisa, con los ojos fijos en la pantalla del ecógrafo. No parece que le importe que le hayan reconocido en estas circunstancias.

—Pero ¿qué pasa? Te has puesto tensa —dice la ginecóloga, presionando con más fuerza. Resulta molesto—. Ya se ha movido, no voy a poder ver lo que traéis. Bueno, pues te lo dirán en la siguiente, por ahora está todo perfecto.

—¿Puede volar? —pregunta Clemente, en perfecto español, mientras yo me limpio el gel del abdomen.

—No hay nada que lo contraindique, además, ahora se irá encontrando mejor, por lo que disfrutará más del vuelo. —No sé a dónde quiere ir a parar.

La enfermera sigue allí, mirando a Clemente con los labios apretados, aguantándose algo que no se atreve a decir, mientras me miran la tensión y me confirman que todo está bien, que todos los riesgos son muy bajos y que vuelva en la semana veinte. En cuanto me levanto de la silla, la enfermera empieza a deshacerse en disculpas mientras busca un papel. Clemente no entiende nada.

—Yo lo siento, pero igual… Es que… No es nada profesional, pero… —Ella sí que es una metralleta.

Le tiende un bolígrafo y un papel a Clemente. Le veo la incomodidad en la cara, las ganas de negarse y la decepción de la enfermera.

—Nos tienes que prometer que no se lo vas a enseñar a nadie —le digo.

—Ah, no, eso no puedo, tenéis razón. Me quedo con el recuerdo y prometo no decir palabra, es mi trabajo.

Clemente debe de entender parte de la conversación, porque se acerca a ella y la abraza con mucho cariño. Salimos de allí antes de comprobar si la enfermera necesita una RCP, pero se apañará.

Nos vamos todo lo rápido que podemos sin matarnos, Clemente tira un poco de mí, está claro que ahora sí teme que alguien más le reconozca. Y la verdad es que yo también. He pensado varias veces durante el último mes qué implicaciones podría tener para mi vida que se supiera que estamos esperando un bebé juntos, qué supondrá para la vida de ese bebé que su padre sea tan famoso, pero como la perspectiva no me gusta, son pensamientos que desecho pronto.

Un bebé juntos. Le miro cuando entra en el coche detrás de mí. Un bebé juntos. Con este tipo al que casi no conozco. Me mareo.

—Espera Oleg —consigo decir.

Abro la puerta, saco la cabeza y vomito sobre el asfalto. Clemente me pasa la mano por la espalda y me sujeta la frente. Cuando paro, aparece un pañuelo de tela que uso para limpiarme la boca, y me acoge entre sus brazos.

—Hemos corrido demasiado, perdona.

No soy capaz de contestarle, simplemente me pego a él un poco más, como si ese desconocido fuera el único refugio que necesito. Así me dejo conducir, consigo calmarme sorprendentemente rápido y toda la tensión de estos días se esfuma, dejando un absoluto cansancio.

Al llegar le insisto a Oleg para que suba, pero se resiste y se marcha al hotel que ha reservado a diez minutos de casa. Así que al poco me encuentro con Clemente, vestido de señorito, en un piso pequeño, completamente opuesto a su enorme casa señorial de Roma. Igualmente abre los ojos y la boca al ver la terraza. No le digo nada y abro la puerta para dejarle salir, camina muy despacio hasta el filo y se apoya para mirar la muralla.

—Tienes vistas a un castillo.

—Y al mar —señalo, y sus ojos se iluminan como los de un niño pequeño que ve el mar por primera vez.

—Es brutal.

—Sí que lo es —contesto.

Me acerco a él y me rodea con el brazo, nos quedamos una eternidad disfrutando de las vistas.

—¿Por qué le has preguntado a la ginecóloga si podía volar? ¿Y desde cuándo hablas español?

—No lo hablo, me he preparado la pregunta esperando un «sí», que creo que es lo que ha dicho, pero no lo tengo claro.

—Es lo que ha dicho.

—Quiero quedarme aquí unos días, he cogido una habitación de hotel, pero pasado mañana tengo que tocar en Praga y quiero que vengas conmigo.

Se separa ligeramente de mí para mirarme con sus ojos verdes y esperar mi respuesta.

—Creo que podré ir un par de días a Praga.

Dos líneas se hunden en sus mejillas al ensancharse su sonrisa. Me gusta tanto esa cara, me gusta tanto tenerle cerca, que siento que algo está mal, que en esta película hay un fallo de guion.

Conoces a alguien sano, guapo, interesante, que te cura la infertilidad y te deja embarazada sin pensarlo, justo como tantas veces deseaste. Está mal. He pasado años creyendo que yo había hecho algo para que el karma, Dios o la madre tierra no me permitieran tener hijos, y aquí estoy. Algo tiene que fallar.

Decidimos pedir algo para el almuerzo y comer en la terraza; no creo que pueda sacarle de allí nunca más. Justo cuando encontramos dónde hacer el pedido, suenan unas llaves en la puerta y… aparecen mis padres.

—¿Tú no piensas llamar? —espeta mi padre entrando en la terraza detrás del carrito de la compra.

—Perdona.

Me acerco a él y le abrazo con fuerza mientras Clemente nos observa. Después me besa mi madre, y mi padre y Clemente se quedan mirándose, incómodos, el uno al otro. Le saca una cabeza y

media, pero el atractivo italiano está claramente intimidado ante un señor de pelo blanco y metro sesenta.

—Él es Clemente.

—Lo conozco de Internet —contesta mi padre algo seco, pero igualmente le tiende la mano. Clemente se la estrecha echando la otra mano y al final acaban con las cuatro manos juntas y sonriendo.

Así es mi padre: reacciona al mínimo gesto de cariño como una flor mustia al agua. Después, mi madre le planta dos besos en las mejillas sin preguntarse si eso se hace o no en Italia, para terminar dándole un ligero golpe en el brazo y decirle que ponga la mesa.

En medio segundo está todo listo en la terraza: ensalada, gazpacho, lomo y patatas a lo pobre; las mías, sin huevo. Vivimos una comida completamente mediterránea. Hablamos muy rápido y Clemente hace como que nos entiende. De vez en cuando le traduzco algo, pero soy incapaz de traducirlo todo. Aun así, no parece incómodo.

Me voy a fregar los platos con mi madre, mientras mi padre intenta explicarle a Clemente cosas sobre la muralla que se ve desde casa.

—Está loco por ti —dice mi madre con las manos llenas de espuma.

—Casi no nos conocemos, mamá.

—Bueno, Dios dirá, pero ahora mismo está enamoradísimo.

—No creo que sea para tanto.

—Hazme caso.

Noto cómo las mejillas se me sonrojan. Es agradable sentirse querida, pero también me da miedo no poder alcanzar ese nivel de compromiso. Claro que me gusta mucho, que tengo ganas de estar con él todo el tiempo que pueda, y son ingredientes magníficos para que esta relación crezca; pero a mí todavía me falta algo para llegar al punto en el que, se supone, está él.

Mis padres acuerdan en segundos que es hora de irse y nos dejan solos de nuevo. No creo que vaya a ser capaz de sacar a Clemente de la terraza, pero yo tengo un sueño mortal. Hace más de un mes que me he dado cuenta de que, si me salto la siesta después de comer, me encuentro fatal, y ya he vomitado suficiente por hoy.

Además, el calor empieza a ser aplastante, aunque a él parece no importarle: ni siquiera suda un poco.

—¿No prefieres entrar dentro con el aire acondicionado?

—Me gusta mucho esta terraza. En Roma, cuando me asomo por la ventana, solo veo edificios.

—Ves el patio de Santa Cecilia, no seas mentiroso, que he estado en tu casa.

Se ríe marcando bien las líneas junto a su boca y acto seguido se inclina hacia mí y me besa en la sien.

—Vamos.

Se levanta y me tiende la mano para ayudarme a levantarme de la silla, pero soy yo quien le conduce al interior de la casa, donde el aire ya lleva puesto un rato y se está fresquito. Menos mal que ya empieza a refrescar por las noches y lo peor del embarazo me va a pillar en invierno y no con estos calores mortales. Enciendo el televisor y le cedo el mando.

—Adelante, elige lo que quieras.

—En mi casa no fui capaz de elegir nada. —Sonríe como si se acordara de algo maravilloso, quizá mi madre tenga razón.

—Da igual, yo me voy a dormir, como si quieres pasar la tarde explorando mi perfil.

Me dejo caer en el sofá y él se sienta a mi lado, aprovecho para subir las piernas sobre las suyas y acurrucarme. Bostezo hasta que una lágrima se desliza por mi mejilla izquierda.

—Estás más cansada que yo.

Caigo en que él tuvo una noche movida y que ha hecho un esfuerzo enorme por estar conmigo, así que tiro un poco de él para que se recueste contra el respaldo del sofá, hasta que su cabeza se apoya en mi pecho. Sube las piernas al sofá y coloca la mano sobre mi vientre, acariciándolo con cariño. Ahí está, nuestro pequeño indeterminado. La razón por la que Clemente Bassani está tumbado sobre mí. Respiro hondo y hundo los dedos en su pelo, abrazándole más. Tardo milésimas de segundo en caer dormida.

Despierto sola en el sofá. Miro hacia la terraza y me encuentro a Clemente sentado en el murete, fumando y riendo, asintiendo y moviendo la boca, como si estuviera hablando con alguien. Miro alrededor, pensando que quizá haya venido Oleg o que haya vuelto mi padre, pero no hay nadie. ¿Estará hablando solo? No soy quién para censurar ese comportamiento: yo lo hago constantemente.

Salgo y noto la diferencia de temperatura, todavía hace bastante más calor fuera que dentro. Clemente no deja de hablar, en inglés:

—La verdad es que fue una sorpresa, pero estoy contento.

—Entonces, ¿vas a pasar bastante tiempo aquí? —Una voz masculina llega desde la terraza inferior. Rodrigo.

—No creo —la respuesta de Clemente me golpea más de lo que yo quisiera. Así que loco por mí. El ojo clínico de mi madre debería pasar por una revisión oftalmológica—. Lo que espero es que Silvia pase mucho tiempo donde yo esté. Almería es preciosa, por lo poco que he visto, pero no parece el mejor lugar para trabajar de lo mío.

Alza la vista y se da cuenta de que estoy aquí. Su rictus cambia, como si le hubieran pillado diciendo algo que no debe. Me asomo para saludar a Rodrigo con la mano y él me contesta de la misma manera, con una sonrisa lustrosa.

—Enhorabuena, Silvia. No tenía ni idea.

—Gracias.

—Creo que ya es hora de entrar. Un placer conocerte, Clemente. Ciao. —Chasca la boca de una manera muy concreta que me hace levantar una ceja.

—Hasta luego, Rodrigo.

Clemente apaga el cigarro y evita un poco mi mirada y, quizá, la conversación que lleva aparejada. Sin decirme nada entra a la cocina y oigo correr el grifo del agua, no debería hacerlo, pero le persigo. No le pregunto nada mientras se lava las manos y la boca.

—Debería cambiarme de ropa, pero mi maleta está en el hotel.

—¿Qué vamos a hacer con eso?

—¿Con el hotel? —Asiento—. Lo que tú quieras. Yo estaba deseando verte, besarte, tocarte, estar contigo, pero no sabía si ibas a contestar de la misma manera. Este mes hemos hablado mucho, pero es raro estar separados tanto tiempo y después verse. Ha sido

un alivio que todo haya sido tan… natural. Así que puedo pedirle a Oleg que me traiga la maleta y cancele la reserva, o puedes venirte tú. El hotel tiene *spa*.

—No están recomendados durante el embarazo.

—¿No? Pero si has estado todo el verano en la playa.

—Porque con el agua fría no hay problema. ¿Quieres ir a la playa?

—¿Conoces algún sitio donde podamos ir que no haya mucha gente y que no se monte un follón si me reconocen?

—A los que yo pueda acceder estando embarazada y sin tener un barco… A finales de agosto lo veo difícil, pero podemos intentarlo.

—¿Y si consigo un barco?

—Se me puede poner el estómago del revés como esta mañana. La mejor época para ir a la playa aquí es el mes que viene, todavía hace calor, pero el turismo baja al mínimo.

—¿Me lo prometes?

Se acerca a mí y me coge por la cintura, con una sonrisa pícara que intenta disimular.

—¿El qué?

—Que el mes que viene me vas a llevar a una de esas playas vírgenes y paradisíacas de las que he leído. —Se inclina para besarme bajo la oreja.

—Pensaba que no ibas a pasar mucho por aquí.

—No voy a darle a un desconocido detalles de mi vida futura.

Busca mis ojos y se pone serio, como intentado escrutar cual es el nivel de mi enfado. Enfado totalmente inexistente después de ese beso en la parte alta del cuello. Soy una básica. Se me escapa la comisura de los labios hacía arriba y él se envalentona, corriendo a besarme al otro lado del cuello.

—En algún momento tendremos que hablarlo.

—¿El qué? —dice muy bajito, con la voz grave, contra mi oreja, haciéndome estremecer.

—Eeeh… Esto… Dónde piensas pasar más tiempo.

—Ahora mismo… —Me muerde donde antes ha besado consiguiendo arrancarme un gemido—. Me quedo a vivir en tu cuello.

Termina de encenderme del todo. Mis manos se van a su trasero y le pego a mí, casi con violencia. Responde de igual manera hundiendo las manos en mi pelo para dirigirme hacia su boca y fundirnos en un beso profundo y vehemente.

—Entonces, ¿me quedo a dormir? —pregunta cuando le ataco el cuello con los dientes.

—No sé si vas a dormir mucho —vaticino mientras le quito el polo de niño pijo que huele a tabaco.

—¿Me lo prometes?

Asiento sin mirarle a la cara, me fijo en sus tatuajes, en sus músculos perfilados. Ese Clemente que había aparecido disfrazado deja paso al verdadero Clemente, con la mirada verde oscura, el rictus serio, con una levísima elevación en la comisura del labio izquierdo. Hay un silencio intenso entre nosotros previo al estruendo de la tormenta. Ambos respiramos a la vez, cogiendo aire para perdernos en un beso urgente, me aferro a su espalda para no caerme y él me sostiene por la cintura.

La ternura de esta mañana me había hecho dudar de que yo le siguiera resultando atractiva, pero a la vista de cómo tira de mi ropa para quitármela, diría que mis sospechas son infundadas. Le ayudo a terminar de desvestirme y trato de respirar a la vez; no es tarea fácil. Dudo un segundo si debería dirigirle hacía la habitación, pero me sorprende alzándome para sentarme en la encimera. Sus labios se separan de los míos haciendo efecto ventosa, no quiero que se separe de mí. Me muerde el cuello, los pechos, el vientre y finalmente tira de mi ropa interior. Antes de aventurarse entre mis piernas, me echa una mirada lasciva que me presta a ofrecerme, su lengua hirviente roza mi clítoris y vuelvo a comprobar que soy extremadamente sensible a sus caricias. Me tengo que agarrar con fuerza a la piedra con una mano y a su pelo con la otra, mientras él sigue dibujando círculos con su lengua y haciéndome temblar. Me deshago al instante y, durante un segundo, tengo la impresión de convertirme en líquido, hasta que me abraza por la cintura y me baja de la encimera, para acoplarme a él, como si fuéramos un par de piezas de un juego de construcciones. Me aferro a su cintura entrelazando los pies y los brazos, temo perder la fuerza y caerme,

mientras él, totalmente ufano, camina, llenándome, levantando y bajando mi trasero como si yo fuera una pluma. Siento que me voy a quebrar otra vez, y así lo hago en cuanto se sienta en el sofá conmigo encima. Trato de coger aire mientras él sigue moviéndose en círculos bajo mis piernas, no me da tregua y mi cuerpo sensibilizado grita obviando por completo el periodo refractario.

—Para —le digo al oído.

—¿Te duele? —Frena mirándome muy preocupado.

—Me ahogo.

Sonríe y tira de mí, de nuevo como si yo no hubiera ganado algunos kilos en este tiempo de espera, para tumbarme en el sofá y quedar de rodillas en el suelo, sin que nos hayamos separado un instante, aumenta el ritmo y a la vez es cuidadoso, como si bailara conmigo. Como si bailara dentro de mí. Me pierdo, se me olvida lo que es cielo y lo que es tierra y todos mis músculos se contraen espasmódicamente mientras él se desborda conmigo.

Cae sobre mí y me besa entre los pechos y después en el ombligo, con un gesto terriblemente tierno. Me besa en los labios antes de deshacer nuestra unión.

¿Estoy teniendo el mejor sexo de mi vida porque él es una especie de mago o porque el embarazo me tiene físicamente tan sensible que podría hacerlo contra un palo y ver las estrellas?

Vuelve del baño totalmente desnudo, caminando como si flotara, bailando en mi piso, y me desengaño, algo tiene que ver él en estas sensaciones, aunque mi situación ayuda.

Pasamos el resto de la tarde abrazados en el sofá, respirándonos encima mientras dejamos de fondo la televisión. Se suceden una serie de noticias a las que no presto atención imbuida en mis propios pensamientos, mientras él no deja de pasar las yemas de los dedos por mi vientre. No me atrevo a preguntar qué piensa, prefiero disfrutar del momento tranquilo. Ahora que se han acabado las náuseas y los nervios, parece que todo coge su lugar y no quiero quitar ninguna pieza del castillo, para que no se derrumbe.

Decido fingir un poco más que toda esta situación no es una absoluta locura mientras cenamos en la terraza hablando de nuestros veranos de infancia, de cómo éramos de pequeños y de

todo un poco. Casi parecemos una pareja de verdad durante esta noche, nos acostamos en mi cama, uno junto al otro, cansados ambos, nos besamos antes de abrazarnos y dormimos, como duermen las parejas estables.

Después de un par de días de convivencia me resulta natural ir con él en el asiento de atrás del coche de alquiler que conduce Oleg. Estamos en silencio, uno al lado del otro, tranquilos, sonrientes y sin necesidad de estar tocándonos todo el rato, eso lo hemos dejado para otras ocasiones. Ayer se hizo dueño de mi casa. Encontró aquel ukelele que me regalaron y jamás aprendí a tocar, frustrada por no conseguir presionar bien las cuerdas y tener la coordinación de un bebé de seis meses. Tardó tres segundos en hacerse con él, coger una hoja de papel y escribir una canción en la terraza. Cualquier periodista habría matado por la foto que tengo en el móvil, al atardecer, con la muralla de la Alcazaba de fondo y Clemente Bassani, bañado por la luz purpúrea de finales de agosto, tocando el ukelele.

Llegamos al aeropuerto y vamos directamente a pista, sin esperas, sin facturación. Allí nos espera un *jet*; consta de dos asientos, nada más, uno pegado al otro. Clemente coge mi maleta y la pone detrás de los asientos mientras que Oleg se va a la cabina del piloto.

—¿Pero es que también es piloto de aviones? —pregunto.

—No, mujer. —Clemente se ríe de mí—. Este *jet* puede llevar un solo piloto, y Oleg se agobia aquí atrás. Tendría que haber alquilado un *jet* algo más grande, pero ya me da bastante cargo de conciencia volar así.

—¿Y por qué no vuelas en comercial?

—No llegaba a tiempo a la ecografía y el vuelo regular de Almería a Praga sale solo los jueves y los domingos, así que tendríamos que habernos ido ayer y si no querías venir conmigo habría estado contigo muy poco tiempo.

Inmediatamente siento ganas de abrazarlo, de comérmelo a mordiscos pequeños, de devolverle todo ese cariño de alguna manera. Lo único que se me ocurre, en ese espacio tan reducido y

poco íntimo, es colgarme de su brazo al sentarnos y apoyar la cabeza en su hombro.

No hay personal de cabina, ni carrito de bebidas. Llevamos una botella de agua y unas galletas de crema de limón. Yo aprovecho para sacar el portátil y poner en orden las notas de la última entrevista para la revista. Tenía intención de ir transcribiendo, pero Clemente me ha robado el ukelele vilmente y sigue dándole retoques a la canción que estaba componiendo.

No es que su trabajo sea más importante que el mío, pero me resulta mucho más agradable escuchar sus notas y su tarareo que a mi último entrevistado.

Él echa un ojo por encima de mi hombro.

—¿Te dejo trabajar tranquila? Es una persona muy importante.

—Es un gilipollas —sentencio.

—No le conozco personalmente, pero no tenía esa impresión.

—Me dio muchos problemas para entrevistarle, paraba constantemente para cualquier cosa que él consideraba más importante que mi tiempo, como mirar si tenía abiertas las puntas. Tuve que reconducir todas las preguntas porque nunca sabía lo que le había preguntado y me tuvo veinte minutos esperando porque tenía que ir al baño.

—A veces uno necesita su tiempo en el baño.

—Se dejó el micro abierto mientras se fumaba un canuto con un colega suyo que pasó por allí, así que me tuvo esperando mientras se colocaba, para justo después venir a hablar de cómo la música profesional ha perdido su esencia, la dedicación, y a despotricar de que los músicos jóvenes no escuchan clásicos, no se forman de verdad y no sienten, solo producen ritmos pegadizos porque conocen la fórmula del éxito. Eché de menos a Riccò.

—No parece distinto a muchos músicos.

—Es muy distinto a ti. —Se inclina y me besa en la sien.

—Menos mal, o habrías perdido la cabeza por él. —Me saca la lengua dejando claro que es una broma. Pienso un segundo si eso es cierto o no.

—Me refería a que tú me dedicaste todo tu tiempo, a tu manera, a tu ritmo, pero no despreciaste en ningún momento mi trabajo.

Porque de eso se trata, Clemente, de valorar que la persona que tienes delante tiene un trabajo y su tiempo es tan valioso como el tuyo, por muchos discos que vendas.

—A lo mejor yo te dediqué toda mi atención porque me gustabas y no porque fuera consciente de eso.

—Eres muy consciente, por eso buscaste un ambiente en el que estar cómodo, porque eso también te hace ser profesional.

—Me tienes en mayor estima de la que me tengo yo.

Apoya su cabeza en la mía y vuelve a tocar la melodía, ya más pulida, de su nueva canción, que me suena familiar, como si la hubiera oído en una habitación en Roma hace doce semanas.

Desembarcamos en el aeropuerto de Praga y vuelve a ir todo rodado, sin esperas de maletas, sin colas, sin aglomeración. Es cierto que viajar así es altamente contaminante y está mal, pero es tan cómodo que, si yo tuviera una posición privilegiada, igual lo repetiría más de lo aceptable. ¿Cuánto es lo aceptable? ¿Es aceptable ahora porque los vuelos regulares nos robaban tiempo de estar juntos? Supongo que no, pero ya está hecho y yo no puedo hacer más que dejarme conducir al interior de Praga.

Al llegar al hotel creo reconocer la calle. Estamos en pleno centro; si no estoy mal orientada, estamos a un paso de la Torre de la Pólvora, que abre el camino hacia la plaza de la Ciudad Vieja, donde está el reloj astronómico a un lado y la iglesia de Nuestra Señora anteTýn, con su fachada oculta, al otro.

Hacía solo un par de años que había estado allí, huyendo del divorcio y de mis ideas de maternidad. ¿Qué se hace cuando renuncias a tener hijos? Invertir el dinero que te iban a costar en viajar. Miro mi barriga redondeada: viajé y, al final, aquí está aquello a lo que había renunciado.

Salimos del coche y Clemente estira el brazo para que le dé la mano, pero la aparta. Es mucho más observador que yo: hay algunas chicas en la puerta del hotel y un par de periodistas. Me quedo parada, algo desconcertada, así que busco la mirada de Oleg, que está cogiendo las maletas.

—Ahora entras conmigo —dice mirando al maletero en un italiano mucho más macarrónico de lo habitual.

Le cede las maletas a un botones que ha salido del hotel y me rodea con el brazo. Dejando el coche mal aparcado, me conduce al interior. No pasamos por recepción; subimos directamente al ascensor.

Al abrirse las puertas metálicas, aparece allí Lidia Murolo: esa señora de la que me había olvidado por completo. Me mira de arriba abajo, igual que las dos veces anteriores.

—¿Seguro que estás embarazada? —¿De qué clase de telenovela de media tarde ha salido esta mujer y por qué me tiene tanta manía?

—Hola, Lidia, yo también me alegro de verte.

Salgo del ascensor y la víbora italiana me abre la habitación. Es enorme, no estoy acostumbrada a *suites* tan grandes, menos en ciudades con edificios antiguos, donde los hoteles suelen ser angostos y tener los suelos inclinados. Oleg se queda en el umbral, me quedo mirándole, esperando que pase, que me acompañe. Temo quedarme sola con Lidia y que me suelte alguna impertinencia más.

—Clemente subirá ahora mismo, descansa un poco mientras —vuelve a hablar con su habitual acento casi imperceptible.

—Ve a buscarle —espeta Lidia—, no sé por qué le has dejado solo, ella no es a quien tienes que proteger.

Oleg resopla y cierra la puerta separándome de esa terrible mujer. Tiene razón, yo no soy a quién él tiene que proteger y Clemente se ha quedado solo abajo. No tengo claro dónde ni cómo. A lo mejor se lo están comiendo las fanes.

No sé si sentarme, tumbarme o ponerme a hacer el pino puente. La habitación es ligeramente abuhardillada; junto a la cama, aprovechando la altura del techo, hay un rincón con cojines en el suelo. Decido esconderme allí, entre los cojines, a ver si me engullen.

Al poco suena la cerradura electrónica y, tras la puerta, aparece Clemente, acompañado del botones con nuestras maletas. Después de despachar a su acompañante, me dedica una sonrisa cálida e

inmediatamente se tumba a mi lado y se acurruca contra mi pecho, como ha estado haciendo estos últimos días.

—Me acorralaron en el baño.

—¿Pero estás bien? ¿Traes algún trozo de menos? ¿Algunas bragas de más?

—Ahora que lo dices… —Se mete la mano en el bolsillo del pantalón y yo abro mucho los ojos, pero solo saca un papel—. Bah, que decepción, solo es otro usuario de Instagram.

—¿Te regalan muchas?

—Tiran alguna al escenario, pero prefiero robarlas…

Me toca el vientre justo sobre la frontera del pantalón, intentando buscar un punto débil para introducir los dedos. Su incursión se ve interrumpida por el sonido la cerradura electrónica. Ambos nos sobresaltamos.

—Tienes que despedir a Oleg o amonestarlo —dice Lidia Murolo.

—¿Se puede saber por qué? —Clemente se incorpora y me da la espalda al sentarse, yo no sé dónde meterme. ¿Qué hace esa señora en mi habitación sin llamar? ¿Por qué tiene una llave?

—Porque te ha dejado solo en un baño mientras te asaltaban las fanes.

—Ha tardado tres segundos en venir a por mí y además estaba evitando que los periodistas vieran a Silvia.

—Mucho más importante… Clemente, estás perdiendo la cabeza.

—Claro que es más importante que mi relación con Silvia no sea pública y que pueda tener un embarazo tranquilo sin moscones alrededor, Lidia. —Se levanta y camina hacia ella, sacando algo de pecho, moviéndose como si bailara enfrentándose a alguien—. No pienso ni despedir ni amonestar a Oleg, ha hecho justo lo que yo quería que hiciera.

—Las fanes van a seguir abajo, supongo que ella se quedará aquí, porque tú tienes que ir a ensayar.

—No lo sé. —Se gira hacia mí, dándome presencia en una conversación en la que he estado presente como cualquier otro objeto—. ¿Quieres venir al ensayo conmigo o prefieres quedarte aquí y después venir al concierto?

No tengo claro qué tengo que contestar, me siento tan desvalida que no quisiera separarme de él, no quiero estar cerca de esa mujer, que puede entrar donde yo estoy cuando le venga en gana, pero tampoco quiero distraer a Clemente. Así que me quedo entre los cojines, con las manos entre las piernas, encogida como una niña asustada.

—Lo que tú prefieras.

—Lo que yo prefiero es que estés conmigo el máximo tiempo posible, por eso te he invitado a venir. Oleg se encargará de que nadie te moleste. Lidia, por favor, ¿te puedes ir?

—Puedo esperar para ir al ensayo con vosotros.

—Puedes esperar abajo si quieres venir, pero no es tu obligación venir como si no te fiaras de mi profesionalidad.

—Entendido.

Antes de darse la vuelta e irse por donde ha venido, me echa una mirada que podría haberme matado.

—¿Esto es siempre así? —pregunto en cuanto Lidia cierra la puerta, me importa poco que me oiga.

—No, ella suele ser más amable, no tengo claro qué le pasa.

—Me refiero a tener la llave de tu habitación y entrar sin llamar.

—Eh… —Se muerde los labios calculando su respuesta—. La verdad es que sí. No suele entrar de noche, ni si estoy con alguien, esto es nuevo, pero suele quedarse con una copia de la llave y me avisa de que es hora de irse y cosas así.

—¿No te molesta?

—Ni siquiera lo había pensado.

—Clemente… En París, ¿ella tenía una llave de tu habitación?

—Sí, claro. Oleg también tiene una.

—Oleg es tu jefe de seguridad, entiendo que no entra a decirte cosas, solo entra si pasa algo grave. ¿Cuántas veces ha entrado Oleg en tu habitación sin permiso?

—Hasta el momento ninguna.

—¿Y ella?

Clemente calla y mira al suelo, su silencio es bastante elocuente. No quiero regañarle, ni decirle cómo tiene que guardar su intimidad,

pero yo no voy a estar cómoda sabiendo que esa mujer puede entrar en mi habitación cuando le dé la gana.

—¿Sigues queriendo venir conmigo al ensayo? Me gustaría tenerte allí, he pedido que lleven una silla cómoda como las buenas divas.

Me arranca una sonrisa y asiento antes de levantarme. Es hora de ir al ensayo.

Capítulo 8

CON VISTAS AL ATARDECER

En el *backstage* me preparan un sillón ligero, pero muy cómodo, desde donde puedo estar sentada y ver a Clemente ensayar. Pero casi no canta: comprueban los niveles de sonido, tocan fragmentos… Así que saco el teléfono y trato de adelantar algo de trabajo.

A pesar de lo incómodo que es escribir en el teléfono, tirando de notas de audio que solo puedo oír en las paradas del ensayo, consigo concentrarme. Hasta que oigo unos acordes de ukelele. El tío sinvergüenza está tocando una de sus canciones con mi ukelele, pero me temo que se oye fatal, al menos desde aquí.

Hasta que alguien coloca un micrófono a la altura de la caja de resonancia y, de repente, todo encaja: su voz se amolda a la melodía adaptada al instrumento. Me mira de reojo, con una sonrisa de medio lado; se lo está pasando pipa. Hace un gesto con la cabeza para llamarme, y yo me acerco a él, con miedo de pisar algún cable y mandarlo todo a tomar por culo.

Cuando llego a su altura, aprovecha una pausa en la canción para tirar de mí y meterme entre su cuerpo y el ukelele. Me canta al oído y me hace mecerme con él. Pasa la nariz por mi mandíbula y por el lóbulo de mi oreja, consiguiendo que me vuelva líquida de nuevo.

Entre la vibración del ukelele, su voz y el movimiento, me siento relajada, a pesar de todos los pipas que andan por allí: el escenario, el césped, el graderío… y, sin querer, se me escapa la letra por la boca en el estribillo.

Me asusto al oírme en el micrófono. Salgo del trance y le miro, notando cómo la cara se me pone roja, a pesar de su ceja levantada a modo de sorpresa, a pesar de su sonrisa amplia, mientras él sigue cantando.

—Vuelve a hacerlo —me dice al oído en una pausa de la voz.

Me siento tentada a no hacerle ni caso, a morirme de la vergüenza, pero me aprieta más contra él y vuelve a mecerme y a

acariciar su cara con la mía, así que vuelvo a cantar el estribillo con él. Siento su risa suspirada en mi piel al terminar. Se hace el silencio y aparta el ukelele para abrazarme desde atrás, besarme el cuello, la mejilla y la sien. Me dirige con las manos, como si yo estuviera en un torno de cerámica y él me moldeara, hasta ponerme frente a él. Me besa suavemente y yo le rodeo el cuello con los brazos. Está brillante de alegría y no tengo muy claro por qué. Me besa como si fuera la primera vez: con emoción, con ganas.

—¿Te puedo convencer para que hagas eso conmigo en el concierto?

Me tiemblan las rodillas de repente.

—No…

—Es que no sabía que cantaras…

—Bueno, hace mucho que no lo hago, pero siempre fue en coro. —Vuelve a alzar la ceja.

—Por favor…

—Clemente… —Pego mi nariz a la suya—. Hace un rato te has escondido de la prensa y las fanes en un baño para que nadie supiera que existo, no me parece buena idea, pero… te compraré un ukelele.

—Me gusta este. —Aprieta mi cintura con las manos, como si yo fuera el instrumento.

—Pero este fue un regalo y los regalos…

—… no se regalan. —Sonríe decepcionado—. Cantas muy bien.

—Tú, que me oyes con buenos oídos.

Me besa con ternura en los labios y me ciñe un poco más en el abrazo.

—Tengo que seguir, luego me tienes que contar cómo puedes cantar así si me dijiste que eras una inepta para la música.

Nos soltamos y vuelvo al sillón, a mirarle, ya no soy capaz de concentrarme en el trabajo.

Disfruto del concierto entre bambalinas, a pesar de que Lidia está aquí, tiesa como un palo, como si la música no le importara. Mira que yo soy una persona nerviosa, me cuesta trabajo relajarme o dejar de pensar, pero la tensión constante de esta mujer la va a

matar un día de un infarto. Justo antes de salir al descanso relaja a la audiencia con la versión ensayada con mi ukelele.

Cuando estás abajo y los músicos hacen una parada, se te hace eterna; sin embargo, aquí detrás solo tenemos tiempo de mirarnos de soslayo mientras bebe agua, repasa el repertorio, respira un poco y me da un beso leve en los labios antes de volver a salir con una de sus canciones más potentes.

Cuando termina, entiendo la sobreprotección de Lidia en París: está roto, casi hay que llevarlo en volandas al camerino. Lo que no entiendo es por qué su paladín, con Pigalle Louboutin, intenta tapar toda la puerta cuando entra. Es lógico que no quisiera que nadie entrara en el camerino en París, pero hoy estoy aquí acompañándolo. ¿Qué piensa que voy a hacer? ¿Chuparle la poca sangre que le queda?

No es que yo haya hecho mucha calle en mi profesión, pero todavía recuerdo cómo colarme. Así que, a pesar de su intento de barrera humana, paso y me siento al lado de Clemente en un pequeño sofá. Él se acurruca contra mí, sin decir nada, y suspira con satisfacción. La cara de Lidia es cada vez peor; no creo ni que intente disimularla.

—Vente a todos los conciertos —me dice casi sin voz.

—Dentro de poco no voy a poder ir a ningún sitio.

—Ven al de Roma, al menos, que es el final de la gira, será en dos semanas. ¿Todavía podréis volar? —pregunta tocándome el vientre.

—Creo que sí.

—Lidia: ¿te encargas de sacar un billete para Silvia? En primera, por favor.

Lidia rebuzna, pero asiente, es como si Clemente fuera ajeno a su mal humor. Él se levanta, bebe agua, se ducha y come algo. Podría tener sobre la cabeza una barra de energía y se vería, con total claridad, cómo la va rellenando.

Al llegar al hotel ambos estamos cansados, casi sin desvestirnos caemos sobre la cama, nos abrazamos y nos quedamos dormidos al instante.

Despierto sola en la cama, con el ruido de la loza chocando, miro a los pies de la cama y encuentro a Clemente, desnudo de cintura para arriba y con uno de esos pantalones de pinzas *oversize* que tan bien le sientan. Dispone el desayuno sobre la mesa, con sus movimientos de gato.

—¿Me espías? —dice sin mirarme.

—¿Cómo sabes que me he despertado?

—Tengo buen oído, te ha cambiado la respiración.

—Podría seguir teniendo los ojos cerrados.

Me mira con esa sonrisa de medio lado que tiene conquistado el mundo.

—Pero no es así.

Se acerca a la cama y gatea hasta llegar a mis labios. Todo el cansancio de la noche anterior parece haberse disipado, dejando paso a un deseo puro que fluye entre nuestras bocas.

Mi respiración vuelve a cambiar, y su buen oído lo sabe: me acompaña abrazando mi cuerpo caliente con sus brazos templados, sin dejar de acariciar mi lengua con la suya. Nos respiramos encima y no parece que vayamos a separarnos pronto. Un beso eterno, como aquellos besos adolescentes, cuando eran todo lo que teníamos. Pero ya no somos adolescentes.

Se mete bajo las sábanas conmigo y enredamos las piernas y los brazos, calentándonos. Le busco la piel bajo los pantalones y trato de desabrocharlos sin separarme de su beso, mientras él sube la mano por mi costado hasta encontrarse con el pecho, que hierve. Lo acaricia con suavidad, como si fuera arcilla entre sus manos. Me aparta la ropa sin dejar de besarme, de tocarme, de estimularme. Mis brazos solo alcanzan a abrazar los músculos de su espalda.

Sin demasiado preámbulo, entra en mí, mirándome a los ojos, sorprendiéndome gratamente. No podemos estar más juntos: es físicamente imposible que dos cuerpos compartan más espacio. Nos movemos a la vez, sin separarnos ni un poco, arañándonos, respirándonos encima.

Cuando exploto, se aferra a mí, evitando que salga volando, uniendo de nuevo todas mis piezas. Cuando vuelvo a estar

recompuesta, él se deshace y yo le sostengo, igual que hizo conmigo. Nos respiramos encima, con los corazones agitados.

Inmediatamente nace en mí una sensación de aversión. No sé de dónde viene, pero necesito que me suelte, que deje de abrazarme y de besarme en el cuello. ¿Qué me pasa? Quisiera apartarlo, empujarle con las manos, pero no puedo: él no ha hecho nada para ganarse mi rechazo. Así que aguanto, y él acaba echándose a un lado, después de unos segundos que me parecen eternos.

Sigue siendo Clemente, con sus fibras, sus tatuajes, su mirada brillante y su sonrisa arrebatadora, y yo no entiendo qué me ha pasado. ¿Estoy loca? Deben de ser las hormonas.

—Voy a ducharme. ¿Me da tiempo?

—¿No quieres desayunar primero? —pregunta mientras intenta abrazarme.

—Prefiero ducharme. Son dos minutos.

Salgo de la cama como un rayo, todavía sin entender qué me está pasando. La noche de ayer fue fantástica, él solo tenía ojos para mí. Me suplicó que fuera con él a los conciertos, me pidió el vuelo para verle en Roma dentro de dos semanas. Es atento, siempre está pendiente de mí.

No de nosotras, que también.

¿Nosotras? Miro hacia abajo, donde está mi ombligo. Sí, nosotras, seremos nosotras hasta que alguien diga lo contrario. Está pendiente de mí, mi madre lo dijo en Almería: le tengo loco. Seguramente me quiere. Todo lo que hace da a entender eso.

Y yo lo que hago es… ¿sentir rechazo?

Dejo que el agua caliente resbale por mi cuerpo, esperando que se lleve esa sensación de aversión tan extraña. Seguro que tiene que ver con las hormonas del embarazo. No es la primera vez que un chute de hormonas me provoca una emoción que no espero, como cuando me daba por llorar al fregar el suelo en mitad de los tratamientos. Simplemente, es una emoción que no esperaba.

Ahora saldré, limpia y reconfortada de la ducha, y él estará ahí, siendo oportunamente sexi, y todo será como hace veinte minutos. Esta sensación se irá del todo.

Así es: está bebiéndose un café, tirado en el sillón, con un brazo sobre la pierna y mirando el móvil. Alza la vista sin mover la cabeza, como si me mirara por encima de unas gafas que no existen, y me sale una risa nerviosa, automática.

¿Ves? Estoy algo excitada. Son las hormonas.

Me inclino para besarle y él me toca levemente la mandíbula con los dedos. Esto es perfecto.

—Te sienta muy bien ese albornoz.

—Parece de los buenos —comento arropándome con él y aspirando el olor a suavizante de hotel.

—Pues te lo llevas a casa.

—No, yo no soy de esas que roban toallas —digo siguiéndole la broma.

—Claro que no, pero se compran. Y yo te lo regalo. —Sonríe muy ufano. De eso va la cosa, de aviones privados, de poder comprar al instante eso que te gusta sin mirar, sin preocupaciones.

Después del desayuno me visto, él todavía tiene tiempo, yo tengo que coger un vuelo y volver sola a casa. Oleg llama a la puerta, Clemente le susurra que salgo en un momento y viene hacía mí a besarme y abrazarme. Me dejo envolver, apoyo la cabeza en su pecho mientras me acaricia con ternura. Aspiro su aroma y quiero que me suelte. Que me suelte ya. Necesito que me suelte. Putas hormonas.

Vuelvo a casa en taxi, miro un instante los escalones de subida y después miro mi minúscula maleta de mano con ruedas.

—¿Te ayudo?

Me giro y encuentro a Rodrigo, vestido con un traje gris, con una *totebag* colgada del hombro que no le pega con el resto del conjunto.

—Puedo yo —contesto.

—No lo dudo, pero igual te ofrezco mi ayuda.

Cojo mis bártulos y empiezo a subir las escaleras.

—Nunca te veo por esta entrada —dice a mi espalda.

—Últimamente salgo poco y, cuando lo hago, salgo y entro por el garaje y me ahorro esta entrada horrible.

—Es verdad que es poco práctica y además hay que rodear todo el edificio, no tiene mucho sentido. ¿Te encuentras bien?

Me giro, no tengo muy claro por qué me pregunta, especialmente porque suena sincero.

—Sí, estoy bien, he dejado de vomitar y tengo más energía.

Sonríe de medio a medio, se me antoja una sonrisa transparente.

—Estupendo. Si necesitas cualquier cosa, dame un grito por la terraza. O baja, depende de lo discreta que quieras ser.

—Lo mismo digo. Gracias.

Él se queda en su piso y yo continúo subiendo hasta llegar al mío. Lo primero que hago es abrir el portátil, no adelanté casi nada de trabajo en Praga, así que engancho la pantalla secundaria, abro los vídeos de las entrevistas, el procesador de textos y me pongo los cascos. Música de mi entrevistado y a teclear. A pesar del viaje, consigo concentrarme, fluyo inmediatamente con todo lo que tengo que hacer, hasta que me sobresalta el timbre de la puerta. Pego un brinco y voy hacia ella.

Rodrigo de nuevo, ya vestido de casa y sin *totebag* bajo el brazo, con un táper en las manos.

—Ho… hola… Igual te molesto.

—No, estaba trabajando, pero casi he terminado, dime.

—No sé hacer marmitako para uno solo y me ha salido muy bueno.

—No puedo comer marmitako…

—Claro que puedes, lo he hecho con melva, no se lo cuentes a ningún vasco y ya. Y está bien cocinada, seguramente algo seca, pero la eché muy pronto al caldo… —Se frena para sonreír—. Creo que es apto, salvo que tengas muchos ardores.

—Controlas mucho del tema. ¿Quieres pasar y así me echo el marmitako *preñadafriendly* y te puedes llevar el táper? —Asiente con la cabeza y yo le guío hacia la cocina—. ¿Cómo es que sabes tanto de la dieta de las embarazadas?

—Mi mu… Mi exmujer lo estuvo varias veces.

Le miro a los ojos oscuros, que a su vez miran a la encimera, es algo que le duele, es evidente. Debería callarme, dejarle que me cuente lo que quiera y no interrogarle.

—Creía que no tenías hijos. —Así no, Silvia, así no se hace lo de no interrogar y dejar a la gente en paz.

—No los tuvimos, no, ninguno de ellos. —Levanta la mirada dolida y sonríe de medio lado.

—Lo siento.

—Así es la vida. —Se encoge de hombros y suspira.

Yo sigo con el táper en las manos; la cabeza me da vueltas mientras pienso qué es lo siguiente que debo decir. Debe de ser difícil estar delante de una embarazada cuando has pasado por algo así.

Para mí lo era: estar delante de embarazadas, hablar con ellas, escuchar sus historias. Así que me metía en mi concha.

Y ahora soy yo, la embarazada sin planearlo, frente a alguien que carga con una historia complicada sobre la procreación. Y todos esos consejos que daba sobre cómo reaccionar en estas situaciones se me han colado por algún agujero del cerebro, y no soy capaz de encontrarlos.

—Yo no podía tenerlos —suelto así, sin más.

—Es evidente que sí.

—Bueno, no, teníamos una infertilidad de origen desconocido, bueno, la tenía yo, el seminograma de mi ex era excelente. —¿Por qué estoy hablando de esto con alguien que es más o menos mi jefe mientras sostengo un táper de marmitako?—. Nunca he tenido un… un…

—¿Un aborto?

—Sí, perdona. —Se ríe, no sé si de mí o de las circunstancias o qué.

—No hay nada que perdonar, cada cosa tiene su nombre y como tal hay que llamarla. Afortunadamente, nos quedamos en esa barrera anterior a las veinte semanas.

—Pero duele.

—Mucho. También duele no poder tenerlos: duele la envidia, duele la frustración, todo duele. No te sientas mal por mí porque estés embarazada; siéntete mal por mí, que he hecho marmitako «para embarazadas» sin vivir con ninguna, jugándome que no me admitan en la sede de Vitoria nunca más.

Me da la risa, no puedo evitarlo. Conecto de nuevo con mi cuerpo y busco un plato para volcar el contenido del táper. Me sorprende que este señor —que hace dos días me caía muy mal porque es un poquito machista y va de dandi por la vida— esté hablando de temas muy serios en mi cocina y, además, dejándome comida.

—¿Por qué has hecho el marmitako para embarazadas?

—Porque te he visto llegar con las maletas y he pensado que estarías cansada. Y tenía ganas de marmitako. Además, siempre me sale muchísimo; así mato dos pájaros de un tiro.

—No lo entiendo. Casi no nos conocemos.

Se vuelve a encoger de hombros y mira al suelo. Parece genuinamente tímido y vulnerable. Es muy moreno, con los ojos muy oscuros. Se muerde el labio inferior, y no me extraña que aquella noche pudiera llevarse a una chica a casa; no me extraña que confíe tanto en sí mismo como para tirarle fichas a alguien en cuanto la conoce. Tiene muy buen material.

Pero es un machista y va de dandi. Un machista que cocina para su vecina, sí, pero un machista.

—¿A que te ha venido bien?

—Me ha venido genial, ni me he acordado de la comida y ahora como se me pase la hora me da un mal cuerpo… —Le tiendo el cacharro de la comida, ya vacío.

—Estupendo, pues ya me dirás qué te parece.

Se da la vuelta y se dirige a la salida.

—Muchas gracias.

—No hay de qué, perdona si… Bueno, ya me has dicho que te ha venido bien. De nada.

Cierro la puerta con una sonrisa en la boca, no me esperaba un lado dubitativo de Rodrigo Díaz, el Cid.

Aunque estoy menos cansada que al principio del embarazo, el viaje me ha dejado KO. En cuanto termino de comer el delicioso y blasfemo marmitako de Rodrigo, me siento en el sofá y me despierto cuando el sol ya se despide.

Desde la terraza se ven las nubes púrpuras propias de la luz del otoño, aunque seguimos en verano. Salgo para respirar y, como si el color se pudiera oler, aspiro nada más atravesar la puerta de la

cristalera. Me estiro sobre el filo del muro, deseando poder caminar hasta la fortaleza. Hace tiempo que no voy; quizá debería hacerle una visita antes de crecer más.

Bajo las manos hasta mi vientre: no me imagino cómo va a ser esto ni cómo se va a sentir, después de esperarlo tanto tiempo y de haber decidido que no iba a pasar.

Al bajar la mirada descubro a Rodrigo en su terraza, sentado en el murete, leyendo. Tiene una pierna flexionada y un brazo sobre la rodilla; con el otro sostiene el lector de libros digitales.

Puedo quedarme aquí, en modo *stalker*, o echarme un poco atrás y fingir que no le he visto.

—¿Has terminado de mirarme ya? —Sonríe con una ristra de dientes blancos y levanta la mirada lo justo para que mi cara se ponga como un tomate. ¿Qué pasa, mis ojos hacen ruido para que todo el mundo me pille cuando los miro?

—No lo sé, quizá un poquito más.

Abre la boca para decir algo, pero se acobarda y se ríe de medio lado, mordiéndose el labio inferior. ¿Qué es ese gesto? Silvia, es muy machista. Da igual que te haya traído comida y sea muy atractivo leyendo en su terraza. Y Clemente. Está Clemente. ¿Qué te pasa?

—Hace muy buena tarde —dice él, solucionando mi pantallazo azul.

—Sí, aunque ya debería hacer un poco más de frío por las tardes.

—No sé qué tiempo hace aquí habitualmente, en Burgos seguro que sí hace frío.

—¿Lo echas de menos? —Niega con la cabeza, aunque creo ver un destello de nostalgia en sus ojos. O quizá sea solo el reflejo de los últimos rayos de sol—. El marmitako estaba muy bueno.

—Gracias. La próxima vez volveré a subirte un plato. ¿Te ha sentado bien?

—Muy bien, gracias.

—No hay de qué.

Apaga el lector de libros y se sienta apoyando ambos pies en el suelo, dispuesto a levantarse, pero antes alza la cara y me mira. Tarda un segundo larguísimo en abrir la boca.

—¿Nos vemos el martes?

—¿El martes? —¿Me está proponiendo una cita?

—Sí, para la inauguración del nuevo comedor de empleados, me dijeron que vendría alguien de la revista y creo que eres la única de la revista.

Claro, Silvia, que pareces tonta. El martes estás citada en la sede para hacer unas fotos y escribir sobre la nueva obra terminada del comedor de empleados. Vender un comedor que es la mitad que el anterior porque los empleados son también la mitad no me parece un gran logro, pero me pagan por ir.

—Allí nos veremos.

—Muy bien, descansa.

Así me quedo, viendo cómo el azul del cielo se va oscureciendo hasta un color marino. Habitualmente los atardeceres me apaciguan, pero algo me bulle dentro y no termino de identificar qué es.

Vuelvo dentro dispuesta a terminar el trabajo pendiente para enviarlo esa misma noche. Antes cojo el teléfono y me doy cuenta de que lo tengo apagado. Entre el trabajo y el sopor después de comer, me he quedado desconectada del mundo. Ya me extrañaba que no me llamaran mis padres para ver si había llegado bien. Al encenderlo empieza a vibrar de manera constante, como si todo lo que va entrando fuera una notificación muy larga y muy importante en lugar de doscientos mensajes de WhatsApp y tres mil llamadas perdidas. Es posible que haya alguien llamando a la policía.

Tengo muchas llamadas de Clemente y de un número italiano que no reconozco, y otras tantas de mi padre. Priorizo: papá. Aprieto los dientes porque sé que me esperan un par de minutos de bronca por no haber llamado. Que vaya preocupación. Menos mal que, si los aviones se estrellan, sale en las noticias. Bien que podría haberme esperado en el aeropuerto a que él viniera, si le hubiera dicho la hora de aterrizaje. Que lo siento, que no pasa nada, todo bien. Que hasta mañana.

Y ahora Clemente.

—¿Dónde estabas? —Suena algo desesperado—. Le he pedido hasta a Lidia que te llame, por si yo tenía el teléfono roto.

—Perdona, al llegar me puse a trabajar y después me he quedado dormida, no me he dado cuenta de que tenía el teléfono apagado

todavía.

—¿Puede que seas la única persona que no enciende el teléfono nada más tocar tierra?

—Quería llegar pronto a casa y solo había un taxi, he ido muy rápido, supongo que al no hacerlo al principio… Lo siento.

—No me lo hagas más.

—¿Qué no te haga más el qué? ¿Es algo que te haya hecho a ti?

—Claro que sí, me has preocupado.

—Lo primero es que no te he hecho nada, lo segundo es que ya te he dicho que lo siento, lo que corresponde es aceptar mi disculpa.

Resopla al otro lado del teléfono y pasan unos segundos, nunca habíamos discutido. Tampoco sé muy bien por qué me he puesto así de brava, aunque no me ha gustado un pelo que tener mi teléfono apagado sea algo que le hago a él.

—No quiero discutir —acaba diciendo—. Lidia te ha enviado los localizadores de los vuelos a Roma, dice que tienes que salir sí o sí desde Málaga.

—Vale. —No sé qué más contestarle, yo tampoco quiero discutir.

—Te llamo mañana.

—Vale.

Y sin más, colgamos. No me pregunta si estoy cansada, si he llegado bien, si estoy bien comida. Sin embargo, dejar el teléfono apagado es algo que le he hecho a él.

¿Es una *red flag*? ¿Está reclamando que tengo que estar disponible para cuando él me necesite, o es solo una reacción normal a la preocupación por no encontrarme? Lo lógico es pensar que se me ha olvidado encender el teléfono.

Al final, ceno un sándwich insulso delante de la pantalla del ordenador. Podría dejarlo todo para mañana, pero no quiero saltarme mis tiempos por haber estado fuera. No puede llegar este hombre —con sus canciones, sus tatuajes y su sexapil— y pretender que yo deje de lado un trabajo que me gusta, en el que soy nueva, que esté disponible para él las veinticuatro horas del día.

Me acuesto con el cuerpo todavía bullendo, sin saber muy bien por qué. Es la misma sensación que el primer día de clase en un centro

nuevo, cuando no conoces a nadie y todo te resulta extraño; como si todo lo que está pasando fuera ajeno a mí.

Me acaricio el vientre, deseando sentir a la pequeña criatura que hay ahí, que me dé una pista de cómo sentirme mejor. No noto nada, pero me tranquilizo al instante, como si nosotras dos pudiéramos con el mundo entero.

Llego temprano a la sede y dejo mi teléfono en la garita de entrada, como deben hacer todos los visitantes. Aunque no tiene mucho sentido, teniendo en cuenta que tengo un contrato de confidencialidad y voy con una cámara réflex profesional. Pero no seré yo quien discuta un protocolo de seguridad absurdo.

Entro en el nuevo comedor, blanquísimo, mucho más moderno que el anterior, que era color crema. Las luces son globos de cristal con los colores corporativos; en una de las paredes hay una especie de *collage* y, entre los anuncios de la empresa de los años cuarenta, aparecen fotos del centro.

No tardo en localizar a mi padre. Solo hay que buscar la máquina más grande y ahí está él, con su bigote y su aire de *cowboy*. Qué distinto es ese tipo musculoso —que no aparenta medir metro sesenta— del señor que ahora hay en casa, con el pelo blanco y los hombros bajos, como si el tiempo le pesara encima.

Y menos mal que tiene ese tiempo en los hombros.

—¿Te estás buscando? —Me giro para encontrarme a Rodrigo, con el mismo traje gris que la última vez.

—No, estaba mirando a mi padre. —Le señalo la foto y él se inclina para verla a mi lado, huele a gloria bendita.

—Deberíamos haberlo contratado como modelo de la marca, tiene buena percha. —Sonríe y me mira divertido—. Tú estás allí.

Me guía tocándome el brazo con cuidado y me señala una foto que está bastante alta. Tendré unos seis años o así, en un encuentro familiar de la empresa, con la gorra corporativa, sosteniendo una botella de cristal de batido de chocolate, de la que sale una pajita roja y blanca. Tengo el ojo guiñado y un gesto un poco extraño; nunca salgo bien en las fotos.

—¿Cómo me has reconocido ahí?

—Estás igualita. —Sonríe mientras mira la foto—. Con esa sonrisa de virus.

Mi sonrisa se amplía a pesar de que no estoy entendiendo lo que me dice y tampoco tengo claro que no siga intentando ligar, como la primera vez que nos vimos, aunque esta vez con mucha más maña.

—Sonrisa de virus. ¿Eso qué quiere decir?

—Que se contagia. —Me mira y su sonrisa también se amplía, blanquísima y brutalmente sincera.

No lo entiendo, no debería gustarme este tipo, no le conozco y lo único que sé de él es que le gusta que las mujeres le den el visto bueno a sus sábanas, que es uno de los comentarios más machistas y sin sentido que he oído en mi vida. Vale que también hace marmitako y tiene una sonrisa encantadora, pero se le nota que ligar se le da bien y es lo que está haciendo, supongo. Aunque ligar con una embarazada cuando conoces a su pareja… ¿No está un poco feo? A lo mejor le va el poliamor. No estaría mal ir de ese palo. ¿Se me está yendo la cabeza? Puede que un poco.

Me retiro y le hago una foto mirando el panel de fotos, con los brazos cruzados sobre el pecho, sonriendo. Los trabajadores comienzan a entrar, voy disparando con la cámara antes de que vengan a saludarme.

Rodrigo se sitúa en el centro y hace un gesto con las manos, dirigiendo a todos para que le rodeen. No es especialmente alto y, sin embargo, tiene una presencia arrolladora, es capaz de moverlos como si fuera un director de orquesta. Un líder natural.

—Por fin han terminado las obras y volveremos a comer de olla en lugar de comer de *catering*. Pedro se ha reincorporado a su puesto como jefe de cocina. —Señala a una esquina, donde Pedro sonríe con la chaquetilla impoluta y el gorro con los colores corporativos en la mano—. Sé que el comedor es algo más pequeño y no por ello más acogedor, ojalá siguiera siendo el gran comedor que era, lo que sí os prometo es que, mientras yo esté aquí, este comedor no va a perder ni un solo comensal. Y ahora, ¡a comer!

A su orden, el personal de comedor empieza a sacar bandejas de aperitivos con muy buena pinta. Yo me quedo atrás, haciendo las

últimas fotos y Rodrigo se sitúa a mi lado.

—Cuando se despeje un poco te guío por los canapés aptos para embarazadas.

—Qué atento. Les has hecho una promesa que no puedes mantener. —Me mira muy serio y alza levemente una ceja a modo de pregunta—. No sabes si la empresa seguirá sin reponer personal y muchos de los que hay aquí se jubilarán en los próximos dos o tres años. Los dos sabemos que los mantienen porque es mejor meterlos en un ERE de prejubilación que darles la patada.

—Eso lo sabemos todos, incluidos ellos, pero ya hice una declaración de intenciones cuando me ascendieron desde Recursos Humanos. También conozco las cifras, cada trabajador que hay aquí genera una plusvalía importantísima, lo que pasa es que como este centro es de pruebas y no de producción, nadie observa esa plusvalía de manera directa.

—Así que eres un digno hijo de ADE. ¿Y vas a reponer algún puesto con mujeres? —Espero verle sudar, que me diga que las mujeres no se manejan con maquinarias tan grandes y que casi no hay ingenieras para los puestos más altos.

—Sabes que las pruebas de psicotécnico son anónimas y que la selección inicial se hace a ciegas desde Burgos —ya se está justificando—, tengo comprobado que las pruebas a ciegas suelen ser paritarias, quizá incluso se inclina la balanza hacía las mujeres, así que lo normal sería que entraran unas cuantas o unas muchas. —Debe de haberse dado cuenta de que su respuesta me sorprende —. ¿Crees que soy muy machista? —Boqueo como un pez fuera del agua. Sí, claro que creía que era muy machista—. No te diré que no lo soy, todo el mundo lo es, es estructural, pero intento evitarlo, a veces con poco éxito. Lo que sí sé, Silvia, es que ese machismo estructural es lo que hace que todavía os esforcéis un poquito más, por eso en las pruebas a ciegas suelen pasar algunas mujeres más que hombres y yo suelo valorar ese esfuerzo extra, aunque las mujeres mediocres tengan el mismo derecho que los hombres mediocres a trabajar.

—Si tienes alguien excepcional no tiene sentido que escojas al mediocre.

—Cierto, y, sin embargo, las empresas están llenas de cargos intermedios y altos ocupados por mediocres.

—Tú eres un alto cargo.

—Y seguramente también un mediocre. —Sobre el papel parece falsa modestia, pero no es ni modestia sincera, suena a inseguridad.

—El tiempo lo dirá.

Me mira directamente a los ojos, quizá esperaba que lo consolara diciendo cosas buenas sobre él, pero no le conozco y todos los jefes de personal, desde José Carlos, han sido unos gestores horribles que han dejado de reponer al personal que había, que cortaron las actividades familiares y las ayudas sociales de empresa. Cualquier jefe que deje de hacer una política corporativista para con sus empleados y pase a tratarlos como simples números me parece, realmente, un mediocre.

Capítulo 9

EL CID

Tomo aire. Los días se acortan cada vez más y las tardes empiezan a ser más frescas, todo lo frescas que pueden ser en el desierto.

Miro hacia la muralla que se une a la Alcazaba, que se oscurece recortándose sobre el cielo violáceo del atardecer. Las vistas están muy bien, pero podrían ser espectaculares.

Ahí está. Su piel parece brillar ahí arriba, dorada a la luz del atardecer. Se toca el vientre redondo con un cariño infinito y se me encoge el alma un poco; no puedo evitarlo. No puedo dejar de mirarla.

—Esta vez te he pillado yo —dice sonriendo de soslayo intentando no mirarme, con poco éxito.

Quiero decirle que está maravillosa, que deberían hacerle una estatua tal cual está ahora y adorarla para siempre, pero no quiero parecer el tipo raro que soy. Además, está el cantante famoso.

—Deberíamos quedar para salir a la terraza. ¿Estás bien?

—Sí, cada vez me encuentro mejor. ¿Tú estás bien?

—Sí, claro, acabo de terminar de releer *La insoportable levedad del ser*. —Levanto el libro y me pregunto por qué se lo cuento—. Es que me gusta mucho.

—*Oh là là!* Un libro de gafotas.

—¿Sí? Puede ser.

—¿Cuántas veces lo has leído?

—Esta es la segunda, la primera vez fue recién llegado de Praga, estaba loco con la ciudad y quería leer cualquier cosa que hubiera salido de allí.

—¿Y no leíste a Kafka?

—Me pareció pasarme de gafotas.

Los dos nos reímos. El puto cantante famoso.

—He hecho *pizza* casera. ¿Quieres? Es que me he equivocado y he comprado una base de esas cuadradas enormes.

—¿Me bajas un trozo?

—O vienes y nos la comemos juntos.

Asiento y doy un brinco para bajar del muro. Sin pensarlo demasiado, me calzo las zapatillas de loneta y emprendo el camino al piso de arriba.

No puedo rechazar la invitación, puedo ser su amigo. No pasa nada, ella tiene su bebé y su pareja y yo puedo, simplemente, admirarla desde la terraza de abajo como la deidad divina que es. Tengo el *crush* más tonto de la historia. Es cierto que la noche del homenaje intenté un abordaje bastante torpe, me llamó la atención, pero esta obsesión seguro que tiene que ver con que ahora mismo encarna la imagen de madre que siempre quise compartir con Pilar.

Silvia me espera al otro lado de la puerta con un vestido blanco, largo, de punto, que se deja caer justo sobre su vientre y sus caderas. No me ayuda. Es esa pátina de embarazada, solo eso. Cuando dé a luz y esté cansada y horrorosa, se me pasará esta cosa que hace que se me acelere el corazón cuando la tengo cerca.

—¡Qué bien huele! —le digo siguiendo el aroma de la *pizza* hasta la terraza—. ¿Te ha dado la receta tu novio?

—¿Mi novio? ¿Clemente?

—¿No es tu novio? —Me siento a la mesa de la terraza observando su expresión, casi puedo oír los engranajes de su cabeza al pensar —. ¿He metido la pata?

—No, no, me cuesta un poco poner etiquetas, supongo, pero sí, digo yo que somos novios. Y no, él no cocina y no creo que aprobara la masa fresca del súper.

Nos sentamos uno frente al otro y nos sonreímos. El ambiente se corta un poco, como si ya nos hubiéramos dicho todo lo que nuestra pequeña relación nos permite. Tampoco es que hayamos tenido grandes conversaciones y no tengo muy claro qué pinto cenando en su casa un viernes.

—Me sorprende haberte pillado en casa —dice finalmente.

—¿Por qué?

—Es viernes por la noche, los solteros salen a divertirse, ¿no?

—No sé lo que hacen otros solteros, pero no salgo mucho. —Cojo un trozo de *pizza* esperando que esté hirviendo y quemarme para no seguir con esta conversación, pero ya está comestible y además buenísima.

—No es la impresión que tenía.

—Está de muerte esto… ¿Tenías la impresión de que salgo mucho? ¿Cómo? Si llevo poco tiempo aquí y sois muy cerrados, es imposible hacer amigos.

—Eso es mentira, los almerienses somos muy hospitalarios.

—Pero no os abrís, no hacéis amistades nuevas, a lo mejor en la adolescencia. En el trabajo soy el jefe, así que casi nadie quiere socializar más de la cuenta conmigo. Y si salgo solo…

—Pero no parece que se te de mal tener compañía si sales solo… —Se me había olvidado que me había visto con aquella chica en la terraza.

—Eso no es hacer amigos.

—Entiendo que no intercambiasteis teléfonos —se burla.

—No, solo fluidos.

Arruga la nariz y yo también, la conversación se está poniendo tensa y yo suelo decir cosas poco convenientes cuando no estoy cómodo, así que mastico en silencio. Me siento un poco atrapado a media cena, noto que voy a meter la pata, me crece esa incontrolable necesidad de pelear por una pequeña burla.

—¿Y tú? ¿No tienes amigos con los que pasar un viernes tarde siendo de aquí de toda la vida? —Eres gilipollas, Rodrigo. Gilipollas.

—La verdad es que no. —Sorprendentemente, no parece estar molesta—. Mi mejor amiga, Carmen, vive en Madrid. La mayoría de los amigos que tenía vivían en Madrid, que es donde yo he vivido casi veinte años. No era una niña sociable, así que lo más parecido que tengo a un amigo en Almería es mi vecino machista, las compañeras del pilates para embarazadas y la matrona y la fisio que nos las dan. —Da un bocado a la *pizza* y cierra los ojos—. Por favor que no me dé ardores, no quiero perder la única comida que me sienta bien.

Podría obviar lo que ha dicho y preguntarle por su estado de salud y esos ardores, pero… ¿Ha dicho que soy machista? ¿Por qué piensa

que soy machista? Respiro hondo.

—¿Estás teniendo muchos ardores a diario?

—Sí. ¿Algún consejo como comer patata cruda, tumbarme del lado izquierdo, no comer picantes o grasas…? Porque no funciona nada.

—No tengo ninguna idea, nunca tuvimos ese problema.

Ya no estoy enfadado, ahora vuelvo a estar triste y a recordar a Pilar como está ella ahora, con esa pátina y al día siguiente hecha un mar de lágrimas.

—Lo siento.

—No, no pasa nada, no puedes estar pendiente de mis fantasmas, por supuesto. Ni es tu responsabilidad ni somos tan amigos, aunque sea tu único amigo. Perdóname, tendría que ocuparme de tu malestar, pero ¿crees que soy un machista?

—Bueno… En la cena de homenaje dijiste que estabas buscando a alguna mujer que diera la aprobación a tus sábanas.

¿He dicho ya que soy gilipollas?

—Creo que no usé justo esas palabras. Y tienes razón, soy un machista, hice un comentario machista en respuesta a otro comentario machista porque soy un imbécil que no sabe salir de conversaciones machistas y perpetúa ciertos comportamientos y no se da ni cuenta. Intento no serlo, de verdad. Y al día siguiente de ese comentario de mierda me viste con Mar en la terraza. No me digas que me escuchaste decir que iba a protegerla de los peligros del barrio. —Me tapo la cara con las manos dejando los ojos algo libres para ver cómo asiente con la cabeza y un gesto levemente divertido dibujado en sus labios—. Nooo. Vale. Lo admito. La cosa no estaba fluyendo bien y cuando me pongo tenso tiro de clichés, de lo más primario que recuerdo. Así que me comporto como una especie de caballero que da grima y por eso Mar dejó de contestarme a los mensajes, supongo. Qué horror, Silvia, ¿y aun así me has invitado a cenar?

—Te he dicho que no tengo amigos. —Sonríe—. Me alegra ver que te avergüenzas. Así que Mar te gustaba de verdad.

—Tampoco tuve muchas oportunidades de conocerla, intenté quedar con ella un par de veces, tuvimos un par de conversaciones sobre el tiempo, le pregunté por playas y no se animó a llevarme.

—¿Y no usas una aplicación de citas?

—No las soporto. En Burgos lo intenté y la mayoría de la gente con la que te llevas bien de un día para otro te deja en visto. Me parece de muy mala educación. Mar nunca me hizo eso.

—Podrías intentarlo de nuevo, ser tan sincero como lo has sido conmigo. Eres un tío… —Se para un segundo para sonreír mirando al suelo, hay algo de rubor en su cara—. Eres muy seguro de ti mismo, con un encanto arrollador, me sorprende ver que te cueste establecer relaciones.

—No me cuesta establecerlas. ¿Tú has visto esto? —Sonrío señalándome a la cara—. Soy tan seguro como aparento. Luego pienso que todo es un fraude, apariencia, una sonrisa bonita y poco más, y me arrugo como una pasa. No sé por qué te cuento esto.

—Tranquilo, es mi superpoder.

Me hace sentir bien al instante, me tranquilizo en su presencia, además de parecer que voy puesto de suero de la verdad.

—¿Y cómo lo controlas?

—Soy sincera, hablo de mí misma sin cortapisas, así que la persona que tengo delante suele sentirse segura para abrirse conmigo. Y, bueno, que yo también soy consciente de esto. —Se señala la cara y bizquea a propósito poniendo una mueca que me hace reír como un idiota. Esto no me va a ayudar con mi pequeña, minúscula, obsesión.

Resulta que a Silvia le gustaba Clemente antes de conocerlo por su trabajo, pero no es la primera vez que trabaja con alguien a quien admira, aunque sí es la primera vez que establece una relación posterior.

Me hace hablar sin parar; averigua cuál es mi música favorita tocando algunas teclas, me habla brevemente de una entrevista que le hizo a James Hetfield y, después, me deja hablar más de una hora sobre lo que supuso Metallica en mi vida desde los doce o trece años.

Le hablo del Burgos de la época, de mis amigos de allí y de cómo los fuimos perdiendo a medida que ellos iban teniendo hijos mientras nosotros no podíamos. Le hablo de Pilar, de sus labios rojos

y su chupa de cuero, de cuánto nos quisimos, y ella nombra a Ismael brevemente.

Me planteo seriamente si ese superpoder es suyo o del pentotal sódico que me ha puesto en la *pizza*. Bromeo al respecto, y sale a colación hablar de novelas y películas de espías. Me sirve una ginebra con un zumo raro de kiwi y lima, que toma por las mañanas para lo suyo, y ella se bebe un vaso virgen mientras repasamos nuestras películas favoritas de James Bond y las cosas que cambiaron en la serie de Rita Perdón.

Al final nos quedamos callados. A mí me queda poco más de un dedo de la copa y ella ya ha terminado su zumo. Se balancea en el columpio, con una pierna colgando y la otra pegada al pecho, rodeando la incipiente barriga.

Ha sido una noche fantástica. Tenemos muchas cosas en común; parece que, en un rato, nos hemos hecho buenos amigos, y ha sido fácil.

Ahora solo tengo que dejar de mirarla como si fuera la Virgen María.

—Te estás quedando dormida, Mari.

—¿Mari?

—Sí, no me preguntes por qué, pero Mari. —Le sonrío y me devuelve el gesto con cariño, admitiendo el mote.

—La verdad es que me he quedado muy relajada, Cid.

—¡Ja! Buena esa, llamándome Rodrigo Díaz en Burgos no me lo habían dicho nunca. Tengo que decir que es una excelente pronunciación de la d.

—Si lo prefieres en almeriense te llamo *Cih*.

Me da la risa, quisiera levantarme y besarla en las mejillas, en la frente, me hace sentir muy bien estar con ella.

—Me gusta, parece que estuvieras afirmando en jerezano.

—Claro que *cih*.

Me desarma que sea divertida. No me lo esperaba, me va a costar mucho trabajo irme, pero tengo que hacerlo. Me levanto haciendo un terrible esfuerzo emocional y ella me sigue. Preveo que en poco tiempo no va a poder levantarse con tanta agilidad de ese columpio.

—Me lo he pasado muy bien —dice tocándome el hombro. ¿Sentirá que se me ha acelerado el corazón?

—Yo también. —Por pura inercia, me inclino un poco y ella me besa en la mejilla—. A la siguiente invito yo, pásame una lista de cosas que te sienten bien.

Asiente y, entonces, su mano —que se había aferrado a mi cintura durante el beso, sin que yo me diera cuenta— se va separando de mí poco a poco.

Deseo con todas mis fuerzas que no lo haga, pero ya está: muere todo contacto entre nosotros y yo vuelvo a casa encantado por haber pasado una noche estupenda… y un poco triste.

—Cyesolagnia.

—¿El qué? —digo dejando caer la pesa y haciéndome daño en el bíceps.

—Que eso se llama cyesolagnia, el deseo sexual por las embarazadas.

—¿Pero es que es una enfermedad? —Aprovecho para secarme la frente y mirar a Ibon. Cuando entreno se me suelta la boca y la única persona que usa el nuevo gimnasio de la empresa es el jefe de Recursos Humanos.

—No, solo es una filia.

—A mí no me atraen sexualmente las embarazadas, Ibon. ¿Tú eres psiquiatra o psicólogo?

—No, yo soy LADE como tú.

—Entonces, ¿esta gilipollez?

—Lo leí en un libro y es lo que te pasa con la hija de Miranda.

No es que yo pretenda ser amigo de Ibon, es que no me queda más remedio. Ojalá me hubiera tocado alguien menos *cuñao*, pero me ha tocado en gracia este treintañero guipuzcoano.

—Me gustó antes de saber que estaba embarazada, quizá no tanto, pero tengo un pasado. Y no siento deseo sexual porque esté embarazada. Como está embarazada, la adoro como se adora a la Virgen María, porque lo suyo es un milagro.

—Y además te la quieres follar.

—No, no, no. Bueno, sí, pero no porque esté embarazada, ahora ni siquiera es porque me atraiga físicamente.

—Entonces, ¿por qué iba a querer un tío follarse a una tía?

—¿Se puede ser más burro? Porque me gusta, me gusta de verdad, antes me atraía nada más y ahora me gusta.

—Porque está redonda como una sandía, cyesolagnia.

—No sé para qué te cuento nada.

—Porque soy el único que quiere venir a entrenar con el jefe y esto no se lo puedes contar a ella, que es la única persona con la que hablas. —Es gilipollas, pero también tiene razón—. Que yo estoy a favor de los fetiches, siempre que no impliquen violencia no consentida, pero ¿qué más te da? Si ella tiene novio. Por cierto… ¿Por qué estaba cenando sola y embarazada un viernes?

—Su novio trabaja fuera.

La conversación se apaga, pero yo sigo dándole vueltas. No tengo claro qué acuerdos tiene con Clemente, ayer dudó al llamarlo «novio».

Estoy pensando que puede que no esté todo perdido si ellos tienen una relación abierta. Es posible. Al final, él es un chico moderno, joven, que viaja mucho, que seguramente tiene opciones de estar con mucha gente… ¿No sería la pareja que más probabilidades tiene de ser abierta?

¿Cómo le pregunto a Silvia si son una pareja abierta sin parecer un rarito? Porque mi obsesión con una mujer embarazada ya parece lo suficientemente rara como para plantear esa pregunta. Una pregunta que, además, no tiene sentido, teniendo en cuenta que —si es cyesolagnia o como leches se llame eso— se me va a pasar en cuanto dé a luz.

De camino a casa se me mezcla la imagen de Silvia con su vestido largo de punto en la terraza, mordiéndose el labio, riendo, mirando al infinito, apoyada en el columpio. Es absurdo. Me siento como cuando tenía quince años y me colgué de María García López, de primero de bachillerato, y no podía hablar de otra cosa, ni pensar en otra cosa.

Soy un señor de cuarenta años que ha pasado por una serie de putadas en su vida, con una carrera y un puesto de bastante

responsabilidad, y no soy capaz de pensar en el trabajo que tengo que hacer mañana o en lo que me queda por hacer en casa. Solo hay una cosa ocupando mi cerebro: Silvia Miranda.

Silvia Miranda y sus ojos castaños que se vuelven verdosos al atardecer. Silvia Miranda y su sonrisa amplia y sincera. Silvia Miranda y su olor indeterminado, quizá a pentotal sódico.

—¡Cih!

Su voz dulce retumba entre las paredes del garaje. Podría dejar de sentir este cuelgue aplastante al verla con un moño alto del que se le escapan unos cuantos mechones de pelo, sin una gota de maquillaje, el pantalón de chándal y una camiseta ancha. Podría pasar por cualquier persona, una no embarazada. Y podría encontrarme con ella como con cualquier otra persona, sin embargo, se me acelera el corazón.

—¡Mari! ¿Dónde vas tan guapa? —Me sale así, noto cómo el rubor me alcanza la cara, abrasándome.

—Mira que eres tonto. —Me golpea el hombro haciendo ver que se toma mi comentario a broma, no pienso desmentirlo—. Vengo de hacer pilates. ¿Subes conmigo?

Asiento mientras la acompaño. Me va contando lo bien que le sienta el ejercicio y estar con otras mujeres que están pasando por lo mismo que ella. Y así estoy, prendado de esta mujer que está vestida como Chenoa aquel fatídico día que todos recordamos. Cuando se cierran las puertas del ascensor, separándonos, respiro y tengo el súbito presentimiento de que esto va a doler, porque la vida no me ha dolido lo suficiente.

Capítulo 10

LA CLARIDAD

Me miro en el espejo y me siento enorme. Recuerdo los embarazos de mi hermana y ella se ponía gigante desde el primer momento. Puede que me esté pasando lo mismo. Solo es barriga, pero diría que se me nota demasiado para estar de quince semanas, aunque quien no lo sepa todavía puede suponer que son gases.

Cojo la ropa más ancha que tengo y la meto en la maleta. Voy a preguntarle a Clemente qué tiempo hace en Roma, por si debería llevar algún abrigo, y al abrir el chat veo un mensaje nuevo: *Escribe en cuanto te subas al avión.*

Decido no volver a escribir y llevar un abrigo de paño, por si acaso. Aquí los días de otoño no terminan de llegar y todavía se puede ir por la calle en manga corta.

No tengo ganas de viajar. Me paso la mano por la incipiente barriga y bajo al garaje.

Mi coche está con el capó abierto, no me sorprende.

—¿Hace cuánto que no le miras el nivel al aceite?

—Desde la última vez que fui al pueblo, papá, como siempre, igual que las ruedas.

—Luego las miro, que llevas una floja.

—Estamos a diez minutos del aeropuerto, no es necesario.

—Claro que es necesario. Venga, sube.

Me pongo en el asiento del piloto y espero que esta vez no pise demasiado el freno fantasma, porque me cabrea y no hay cosa que me duela más que enfadarme con él.

—Cuando te vayas a vivir allí no se te vaya a ocurrir coger un coche de alquiler o un taxi, me llamas cada vez que vengas.

—¿Cuando me vaya a vivir a dónde?

—A Roma.

—¿Por qué me iba a ir yo a vivir a Roma?

—Para formar una familia, Silvia. —Me lo dice como si ya estuviera decidido, como si fuera lo lógico. Y la verdad es que Clemente y yo no hemos hablado del tema, pero yo lo tengo muy claro.

—No me pienso mudar. Volví de Madrid para no volver a irme, eso lo tengo claro, si tengo que viajar de vez en cuando, viajaré, pero no me voy a mudar.

—¿Eso lo sabe Clemente?

Me callo, porque creo que no lo sabe y espero que no haya sacado las mismas conclusiones que mi padre.

Nos despedimos con un gran abrazo. En cuanto me siento en el avión, informo a Clemente de que ya estoy en el avión para evitar problemas.

Reconozco a Oleg al instante, le saca una cabeza al resto de conductores que esperan en la puerta de llegadas. Me dedica una sonrisa cálida quitándome las maletas de las manos. Me dejo llevar hasta las puertas de Santa Cecilia.

Todo es diferente desde la última vez que estuve aquí. Clemente me recibe en la puerta con un abrazo cariñoso y un gran beso en los labios, está feliz y yo trato de contagiarme de su felicidad. Me lleva a rastras por la casa casi sin habernos saludado y abre una puerta al otro lado del piso, lejos de su habitación y el estudio. Todo tiene tonos neutros, la cuna tiene forma de moisés, los barrotes son curvados y tiene una filigrana a modo de móvil. Debe de ser de principios del siglo XX, modernista, como la mayoría de los muebles de la casa a juego con la mecedora que hay a su lado. Es tan preciosa como poco práctica, ni siquiera tiene apoyo para el colchón, es una cesta que le habrá costado un dineral y no sé qué decir, me limito a pasar los dedos por encima.

—¿Qué te parece? Es de finales del XIX.

—Es… muy bonita.

—No te gusta.

—Claro que me gusta —miento a medias. Sí me gusta, en un museo, no para colocar a un bebé en ella—, pero había pensado hacer colecho.

—¿El qué?

—Dormir con el bebé en la cama, favorece la lactancia.

—¿Eso no es peligroso? ¿No lo aplastaríamos?

—No, hay maneras de hacer colecho seguro sin problema. Igualmente… Es muy bonita y para el tiempo que vamos a estar aquí está bien.

Me mira pensando algo, oigo los engranajes de su cabeza y me da la sensación de que este es el pie de una conversación que todavía no hemos tenido y deberíamos tener, aunque quizá, antes del último concierto de su gira, no sea el momento.

—¿Qué te parece si hablamos del tema mañana? Cuando ya haya terminado la gira.

Asiente detenidamente, apretando la mandíbula. Yo sigo explorando la habitación. El armario es pequeño y tiene dos huecos a la vista donde hay peluches. Lo abro y está colmado de ropita de primera puesta blanca, conjuntos de hilo de camisa y ranita. Voy a intentar no enfadarme porque haya comprado ropa tan pronto y sin preguntar. Es un detalle que haya adecuado su casa al bebé y sería bastante estúpido por mi parte enfadarme, aunque me temo que tiene una idea equivocada sobre nuestro futuro.

—Puede que me haya precipitado.

Me abraza desde la espalda y me reconforta un poco. Los dos tocamos la pequeña redondez de mi barriga. Entiendo que todo esto nace de un cariño que no puede dar en persona y criticarlo no va a hacer más que producir dolor.

Me dirige con las manos para que me gire y nos besamos en los labios, me envuelve y me abraza con una ternura infinita y vuelvo a sentirme incómoda, igual que en Praga.

—Tengo otra sorpresa para ti.

Tira de mí y en la cocina están Giada, Cristina, Erica, Pippo y Riccò. Están teniendo una charla animada y escandalosa cuando llego, todos gritan mi nombre al verme aparecer y me colman de besos y abrazos. También me tocan la barriga y vuelvo a sentirme incómoda. Quizá sea eso, que no quiero que me toquen de esa manera, y no tiene que ver con que le esté cogiendo manía a Clemente.

Intento contestar a sus preguntas sin confundirme de idioma. Es sencillo, solo tengo que decir que estoy bien, que ya no me mareo tanto como antes y que todo va bien. Me siento un poco abrumada, no sé si preferiría un recibimiento más tranquilo, aunque todos son muy agradables. Esto no se parece nada a aquel día en Roma, donde estábamos casi todos juntos y yo me sentía integrada en el grupo, ahora casi me veo desde fuera, tensa.

—Ha sido una bonita sorpresa —le digo a Clemente intentando ser amable.

—Pero esta no es la sorpresa.

Alzo las cejas justo cuando suena el timbre. Giada sale de la cocina dando saltitos loca de contenta. Los demás se atribulan, me llevan al salón casi como si fueran un cuerpo de bailarines y yo la Carrá sobre ellos, la procesión de la Santa Preñada.

No sé dónde me llevan, ni cuáles son sus planes, simplemente me dejo llevar. El salón está a media luz, con una música relajante y una señora con una bata blanca espera junto al sofá y junto a ella un ecógrafo.

—¿Esto qué es? —pregunto en castellano, bastante más indignada de lo que pretendo y bastante menos indignada de lo que estoy.

—Es una ecografía —contesta Clemente visiblemente molesto.

—Sé lo que es un ecógrafo, Clemente, gracias.

—Quizá deberíamos dejarles un poco de intimidad —dice Riccò abriendo los brazos para dirigir a los demás fuera de la sala.

Allí nos quedamos Clemente, yo y lo que supongo que es una ginecóloga muy incómoda, a la que miro regular y procede a salir discretamente.

—No te entiendo, Silvia.

—¿Qué no entiendes? —Intento parecer calmada, pero no lo estoy.

—¿No quieres saber el sexo del bebé?

—La verdad es que me es bastante indiferente. Y a ti también te debe dar igual, porque te has encargado de comprar un montón de ropa neutra, cuando no he pasado ni de la semana veinticuatro.

Su rictus se torna de incredulidad total, pero no dice nada. Quizá esté pensando cual es el siguiente paso, qué es lo siguiente que tiene que decir, mientras que yo he soltado la bola que tenía desde que he atravesado el umbral de su casa.

—Perdona… —decimos los dos a la vez y aspiramos una risa.

—Empieza tú, que eres la que se ha puesto como una furia.

—Me he sentido un poco abrumada y no he sabido manejarlo tampoco…

—No te he dado oportunidad. Me he extralimitado. Resulta que el anticuario que me consigue todas las piezas de *art nouveau* me manda todo lo que le llega y, sin saber nada, me mandó la cuna. No me pude resistir y entré en un frenesí…

—Tu particular síndrome del nido.

—¿Me perdonas?

—Claro. ¿Y tú a mí?

—No tengo nada que perdonarte, disculpa, encima traer a todo el mundo… Me he pasado. Pippo me preguntó si vendrías, me dijo que la ginecóloga había hecho las ecos de sus hijos en casa para que la prensa no los viera entrar en una clínica… Y como yo estaba… —Me estrecha entre sus brazos—. Les diré que se vayan, estemos un rato solos y tranquilos.

—Vale, pero hagamos la ecografía. Total, no sabemos si podrás venir a la de la semana veinte, aunque el sexo de la criatura sea lo de menos.

—Te mueres por saberlo.

—Jamás lo admitiré en público.

Me besa la frente y después en los labios. Es increíble su inteligencia emocional y su manera de manejar las cosas, al menos cuando estamos juntos. Se encarga de dispersar a la patrulla de italianos gritones y vuelve con la ginecóloga. Reanuda la música suave y me recuesto en el sofá, de forma bastante similar a la de aquel día. Con la diferencia de que mi abultada barriga ya no está llena de carbonara.

Nos damos la mano y miramos la pantalla juntos, emocionados. Resulta ser una ecografía en movimiento de esas de doscientas dimensiones, es casi como tener una cámara dentro del vientre.

—¿Queréis saber o queréis que lo escriba en un papel para hacer un *gender reveal*?

—¡No, Dios! —exclamo.

Clemente se ríe y me mira con los ojos brillantes, le hace un gesto a la ginecóloga para que deje de guardar el secreto.

—*Bambino*.

—¿Estás segura? —pregunta Clemente, diría que con algo de decepción en su voz.

—Totalmente.

—Un niño, pues.

No sé cómo reaccionar, no había imaginado nada. Cuando pensaba en el bebé siempre era agénero y ahora empezaba a tener otra forma en mi cabeza.

Cuando me limpio el gel de la barriga, Clemente se acerca para besar a su pequeño *bambino*. Vuelve el rechazo, las ganas de apartarle, sin duda tiene que ser que no me gusta que me toquen la barriga, sin más.

—¿Puedo pensar un nombre ya o me estoy precipitando? —pregunta con ojos de cordero degollado.

—No pasa nada, yo siempre he tenido nombres pensados.

—¿Cuáles?

—No, ya no quiero usarlos, son los nombres que tenía pensados con Ismael, no me parece bien usarlos. —Aunque a Ismael le diera igual y sí haya usado precisamente el nombre de niño.

Sonríe con ilusión y se levanta de un brinco. Vuelve a moverse como si bailara, pero esta vez es algo moderno y lleno de energía. Se pasa todo el tiempo dando pequeños saltitos: mientras sirve la comida, mientras llamo a mis padres para darles la noticia, mientras comemos, mientras nos relajamos en el sofá, mientras paseamos por Roma para volver al restaurante donde me llevó el día que nos conocimos… Y, por supuesto, en cuanto le dice a su familia que viene un *bambino*.

Vuelven a gritar, a abrazarme, a besarme y a tocarme la barriga, pero ahora me importa bastante menos. De hecho, disfruto del cariño y de la cena.

Cuando caigo en la cama estoy agotada. Me duermo apenas mis mejillas tocan el algodón de las almohadas.

El día siguiente es totalmente distinto a Praga. Clemente se levanta temprano y se va, dejándome sola en la cama, a mis anchas.

Exploro el piso, revuelvo en su cocina para intentar desayunar algo sin cafeína y, a media mañana, salgo a pasear. Roma vuelve a ser ese lugar familiar, y me veo explorando lo más cercano al piso: hay más turistas y menos tiendas de barrio. Cuando hice la Erasmus, el Trastévere todavía era un lugar para vivir, en lugar de una zona plagada de turistas. Pero todo cambia, supongo, aunque aún hay estudiantes, sobre todo.

Ya no me resulta la zona acogedora que me parecía a los veinte años; posiblemente porque las necesidades de una casi cuarentona embarazada no sean las mismas que las de una joven adulta. No es tanto el cambio de Roma como el cambio de Silvia.

Encuentro una tiendecita de regalos donde hay ropa de bebé azul, con una vespa estampada, y me hace gracia. Decido que puede ser la primera pieza de color que entre en el armario. En cuanto cierro la puerta, orgullosa de mi pequeña sorpresa, oigo ruido en la cocina.

Descubro a Giada separando yemas.

—¿Ya es la hora de comer? —pregunto.

—Ah, sí, casi. Estoy preparando la carbonara que tanto te gustó.

No sé qué decir, están resultando ser unos días llenos de sorpresas con mucho cariño, pero muy desacertadas.

—Te lo agradezco Giada, pero la verdad es que… —El marmitako de Rodrigo se cruza por mi cabeza un segundo, el marmitako con melva. Mientras Giada me mira sin adivinar qué pasa—. No puedo comer Carbonara, el huevo se queda sin cocer del todo.

—¿Y qué problema hay con eso? La última vez te encantó.

—Claro que me encanta, pero estando embarazada no se puede comer huevo sin cocinar, por la salmonelosis.

—Los huevos que yo compro no tienen salmonelosis.

Intento no respirar hondo cansada del tema de las comidas, ni poner los ojos en blanco, ni contestarle que da igual los huevos que

compre, cualquiera tiene peligro y por eso hay que cocinarlo bien. Lo intento, pero no puedo, así que Giada tira las yemas al fregadero diciendo que siente no haberse dado cuenta y teniendo una expresión completamente opuesta a la comprensión de sus palabras.

—¿La pasta Alfredo tampoco? Porque los *tonnarelli* ya están cociendo.

—¿Parmesano?

—¡Claro!

—Sin problema.

No voy a ponerme a explicar qué quesos puedo comer y por qué unos pasteurizados no y otros sin pasteurizar sí. Ella sigue enfadada y yo estoy muy cansada del tema, tanto que ya ni me siento culpable. Aunque sea la primera vez que discuto esto con Giada.

Para rematar la mañana, comemos solas —una pasta Alfredo buenísima— en un ambiente terriblemente tenso. Giada no me deja ayudar con la cocina, seguramente porque ya no me quiere ver más, así que busco un espacio aislado donde sacar el portátil y trabajar.

Acabo sentada en el suelo, junto a la mesita de café. Giada me critica por lo bajo, como si yo no entendiera italiano, pero se ve que sentarse en el suelo es malísimo para los bebés…, mientras que comer huevos crudos es una chorrada. Me pongo los cascos con el *trap* de mis últimos entrevistados y me aíslo, tanto que termino el borrador del reportaje, para el que todavía tenía una semana más de plazo. Después, simplemente, me aburro.

Esto sería vivir en Roma: con un bebé, en un espacio en el que no tengo familia, y donde a todo el mundo le parece una chorrada lo que diga respecto a su salud. Claro que yo no voy a vivir en Roma.

Cuando Oleg llega a recogerme, ya he explorado todos los tipos de *outfit* que podría llevar, incluyendo algunas prendas del armario de Clemente. Al final llevo mi propia ropa y mi propio maquillaje.

Atardece en Roma cuando llegamos al estadio. Todo está en silencio; han debido de acabar ya las pruebas de sonido. Sigo a Oleg entre los andamios, me lleva a una zona elevada donde ya está Riccò. Nos saludamos de nuevo y no menciona que, hace unas horas, los he echado de la casa de Clemente.

Al poco aparecen Pippo, Erica y otros músicos italianos, algunos muy importantes. Aunque nada comparado con esa cantante americana, rubísima, altísima y acompañada de su prometido, de la misma talla que ella.

Me dan ganas de abordarla y pedirle una entrevista para la revista; acaba de terminar su segunda gira mundial y ha sido una absoluta sensación. Pero me contengo de lanzarme sobre ella, para procurar un acercamiento más tranquilo.

Comienza el concierto y el estadio vibra a nuestros pies. Él aparece con la energía de siempre. Es interesante ver cómo el estadio corea mientras que en este apartado VIP todos estamos más tranquilos. Hay un grupo de empresarios que parecen estar mirando la bolsa, con las cabezas muy juntas sobre un móvil. Riccò, Pippo y Erica charlan animadamente. Así permanezco el resto del concierto, sola observando cómo los demás disfrutan. Supongo que haber provocado que todos se fueran esta mañana hace que ahora mismo no sea la persona favorita de sus amigos. Me sorprende cuando la *popstar* se acerca a mí. Su acento americano es bastante marcado; aun así, nos entendemos.

—Ah, pero tú eres Silvia Miranda, ahora estás trabajando para…

—Exacto.

—Me encantó la entrevista que le hiciste a Clemente. Y las fotos también eran tuyas, ¿no?

—Sí, aunque normalmente no me ocupo de la fotografía.

—No solemos invitar a periodistas a estos espacios, supongo que tendríais muy buen rollo en la entrevista.

—Supongo.

Doña Rizos de Oro está intentando sonsacarme. Estoy acostumbrada a que lo hagan; a veces es simple estrategia para defenderse y otras —la mayoría— me dejo interrogar para ganarme su confianza, tal y como hice con Clemente.

Pero ese no es el contexto de esta conversación y empiezo a sentirme incómoda. ¿Qué voy a contestar a la gente que me pregunte por mi relación con Clemente? ¿Que soy su novia? Me resulta bastante ridículo ese concepto, a pesar de que sí estamos juntos y además voy a ser la madre de su hijo. Nuestro *bambino*.

Mientras intento evadir la conversación, Clemente empieza a hablar sobre el escenario:

—La siguiente canción no la conocéis. —Todos nos giramos para ver qué viene a continuación—. Empecé a escribirla unos meses atrás y, como mi relación con la persona que la inspiró, ha ido creciendo muy poco a poco. He tardado mucho en terminarla y espero que os guste, especialmente a ella.

Los amigos italianos de Clemente me miran con cara de suficiencia, como si ellos supieran algo, y yo noto que mis mejillas arden. Las primeras notas de ukelele suenan y reconozco la melodía a la que Clemente le estuvo dando vueltas aquella primera vez. Su voz rasgada resuena por todo el estadio, cantando algo sobre pieles suaves, pantalones cortos y amor.

Entonces, toda esa incomodidad que he sentido las últimas veces estando con él se me agolpa en el pecho, quitando todo el espacio al aire de mis pulmones. Trato de respirar a la vez por la nariz y por la boca, y noto que no cojo el suficiente aire.

Sé hacia dónde va esto. Ya tengo una edad. Así que me aparto del resto y busco un asiento para respirar hondo.

Los empresarios siguen a lo suyo, los italianos me miran extrañados, y me encuentro con la *popstar* acariciándome la espalda con cuidado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, creo que sí, solo necesitaba sentarme.

—Entiendo. —Me dedica una sonrisa de belleza sureña mientras coge un vaso de agua de las manos de su prometido.

Me ofrece la bebida y yo la acepto intentando centrarme en respirar, sin querer observar al resto de la gente que me rodea. Me tengo que recomponer por mí y por Bambino.

—Quizá deberías hablarlo con él —me dice finalmente mi rubia cuidadora.

—Es posible que tengas razón. Por favor…

—Soy una tumba.

Sonríe con tanta amplitud que sus ojos casi se cierran del todo, parece un hada del bosque, debe de ser una anomalía que exista alguien tan perfecto.

El concierto acaba poco después de mi pequeña crisis, y en nuestro espacio VIP se genera algo de revuelo, pero yo no me muevo. Empiezan los vítores y los gritos, aunque todavía no sé por qué, hasta que la nube de gente se dispersa. Allí está Clemente, todavía sudoroso y con visibles signos de estar agotado. Creía que cuando acababa un concierto necesitaba aislarse. Me mira con tanta ternura desde la otra punta de la habitación que casi prefiero comerme el episodio que acabo de vivir y enterrarlo muy al fondo, dejarme cuidar e ignorar todo lo que me pasa por la cabeza, pero Riccò se acerca a su oído y su mirada cambia a preocupación. Ignora a todos los demás y viene a mi lado.

—¿Estás bien? Dice Riccò que te has mareado un poco cuando estaba tocando la canción con el ukelele. Te prometo que no te he robado el tuyo, me he comprado el mío.

Los dos sonreímos.

—No ha sido un mareo, pero creo que no es el momento de hablarlo. Deberías atender a tus invitados, habrá tiempo de todo.

Le beso en la mejilla y él se detiene a observarme un segundo antes de hacerme caso y volver a la reunión que bulle allí.

Después de unos minutos que se me hacen eternos vuelve conmigo, me coge de la mano y no me suelta ni para entrar en el coche, pero no hablamos. El camino es, casi por completo, por el *lungotevere*, la cabeza me da vueltas y solo soy capaz de anclarla cuando pasamos por delante del puente y el castillo de Sant'Angelo. La luz anaranjada que lo ilumina me trae de vuelta y desconecto de mis pensamientos, al menos hasta que estemos solos y la conversación sea inevitable.

Capítulo 11

STALKER

Clemente relata algo en italiano y creo entender que nos va a dedicar una canción nueva que habla de un nuevo amor. Evidentemente debe referirse a ella. Me alegro de que alguien la quiera de esa manera.

—Vaya moñas, ¿no? —me dice Ibon al oído.

Miro a la chica sobre la que tiene el brazo que mira a Clemente con absoluta adoración mientras empieza a acariciar las cuerdas del ukelele. ¿En qué momento este tipo me dijo que le habían propuesto una cita doble en un concierto y yo dije que sí? Antes de darme cuenta, estaba en un avión de camino a Roma. A Roma precisamente, al concierto de Clemente Bassani, mientras le canta una canción a la mujer más hermosa del mundo. La balada sigue sonando y maldigo mi tiempo viviendo en Roma y mi empeño por relacionarme con mis vecinos en italiano. Entiendo a Clemente como si sus palabras fueran las mías. La chica a la que acompaño me mira embelesada y yo no puedo más que dedicarle una sonrisa incómoda. La pobre, le surge el plan más de anuncio de cervezas veraniego que existe y tiene la mala suerte de caer conmigo.

Me pregunto si Silvia estará aquí. En todo caso, el concierto ha terminado y Roma es una ciudad enorme, no vamos a coincidir, si es que está aquí.

—Vamos a la *piazza* Trilussa —propone Ibon, que rodea a su chica por la cintura.

—Claro que sí, a que nos roben las carteras.

—No hombre, si en Roma no hay gentuza, ahí la gente canta y baila hasta entrada la madrugada. Y hoy, que hay concierto, seguro que está a reventar.

—Mucho más sencillo para los carteristas.

—Eres un aguafiestas.

—No. Vamos, venga…

Antes de terminar la frase, Ibon ya está abriendo la puerta de un taxi, milagrosamente. Este pavo consigue todo lo que quiere en el momento sin problema. ¿Que dos chicas por una aplicación le dicen que tienen dos entradas de sobra para ver un concierto? A los treinta segundos ya tiene dos billetes de avión y un acompañante para formar el plan de ligue perfecto.

Me toca sentarme delante, agarrado a la manilla superior como si fuera una anciana, solo me falta el bolso, no puedo soltarme porque este taxista nos va a matar. Nos advierte en un macarrónico español que cuidado con los carteristas y yo aprovecho para levantarle una ceja a Ibon, mientras paga la tarifa.

—No le estás haciendo ni caso a tu chica —me dice dejando a nuestras acompañantes delante, internándose en el follón de la plaza.

—Igual ha sido una mala idea y yo no tengo el ánimo de ligoteo.

—Tienes que olvidar a la hija de Miranda, está embarazada de otro. —De otro que le ha compuesto una canción preciosa—. Y tu chica es estupenda, habla con ella un poco, por lo menos.

Ella se gira sobre su hombro para mirarme, verdaderamente es guapa y casi no hemos tenido ocasión de hablar. Debería olvidarme de Silvia y no pensar que ella es una chica moderna que quizá no crea en la monogamia.

Por supuesto, en cuanto llegamos, alguien empieza a cantar *Sarà perche ti amo*, y deja de importarme que me vayan a robar la cartera los chicos que me han estado mirando mientras entrábamos en la plaza. Los cuatro empezamos a cantar a voz en grito, igual que el resto de la gente. Tengo que salir más con Ibon, todo le sale bien al cabrón, es El Suertes.

Nieves, que así se llama mi acompañante, me coge de la mano y nos hacemos girar mutuamente. Me da la risa, es absurdo sentirse tan feliz de repente. Antes de marearnos, la abrazo y sigo cantando con ella pegada al pecho. Ella alza la cara y yo leo las señales y la beso sin más, imbuido por el ambiente, hasta que la plaza estalla en aplausos.

—Vámonos —grito.

—¿Por qué? —dice Ibon.

—Porque quiero una cerveza.

No pienso discutir, tiro de la mano de Nieves y espero que mi amigo El Suertes me siga con su chica.

—Estas calles son iguales que las Cuatro Calles —dice Nieves.

—Bueno…

—¿Qué no? Con un poco más de encanto, quizá. —Sonríe mirando al suelo, es realmente adorable.

Oímos ruido de gentío y giramos la esquina, nos encontramos otra plaza llena de gente, estos beben en grupos delante de un *pub*.

—¿Ves? Plaza Masnou.

Me da la risa, creo que me falta contexto almeriense, pero que haga esas conexiones me hace bastante gracia, creo que sigo intoxicado por Ricchi e Poveri.

—Pues mi plan era tomar algo aquí, en San Calisto, pero está hasta la bandera.

—¿Aquello es un elefante? —me pregunta Ibon.

—Hostia puta.

Los dos nos sonreímos. Tiramos de las chicas hasta el bar con el elefante. Es una taberna con asientos de madera, barriles y un montón de variedades de la misma marca de cerveza. Nuestra cerveza favorita. Pedimos variedades que no habíamos probado y la acompañante de Ibon se anima con la cerveza y Nieves pide el coctel más peligroso que se me ocurre: *limoncello spritz*, sabe a Fanta de limón con dolor de cabeza.

Mientras probamos de los vasos de todos, las chicas abren mucho los ojos y Nieves emite un grito silencioso que solo pueden oír los insectos y yo.

—¿Qué pasa?

Alarga el dedo y señala sin dejar de mirar a un punto fijo. Ese punto fijo es Clemente Bassani, que acaba de entrar con un séquito de personas, entre ellas Silvia. Silvia Miranda con su cabello castaño, con aspecto de cansada y de estar algo triste. Debería… Antes de levantarme para ir a saludarla, ella me ve y sonríe, sonríe tanto que se me olvidan Ricchi e Poveri, el *limoncello spritz* y los labios de Nieves.

—¿Qué haces tú aquí?

Se abalanza sobre mí para abrazarme, y yo la estrecho y le huelo el pelo. Qué manera de joderle la noche a la pobre Nieves, y Silvia sin saberlo.

—Bueno, ¿y tú? —Estoy sin palabras y creo que Clemente también. Aunque se repone y me estrecha la mano con fuerza, quizá con demasiada fuerza. Es posible que él sí crea en la monogamia.

—Se ve que les gusta mucho este sitio y estamos al lado de su casa.

—¿The Neighbor? —interviene Clemente.

—Sí.

—¿Ibon?

—¡Miranda Junior! ¡Qué sorpresa! ¿Conoces a Bassani?

El foco de Clemente cambia a Ibon inmediatamente y parece que se relaja un poco, aunque no demasiado.

—*Lei è la mia ragazza* —contesta Clemente a Ibon a la defensiva.

Ibon no debe de haber entendido porque le mira como las vacas miran a los trenes mientras nuestras acompañantes están flipando como si hubiera tomado ácido lisérgico. Esto es absurdo, quien esté escribiendo este capítulo de mi vida sí que debe de estar flipando fuerte.

Silvia le dice algo en italiano a Clemente que no entiendo porque estoy oxidado, pero suena a «vamos a sentarnos», y él le hace caso.

—En algún momento me tenéis que contar qué coño hacéis vosotros dos en Roma hoy.

—¿No nos vas a contar tú qué haces con Clemente Bassani? —Ibon el Discreto, su otro superpoder.

—Pero si te ha dicho que es su novia —interfiere Nieves.

—¿Cómo? ¿Qué? Pero si tú me dijiste que… —Me señala—. Entonces, ¿él es…? —Señala la barriga de Silvia y yo le voy a cortar el puto dedo—. Claro, claro, claro.

Silvia pone mala cara y sigue al séquito de Clemente para sentarse lejos de nosotros.

—Te voy a matar.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque ahora ella sabe que hablo de ella contigo.

—Ya no te vuelve a invitar a *pizza* estando embarazada del cantante italiano más famoso desde Nek.

—¿Quién es Nek? —pregunta la acompañante de Ibon, de la que ya no recuerdo el nombre.

—¿Está embarazada de Clemente? —pregunta Nieves.

Me va a dar un ataque. Primero voy a matar a Ibon y luego voy a sufrir un ataque de ansiedad.

—No —le digo tajante a Nieves a ver si lo pilla.

—Vale. Ibon se imagina cosas, entendido. Ella te gusta mucho. —Joder, es directa, en otras circunstancias me gustaría muchísimo.

—Desgraciadamente. Porque está con ese cantante italiano.

—Pero ¿quién es Nek? —pregunta de nuevo la otra chica.

—Nena, estás en la parra, aquel de allí que va con ellos, el de *Laura no está*.

—Espera. ¿Está con ellos Nek y nadie me ha dicho nada?

—Sois tal para cual, casaos —zanja Nieves la conversación de besugos.

Se me escapa la risa. Ella me mira con comprensión, la situación ha quedado clara, a pesar de lo surrealista del momento. Ibon y su chica tontean hablando de Nek, de Laura (Pausini) y otros cantantes italianos.

—También soy una magnifica amiga, si no te encuentras en el momento de otra cosa. No pasa nada. Este plan ha sido muy loco y tampoco iba buscando nada.

—Ha sido muy loco todo, ¿no?

—Le decía a Toñi que nos ibais a matar en cualquier esquina romana, ¿quién se fía de alguien que le dice por una aplicación que se apunta a un concierto en Roma con tres días de margen? Pero bueno, ya has visto que no es especialmente lista.

—Tú estás aquí también.

—No iba a dejar que la matarais sola. Además, soy fan de Clemente Bassani, pasaba de perderme el concierto. Todo esto es culpa de las dos amigas que se rajaron.

—No tengo clara esa historia. ¿Tenían los vuelos y las entradas y no vinieron?

—Las otras dos son pareja y nosotras les regalamos las entradas por el cumpleaños de una de ellas, solo tenían que pagarse el vuelo. Ya sabes, primero las entradas y luego ver qué vuelo sale mejor, nuestra idea era pegarnos unas vacaciones en Roma como cuadrara, pero a la cumpleañera se le fue complicado y los vuelos eran cada vez más caros. Total, que el regalo acabó siendo una trampa mortal y nos comimos las entradas. Esta estaba aburrida y vio a Ibon, hicieron *match* y me dijo: «Le voy a decir que busque un amigo que se venga a Roma, tiene pinta de tener pelas y tú estás muy sola». Y aquí estoy, con el tío que está colgado por la novia de Clemente Bassani. —Se encoge de hombros.

Dudo si volver a besarla, si cogerle la mano, si reírme, si llevármela lejos e intentar olvidarme de que estoy oyendo de fondo la voz de Silvia.

—Me jode un poco estar distraído porque eres totalmente mi tipo. —Nieves también tiene una sonrisa luminosa.

—Bueno, Laura no está… ¿Te acuerdas del argumento? Olvidarse de Laura estando con otra y pidiéndole disculpas.

—¿No es un poco feo?

—Estoy en Roma, acabo de ver un concierto genial, hemos podido coger un taxi y no hemos muerto en el trayecto, hemos cantado en la calle, estoy con un tipo simpático, sincero y guapo a rabiar. Me importa bastante poco que estés colgado por una chica con la que no pareces tener opciones. Al menos él no parece estar por la labor de abrir esa relación.

—No, ¿verdad?

Arruga la nariz y sonríe. Qué lástima tener la cabeza en otro sitio, un sitio lejano e imposible de llegar.

—Vámonos —sentencio.

—¿Al hotel?

—A la plaza de Santa María en Trastévere.

—¿Y eso?

—Eso es que hoy te voy a empezar besando en románico y voy a acabar besándote en barroco. —Siempre se me ocurren las peores frases en los mejores momentos.

—No deberías decirle eso a alguien que ha estudiado Historia del Arte.

—Vaya. Entonces, ¿no has entendido que voy a ir añadiendo detalles hasta que no quede hueco sin beso o atenciones?

—Uuuh. *Horror vacui* sexual. Bien jugado.

Me despido deprisa de mis acompañantes y miro atrás. Quizá sea un error, pero Silvia me está mirando. Le digo adiós con la mano y ella me responde de la misma manera, sin sonrisa, parece muy cansada y muy triste. Me obligo a centrarme en Nieves. La rodeo con el brazo y me pego a ella. En Roma hace más frío que en Almería, aunque la noche es agradable.

La fachada de Santa María en Trastévere, con su mosaico dorado, nos encuentra por el camino.

Nieves respira algo agitada, no sé si la he traído corriendo o es un stendhalazo de campeonato. Por cómo mira la fachada, diría que es lo segundo.

—Es impresionante, el pórtico es barroco.

—Y la torre y la fachada posterior, románico.

—¿Tú no eras LADE?

—¿Y tú has estudiado Historia del Arte?

—Solo una asignatura, anual.

He desaparecido para ella, se puede oír su cabeza repasando todos los datos que conoce mientras sus ojos verdes recorren toda la fachada.

—Ahora eres tú la que está distraída. Cuando vayamos a Villa Borghese, qué va a ser de mí.

—Ha cantado Bernini, mi punto flaco.

Ahora sí me mira, con una sonrisa juguetona que me desmonta. La atraigo hacía mí y la beso, despacio y sencillo. La Silvia que vive al fondo de mi cabeza, con su vestido blanco, está ahí, distrayéndome, pero no me voy a dejar. Tengo delante a una mujer fantástica que merece toda mi atención.

Capítulo 12

LA HONESTIDAD

Rodrigo me saluda con la mano y sale del *pub* rodeando a su conquista con el brazo. Hacen buena pareja, ella ha estado sonriéndole todo el tiempo, solo ha mirado en nuestra dirección un par de veces. No me extraña que Rodrigo distraiga a alguien de mirar a un cantante famoso. Clemente está allí, bebiendo, charlando y con su mano en mi muslo, como si me fuera a escapar. Si no le hubiera soltado a Ibon que soy su novia quizá no me molestara el gesto, pero lo ha dicho. Mi incomodidad sigue ahí, más arraigada que nunca. No sé cuándo vamos a volver a casa, pero espero que pronto. Se suponía que Clemente acababa medio muerto de los conciertos y no podía ver a nadie ni hacer nada más que acostarse. Sin embargo, la charla con sus amigos parece interminable, mientras que yo rezo por llegar a la cama.

—Estás muy callada. ¿Qué te pasa? —me pregunta.

—Estoy agotada.

—Yo también estoy cansado, nos vamos ya.

Me besa en la frente con cariño. Una de cal y otra de ser emocionalmente responsable, así es Clemente.

Emprendemos el camino a casa a pie, se tarda lo mismo que en coche y así disfrutamos del barrio nocturno. Ya no hay demasiada gente y Clemente no tiene que parar a cada rato, así que el trayecto parece agradable.

—Que sorpresa que estuviera aquí tu vecino.

—La verdad es que sí, mi vecino y otro compañero de la empresa.

—Es verdad, que tú llevas la revista corporativa, se me había olvidado, así que hablas bastante con él.

—Bueno, hablo con él porque es mi vecino. Y por la revista alguna vez.

—Le has saludado como si fuerais íntimos.

—Creo que nos hemos hecho amigos en los últimos meses, pero no diría que seamos íntimos. —No quiero darle explicaciones y se las estoy dando.

—No lo parecía, tal y como le has abrazado y él te ha olido el pelo.

—Clemente, no te pega nada insinuar según qué cosas.

—¿No me pega? Supongo que como soy muy moderno y me gusta llevar falda en los conciertos no me puede mosquear que mi novia abrace de esa manera a otros tíos.

—Para empezar, nos hemos visto, desde aquella primera vez —saco los dedos y cuento: Roma, París, España, Praga, y ahora Roma —, cuatro veces. Estuvimos de acuerdo en ver hacia dónde nos llevaba esto teniendo en cuenta que nos gustábamos mucho y vamos a tener un hijo juntos.

—¿Me estás diciendo que no eres mi novia?

Se para y yo camino un par de pasos más, me giro para continuar con la conversación.

—Te estoy diciendo que no lo hemos hablado y que, teniendo en cuenta cómo va esta conversación, me inclino por no serlo.

—¿En serio me estás diciendo esto después de haberte dedicado una canción sincera y de amor delante de toda Roma?

—¿Te debo algo? —Esta no es la conversación civilizada que deberíamos tener, mucho menos en la calle.

—No. No me debes nada, tienes razón.

Aprieta la mandíbula y reanuda el paso. Entre nosotros se instala un tenso silencio que dura un par de calles.

—Estoy enamorado de ti, por si no ha quedado claro.

Reflexiono un segundo qué va a ser lo siguiente que diga, porque no quiero herirle, pero tampoco quiero hacer las cosas porque sea hacia donde me lleva la inercia del momento.

—Ha quedado claro delante de miles de personas. —Suspiro—. Creo que esperas una respuesta de mí que todavía no te puedo dar.

—Si no me la puedes dar ahora seguramente no me la puedas dar nunca.

—No lo sé. Estamos muy bien juntos, nos entendemos, encajamos y vamos a tener un hijo juntos. —Me encojo de hombros.

—¿Quieres decir que, teniendo ya todo eso, no estás enamorada de mí, pero que esperas estarlo?

—No lo sé. —Me siento estúpida, parece que hubiera estado jugando con él cuando no era mi intención.

—¿Te ha pasado alguna vez? ¿Alguna vez has conocido a alguien que te gustara mucho y no ocupara desde el principio ese espacio en tu cabeza?

—Sí, claro.

—¿Y después llegó a ocuparlo? —Me muerdo los labios, no contesto, la respuesta es un «no» tan rotundo que solo causaría dolor—. Dime una cosa, Silvia, desde que nos conocimos en Roma hasta que viniste a darme la noticia a París, ¿cuánto pensaste en mí?

—No sé, de vez en cuando. —Estoy siendo demasiado sincera—. Aquello no iba a pasar nunca más, fue una noche fantástica que había asumido que no se repetiría, no tenía derecho a fantasear con una relación contigo.

—El amor es algo más visceral, ¿no crees? Yo reaccioné fatal a la noticia porque no me la esperaba, pero después pensé que era fantástico, que la vida me unía a esa persona que no me había conseguido quitar de la cabeza ni un minuto, que… No creo en Dios, pero ha sido tan… Pensaba que algo más allá de mí me daba la oportunidad de no dejar pasar aquello que sentía. —Se le empañan los ojos y yo quisiera abrazarle, acunarle, consolarle, pero lo que él necesita de mí no se lo puedo dar.

Entramos en casa y el silencio de los muros de piedra pesa entre nosotros. No sé hacia donde ir, ni si la conversación continuará, así que sigo mis instintos de preñada y primero hago pis y después bebo agua. Moverme por necesidades fisiológicas es un alivio para este tipo de situaciones. Cuando salgo de la cocina, él sigue de pie en medio del salón; se le nota el cansancio en la piel.

—Creo que hoy he forzado de más. Debería irme a la cama —dice mirando al suelo—. Creo que lo mejor es que hoy te quedes en la habitación de invitados y mañana seguiremos hablando. Déjame tener esta conversación estando más despejado sin… —Hace un gesto con las manos que no termino de entender.

—¿Has tomado algo, Clemente?

Sus ojos destilan culpabilidad, sin duda, hay algo en su torrente que no debería estar ahí y yo no me he dado ni cuenta. Abro la boca para decirle algo, no sé muy bien qué.

—Ha sido una estupidez, ha sido un día muy intenso, quería celebrar el final de la gira y creo que esto no lo puedo volver a hacer, nunca más. Lo tengo claro. Perdóname.

Se acerca a mí y me besa en la mejilla cogiéndome de la cintura. Está blandito, arrepentido, así que decido olvidar lo que me acaba de decir y meterme en la habitación de invitados a intentar conciliar el sueño.

Silvia Miranda. 02:25
¿Me vas a contar qué hacéis en Roma?

Cih. 02:26

¿Qué haces despierta, Mari?

Silvia Miranda. 02:26
No puedo dormir. Cuéntame por qué nos hemos encontrado en el Trastévere, a ver si me da sueño, por favor. Salvo que estés ocupado con tu chica, la que sabe mis secretos.

Cih. 02:27

Lo siento mucho. Ibon es mi único amigo en Almería, después de ti, se me escapó, supongo. Y él es el euskaldún más bocazas de la historia.

Silvia Miranda. 02:27
No pasa nada, empieza a notarse y dudo que, después de lo de esta noche, mañana no esté mi cara en toda la prensa, al menos en la italiana.

Cih. 02:28

Ha sido una canción preciosa. Supongo que te habrá encantado.

Silvia Miranda está escribiendo…

Silvia Miranda. 02:33
Cuéntame tu historia, por favor.

Cih. 02:34

Ibon quedó con la otra chica, Toñi, creo que se llama, a través de una aplicación. Ellas tenían dos entradas de sobra y nos propusieron un plan de emergencia para ir a un concierto en Roma, ni idea de que era un concierto de Bassani. Eso es todo.

Silvia Miranda. 02:35
Una cita doble muy elaborada, casi de cuento. ¿Ha salido bien?

Cih está escribiendo…

Cih. 02:37

Es tarde, Mari. Deberíamos dormir los dos… Los tres.

Silvia Miranda. 02:38
No paras de cuidarnos, ¿eh? A mí y a Bambino. Buenas noches, Cih.

Cih. 02:38

¿Bambino? ¿Sí? Ay… Buenas noches, Mari.

Por la mañana me encuentro a Clemente con un pantalón de satén y un kimono abierto a juego. Bebe sorbos pequeños de su *macchiato* mirando por la ventana de la cocina, hacia el Trastévere. Esto no puede ser, ha quedado claro, pero sigue siendo jodidamente sexi, a pesar de que parece la ropa de Hugh Herfner, quizá estuviera abierto a tener una relación no monógama, aunque los celos de la noche anterior me invitan a no iniciar esa conversación.

—Silvia, déjame preguntarte una cosa antes de continuar con la conversación de anoche. Aunque creo que está bastante claro que nuestro plan de pareja no va a ninguna parte. —Se gira para mirarme como si fuera posible tener una conversación seria y civilizada vestido así—. ¿Has tenido en algún momento la intención de mudarte a Roma?

—La verdad es que no. ¿Tú idea era que me mudara a Roma?

En su cara se dibuja una sonrisa de medio lado amarga.

—Quizá tendríamos que haber dejado algunas cosas claras en París, pero estábamos ocupados comiéndonos vivos. ¿Hay alguna opción de que te mudes a Roma, aunque no estemos juntos?

Busco por la cocina algo que llevarme a la boca y él se da cuenta al instante. Me saca leche, cacao y un *cornetto* de pistacho. Debo de ser gilipollas. Del todo. Me preparo el desayuno buscando tiempo para contestarle.

—Lo cierto es que no. Me mudé de Madrid a Almería para estar con mi padre. No te lo he contado, pero él estuvo muy enfermo hace algún tiempo y pasó por una operación complicada de la que casi no sale. Ahora está bien, pero es un parche.

—He visto la relación que tenéis, es la que me gustaría tener con Bambino, y me gustaría mucho tenerle cerca todo el tiempo. Entiendo que tú quieras estar con tu padre, pero… ¿Ellos vendrían aquí?

—¿Cómo? Mis padres no tienen…

—Yo me ocuparía de todo. Absolutamente de todo. Ya lo había pensado, pero después de tu reacción con la habitación de Bambino, creo que es mejor hablarlo. Es lo que quiero hacer a partir de ahora.

Se acerca a mí y me coge las manos. Soy absolutamente imbécil. Acabo de decirle a este señor guapísimo, maduro y con una inteligencia emocional del carajo, que no le quiero y está siendo maravilloso. ¿Qué cojones me pasa?

—¿Qué es lo que quieres hacer a partir de ahora?

—Hablarlo absolutamente todo, antes de que haya un conflicto. Tenías razón anoche, los términos de nuestra relación nunca estuvieron claros, yo no sé qué tipo de pareja quieres establecer, di por hecho que eras monógama porque habías tenido una pareja con

la que habías intentado tener hijos. Y yo no podría aceptar una relación abierta, me gustaría, pero no estoy preparado para eso. Y quiero ser claro. Quiero estar con vosotros el máximo tiempo posible y voy a comprar una casa, para ti, para Bambino y tus padres.

—Mis padres no se van a venir a vivir a Roma. Allí tienen sus médicos, mis hermanos y los sobrinos. Además, son animales de costumbres.

—¿Qué propones?

Le doy un sorbo al cacao porque no tengo ni idea de cómo abordar esto.

—Bueno, los tres primeros años, antes de escolarizarle, es sencillo: podemos pasar aquí bastante tiempo, aunque no todo. Al menos el primer año y los primeros meses.

—El primer año yo me iré a Almería. Ya está hablado con Lidia, me cogeré un año para cuidaros y estar con vosotros, que tú te recuperes bien. ¿Qué haremos cuando vaya al colegio? A mí me gustaría que se educara en Italia.

—No me importa que se eduque en Italia, la verdad, pero creo que la primaria debería hacerla en España, en casa con su madre. Podemos venir todas las vacaciones, todo el verano.

—En verano hay giras.

Se pasa las manos por el pelo y resopla, quizá creía que esta conversación tan directa y tan incómoda sería fácil.

—Clemente, seguramente, con tu trabajo, aunque estuviéramos juntos te sería muy difícil estar con Bambino en algunos periodos. —Asiente—. Me parece estupendo que quieras tomarte un año entero para estar con él. Esto es una pasada. Es una pasada estar teniendo esta conversación después de lo de anoche.

—Me está doliendo muchísimo, no te creas.

Me siento a su lado y le cojo la mano.

—Dejemos que vaya creciendo, ¿de acuerdo? Podemos ir estableciendo términos a medida que se haga mayor. Tenemos claro el primer año. Después veremos si nos conviene que yo tenga una casa aquí para pasar algunos periodos. Agradezco que entiendas por qué no me voy a mudar a Roma.

—Ojalá yo hubiera tenido un padre como el tuyo, claro que lo entiendo. Ojalá pudiera ser de vuestra familia.

—Clemente, eres de nuestra familia ya. No hace falta que nosotros estemos juntos.

Me coge la mano y la besa. Una lágrima tímida se le escapa y rueda por su mejilla, se la enjugo con el pulgar y respiro hondo.

—Y, por Dios, vístete, no puedo darte lo que quieres de mí, pero no soy de piedra.

Emite una carcajada amarga y se inclina sobre mí para besarme, no puedo resistirme a hundirme en el beso y notar cómo mi sangre hierve.

—Hay que ser consecuentes con nuestras elecciones, Sil.

Me besa en la mejilla sabiendo que me deja deseosa, al menos se puede vengar de mis sentimientos. Soy total y absolutamente gilipollas.

Mientras recojo mis cosas, recuerdo la incomodidad que había sentido con él las últimas veces y cómo ese sentimiento se ha esfumado por completo. Quedamos en hacer una videollamada el día de la ecografía de las veinte semanas, ya que él no puede volar a España, sus fechas empiezan a ser un poco estrictas para poder tener listo el siguiente álbum antes de que nazca Bambino. Nos abrazamos y nos besamos en las mejillas, noto su dolor, pero creo que él nota mi alivio. Nos despedimos delante de Santa Cecilia y oigo un par de clics que me resultan familiares.

Al llegar a España, tengo en el buzón un par de correos electrónicos del servicio de publicidad de la revista y las directrices de Lidia Murolo para tratar el tema de nuestra relación y nuestra ruptura. Así como cincuenta mensajes de Carmen con distintas portadas de revistas y un par de tiktoks de salseo en los que hablan de la mujer misteriosa que acompañaba a Clemente Bassani por el Trastévere. Ella no parece muy contenta de que él le haya dedicado una canción de amor sincero en directo. Las instrucciones son claras, no decir ni una palabra. Por parte de la revista solo me preguntan si hay un conflicto de intereses, tráfico de influencias y, por último, si

yo me encuentro bien. Carmen sigue mandándome mensajes sin dar opción a contestar sobre cómo está capeando el temporal por mí.

—Tú tienes que ser feliz independientemente de mí, hija.

—Papá, solo te estoy contando lo que ha pasado, no ha tenido nada que ver contigo, mis decisiones están más que tomadas. Rondo los cuarenta, creo que ya tengo una idea de cómo se hace esto de la adultez. —No me gusta mentirle a mi padre, pero esta vez es necesario.

—No lo sé yo, lo vas a saber tú. ¿Cómo se va a llamar? —Me pasa la mano áspera y ancha por la barriga.

—No lo hemos hablado, por ahora lo llamamos Bambino.

—No hay prisa. —Sonríe ampliamente con todos sus dientes falsos y me coge del mentón con el índice y el pulgar—. Te quiero muchísimo, hija, solo quiero que seas feliz.

—Estoy bastante cerca, papá.

—Así me puedo morir tranquilo.

—¡Ay! Calla.

Le estrecho entre mis brazos como si se fuera a desvanecer en cualquier momento, como si hubiera otra Silvia, en otra parte, que le perdió en aquella operación y le abrazo por las dos, solo porque puedo.

Paso algunos días aislada en casa, dejando que el frío del otoño colonice la terraza sin atreverme a salir. Las redes sociales empiezan a calmarse poco a poco y la gente empieza a olvidar la canción de Clemente y a la chica misteriosa con la que discutía en el Trastévere. Me ha tocado trabajar con viejos conocidos que mencionaron haberme visto en las revistas con más sorna que preguntas y yo he podido evitar los detalles. La vida sigue, poco a poco se calma y las semanas pasan.

Me atrevo a salir, principalmente porque alguien tiene que barrer el desastre de la terraza, y mientras arrastro hojas secas oigo unas voces en la terraza de abajo. Me asomo, he descuidado mi relación con Rodrigo desde que hace frío y me asedian los *paparazzi*.

—Me gusta leer aquí, ¿qué le hago? Me concentro más —dice hacia el interior sentado en su sitio de siempre.

—Se te va a helar el culo, dentro también se lee muy bien y además estoy yo, dándote calor y besitos.

Una chica le abraza instalando su cabeza bajo su cuello. Él cierra los ojos, encantado de la vida y del beso que ella debe de estar dándole.

—Eres muy persuasiva. —Doy un paso atrás antes de que me vea —. ¡Mari, pensaba que habías perdido la costumbre de espiarme!

—Nunca jamás te he espiado.

—Es verdad, nunca jamás, ni yo a ti. ¿Estás bien? Andas desaparecida de la vida mientras que no paras de salir en las revistas.

—Estoy bien.

Me sonríe con sus dientes blanquísimos y los ojos avellana, él también parece estar bien. He sido idiota, no he parado de pensar en escribirle y, sin embargo, casi no lo he hecho más que para mandar algún meme aislado. Es cierto que él tampoco ha estado especialmente comunicativo. Evidentemente estaba ocupado.

—Ella es Nieves.

Ella me saluda con la mano, creo que es la misma chica con la que estaba en Roma. Es guapa, joven y tiene unos ojos intensos en los que cualquiera querría perderse.

—Hazle caso a Nieves, hace mucho frío, voy para dentro.

Yo no sé si es cosa de las hormonas o que yo soy una básica, porque al entrar en casa tengo unas ganas locas de llorar. No he llorado ni una sola vez desde que lo dejé con Clemente. Y ahora veo a mi vecino con una mujer y tengo ganas de llorar. Quien me entienda, que venga y me lo explique.

TERCERA PARTE

Haciendo difícil lo fácil

Capítulo 13

BESOS DEL ROMÁNICO AL BARROCO

Tiro de su mano para recorrer las calles a la inversa, esquivamos a la gente en San Calisto y me paro a besarla delante de la iglesia de Sant'Egido. En una esquina cualquiera, nos abrazamos con tranquilidad en un beso sin prisas, bien respirado. Me encanta esta mujer, debería dejar de pensar en esa otra.

—¿Dónde me vas a llevar? —me dice al oído con voz ronca, erizándome los pelos de la nuca.

—¿Quieres que sea un intensito?

—No, por Dios.

—Entonces es una sorpresa.

Vuelvo a cogerla de la mano, pero ella se para ante una escultura que simula a un vagabundo durmiendo en un banco, totalmente envuelto con una manta, salvo los pies que tienen estigmas.

—Que elocuente. ¿No te parece?

—Creo que no se podría describir de otra manera —admito.

Ella se queda ahí un rato, mirando la escultura, que no es artísticamente notable, pero sí dice mucho. Me coge por la cintura y reanudamos la marcha mientras comentamos cómo el mensaje queda claro, pero quizá la iglesia lo deja menos patente que la escultura.

—Ayer cenamos aquí en frente y ni la vi —me dice—, en ese restaurante de ahí.

—¿No es curioso que haya un restaurante de ese estilo justo delante de esa escultura?

—Me gusta que plantees esa cuestión, resulta que ese restaurante pertenece a una asociación religiosa y los trabajadores son gente que se encontraba en situación de calle. Todo buenísimo, además. El conjunto se cierra a la perfección.

Ojalá pudiera enamorarme de ella, quiero enamorarme de ella hasta el tuétano y que no quede fibra de mí que no la adore porque

es todo lo que me gusta en el mundo, por ahora. Igual luego su helado favorito es el de chocolate con menta, pero ahora mismo es tan perfecta que igual el universo la ha puesto delante de mí para que me olvide de imposibles.

Volvemos a *piazza* Trilussa, ya casi no queda nadie, un señor mayor con sombrero de vaquero canta algo a un público reducido de turistas y yo tiro de Nieves hacía la otra orilla del Tíber.

—Mi hotel está por ahí.

—¿Quién te ha dicho que vamos a tu hotel?

—Vaya —protesta decepcionada.

—Un poco de paciencia.

Me sorprende que las gaviotas sigan graznando a estas horas de la noche, pero ahí están, acompañándonos por las calles adoquinadas hasta que salimos a Campo de' Fiori, vacío de puestos, con *trattorias* cerrando alrededor de la plaza. Desde el centro nos mira Giordano Bruno.

—¿No resultan un poco decepcionantes las esculturas de bronce en Roma? —le digo a Nieves.

—En realidad llaman mucho la atención. Uno de los monumentos más visitados de Roma es del siglo XIX.

—Y es horrendo y tira al clasicismo, en realidad intenta ser una copia.

—Te veo muy criticón.

—Bah, te encanta.

Nos sonreímos y nos volvemos a besar en mitad de la plaza. Los camareros de uno de los restaurantes nos jalean, debemos de estar haciéndolo bien. Vuelvo a tirar de ella.

—Te mueves muy bien por Roma. ¿Cuántas veces has estado aquí?

—Una.

—Venga ya.

—Es verdad, solo he estado una vez en Roma, durante dos años.

—Eres un poquito capullo.

—Me lo dicen mucho.

En un par de minutos, *piazza* Navona se abre ante nosotros, con la forma del Estadio de Domiciano, sus tres fuentes iluminadas brillan sobre el suelo de adoquines negros. Las esculturas de Bernini de la fuente central parecen moverse con las sombras de la noche y Nieves se queda sin respiración. Yo sonrío al verla anonadada.

—La fuente de los Cuatro Ríos —le voy diciendo mientras nos acercamos y ella tiene la mirada fija en la fuente—. El río de la Plata, el Nilo, el Danubio y el Ganges, los cuatro continentes. Supongo que Oceanía les quedaba lejos todavía. Obra de Bernini. Las esculturas de este lado —la dirijo cogiéndola de la mano levemente— tienen la cara tapada, en desprecio a la fachada de Santa Inés en Agonía, que es la iglesia más bonita de Roma, obra de Borromini, porque se odiaban.

—¿Sabes que es un bulo? —me suelta de repente.

—¿Cómo?

—Que es un bulardo tremendo peor que el de Ricky Martin.

—No puede ser, mi sistema de creencias sobre el barroco se basa en que Borromini y Bernini se odiaban.

—Y eso sería cierto, pero las obras de Santa Inés, que no sé si es la iglesia más bonita de Roma porque es mi primera vez aquí, empezaron un año después de que la fuente estuviera terminada.

—Bernini sabría que Borromini iba a encargarse de la iglesia.

—De ninguna manera, los primeros arquitectos de Santa Inés fueron los Rainaldi, padre e hijo.

—¿Tú no habías dado solo una asignatura de Historia del Arte?

—Sí, pero soy una gafotas del barroco y *fangirleo* fuerte a Borromini como arquitecto y a Bernini como escultor.

Vuelvo a besarla delante de Santa Inés, si pudiera olvidarme de todo sé que estaría absorbido por el momento, pero no consigo que se termine de ir, sigue ahí en la altura de su terraza, espiándome mientras leo. Me pego más a Nieves intentando que su cercanía borre mi memoria. Nos separamos para coger aire y vuelvo a tirar de ella, solo hay que salir de la plaza por el medio, girar a la derecha y después todo recto. Oigo a Nieves sorprenderse al ver, detrás de una esquina, el Panteón de Agripa.

—¿Así es todo el rato?

—¿El qué?

—¿Vas por una calle estrecha, das un paso y te encuentras un monumento con más de dos mil años?

—A veces solo tienen cuatrocientos, pero sí, básicamente eso es Roma.

—¿Y te sorprendes todas las veces?

—Cuando vives aquí hay un momento en el que te acostumbras un poco, pero solo un poco.

—¿Por qué estuviste viviendo aquí?

—Porque con trece años tuve la feliz idea de coger Italiano en la Escuela de Idiomas y conseguí un B2 bastante decente, a pesar de las protestas de mi madre, así que cuando la empresa de mi padre empezó a buscar gestores para las oficinas de Roma, postulé y entré, y aquí estuve. Bueno, estuve en un edificio feo fuera del casco histórico, pero conseguí alquilar un estudio en Testaccio. Mi novia de entonces no se terminaba de animar a venir a vivir aquí y al final me trasladé a Burgos otra vez.

—¿Tu novia?

—Ah, sí. —Empiezo a darle vueltas a la fuente—. Después fue mi mujer seis años y hace un año que estoy *solterico*.

—Ya me extrañaba.

—¿El qué?

Ella me persigue.

—Que alguien de tu edad y posición estuviera solo. Así que no lo estabas. ¿Y ella te dejó?

—Nos dejamos los dos, a veces los planes no salen como esperabas y cuando vuelves al camino cada uno tiene planes distintos.

Me alcanza para cogerme de la cintura y tirar de mi ropa hacía ella. Me besa, me besa tranquila y termina en un mordisco que da una descarga a todas mis terminaciones nerviosas. Ya está bien de hacer turismo.

—Vamos —le digo al oído y la rodeo con el brazo.

Atravesamos la plaza de la Rotonda, veinte segundos nos separan de la puerta del hotel. Cuando subo el primer peldaño, se para.

—¿Estáis alojados aquí?

—Sí.

—Pero…

—Es un tres estrellas… Tampoco es que…, era lo que había y solo era una noche, había que hacer lo que había que hacer. —Me encojo de hombros esperando que mi poder adquisitivo ni la abrume ni la emocione.

—¿Tiene vistas al Panteón?

—No, tampoco habría pagado por algo que puedo tener bajando las escaleras, pero la habitación da a un patio interior muy oscuro.

—Bueno, vale.

Sube los escalones conmigo, saludamos a los recepcionistas del hotel y entramos en una habitación pequeña, sin demasiados lujos. Todo está muy limpio porque no me ha dado tiempo a revolver maleta y dejarlo todo decorado al puro estilo «desastre de Rodrigo».

—Es pequeña —me justifico.

—Estamos en una habitación de un piso compartido en Testaccio con un señor que estamos convencidas de que vende marihuana, esta habitación es la hostia. Eres un partidazo, Rodri.

—No me gusta nada que me llamen Rodri.

—Pues haberle dicho a tus padres que te pusieran Juan.

Me hace sonreír.

—Si fue lo primero que dije «Juaaaaaaan, Juaaaaaan» —digo imitando el llanto de un bebé—, pero mi padre también se llama Rodrigo Díaz y estaba feo.

—¿Eres Rodrigo Díaz?

—Soy.

—¿No serás de Vivar?

—No, no, mi padre es de Lasarte, de hecho. Aunque creo que le hacía gracia lo de tener un hijo en Burgos que se llamara casualmente Rodrigo Díaz.

—Un poco *troll*, ¿no?

—Sí, pero no por eso. No hablemos de mis padres, por favor, no tengo vistas al Panteón, pero…

—Me tienes a mí.

Hace un gesto con la cadera y con los brazos similar al de una azafata de concurso y me abalanzo sobre ella, sin miramientos. Se

acabaron los besos tranquilos y hablar de arte. Que está muy bien como prolegómeno, pero me había prometido una noche de olvidar amores imposibles y es lo que pienso hacer. Olvidarme de Silvia Miranda, su vestido blanco y su sonrisa de medio lado. Nieves. Nieves de besos de *limoncello spritz*, Nieves, *fangirl* de Bernini. Mañana la voy a llevar a ver el museo Borghese.

Tira de mi camiseta hacía arriba. Tengo que centrarme. Vuelvo a besarla, a explorar su cuerpo con las manos. Me interno bajo la cinturilla del pantalón y ella me ayuda desabrochándolo, nos hacemos un lío de ropas unos segundos hasta encontrarnos desnudos el uno ante el otro. No nos paramos a mirar, si hay deformidades extrañas o tatuajes de dudoso gusto ya se verá mañana. Hoy a olvidar cosas.

Me lanza sobre la cama y me agarra, me hace estremecer, así seguro que me olvido de todo. Mientras me hace crecer entre sus manos se muerde el labio inferior, es totalmente comestible. Me acerco a su boca y, mientras la beso, la atraigo para que se tumbe sobre mí, toda ella. Su piel es suave, el vello de su entrepierna se me enreda en los dedos mientras busco ese punto que, por sus jadeos, ella también espera que toque; si tardo demasiado voy a quedar terriblemente mal después de toda la charla sobre arte. Ahí está, húmedo y caliente, esperando que lo presione de la manera justa. Me paro a mirar su cara, que muta en una expresión elocuente de placer, muevo el dedo en círculos, despacio primero, disfrutando cada respiración y cada gesto, después más rápido hasta que arquea la espalda mirando a la nada.

—Ahora entiendo a Santa Teresa —dice en un susurro cuando recupera el aliento.

—Debería sentarme mal que pienses en Bernini en este momento, porque es eso, ¿no? —Muerdo su cuello—. Mañana comparamos. Aunque no creo que me dejen recrear este momento delante de ella.

No sé si la risa jadeante que se le escapa es por el mordisco que le doy en un pezón o si es que le ha hecho gracia mi blasfemia, pero espero que haya sido la combinación de ambas.

—No puedo más —gime mientras muerdo su vientre y vuelvo a ganar velocidad en torno a su clítoris.

—Nadie te ata, nadie te contiene, puedes correrte cuando quieras —susurro en su oreja.

Ella vuelve a estallar, con más fuerza que la vez anterior, convulsiona ligeramente y yo creo que estoy consiguiendo olvidar a quien quiero olvidar, o quizá no.

—Fóllame ya, por Dios, como si no me fueras a ver mañana.

—Pero te quiero ver mañana. Que quede claro.

—Ya. Por favor.

—Sí quiero, pero tengo que ir a por los condones.

—Vuela, Rodrigo.

Salto de la cama a la maleta y rebusco con furia, abro con ira y me coloco aquello como puedo. Ella me mira expectante y divertida. Me vuelve loco que me haga reír, me vuelve loco que le guste el arte, me vuelve loco el tacto de su piel, su olor, sus ojos y la sensación de perder la conciencia y la consciencia cuando me hundo en ella.

—Y ahora entiendo lo de la flecha y el amorcillo —dice jadeante mientras me agarra el pelo.

—¿Quieres que me dé un ataque de risa? —La embisto con fuerza, para que se le quiten las ganas de bromear sobre esculturas que parecen retratar orgasmos.

—Quiero que esto dure eternamente y haré lo que sea para conseguirlo.

Posiblemente esas sean la mirada y la frase más lasciva y elegante a la vez que haya visto y oído nunca. Pierdo el ritmo y la cabeza. La agarro para ponerla encima y que me ayude a recuperar la compostura, pero entonces se mueve sobre mí como si el apocalipsis fuera inminente y noto que viene, hasta que me besa gimiendo en mi boca, tensándose en mis brazos y su placer precipita el mío desbordándome sin remedio.

La abrazo, objetivo conseguido, he olvidado a Silvia, con su vestido blanco y su sonrisa de medio lado. Me cago en mi vida, si es que no valgo para nada.

—Qué espectáculo de polvo y de noche, joder —dice Nieves cogiéndome la cara entre las manos y plantando un beso sonoro,

divertido y tierno en mis labios. Me voy a esforzar mucho para seguir olvidando, porque ella se lo merece y yo también.

Nos hacemos un ovillo y nos quedamos dormidos casi de inmediato. El reloj biológico me despierta al amanecer, mientras que Nieves sigue dormida y desnuda a mi lado. No quiero despertarla, así que cojo el móvil y lo primero que me encuentro entre las noticias del día es la cara borrosa de Silvia en el Trastévere. Se lio. Debería escribirle a ver cómo lo está llevando, aunque puede que siga durmiendo en los brazos de Clemente, mejor no molestar. Mejor olvidar. Sí, eso debería hacer.

Para cumplir mi propósito, me pongo a gestionar mi billete de esta tarde, puede que salga mal, que ella no quiera que reviente el viaje de las amigas.

Rodrigo Díaz. 09:07
Oye, ¿tú crees que a estas chicas les molestará si me quedo en Roma con ellas?

Ibon. 09:07

Sí que eres de enamorarte pronto…

Rodrigo Díaz. 09:08
Calla, atontao*. ¿Crees o no?*

Ibon. 09:10

Dice Toñi que, si puedes cambiar los nombres, ella se vuelve conmigo y que tú te quedes con Nieves.

Rodrigo Díaz. 09:10
¿Y a ti te parece bien?

Ibon. 09:10

Yo me tengo que volver, y prefiero volver metiéndole mano a Toñi que viéndote la cara a ti.

Rodrigo Díaz. 09:12
Dale mi teléfono, que me pase los datos de su vuelo, yo me encargo.

Nieves se despereza como las princesas de los cuentos, estirando los brazos hasta la cabeza y moviendo todo el cuerpo. Me mira con una sonrisa pícara. Me he puesto guapo a propósito: un vaquero, una camisa y mi americana azul gastado de la suerte. Me pilla ajustándome el reloj; si hubiera planeado parecer un chico de catálogo, no me saldría tan bien.

—¿Cuánto he dormido? ¿Tú te tienes que ir ya?

—No. He ampliado la habitación dos noches más.

Levanta una ceja y se incorpora en la cama, se pone seria. La he cagado fijo.

—La verdad es que hemos tomado la decisión sin consultarte y eso está muy mal, pero tengo la esperanza de que se me pegue algo de la suerte de Ibon y no te parezca mal.

—¿El qué?

—Hemos intercambiado billetes. —Previo pago de una puta millonada por cambiar un nombre en un archivo—. Toñi se vuelve hoy con Ibon y yo me quedo aquí hasta el martes. Lo de Toñi ya está hecho, no sé si se podría modificar, pero si no me quieres ver más…

Casi me caigo cuando salta sobre mí y me besa. Me cubre de besos toda la cara y la boca, y debería enamorarme locamente de ella.

No seas gilipollas, Rodrigo. Aprovecha la oportunidad.

—Se supone que ella es tu amiga.

—La quiero. Mucho. Pero es un grano en el culo, le interesa muy poco el arte, ella quiere ir a Via Veneto a ver tiendas donde no puede comprar y yo quiero encerrarme en el museo Borghese hasta que me echen.

—Alguien tiene entradas para las once y la salida a la una.

Me planta un beso en la boca y se hunde en él, y yo me dejo deshacer por su energía. La llevo a la cama y le muerdo el cuello.

—Esto tiene que ser un sueño.

Para que no se quede con las dudas, atrapo su pezón izquierdo entre mis dientes y muerdo. Grita, gime y se ríe, todo a la vez. Aparto ese vestido blanco del fondo de mi cabeza e intento concentrarme en lo que tengo delante, así que me afano, con precisión de cirujano, en rodear con la lengua el contorno de su clítoris, mientras ella enreda sus dedos en mi pelo. Si tiene que ser a golpe de orgasmo, así será. Debe de estar sensible, porque se retuerce en pocos minutos.

—Nieves, yo…

—Ya, por favor, otra vez, pero despacio, que no me despierte.

Opto por no terminar de desvestirme, ponerme un condón que llevo en el bolsillo, y hundirme en ella con cuidado y mirando sus ojos brillantes, su boca enmarcada y su piel morena. Es bellísima. Quita, Silvia, déjame olvidarte. Cierro los ojos mientras me muevo despacio al filo de la cama, acaricio su cuerpo sedoso, su vientre plano, sus muslos tersos. Acelero porque me pierdo en las sensaciones, ya no hay nada más que piel, calidez y gemidos. Me desbordo y cuando vuelvo en mí con la última embestida veo que Nieves me ha seguido, ayudo con las manos para que todo termine bien. Al abrir los ojos me mira de soslayo con una sonrisa arrebatadora.

—Yo diría que se nos da bien.

—Quizá breve, pero bien.

—¿Breve?

Me inclino para besarla junto al ombligo.

—No quiero que llegues tarde a tu cita con Bernini, ni a comer en mi restaurante favorito, pero, amiga…, esta noche me vas a pedir la hora.

—¿Tratas así a tus amigas?

—Solo a las buenas.

Le doy un mordisco en la cadera y nos separamos.

Cuando bajamos, en la puerta nos espera un Topolino eléctrico. He mirado para alquilar un Cinquecento o una vespa, pero me parecía pasarme, además era lo único disponible.

A ella no se le cae la sonrisa de la cara mientras que yo pienso que es mala idea no subir andado tranquilamente, pero después la

llevaré lejos y no quiero perder ni un minuto. Lo bueno de estos vehículos es que se aparcan igual de bien que una vespa, así que aparcamos a la entrada del parque de Villa Borgherse, le cojo la mano y empezamos a pasear.

—No creo que se pueda tener una experiencia mejor visitando Roma por primera vez. —me dice enganchándose de mi brazo.

—No creo que se pueda tener una experiencia mejor visitando Roma por segunda vez.

Nos miramos sonriendo. La verdad es que no podría haber mejor inicio de una historia de amor, imagínate contándole a tus nietos que conociste a su abuela porque su amiga usaba una aplicación de citas y a ti te pareció bien gastar los últimos días de vacaciones que te quedaban en coger un vuelo carísimo para ir a un concierto sorpresa, besar a su abuela por primera vez al ritmo de Ricchi e Poveri, que la besaste por toda Roma y al final te la llevaste a tu habitación pegada al Panteón y después decidiste quedarte con ella y llevarla a ver cómo secuestran mujeres. Se quedarían encantados siempre que omitamos el detalle de que no dejo de pensar en otra persona que quiero olvidar. Quizá con el tiempo no me acuerde de que Silvia está entre nosotros todo el rato. También es bastante poco probable que tenga nietos.

Entramos a la galería y simplemente paseamos. Es bonito mirarla. Se para en cada escultura de Bernini, hasta en los retratos, pero no comenta nada más, solo sonríe, mira detalles, susurra «Uh, Caravaggio» y picotea de obra de arte en obra de arte como si fuera un colibrí bebiendo néctar. Quizá si viniera aquí con Silvia no disfrutaría tanto y yo no estaría tan encantado, y todo lo que tengo con ella sea una suerte de idealización provocada por nuestras últimas conversaciones y su embarazo, igual tengo que admitir que tengo un problema con las embarazadas.

Después comemos en Testaccio, en un restaurante que no ha cambiado nada en estos diez años. Los camareros me saludan con cariño y no se oye ni una palabra en otro idioma que no sea italiano. Allí Nieves se explaya sobre lo que hemos visto, pasa toda la comida desgranando cada detalle de las esculturas que ha visto, todos y cada uno. Se pone un poco intensa, pero no pienso decirle ni una

palabra, entiendo que si es capaz de hablar de algo que le gusta así es porque está cómoda conmigo, la gente tiende a no expresar las cosas que le gustan con tanta intensidad porque alguien les enseñó que todo lo que amaban aburría.

Cuando terminamos, veo que llegaremos justo a la hora. Así que subimos al Topolino y echo un vistazo rápido a Google para comprobar que no me voy a perder. Recorremos la ribera del Tíber de nuevo, nos adentramos en Roma y, de repente, Nieves se sorprende.

—¿Y esa fuente?

—La Fontana dell'Acqua Felice es bastante anterior a la Fontana di Trevi y no sé por qué no aparece en las guías básicas.

—¿Es Moisés?

Asiento y la ayudo a salir del Topolino. La fuente de Moisés es espectacular y además no te la esperas, pero no es lo que hemos venido a ver.

Cruzamos la plaza horrible que hay ante semejante fuente y subimos la escalinata de Santa María de la Victoria, que acaba de abrir y todavía está a oscuras, salvo la última capilla a la izquierda, dónde se agolpa un pequeño grupo de gente que debe de haber estado esperando a la entrada.

—Y ahí está tu cara anoche —le digo al oído ante el *Éxtasis de Santa Teresa*.

—Mira, y tú con la flecha —dice ella a mi oído revolviéndose y aprovechando la circunstancia para darme un mordisco en la oreja y calentarme en una iglesia.

—Ya has terminado de ver Roma hoy.

—¿Ya? Si me queda la Fontana, el Pópolo, no he visto al Moisés bueno…

—¿El bueno?

—El de Miguel Ángel.

—¿Fuisteis a San Pedro?

—Sí, ayer por la mañana, porque la madre de Toñi quería un rosario y fuimos a museos y vimos San Pedro y la Piedad…

—Pues nos vamos al hotel. —Ahora soy yo quien aprovecha para morderle la oreja y ella gime un poquito, aunque quizá alguien haya

podido oírla.

—¿Estás seguro?

—Eso o me busco un rincón oscuro aquí…

—¿Te quedan condones en el bolsillo?

La miro con pasmo y excitación, no puede tenerlo todo, no puede ser inteligente, guapa y encima ser así de sexi. Tiro de ella y nos vamos, no sé si la gente que nos rodeaba se ha dado cuenta de lo que estaba pasando, pero me da igual, voy a olvidarme de todo, sea como sea.

Capítulo 14

AL DESCUBIERTO

—A ver, yo no te quería decir nada —dice Amparo, la fisio. El resto de las chicas de pilates asienten ante sus cafés descafeinados—. Al final até cabos, tu pareja siempre está fuera y cuadraba, pero hoy… Mira.

Me pasa su teléfono y todas nos agolpamos sobre el vídeo que se inicia. Una conocida periodista del corazón especializada en este tipo de contenido pone a su público en contexto con fotos mías con muy mala definición y unas nuevas declaraciones de Clemente en las que dice que actualmente está soltero.

—Así es, lo hemos dejado. Os pido, por favor, que no comentéis en esos vídeos que me conocéis y que estoy embarazada.

—Espera, espera…

—*Fuentes cercanas al cantante han declarado que, aunque es cierto que él está soltero, la chica de las fotos es aquella a la que le dedicó la canción del ukelele, esa tan bonita, y que, además, van a tener un hijo juntos. De hecho, en la canción hay alguna pista que ahora tiene mucho más sentido.*

—Ah, bueno, pues ya comentad lo que os salga del coño.

Al menos tres manos me acarician la espalda, todas son muy comprensivas conmigo, quizá crean que me dejó Clemente, o algo así, y no que yo tengo un problema con mis preferencias amorosas.

—¿Pero os lleváis bien?

—Muy bien, él es fantástico. A veces tiene algún ramalazo feo, pero se observa y lo corrige. Es el mejor tío con el que me he cruzado, sin duda, pero yo no siento lo que hay que sentir. Por favor, sed discretas aunque ya esté publicado. ¿Podéis hacerme ese favor? Lo que espero es que no se monte mucho revuelo y que me dejen venir a clase con tranquilidad.

—Vas a poder venir con tranquilidad aunque se monte revuelo, ya nos encargaremos nosotras —añade Valle, la matrona.

Todas asienten con mirada triste. Supongo que son capaces de empatizar con una mamá soltera.

—Bueno, a otra cosa. Sigo vomitando, tías, y encima he empezado a hacerme pipí cuando vomito —interviene una de ellas.

Y desde ahí surge una conversación sobre las náuseas y el suelo pélvico que consigue hacerme olvidar que alguien ha decidido contar mis intimidades sin decir nada. Debe de haber sido alguien del entorno de Clemente, porque la única que sabe lo del embarazo y que podría hablar con la prensa es Carmen, y ella es capaz de matarse antes de exponerme de esa manera.

Aprovecho la vuelta en bus a casa para llamarla y desahogarme un poco, ahora que todo esto se ha reactivado.

—Ha sido Lidia Murolo —me suelta antes de decirle hola.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque ha mandado un comunicado a todas las revistas especificando que se cite la nota como «fuentes cercanas».

—¿Qué saca ella de esto?

—Saca que Clemente va a estar un año totalmente parado después de lanzar el disco, así que quiere que el avispero esté bien agitado para que las ventas del disco sean potentes. De paso os presiona a sacar una exclusiva del embarazo o del nacimiento del niño para que la prensa no os acose.

—Será verdad.

—Y tan verdad como que me consta que ha estado hablando ya de ello con alguna.

—Tengo que llamarle y decírselo.

—Venga, nena, no te agobies, esto volverá a calmarse.

Nunca me he llevado bien con Lidia, pero es que ahora mismo la odio con todas mis fuerzas. Fue ella la que nos dijo que no habláramos con nadie, supongo que para controlar ella el relato.

Clemente me coge el teléfono un poco asustado, no solemos llamarnos, siempre hablamos por mensaje.

—Está todo bien, solo quiero decirte que me han asegurado que es Lidia Murolo la que ha filtrado que estoy embarazada.

—Así es.

—¿Y no pensabas decírmelo?

—Quería saber primero qué era lo que íbamos a hacer con esta situación. Ha sido culpa mía al declarar que estaba soltero, tenía que haberme quedado callado. De esta manera tomamos el control de la situación.

—¿Y no habría estado bien consultarlo conmigo antes? Estoy aquí sola, si ahora se me presenta la prensa en casa a ver si se me nota o no el embarazo, ¿qué hago?

—Por ahora nadie sabe quién eres, no se van a presentar en tu casa.

—Clemente, he sido periodista en Madrid durante años, me conoce muchísima gente de la prensa que han estado milagrosamente callados, al levantar la liebre puede pasar cualquier cosa.

—No había caído en eso.

—Seguro que Lidia sí había caído, pero le importa bien poco lo que me pase.

—Solo intenta protegerme…

—Clemente, para protegerte a ti también tiene que proteger a tu hijo, y eso significa protegerme a mí.

—Seguramente tengamos que vender una exclusiva explicando todo para que nos dejen tranquilos lo antes posible.

—Fantástico. Si consideras que es lo único que podemos hacer… No me hace gracia y este movimiento de Lidia me puede venir muy mal en el trabajo.

—¿Eso por qué?

—Porque he tenido relaciones con un entrevistado y ahora me estoy aprovechando de él mediante un embarazo. Nunca se controla el relato del todo, Clemente.

Estando sola en casa, intento manejar el zumbido de ansiedad que me asedia, estoy convocada en una reunión *online* con mi jefe y me temo que me van a preguntar cosas personales; no puedo hacer nada. Lo que tenga que ser, será.

Todos me están esperando como si hubieran convocado unos minutos antes para el resto y poder hablar sobre mí. No me molesta. Ahí está mi jefe americano, con una gran sonrisa californiana.

—Muy bien, Silvia, ¿crees que necesitarás la baja ya?

—¿Eh? No. Me encuentro bien y todavía puedo volar un mes más, si es que tuviera que desplazarme.

—Fantástico. Vamos entonces a adelantar una de las entrevistas pendientes, íbamos a hacerla para el último concierto en Manchester, pero la haremos para el primero en Liverpool, más emotivo, aunque habrá ciertas preguntas que se queden sin respuesta, creo que tú eres la apropiada para entrevistarles.

—¿Insinúas que…?

—Por supuesto, para eso es esta reunión, para preparar esa entrevista. Es muy importante y creemos que eres la apropiada. De nuevo te tocará hacer las fotos, porque ya los conoces y son muy especialitos, precisamente por eso te necesitamos a ti, consigues que la gente se sienta cómoda.

—Igual demasiado —apostilla el jefe de Recursos Humanos. Carmen lo atraviesa con la mirada.

—Eso no es cierto y no voy a consentir comentarios así —zanja el jefazo.

Y así transcurre la reunión, preparando una entrevista con los chicos malos del pop británico. Una entrevista que no pensaba que haría jamás, de la misma manera que no creía que volvieran a hablarse nunca jamás.

Por la mañana me encuentro genial, enérgica y feliz, pero no dura mucho. Tal y como predije, la prensa se presenta en mi casa.

Bajo para pedirles amablemente que no molesten a los vecinos y que se vayan, ya que no voy a hacer ninguna declaración. Totalmente inútil, por supuesto. Los esquivaré saliendo por el garaje.

Al abrir la puerta, me encuentro con un armario empotrado hecho persona. El traje le queda anormalmente bien, a pesar de tener los trapecios más grandes de la historia; la camisa le cierra al cuello, lo cual es algo totalmente milagroso.

—Buenos días, me llamo Dragomir —dice con un marcado acento de la costa granadina —voy a ser su jefe de seguridad.

—Estupendo, Dragomir. ¿Te puedo llamar Drago? —Asiente con ternura—. Muy bien, nos vamos a pilates.

—Conduzco yo.

—No sabes dónde vamos.

—Me indica usted, no queremos que nos vayan persiguiendo y, por no estar acostumbrada a estas situaciones, tengamos un accidente.

Me parece coherente, así que le doy las llaves de mi coche y nos vamos. Sorprendentemente, Drago me reconforta, a pesar de parecer el hermano pequeño de Alan Ritchson. Por joven, no por volumen.

Cuando llegamos a la clínica se monta algo de revuelo. Hasta Amparo, la fisio, sale a ver al tremendísimo espécimen que me acompaña. Resulta ser un oso de peluche tamaño XXXXXL; les hace caras a los bebés que salen de hipopresivos, les abre la puerta a todas y les hace mucha gracia su acento, a pesar de sus pintas de sicario albanokosovar.

Me ayuda a hacer la compra, tanto cogiendo peso como esquivando a los *paparazzi* de mercadillo que creen que pueden hacerle fotos a alguien en un supermercado. No monta revuelo, pero convenimos en que las salidas que no sean totalmente necesarias y con grupos seguros no volverán a repetirse.

Resulta agobiante, pero Drago me tranquiliza.

Silvia Miranda. 11:00
Tenemos que hacer algo, no puedo tener a la prensa delante de casa molestando a los vecinos.

Clemente Bassani. 12:30

Vuelo el domingo con un fotógrafo y una redactora. Lidia ha cerrado la exclusiva, eso debería calmarles.

Silvia Miranda. 12:31
O todo lo contrario… El domingo estaré en Liverpool.

Clemente Bassani. 14:00

Volaré a Liverpool, no puedo perder más días de grabación.

Silvia Miranda. 14:00
Voy a Liverpool a trabajar.

Clemente Bassani. 14:03

Sí, y yo también, búscame un hueco. Esto hay que hacerlo ya, yo no tengo tiempo que perder y tus vecinos tampoco. ¿A ti te va bien con el equipo de seguridad que mandamos?

Silvia Miranda. 14:05
Sí, a las chicas de pilates les encanta tener un mazas en la puerta de la clínica.

Clemente Bassani. 14:05

Que se acostumbren, aunque se vaya la prensa va a seguir ahí hasta que nazca Bambino.

Discutiría si no estuvieran todas encantadas de tener a Jack Reacher abriéndoles la puerta y sonriéndoles como si fueran la única mujer del mundo.

Resoplo al salir del coche después de cerrar la aplicación de mensajería. Me siento sobrepasada por la situación, pero me obligo a moverme porque Dragomir parece que tiene ganas de hacer pis, aunque no lo va a decir en voz alta.

Me sigue a un par de pasos hasta que me coge del codo y me envuelve.

—Joder, André el Gigante, que soy su vecino —oigo la voz de Rodrigo tras Drago.

—Y amigo, ¿no? —apostillo.

—Anda, soy Spiderman, ¿has visto Hulk? —le dice mientras le deja pasar para saludarme—. Vaya lío tienes montado, Mari.

—El plan es solucionarlo esta semana, a ver si nos sale bien.

—¿Y La Masa se irá? —Drago gruñe.

—Dragomir me acompañará un tiempo más, por lo que parece. Además, es muy amable.

Mi guardaespaldas mira a otro lado, pero se le dibuja una sonrisa levísima en la cara. Me da la sensación de que tiene poca experiencia en campo y no tiene entrenada la cara de póker, o prefiere ser así. Yo prefiero que sea así.

—Hemos hablado poco últimamente, ¿estás bien?

—Estoy bien.

—¿Puedo seguir subiéndote comida?

—Por favor.

Me besa levemente en la mejilla y se despide de Drago con la mano. Le miro alejarse con unos vaqueros que le marcan el culo y la chaqueta de entretiempo que le cae como hecha a medida en los hombros. Allá va ese tren perdido. Culpa suya, por decir una gilipollez sobre sábanas cuando nos conocimos.

Durante los días siguientes preparo *la entrevista* totalmente acojonada. Si hay alguien con quien no crea que voy a casar y se va a cerrar en banda ante mis preguntas son esos dos hermanos. Me encantan sus canciones, pero no soporto su carácter, aunque sus insultos puedan ser muy divertidos. Encajo dos horas con Clemente entre la entrevista de la mañana y el concierto de la noche, espero que todo salga bien.

Mientras preparo la cámara para meterla en la maleta, suena el timbre y, al abrir, me encuentro a Rodrigo. Quiero abrazarle, que me envuelva y no ir a Liverpool. Es un arrebato súbito al que me resisto con todas mis fuerzas.

—Te traigo bizcocho de limón, creo que puede que no te de ardores.

—Muchas gracias. ¿Quieres pasar?

—Claro.

Entra y deja el bizcocho en la cocina. De repente todo es raro con él, hemos hablado poquísimo en las últimas semanas, aunque es reconfortante que siga pendiente de mí y mis síntomas.

—Bueno, ¿qué tal llevas todo esto?

—Bastante mal, creía que me iban a echar del trabajo. ¿Cómo voy a entrevistar a nadie si me voy acostando con la gente por ahí?

—No seas injusta contigo misma. No sabías que te ibas a quedar embarazada, eres infértil.

—Y usamos condón.

—Para, que ya te tengo suficiente manía.

Los dos nos reímos, porque sabemos perfectamente cómo es ese sentimiento.

—Aunque no lo he perdido, tampoco se ha mencionado demasiado el tema, solo creo que el jefe de Recursos Humanos no está muy contento. ¿Quieres un café?

—No. Nieves está abajo, es ella la que ha hecho el bizcocho, no estábamos seguros de que te sentara bien que subiera, pero está preocupada por ti.

—Que suba si quiere.

Rodrigo teclea rápidamente en su teléfono y vuelve a mirarme como siempre, con ternura.

—Veo que lo de Roma ha cuajado.

—Bueno, todavía nos estamos conociendo y solo le he dejado mi horno. Es una chica estupenda, es lista y muy directa. Mi tipo. —Se encoge de hombros.

Poco después, aparece Nieves con un cartón de leche con canela y limón, sin saber que es una de mis cosas favoritas. Así, sin planearlo, nos montamos una merienda como si fuéramos niñas de seis años y nos sentamos en el salón.

—Honestamente, Silvia, no creo que nadie te pudiera censurar por tener una noche de pasión con Clemente Bassani —dice Nieves—. Yo lo habría hecho también.

—Habrá entrevistados que no quieran tratar conmigo.

—Seguro que también los había antes, no se puede caer bien a todo el mundo.

Miro a Rodrigo dándole la absoluta aprobación sobre su chica, como si la necesitara para algo. Entre los dos consiguen calmarme y tienen la deferencia de no estar tocándose o mirándose todo el rato.

Se quedan a cenar conmigo y con Drago —que lo han metido interno a cuidarme, y me parece explotación laboral—. Nos quedamos hablando los cuatro hasta que decido irme a la cama, con pocas ganas. Entre las peripecias de Drago en Somalia y que Nieves es fantástica y se puede hablar con ella de todo, acaba siendo una noche encantadora.

Hubo un tiempo en el que pensaba que Rodrigo era un gilipollas. Después, pensé que no lo era y que, además, yo le gustaba. Pero ahora… ¿quién tendría ojos para mí?

—Descansad —dice Rodrigo tocándome levemente la redondez de la barriga, que ha crecido especialmente la última semana. Y entonces noto un pequeño movimiento, una ola que llega a la orilla, un toquecito—. ¿Se ha movido?

—¿Lo has notado?

—No, pero por tu cara… ¿Se ha movido?

Asiento ampliando la sonrisa y él me abraza, me envuelve y se me escapan las lágrimas. Cuando se separa de mí, él también tiene lágrimas en los ojos y entiendo por qué al instante. Mi pobre Cih. Le acaricio la mandíbula para reconfortarle.

—Ya pasó. Ahora lo tienes que notar todos los días, pero no te pongas nerviosa. Tú no pongas nerviosa a tu madre, ¿eh, Bambino? Aaaay.

—Cih, ¿todo bien?

—Todo bien, Mari, todo bien. Se mueve, está todo fantástico. Bien, bien, bien.

—Llévatelo de aquí —le digo a Nieves, que parece no entender nada en absoluto de lo que está pasando, y no sé si llegará a entenderlo.

Salgo del piso de Silvia de la mano de Nieves, todavía conmocionado. Se ha movido cuando le he tocado la barriga. Justo

en ese momento: el primer movimiento. SE MUEVE. ESTÁ VIVO. VIVO.

Me encuentro, sin saber cómo, en el salón de mi casa, de pie, mientras Nieves recoge sus cosas.

—¿Te vas? ¿No te quedas a dormir?

—¿Estás de coña, Rodri?

—¿Por qué iba a estar de coña?

—Mira, eres un tío espectacular, ya te lo dije en Roma, podemos ser amigos, no me importa.

—No estoy entendiendo nada. Nos lo hemos pasado bien esta noche.

—Brutal, dale mi teléfono a Drago, creo que tengo posibilidades. ¿Pero contigo? Hubo un tiempo en el que creí que hice bien mi trabajo para que te olvidaras de tu amor imposible, pero… ¿te has visto?

—Nieves… No lo entiendes.

—Claro que lo entiendo, es evidente.

—No, no lo es.

—Todavía tienes lágrimas en los ojos, Rodri.

—Todos mis hijos estaban muertos, Nieves.

Y me sale así, tal cual digo la frase. Las lágrimas incipientes me arrasan, por otros motivos. Todo el dolor me llega a la cara y baja poco a poco hasta el pecho. Me dejo caer en el sofá.

Esto es tan fácil con Silvia… Nunca he tenido que contarle nada; ella ha entendido cuál era mi situación. Pero a Nieves se lo tengo que contar, y no sé si voy a tener fuerzas.

Me sigue mirando, sorprendida.

—No lo he entendido.

—Ya te dije que estoy divorciado. —Ella asiente—. Una de las cosas que pasó en mi matrimonio es que intentamos tener hijos, pero no pudimos. Aunque no tuvimos ningún problema en que ella se quedara embarazada cuatro veces.

Nieves se sienta a mi lado y me pone la mano en el hombro, como si estuviera empezando a comprender.

—Pero no es tu hijo.

—No, claro que no. Pero estoy cerca de ella, y le llevo comida que puede comer, porque sé qué es lo que puede y lo que no. Tenemos una historia parecida, aunque opuesta, con muchos sentimientos en común; por eso nos hemos hecho amigos. Es raro, y no creo que lo entiendas por mucho que te lo explique.

—Por eso estás enamorado de ella, porque ella sí te entiende.

—No, estoy enamorado de ella porque tiene sensibilidad artística, es inteligente, mordaz y directa. Justo por lo mismo por lo que me gustas tú.

Me encojo de hombros.

—Rodri, está soltera.

—Y embarazada de otro.

—¿Y qué?

—Que parece que lo mío es cyesolagnia o cómo se llame eso.

—¿Qué? ¿El fetiche por las embarazadas?

—Es que eres listísima, joder. —Al menos puedo hacerla reír.

—Cuando tienes razón, tienes razón, pero creo que estáis haciendo el imbécil porque estáis los dos locos el uno por el otro.

—No, ella ni se fija en mí en ese sentido, cree que soy un machista.

—Y lo eres.

—Como todo el mundo, pero intento no serlo.

—Me parece que ella sabe eso.

Me encojo de hombros y nos abrazamos, como se abrazan los amigos.

Pasan un par de días y el rumor que tengo en el cuerpo me abruma. Pienso en las piernas de Nieves y en la sonrisa de Silvia, y todo me va mal. Sé que Silvia está soltera, pero no me parece bien hacerle proposiciones estando embarazada y con el lío que debe de tener ella tras haberlo dejado con Clemente.

Y Nieves acabó dejándome claro que no piensa volver a tener sexo conmigo ni aunque haga el helicóptero delante de su casa. Me sentí bastante tentado de probar porque, ¿quién se va a poder resistir a eso?

El lunes por la mañana no tengo ganas de coger el coche. Voy medio zombi por la vida, y en el autobús de la empresa me siento junto a Ibon, que tampoco está durmiendo demasiado, pero porque su luna de miel con Toñi está siendo eterna.

—Uy, mira lo que me pasa mi Antonia.

—Tu Antonia. ¿Cuánto hace que las conocimos? ¿Dos semanas?

—Mañana hacemos un mes —dice ilusionado como un niño pequeño—. Vamos a ir a los baños árabes a celebrarlo.

—Pobres de los que escojan el mismo horario que vosotros.

—Deja de darme largas, mira lo que me ha pasado.

Me da su teléfono con la portada del *Hola* y allí está Silvia, vestida de blanco cogiéndose la barriga con Clemente al lado tocando y mirando la barriga. *«Nos queremos tanto como vamos a quererle a él»*.

Me hundo en el asiento del autobús.

—¿Qué te pasa? Si estás con Nieves.

—No estoy con Nieves.

—Hace dos días…

—Pero no estoy con Nieves, porque Nieves ve que soy incapaz de olvidarme de ella. Y vaya mierda de titular, si no están juntos.

—Por tu reacción no parece que estés muy convencido.

—No tengo el día, Ibon, vamos a dejar de hablar un rato.

Y como al final parece que es mi mejor amigo, asiente y me da una palmada en el muslo —lo más masculino que le sale en esa posición—, y nos callamos los dos, aunque noto su compañía.

Capítulo 15

SEMANA 34

—Que me da igual, de verdad.

—Lo siento muchísimo.

—Pero ¿por qué lo sientes?

—Porque tendrás otra vez a los periodistas en la puerta de casa.

—Clemente, no se han ido en ningún momento y creo que es culpa de alguien que no deja de agitar el avispero.

—También es culpa mía.

—Venga ya, estabas en tu restaurante de confianza y te besaste con alguien con quien nadie sabía que estabas… tonteando. ¿No te extraña que hubiera un móvil preparado justo en el momento?

—Bueno… Eso de que no lo sabía nadie, no es cierto, te lo conté a ti.

—¿Y a quién más?

Silencio al otro lado de la línea.

Él llegará a las mismas conclusiones a las que he llegado yo: han pasado casi cuatro meses y siempre hay alguna noticia sobre nosotros. Fotos mías entrando al hospital para la ecografía de las veinte semanas, fotos mías yendo a pilates… Pero el colmo ha sido una foto de Clemente besando a una chica que ha conocido en los estudios donde graba el disco. Nadie sabía de su existencia, nadie sabía que ella le gustaba, que ya no pensaba en mí.

Nadie, salvo su círculo de confianza; entre ellos, alguien que ha estado presente mientras él se iba encaprichando: Lidia Murolo.

La estrategia está clara: ella quiere que Clemente esté en boca de todos mientras graba y mientras se toma el año de estar con su hijo. Y si eso supone hacerme la vida más incómoda a mí, que me den por saco.

Lo peor es que Clemente sabe —porque no es idiota— que la estrategia de Lidia le beneficia, y seguramente no la aparte, por mucho que a mí me haya hecho pasar cuatro meses horribles.

—Hablaré con ella.

—Clemente, déjale claro que deje de darle mis horarios a los periodistas. Ya he tenido que cambiar de grupo de pilates dos veces; tengo a Valle y a Amparo locas perdidas. Bastante es ya que no pueda salir a pasear… Qué menos que seguir haciendo ejercicio.

—¿No pueden haber dado tus horarios ellas o alguna compañera de clase?

—Teniendo en cuenta lo que le contestan a los periodistas, no me parece para nada probable. Podría parecer que les va muy bien la publicidad, pero lo cierto es que lo que necesitan las embarazadas es tranquilidad, no un espacio donde te espera gente que te grita preguntas aunque no contestes y te lanzan *flashazos* a la cara. Por favor, haz algo con ella, esto se me está haciendo bastante duro.

—Vale, vale, se lo dejaré claro. Te llamo mañana. Ciao, Bambino.

Mi barriga da un respingo al oír la voz de su padre. Es la mejor sensación del mundo; resulta difícil de describir porque no hay nada igual a sentir que un miembro indeterminado de tu hijo te golpee desde dentro.

Seguimos sin nombre: el pobre se va a quedar con Bambino para siempre. A pesar del tiempo, de lo enorme que estoy y de que sus movimientos son cada vez más evidentes, la sensación de incredulidad crece. ¿Qué es esto que me está pasando, y por qué? Yo había renunciado a la maternidad, ya sin pena; había superado esa etapa de mi vida y, sin embargo, aquí estoy, aferrando con mi cuerpo a una criatura que no conozco de nada.

Soy todo lo que envidié una vez, y no es fácil lidiar con ese sentimiento.

Hay dos Silvias: una que trabaja y sigue como siempre, y otra que tiene un ardor de estómago horrible, que quiere abrazarse la barriga constantemente… Y una envidia mucho a la otra, sin saber que es ella misma. Quizá no tenga mucho sentido este hilo de pensamiento, pero así me siento.

Suenan las llaves en la puerta: Drago y Rodrigo llegan con la compra. No puedo salir, pero no se puede decir que no me estén cuidando bien.

—Acabo de ver las fotos —dice Rodrigo dejando las bolsas y revolviendo para empezar a colocar—. ¿Estás bien?

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—Bueno, se está besando con otra.

—¿Y a mí qué? Mi intención es que el padre de mi hijo sea feliz, no monje.

—Realmente parece que no te moleste para nada que alguien con quien has estado inicie una nueva relación mientras estás embarazada de él.

—No tengo sentido de la propiedad en general, ni sobre las personas en particular. ¿Y tú? Creía que te estabas deconstruyendo. ¿No hemos llegado todavía a ese punto?

—No me importa que mi ex tenga pareja, aunque no tengo ni idea de si la tiene o no. Y no creo que con Ismael lo llevaras tan bien, por lo que me has contado.

—Me dio igual que Ismael tuviera otra pareja, lo que me sentó como una patada es que ella se quedara embarazada con mirarla.

—¿Y no has pensado qué pasará con ese año que él piensa estar aquí si tiene una pareja?

—No, la verdad, pero espero que sea buena persona y venga a cambiar pañales.

—Eres una idealista.

—Me he quedado embarazada siendo infértil y usando condón, ahora creo en la magia.

Salvo en la magia de que aquí pase algo.

Nos hemos visto a diario desde que lo dejó con Nieves, o al menos desde que me dijo que lo había dejado con ella porque la cosa no funcionaba. No quise indagar más, pero sigue viniendo cada día. A veces pasamos las tardes enteras juntos: él simplemente está aquí mientras yo trabajo, o me ayuda con las cosas de la casa; le da pie a Drago para irse a descansar. Pero no ha dado ningún paso.

Y yo tampoco. Me dejo cuidar, porque lo necesito, porque tenerle cerca hace que me olvide de que fuera hay un grupo de periodistas que acosa a mis vecinos.

Pero ¿cómo podría decirle que no paro de pensar en él? ¿Quién se plantearía tener algo con alguien que tiene estas dimensiones?

Vengo con un regalo que ningún hombre querría.

Así que hemos seguido siendo amigos. Amigos que se lo cuentan casi todo. Y así está bien.

—¿Te preparo una *pizza*?

—Sí.

—¿Alguna vez vas a decir que no?

—Es lo que mejor me sienta y es sábado, está permitido. Llevo toda la semana comiendo arroz y patatas cocidas, y las patatas también han empezado a sentarme mal. Me queda más de un mes y ya no sé qué comer.

—Venga, ve a sentarte al sofá y elige algo que ver.

Es un poco injusto para él. Realmente parecemos una pareja, pero sin sexo, y él debería poder estar con alguien que realmente le gustara, en lugar de compartir el tiempo con una embarazada. Además, seguro que le duele verme así. Es otra cosa que nunca admite.

Hoy toca elegir mal la película, así que nos pasamos todo el tiempo hablando de otra cosa. Nuestro tema favorito es despellejar a Lidia Murolo por su estrategia de comunicación. Jamás habla mal de Clemente, aunque me consta que no le gusta que se esté haciendo el sueco con Lidia.

—Rodrigo, ¿no te duele estar todo el tiempo conmigo?

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por esto. —Me señalo la enorme barriga.

—En absoluto. Creía que sí, me dio un poco de envidia cuando me enteré, ya sabes cómo es esto, pero me dejas estar tan cerca de ti que lo estoy disfrutando como si… Bueno, no me duele en absoluto. Lo que temo es hacerme pesado.

—Eres la única relación social que tengo aparte de mis padres ahora mismo, ni siquiera puedo desayunar con las de pilates. No eres pesado.

—Eso se terminará.

—¿Cuándo? Esa mujer es capaz de vender el nacimiento del niño y que no nos dejen en paz durante todo el primer año. Estoy viendo que me voy a tener que mudar a la casa que alquile Clemente.

Si se muda, me da algo. Vale que no he sido capaz de decirle que estoy loco por ella —porque me parece que es pasarme de intenso y porque, estando embarazada, se me hace un poco raro—, pero no quiero que se vaya de aquí. Quiero tenerla cerca todo el tiempo.

Pienso como un acosador.

Si se va, mis posibilidades de cuidarles se reducen mucho y, sin embargo, es lo más lógico: que ellos vivan juntos, en un sitio más apartado, donde se pueda controlar a la prensa. No les van a dejar en paz hasta que él saque el disco y empiece la promoción de otra manera.

Toda esta situación quizá es un poco enfermiza, porque yo no me atrevo a decirle lo que siento, pero estoy parasitando una relación. Posiblemente lo más sano sería que me apartara.

Veo que se está quedando dormida, así que la envuelvo en mis brazos y apoya su cabeza en mi pecho. El pelo le huele a gloria.

Una gran manera de apartarme: lo estoy haciendo genial, casi tan bien como olvidarme de ella estando con Nieves. Todos mis planes salen tal cual están planeados.

Cuando noto que está dormida, intento levantarla y ella abre los ojos.

—Te vas a partir la espalda —dice con voz apagada.

—Creo que puedo.

—Y yo todavía puedo andar.

Se incorpora y me besa en la mejilla.

—Buenas noches, Cih.

Me levanto y la ayudo a levantarse a pesar de que no quiere, pero me necesita. Miro cómo se aleja hasta su habitación, me siento tentado de seguirla y acostarme a su lado, solo para compartir el espacio. Definitivamente, debería alejarme. No sé de dónde saco la fuerza para emprender el camino opuesto y salir de su casa. De manera automática, cojo el móvil y llamo, me sale contar todo lo que siento de golpe, sin decir ni hola.

—Eres tonto perdido.

—Ah, gracias. Era lo que esperaba oír cuando te he llamado.

—Siempre a su servicio. ¿Qué más da que esté embarazada de otro? ¿No te parece ya un poco raro que te estés comportando como

su pareja y como el padre de esa criatura sin tener nada que ver con ella? Al menos podrías insinuarle que es buena idea iniciar una relación romántica.

—No deberíamos estar hablando de esto. En realidad, yo te llamaba porque han puesto una exposición nueva en el museo de…

—Me parece muy bien, llevaré a Dragomir.

—¿Cómo has conseguido su número?

—Estoy esperando que me lo des, no sé por qué te resistes.

—Me queda claro que te gusta mucho, se lo preguntaré.

—Estupendo, pregúntale también a Silvia si quiere que te quedes a dormir con ella, verás qué sorpresa te llevas.

—No es buena idea.

—¿No te dice la experiencia que tus decisiones son malas siempre?

—Eh, soy muy feliz en Almería y me alegro mucho de lo que hicimos en Roma.

—No, si yo también, ahora tengo un amigo y sé lo que le mide la picha, pero aquello no cumplió su objetivo. Sospecho que ni siquiera por un rato.

—Yo…

—Calla la boca. No tengo nada que reprocharte, pero mueve ficha, por tu felicidad futura.

—No sé cómo se hace eso.

—Con Ricchi e Poveri.

—Ja, qué graciosa.

Menos mal que la tengo a ella, porque Ibon ya pasa de mí, tiene mucho que ver con que se haya enamorado hasta las trancas, también con que yo soy un pesado que no deja de lloriquear. Nieves se mantiene firme en esta amistad, no entiendo muy bien por qué.

Estoy distante los días siguientes, sigo llevándole lo que le hace falta, pero me excuso con el trabajo para subir menos y ver si se me pasa este cuelgue. ¿Puede que esté esperando al parto para comprobar si realmente lo mío es un fetiche extraño? No lo sé, solo sé que alejarme no me está sirviendo nada más que para tener

ganas de estar con ella todo el tiempo. ¿Señor, por qué me hiciste con tanta intensidad? Hago más deporte y bebo algo más de cerveza para evitar estar en casa y tener la tentación de subir y ver una película abrazado a ella. Y así pasan las semanas, con contactos mínimos y cada vez más dolor.

Capítulo 16

LA BUENA SUERTE

Me despierto sobresaltado, el corazón tamborileando a mil en mi pecho, no recuerdo lo que estaba soñando y quizá ha sido solo un sueño. Vuelvo a tumbarme y respiro hondo pensando en la habitación que tengo justo encima. ¿Estará bien? Y entonces suena de nuevo el aporreo de la puerta, eso es lo que me ha despertado. Ha pasado algo. Será Drago. El niño. Silvia.

Salgo corriendo y, ahí está, ha recuperado el vestido blanco de verano, pero lleva encima una sudadera y su barriga es enorme.

—Perdona…

—¿Estás bien? ¿Estás de parto? —Está en la semana treinta y ocho, podría ser perfectamente.

—No. No se mueve.

Sorprendentemente no me pongo nervioso, inmediatamente cojo las llaves de casa y las del coche que están en la entrada.

—¿Hace cuánto que no se mueve?

—Todo el día. Desde que me levanté, no se ha movido en todo el día y no he dormido esperando que dé alguna patada, pero no lo he notado moverse. Nunca sé si se mueve de noche, otras se despiertan con las patadas, yo solo confío… —Se le hace un nudo en la garganta.

—¿Llevas las llaves y el móvil?

—Sí.

Me vuelvo a coger mi propio móvil y me paro un segundo a mirarla, tiene la vista fija en su barriga, donde tiene también las manos, moviéndolas todo el rato, intentando buscar el movimiento del bebé.

—Seguro que no es nada y solo es que estoy un poco nerviosa. A estas alturas se mueven menos.

—Vamos a comprobarlo.

Me sigue hasta el garaje y hacemos el viaje hasta el hospital en absoluto silencio, como si manteniendo el mutismo pudiéramos escuchar una patada del niño. Las Urgencias del Materno parecen estar muy tranquilas.

—El papá tiene que esperar fuera —dice la administrativa de admisión, ninguno de los dos la corregimos.

Quiero darle un beso, un abrazo, lo que sea, antes de perderla en el interior de la sala de triaje. Ahora sí que vienen los nervios a mis mejillas, no aguanto más de un segundo sentado. ¿Esto pasa con todos los padres? ¿Nos dejan aquí fuera? Vale, es verdad que yo no soy el padre de nadie, pero ellos no lo saben. Esto no tiene ningún sentido.

No espero más de diez segundos después de explicar lo que está pasando en triaje, inmediatamente paso a un box y me tumbo en la camilla, muerta de los nervios.

—¿Sabes que pasada la semana treinta y siete el bebé tiene menos espacio y se mueve menos?

—Sí, y no es un bebé especialmente activo, pero todas las tardes se mueve algo, un poquito.

—Por la noche suelen moverse mucho, ¿tu pareja no lo ha notado?

Dudo, tendría que explicarle mi situación, al menos decirle que el padre está fuera, pero Rodrigo me acompaña y quisiera que le dejaran pasar en algún momento.

—No tengo pareja.

—¿No está esperando el papá fuera?

—No es el padre, es un amigo, pero como si fuera el padre, si pudiera pasar…

—¡Claro! Esperamos por si vais a monitores, que hay muchas pacientes y allí no hay intimidad. —Se acerca a la puerta para avisar —. Vamos a ver cómo está este chico mientras llega. ¿Vale?

Respiro hondo y me levanto el vestido dejando toda la barriga al descubierto. Tarda medio segundo en verse la imagen de Bambino, pero no se mueve. Rodrigo llega como un rayo y me da la mano de

inmediato. El bebé no hace esos pequeños gestos con la cabeza de siempre, cuando le molestan. La ginecóloga mueve el ecógrafo rápidamente por toda mi barriga, susurra algo y da a un botón del ecógrafo y el sonido del corazón de Bambino llena la habitación. Y de inmediato se revuelve pegándome una patada justo en la vejiga.

—Vaya, le hemos molestado. ¡No te quedes tan quieto que nos asustas! —le dice la ginecóloga a mi barriga haciéndonos reír y provocando otro movimiento—. El ritmo está bien, voy a hacerte un tacto para comprobar que todo está bien. Creo que nos vamos a ver pronto, esto está muy blandito. ¿Tienes posibilidad de dormir acompañada estos días?

—Sí —contesta Rodrigo rotundo—. Si tú quieres.

—Sí.

—A ver, no es imprescindible, hay montones de mujeres solas que se apañan divinamente.

—Va a dormir acompañada todas las noches hasta que nazca.

—No van a ser muchos días —añade la ginecóloga al terminar el tacto—. Alguien está pidiendo pista. Podéis iros tranquilos.

Salimos de allí de la mano y nos cuesta separarnos cuando tenemos que entrar en el coche, pero no decimos una palabra, volvemos a casa en absoluto silencio. Ahora Bambino no para de moverse como animándome a que diga algo, a que diga lo que hace meses que tendría que haber dicho, pero no lo hago.

Llegamos a casa, de nuevo de la mano, y pasa conmigo. Al dejar las cosas ambos suspiramos y nos reímos.

—Te quiero —dice Rodrigo. Abro la boca para contestar—. Seguramente no sea el momento para esto, y estoy siendo un intenso, como siempre, pero es así. Estoy loco por ti. Pienso constantemente en ti, desde el principio, incluso cuando no sabía que estabas embarazada. Me hicieron creer que, quizá, lo que tenía era un fetiche con tu situación, pero no. Te quiero. Te quiero tanto que me duele. Te quiero tanto que no he podido estar con una persona estupenda, porque es lo que hay: te quiero, y quiero a ese bicho que llevas dentro como si fuera mío. Qué cojones, es hora de confesarse. Si quieres, me voy. Pero no quiero dejaros solos. Aunque admito que esto está siendo rarísimo, y yo soy un tío muy raro.

Guapo, lo sé, pero raro de narices. Me voy, llamo a Drago para que te haga compañía hoy. Sé lo que le he dicho a la ginecóloga, pero no creo que hoy quieras dormir conmigo.

—Te quiero, Rodrigo Díaz.

Me quedo mudo con su respuesta. Lo lógico habría sido que me echara y sin embargo está parada delante de mí, con su enorme barriga y su vestido blanco siendo tremendamente luminosa.

—¿Me vas a besar de una vez o qué? —me saca de mi bucle mental.

Me acerco a ella y la beso, una suerte de cosquilleo me recorre el cuerpo cuando mis labios tocan los suyos y me deshago cuando su lengua se interna en mi boca. Nos fundimos el uno en el otro y nuestros cuerpos abrazan al pequeño entre nosotros.

—¡Por fin! —la voz de Drago me hace dar un brinco y tardo un segundo en darme cuenta de que no ha sido un sueño y que Silvia está a mi lado, desperezándose.

La risa de Drago se oye dentro de la casa. Me levanto y me pongo lo primero que pillo, que es una rebeca morada de Silvia que me tapa menos de lo que quisiera.

—¿Drago? —digo asomándome al umbral de la puerta.

—¿Quieres café, Rodrigo? —Su cabeza de serbio gigante se asoma a la puerta de la cocina y los dos nos vemos a través del pasillo.

—Sí.

—Vale, hago café y cacao para Sil, ponte algo más que con esa bata se te van a ver los *jaja.*

—¿Los qué?

—Los huevos, Rodrigo.

Vuelve a la cocina partiéndose de risa.

Noto los labios de Silvia contra la rebeca, su barriga contra mi espalda y sus manos en mi cintura. Me vuelvo y la beso de nuevo, abrazándola y amándola todo lo que puedo. Siento que me voy a romper de la felicidad.

—Es verdad que con mi cárdigan violeta se te ven los *jaja.*

—¡Ja, ja! Sabía que eras graciosa, pero no tanto. —Vuelvo a besarla.

—Sabía que le gustabas. Te lo dije.

—Eres más listo que yo, Clemente.

—Me alegro mucho por vosotros, creo que es buen tipo, por lo que me has contado de él, te ha estado cuidando mucho. Quiero que alguien así esté cerca de ti y de Bambino.

—Es un buen tipo y, no sé, es raro, es como si siempre hubiera sido así.

—Me pasa, contigo estaba entusiasmado, pero había alguna pieza que había que limar, ahora todo encaja donde tiene que estar y ya veremos dónde nos lleva la vida. Me alegro tanto de que el destino quisiera que yo fuera el padre de tu hijo, aunque solo sea eso, no te haces una idea, Silvia.

—Siento lo mismo, Clemente, no podría haber resultado mejor, todavía pienso que todo esto es un sueño.

—¿Querrás que esté en el parto si llego a tiempo? Me gustaría estar.

—Siento que deberías estar…

—Pero prefieres que esté Rodrigo. Tiene sentido, él te tiene que acompañar a ti y yo acompañaré al bebé cuando termine el piel con piel, ya me queda muy poco para terminar el disco, aguanta un par de días, por favor.

—Ya estoy muy molesta y llevo un par de días que tengo contracciones dolorosas, aunque no son constantes, no sé si voy a poder esperar.

—Que sea cuando tenga que ser.

Paso la noche teniendo contracciones cada veinte minutos o cada hora. Aun así, por la mañana voy a pilates. Me salto la mitad de los ejercicios porque sigo con contracciones; bromeamos con parir en clase. Total, allí está Valle, lista para ponerse unos guantes y sacar a Bambino en cualquier momento.

Pero tenía que venir. Estas mujeres han sido mi soporte vital durante estos meses de tensión: me han cuidado, protegido y tranquilizado a cada paso.

Esta vez me recoge mi Cih, porque después de la noche de perros no se fiaba; está más nervioso que yo. Habla con Clemente todo el rato, porque dicen que yo estoy demasiado tranquila, así que se fía más de él que de mí.

Es una ventaja ser el jefe y no tener que avisar a nadie cuando se coge días.

Quiero aguantar, pero las contracciones aumentan de intensidad y de frecuencia. Doy un pequeño grito justo delante del hospital y Rodrigo coge la salida y me planta en Urgencias contra mi voluntad.

—Pero si no llevamos la maleta.

—Claro que llevamos la maleta.

—No seas exage… —Paro en mitad de frase retorcida de dolor, intentando respirar tal y como Valle me ha enseñado en clase, con muy poco éxito.

—Dos minutos y medio, Silvia, y hace ya un buen rato que estás así. Entra.

—Mandón.

—Guapa.

Me hace reír y, entonces, plof, como si se explotara un globo, rompo aguas justo a la entrada de Urgencias.

—¡Una fregona y una silla de ruedas! —grita Rodrigo.

—Para ya, que estás montando un espectáculo.

—Como si fuera yo el que ha roto aguas justo a la entrada de Urgencias.

Allí se monta un lío en un momento y, ciertamente, me sientan en una silla de ruedas, nos piden la tarjeta y pasamos casi directos a Urgencias, todo va muy rápido, todo es muy confuso y esta criatura quiere salir ya.

15 horas después…

—Qué bonito es, tía —me dice Valle, a la que le ha dado tiempo de incorporarse a su turno y asistirme.

—Qué suerte pillarte de turno.

—Suerte la que tiene tu hijo, que mira qué dos bobos.

No sabemos cómo Clemente ha conseguido colarse en el paritorio y está aquí a mi lado, observando cómo Bambino, todavía sin nombre, come con devoción de mi pecho. Rodrigo disfruta también de la escena, tiene que tener hambre después de tanto tiempo aquí de plantón. Yo también tengo hambre y sed, he estado todo el tiempo bebiendo de una gasa por si había cesárea. Este pequeño, que ahora come con fruición y parecía que llegaba de forma inminente, ha tardado en hacerme dilatar ocho horas, se ha encajado en mi pelvis haciendo muy poco efectivo el efecto analgésico de la epidural y además parecía que nunca iba a salir después de hora y media de pujos y frases de ánimo.

Estaba preparada para no sentir amor inmediato, para enamorarme de él poco a poco. Tenía claro que no tenía que ser un flechazo, que no pasaba nada si no era así. Sin embargo, en cuanto lo he tenido encima, lo he adorado al instante. Y entonces, de la mano de una auxiliar embelesada, ha entrado Clemente. Se ha abrazado a Rodrigo, llorando; después me ha besado en la frente y se ha acomodado a mi lado, para no dejar de mirar, con intenso amor, a esta criatura.

Sí que tiene suerte. Suerte de tener dos padres, de que su abuelo siga aquí, de nacer en una familia en la que va a tener todas las oportunidades. Tanta suerte, que ya sé cómo se va a llamar.

—Buenaventura Bassani —digo.

—Buenaventura Miranda Bassani.

Epílogo

DOCE HORAS DE SUERTE

Buenaventura Miranda apareció bajo los focos en abril de 2025. Su nacimiento provocó revuelo en la cultura pop: fruto de una noche de novela romántica entre Silvia Miranda, reconocida periodista musical, y Clemente Bassani, roquero italiano.

Podría parecer que Buenaventura no quería ir de *nepobaby* por la vida y escogió usar el apellido de su madre, menos conocido. Pero lo cierto es que, según me cuenta Clemente Bassani mientras sirve café para todos, él no le tenía ningún aprecio a su propio apellido y fue sencillo otorgar a su hijo el de su madre. Silvia Miranda sonríe al padre de su hijo. Parecen buenos amigos, aunque durante mi día con Buenaventura descubro que son, ante todo, familia.

Buenaventura vive en la antigua casa de su padre, frente a la fachada de Santa Cecilia, en el Trastévere. Comparo mis fotos con las de la propia Silvia hace veinte años y la casa ha cambiado mucho. El joven actor me explica que su padre se llevó la mayoría de los muebles a la finca de la Toscana, donde actualmente vive con su pareja, y que él ha conseguido, poco a poco, conquistar el espacio. Mantiene el estudio de grabación y asegura que hace sus pinitos de vez en cuando, aunque lo usa más para grabar los diálogos y ayudarse a corregir su actuación o memorizar textos.

Este actor de veinte años y físico imponente tiene los ojos verdes y una sonrisa arrebatadora que han conquistado a medio mundo en muy poco tiempo. Próximamente estrenará su segunda película y se encuentra inmerso en el rodaje de la cuarta, mientras la tercera está en postproducción.

Me lleva a comprar a Campo de' Fiori. Paseamos por la calle totalmente tranquilos y, cuando llegamos al mercado, algunas señoras le saludan, le tocan y le pellizcan las mejillas. Él se sonroja y me explica que, aunque se crio en Almería, pasaba bastante tiempo allí yendo al mercado con Giada, una amiga de toda la vida de su

padre que se encargaba de que estuviera bien alimentado. Conozco a la que él llama *nonna* poco después y descubro que también forma parte de la familia. Buenaventura sabe cocinar solo, pero ella sigue viniendo cuando «su pequeño» regresa a casa. Comemos todos juntos y son lo que se espera de una familia mediterránea: ruido, risas y una comida espectacular.

Se me hace complicado entender ese italiano mezclado con castellano que hablan entre todos —salvo Giada— y me confundo aún más cuando veo que Buenaventura llama igual a Clemente y a Rodrigo. Ambos son «su papá». Para ellos no hay confusión; el acento distingue a cada uno. Quizá sea eso lo que hace que este joven actor tenga la cabeza tan bien amueblada: el apoyo incondicional de dos familias que se han fusionado en una sola.

Después de comer, por fin, tenemos un rato de tranquilidad sentados en el salón. Silvia y Rodrigo se van a su casa, a un paseo de allí, y Clemente se marcha a la Toscana. Es entonces cuando descubro a un Buenaventura que se ha criado lejos de los focos, en Almería, en un colegio público y rodeado de amigos de toda la vida. Quiso estudiar música, y su padre le puso en bandeja la mejor formación, pero, apenas unos meses después, se presentó a un *casting* —«Por aburrimiento», dice él— mientras su padre preparaba un concierto en Londres. Le cogieron para un par de frases en una serie británica y, desde entonces, se acabó la música.

Toca varios instrumentos, pero ya no sería su carrera. Estaba hecho para los escenarios, en los que cae de pie; porque, cuando tienes unos padres como los suyos, es difícil no hacerlo.

«Algo que me han dicho siempre mi madre y Riccò, el letrista de mi padre, es que la meritocracia no existe. Sé lo que soy y sé de dónde vengo. Claro que he trabajado, que sigo trabajando y me formo, pero también sé que tenía un agente a los cinco minutos de decidir ser actor; que pude entrar en la mejor academia que había; y que conseguí un papel secundario, pero genial, a los dieciocho años, porque soy hijo de. Eso es así. Me lo voy a trabajar mucho, me gusta lo que hago, pero puedo dedicarme a algo que me apasiona gracias a mis privilegios. No admitirlo sería ofensivo para todos los demás y para mi familia».

Quería reproducir palabra por palabra porque me resulta sorprendente lo bien amueblada que tiene la cabeza este jovencísimo actor. Cuando le pregunto de dónde viene tanta madurez, se ruboriza y niega ser maduro. Para salir, equivocarse y en las relaciones, en general, dice que sigue teniendo veinte años, quizá alguno menos, porque no tenía tiempo entre los estudios y el conservatorio; así que, a veces, todavía es un niño pequeño.

Volvemos a salir por la tarde y paseamos por el barrio. Las plazas llenas de gente y la cantidad de turistas hacen que ya no sea el romano anónimo que fue esta mañana, pero es amable con todo el mundo. Se fotografía con alguna chica levantando la ceja, un gesto que descubrí durante la comida y que procede de su padrastro, aunque él odia que lo llame así. Rodrigo Díaz es su padre tanto como Clemente, me lo deja bien claro.

Cenamos solos en un restaurante que pertenece a una ONG que ayuda a gente en situación de calle. Todos en la familia colaboran con esta asociación por imperativo del abuelo. Entonces entiendo más cosas. Me enseña fotos de su abuelo, un señor bajito, con bigote y la mirada limpia. Me explica que era un hombre muy generoso y prudente. Se le empaña la mirada al recordarlo.

Y en eso se resumen estas doce horas con Buenaventura Miranda: familia. Una familia que le apoya, le quiere y le sostiene, y que ha sido la base para hacer un buen trabajo, dedicarse a algo que le apasiona y preocuparse por los demás.

Dejo Roma sorprendida de haber conocido a alguien tan joven, nacido en una cuna de oro, pero consciente de ello hasta el punto de usar ese privilegio para beneficiar a los demás, desde una absoluta y sincera humildad. Quizá haya que separar la obra del artista, pero no puedo más que desear verle en muchísimas películas, ahora más que antes, cuando solo sabía que era un buen actor y no una buena persona.

Agradecimientos

A Olivia, por venir cuando nadie te esperaba y darme sensaciones que no conocía. Y a Arturo, por reconciliarme con la vida. Uno me dio la idea, la otra me dio las herramientas.

Papá, mamá. Siempre.

Alejandro por su aliento.

Pepe Roma, fan incondicional, siempre estás para leer, al minuto, al segundo, en directo si hace falta. Sin ti no hay novela, no hay novelas, no hay Estrella autora.

Carmen, sí, ya sé que es corto y te quiero igual, y así de corto seguirá.

Tea Time Girls, de club de lectura a club de betas, os debo tanto que no sé si llegaré a recompensaros. Gracias, AMIGAS.

Nacho, Rocío, Paula y Rosalía, lo siento por vosotros porque vais a tener que leer todo lo que escriba.

Casto, corrector, amigo y compañero de inquietudes artísticas. Esto es tuyo y las marcas del látigo en tu espalda son mías. Te lo devolveré y me lo devolverás.

Elisa y Elisa. Elisa Ortiz, que siempre me alentó a escribir, que cogía mi cuaderno de poemas mientras hacíamos los exámenes y quería regalarme libros. Si sé algo de escribir, es gracias a ti. Elisa Mesa, gracias por estar ahí en *Contigo encontré mi luz*, darme la alegría de mi vida y el empujón y la validación para seguir esforzándome cada día en escribir, por seguir ahí años después, cuando por fin pude acabar la segunda. Y gracias, no sabes cuántas, por contestar a mis correos tan rápido, aunque sean estúpidos, es algo que yo y mi carácter ansioso valoramos mucho.

A Jorge y su implacable bolígrafo rojo virtual, si hay próximo espero darte menos trabajo.

A Valle, Amparo, Esther, Pedro y las compañeras de pilates, natación para embarazadas y fatigas, gracias por acompañarme en

estos dos embarazos imposibles y calmar mis miedos para que me dejaran escribir.

Y, sobre todo, gracias a ti que has leído este libro, ojalá leas el anterior y los siguientes.



Tan lejos, tan cerca

Muñoz Majarrez, Andrea
9791370171520
160

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Siempre han estado a un paso de distancia, pero sus corazones han permanecido apartados... hasta ahora.

Jennifer Malory, la dedicada doncella de lady Charlotte Davenport, guarda en secreto un amor profundo por Peter Bradford, el enigmático ayuda de cámara de lord Michael Davenport, desde el primer día que puso un pie en Horton Hall. A pesar de que Peter se muestra escéptico ante la idea del amor, la chispa entre ellos se enciende cuando sus señores se ausentan, forzando un acercamiento inesperado. Jennifer se esfuerza por demostrarle a Peter que el amor verdadero es real y merece ser vivido, pero él, asustado por sus propios temores, la rechaza, rompiendo su corazón.

La llegada del señor Williams, el encantador ayudante del reverendo Evans, añade un giro inesperado. Atraído por Jennifer, le ofrece un futuro seguro a su lado, provocándole a Peter la aterradora idea de perderla para siempre.

¿Conseguirá superar sus temores y volver a enamorarse?

¿Aceptará Jennifer la propuesta del señor Williams a pesar de que aún ama a Peter?

Títulos de la serie Horton Hall:

Charlotte Beverly

La candidata perfecta

Tan lejos, tan cerca

- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporáneo, histórico, policiaco, fantasía… ¡Elige tu romance favorito!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Contigo encontré mi luz

Ferre, Estrella
9788411416504
616

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

HQÑ 349

La compañía de un recuerdo y un vibrador no es suficiente para ser feliz.

Beatriz tiene el corazón lleno de espacios vacíos, huecos helados que le ha ido dejando la vida. Ha convertido París en su particular Fortaleza de la Soledad, donde solo tiene cabida Verónica Gasques, su amiga y editora. Animada por ella, empieza a abrir su mundo oscuro a la luz de Tyler, un joven periodista, y de Tom, un actor de fama mundial. Con la ayuda de ambos comienza a explorar su mundo interior, redescubriendo su sexualidad y aprendiendo a vivir con sus particulares fantasmas.

¿Surgirá con alguno de ellos una nueva oportunidad para amar intensamente?

El amor siempre llama dos veces... O tres.

- Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana.
- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporánea, histórica, policiaca, fantasía, suspense… romance ¡elige tu historia favorita!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Juego amorosos - Un destino inesperado - Volver al amor

Goodnight, Linda

9791370170745

480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Juego amorosos

Él creía que no volvería a amar, ella quería hacerse con la custodia de sus gemelos...

Grant había jurado que no volvería a casarse, pero si alguien podía volver a hacerle sentir, ésa era la dulce Ariana. Ella necesitaba un buen abogado que la ayudara a luchar por sus bebés y merecía un buen hombre en quien apoyarse para traer al mundo a los dos pequeños. Si el amor podía solucionarlo todo, quizá juntos podrían encontrar la solución a sus problemas... y a sus sueños.

Un destino inesperado

Y todo por una niña muy especial...

Laura era una madre soltera que sabía perfectamente que su hija quería un padre que la amara incondicionalmente. Por eso, por el bien de la pequeña Nikki, Laura aceptó un matrimonio de conveniencia con el italiano Gino Farnese...

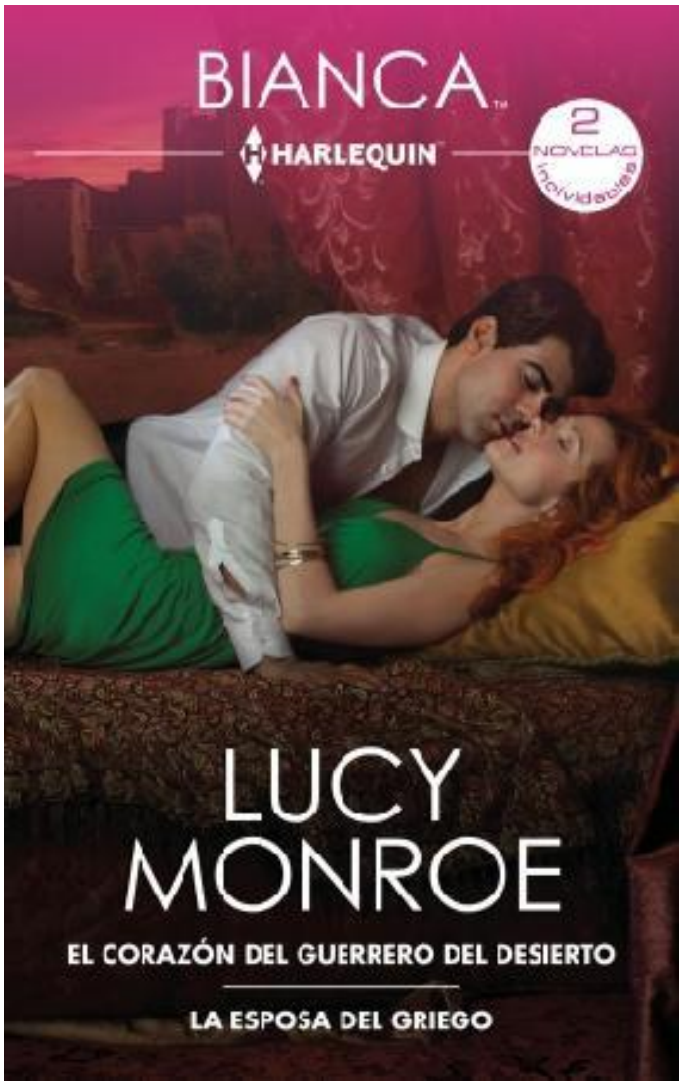
Gino creía que jamás volvería a encontrar el amor, así que aquel matrimonio le pareció lo mejor a lo que podía optar, sobre todo por el placer de convertirse en papá de Nikki. Su matrimonio debía seguir dos reglas: no dormir juntos y no enamorarse. Pero estaban a punto de romper las dos...

Volver al amor

Volvía a casa... ¿para convertirse en su esposa?

Cuando Selena Keith resultó herida en aquel accidente de coche, no esperaba que Morgan Conroe le ofreciera irse a vivir con él. Selena no había visto a Morgan desde hacía dos largos años, aunque su amor por él no había desaparecido... Él siempre había sido un tipo tranquilo y controlado, pero al cuidar a Selena se dio cuenta de lo que había dejado escapar la última vez... algo que no estaba dispuesto a perder de nuevo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El corazón del guerrero del desierto - La esposa del griego

Monroe, Lucy
9791370170622
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El corazón del guerrero del desierto

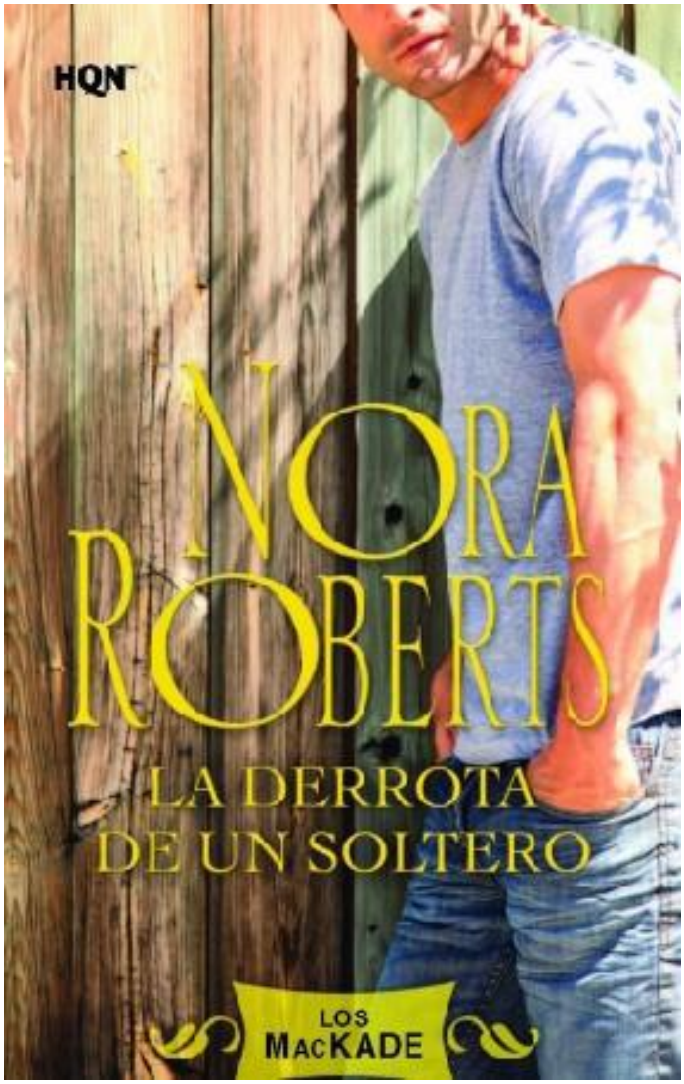
Podía intentar resistirse todo lo que quisiera, pero Asad sabía que solo era una cuestión de tiempo que la seductora pelirroja volviera a su cama El jeque Asad estaba dispuesto a hacer lo que tuviese que hacer para asegurar su legado en Kadar. Porque bajo el traje de chaqueta italiano latía el corazón de un guerrero del desierto. Iris Carpenter no salía de su asombro al ver al hombre que la recibió en Kadar; el hombre que le había roto el corazón seis años antes. Su aspecto era más impresionante que entonces e incluso más peligroso. Especialmente cuando los penetrantes ojos oscuros, tan ardientes como el sol del desierto, se clavaron en ella.

La esposa del griego

¿Se atrevería ella a rechazar las condiciones impuestas para su matrimonio? Ariston Spiridakou había tenido una razón y solo una para casarse con Chloe: necesitaba una novia para conseguir un heredero. Pero la actitud retadora de ella los había hecho separarse… Paradójicamente, unos años después del divorcio, Chloe se encontró a merced de Ariston una vez más y él exigió un precio

perverso por ayudar a su familia. De hecho, no tomaría en consideración tal petición a menos que compartiese su cama… y tuviese un hijo con él.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La derrota de un soltero

Roberts, Nora

9788490105146

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Las historias de cuatro hermanos irresistibles... y las mujeres que fueron capaces de domar sus corazones salvajes.

A Shane MacKade le encantaban las mujeres, pero no había conocido a ninguna que hiciera que se pusiera a silbar la marcha nupcial, hasta que apareció la doctora Rebecca Knight. El problema era que ella conocía demasiado bien las leyendas de los MacKade como para sucumbir a su encanto. Tal vez había llegado el momento de hacer una proposición, porque Shane no podía vivir sin ella.

Para la doctora Rebecca Knight, todo tenía una explicación. Hasta que empezó a tener pensamientos irracionales respecto al atractivo Shane MacKade. No sabía demasiado sobre los hombres, pero estaba segura de una cosa: amar a Shane era peligroso, y a Rebecca no le gustaban los riesgos.

Saga los MacKade

En la pequeña ciudad de Antietam, en Maryland, un misterio de la Guerra Civil ronda la vida de los cuatro apasionados hermanos MacKade,y cada uno de ellos irá encontrando los caminos del amor. Los otros títulos de la saga: Recordando el ayer, Atreverse a amar y Una larga espera.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)